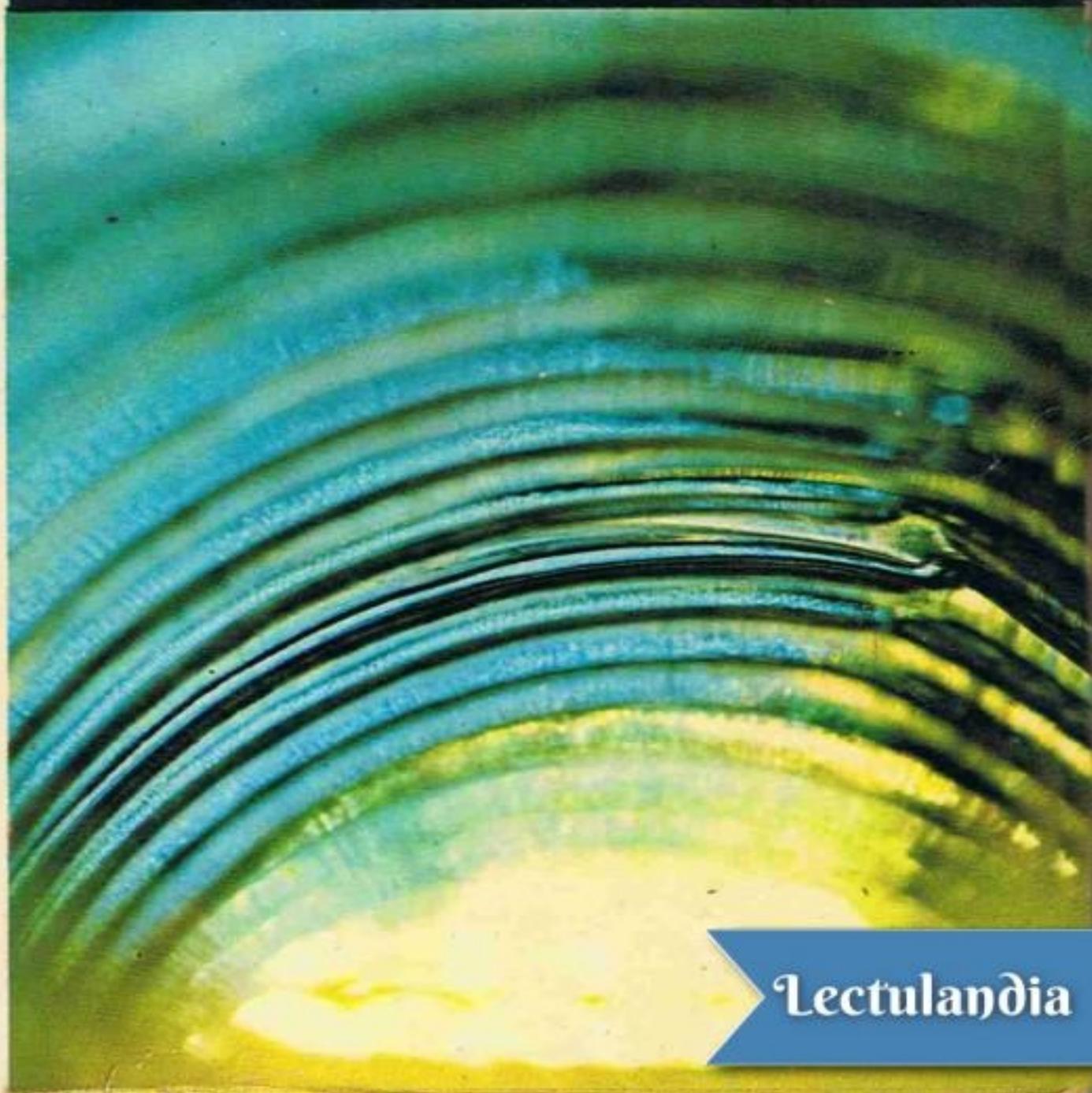


ASIMOV

SELECCION

1



Lectulandia

Los relatos de Isaac Asimov están en la cumbre de la ciencia ficción, y estas selecciones de sus primeras y más famosas narraciones viene casi a ser el homenaje a un clásico.

Preceden a cada historia unas palabras del propio autor, en las que éste expone interesantes detalles biográficos, la génesis de los relatos y observaciones críticas acerca de ellos. Así, el resultado es un doble regalo para el lector: de una parte, una serie de narraciones sumamente entretenidas en si mismas, y de otro, una visión de primera mano sobre el proceso de maduración del joven escritor hasta convertirse en un verdadero maestro.

Lectulandia

Isaac Asimov

Asimov. Selección 1

ePub r1.3

viejo_oso 02.12.14

Título original: *The Early Asimov*
Isaac Asimov, 1972
Traducción: María Teresa Segur Giralt
Cubierta: Minguell

Editor digital: viejo_oso
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Contenido

Asimov y la «edad de oro» de la ciencia ficción, presentación de Carlo Frabetti

Introducción de Isaac Asimov

La amenaza de Calisto (The Callistan Menace, 1940)

Un anillo alrededor del sol (Ring Around the Sun, 1940)

La magnífica posesión (The Magnificent Possession, 1940)

Opinión pública (Trends, 1939)

Un arma demasiado terrible para emplear (The Weapon Too Dreadful to Use, 1939)

Fraile negro de la llama (Black Friar of the Flame, 1942)

Mestizo (Half-Breed, 1940)

El sentido secreto (The Secret Sense, 1941)

Asimov y la «edad de oro» de la ciencia ficción

Profesor de bioquímica en la Universidad de Boston, divulgador científico de renombre, escritor prolífico y polifacético, Isaac Asimov (nacido en 1920) es, con más de cien libros en su haber, uno de los nombres clave de la ciencia ficción (SF) actual. Recientemente obtuvo los premios «Hugo» y «Nebula» —máximos galardones del género— por *Los propios dioses* (publicada en esta misma colección) como la mejor novela de SF del año.

El hecho de que su carrera literaria se iniciara a finales de los años 30, justo en la época en la que la SF empezaba a consolidarse y se disponía a entrar en lo que se ha llamado su «edad de oro», confiere un doble interés a una selección de los primeros relatos de Asimov, en la medida que ilustran la propia evolución del género, y que se presentarán en tres volúmenes.

En los comentarios «históricos» que acompañan a estos relatos, el lector encontrará repetidas alusiones a una persona, a quien, por otra parte, está dedicada la antología: John W. Campbell. Para cualquier aficionado estadounidense, el nombre habla por sí solo, pero no es necesariamente así para el hispano, por lo que tal vez convenga dedicarle unas líneas.

Como director de *Astounding*, la más importante revista de SF de la época (posteriormente llamada *Analog*), y de *Unknown*, revista paralela de literatura fantástica, Campbell ejerció una notable influencia sobre el desarrollo de la SF en la década de los 40. Campbell tenía unos criterios muy estrictos con respecto a la SF, sobre todo en lo concerniente a la plausibilidad científica de los relatos y al rigor especulativo de los desarrollos, y en función de ello rechazaba o hacía corregir gran cantidad de material. Esta actitud, referida a cierto tipo de SF, puede ser positiva en la medida que ponga coto a una incoherencia y una arbitrariedad por desgracia demasiado frecuentes; pero salta a la vista el peligro de encorsetamiento que implica, peligro que en este caso se convirtió en lamentable realidad, debido sobre todo a que, si a nivel tecnológico Campbell tenía una mentalidad avanzada, a nivel sociológico, ético o político era más que conservador. Sin embargo, para una serie de principiantes como Asimov —sólido y brillante especulador, a la vez que poco dado a meterse en cuestiones ideológicas—, Campbell constituyó un poderoso apoyo, aunque a nivel general fue una auténtica rémora para el desarrollo de la SF más lúcida y combativa.

El lector que ya tenga un cierto conocimiento de la obra de Asimov quedará sorprendido por la abundancia de extraterrestres que aparecen en este muestrario de su primera producción, en contraste con la casi total ausencia de los mismos en su obra adulta. Como el propio Asimov ha admitido, su elusión del tema de los alienígenas se debe en gran medida a la influencia de Campbell, que tenía unas ideas muy concretas (y más bien xenófobas) al respecto. Para evitar un roce con quien era a

la vez su ídolo y su editor, Asimov acabó prescindiendo, más o menos deliberadamente, del asunto xenoides, lo cual, en vistas a cómo solía abordarlo en sus primeros relatos, es una verdadera lástima.

En *Fraile negro de la Llama*, se esboza la cosmología que serviría de base al más famoso ciclo de relatos de Asimov: el de Trántor, o sea la trilogía de las Fundaciones (de inminente publicación en esta misma colección); sin embargo, en *Fraile...* juega un papel fundamental una raza no humana, mientras que en el ciclo de Trántor se nos presenta una galaxia poblada por trillones de seres..., pero todos humanos descendientes de los terrestres.

A través de estos ocho relatos, el lector se remontará a la época en que la SF era sobre todo un género a la búsqueda y exposición de ideas brillantes. En esta época se establecieron la mayoría de las convenciones y símbolos que constituirían el lenguaje específico de la SF, lenguaje que serviría de base a autores posteriores para un tipo de especulaciones de más honda preocupación sociológica. (Para no poner más que un ejemplo, los relatos que describían minuciosamente las características y posibilidades de los robots han servido de base para otros relatos en que ya se dan por sabidas las peculiaridades técnicas y funcionales de los autómatas, y se preocupan más por sus eventuales repercusiones sociales: de objeto de descripción, el robot ha pasado así a convertirse en símbolo operable.)

Y uno de los autores que más han contribuido a crear este «vocabulario básico» específico de la SF, con su correspondiente bagaje conceptual y especulativo, es sin duda el propio Asimov, lo cual, como he señalado al principio, hace doblemente interesante el acompañarle en sus primeros pasos en un campo del que pronto se convertiría en maestro.

CARLO FRABETTI

En memoria de John Wood Campbell, Jr. (1910-1971), por razones que este libro revelará ampliamente.

Aunque he escrito más de ciento veinte libros, sobre casi todos los temas, desde astronomía a Shakespeare y desde matemáticas a sátira, se me conoce sobre todo como autor de ciencia ficción.

Comencé escribiendo relatos de ciencia ficción, y durante los primeros once años de mi carrera literaria y sólo para publicaciones periódicas... y por una retribución insignificante. En realidad, la idea de publicar libros completos nunca pasó por mi mente esencialmente modesta.

Pero llegó el tiempo en que empecé a escribir libros, y entonces me dispuse a reunir todo el material que antes había publicado en revistas. Entre 1950 y 1969 aparecieron diez colecciones (todas fueron publicadas por Doubleday). Contenían ochenta y cinco relatos (más cuatro obras cómicas en verso) originalmente destinados a revistas de ciencia ficción y ya publicados. Casi una cuarta parte de ellos provenía de esos primeros once años.

Estos libros son:

Yo, robot (1950).

Fundación (1951).

Fundación e imperio (1952).

Segunda fundación (1953).

La senda marciana y otros relatos (1955).

Con la Tierra nos basta (1957).

Nueve futuros (1959).

El resto de los robots (1964).

Misterios de Asimov (1968).

Cae la noche y otros relatos (1969).

Puede afirmarse que eso era suficiente, pero al hacerlo, uno omite el voraz apetito de mis lectores (¡benditos sean!). Constantemente recibo cartas pidiendo listas de mis antiguos relatos para que los solicitantes puedan acudir a las librerías de segunda mano en busca de revistas. Hay gente que prepara bibliografías de mi obra (no me pregunten por qué) y quiere conocer toda clase de detalles medio olvidados sobre ella. Incluso se enfadan cuando descubren que algunos de los primeros relatos no se vendieron y ya no existen. Al parecer, también los quieren, y posiblemente crean que he destruido con gran negligencia un recurso natural.

Así que cuando Panther Books, en Inglaterra, y Doubleday me sugirieron que formara una compilación con aquellos de mis primeros relatos que no constaban en los diez libros detallados arriba, con la historia literaria de cada uno, no pude resistir más. Cualquiera que me conozca sabe lo sensible que soy a los halagos, y si

ustedes creen que soy capaz de resistir esta clase de lisonjas más de medio segundo (como un cálculo aproximado), están completamente equivocados.

Por fortuna tengo un diario, que he llevado desde el día 1 de enero de 1938 (el día antes de mi decimoctavo cumpleaños); él me proporcionará fechas y detalles^[1].

Empecé a escribir cuando era muy joven... a los once años, me parece. Las razones son oscuras. Podría decir que fue el resultado de un impulso irracional, pero eso no haría más que indicar que no se me ocurría ninguna razón.

Quizá se debió a que era un lector ávido en una familia demasiado pobre para comprar libros, incluso los más baratos, y además, una familia que consideraba estos libros como lectura inconveniente. Tuve que acudir a la biblioteca (mi primera tarjeta de lector la obtuvo mi padre cuando yo tenía seis años) y contentarme con dos libros por semana.

Pero eso no era suficiente, y mi ansia me condujo a los extremos. Al principio de cada período escolar, leía impacientemente todos los libros de texto que me daban, yendo de cubierta a cubierta como una conflagración personificada. Como estaba dotado de una prodigiosa memoria y una instantánea recordación, ése era todo el estudio que hacía durante aquel curso, pero lo terminaba antes de que finalizara la semana, y entonces ¿qué?

Así que, cuando cumplí once años, se me ocurrió que si escribía mis propios libros, podría releerlos cuando quisiera. Naturalmente, no llegué a escribir un libro completo. Empezaba uno y lo llenaba de divagaciones hasta que me cansaba y empezaba otro. Todos estos primeros escritos se han perdido, aunque recuerdo algunos detalles con toda claridad.

En la primavera de 1934 me matriculé en un curso especial de inglés que tenía lugar en mi escuela superior (escuela superior de muchachos de Brooklyn) y daba especial importancia a la composición. El profesor también era asesor de la revista literaria semestral realizada por los estudiantes, y tenía la intención de reunir material. Seguí el curso.

Fue una experiencia humillante. En aquel tiempo tenía catorce años, y bastante verdes e inocentes. Escribí insignificancias, mientras que el resto de la clase (que debía tener dieciséis años) escribió complicadas obras trágicas. Ninguno de ellos mantuvo en secreto su desprecio hacia mí, y aunque yo lo sentí mucho, no pude hacer nada.

Hubo un momento en que creí haberlos vencido, cuando uno de mis productos fue aceptado para la revista literaria semestral mientras que muchos de los suyos fueron rechazados. Por desgracia, el profesor me dijo, con despiadada insensibilidad, que el mío era el único tema humorístico de todos los presentados y que, como necesitaba

una obra que no fuera trágica, se veía obligado a tomarla.

Se llamaba Hermanitos, trataba de la llegada al mundo de mi propio hermano pequeño cinco años antes, y fue mi primera obra publicada. Supongo que puede encontrarse en los registros de la escuela superior de muchachos, pero yo no la tengo.

A veces me pregunto qué debe haberles ocurrido todos esos grandes trágicos de la clase. No recuerdo ni un solo nombre y no tengo la intención de averiguarlo..., pero a veces me lo pregunto.

Hasta el 29 de mayo de 1937 (según una fecha que apunté... aunque fue antes de que empezara mi diario, así que no lo afirmaré bajo juramento), no se me ocurrió la vaga idea de escribir algo para una publicación profesional; ¡algo por lo que me pagaran! Naturalmente tenía que ser un relato de ciencia ficción, pues yo había sido un ávido aficionado a este género desde 1929 y no reconocía que ninguna otra forma de literatura fuera digna de mis esfuerzos.

El relato que empecé a componer para tal propósito, el primero que escribí con vistas a convertirme en «escritor», se titulaba Tirabuzón cósmico.

En él presentaba el tiempo como una hélice (es decir, algo parecido a un bastidor de muelles). Uno podía ir directamente de una vuelta a la siguiente, o sea, introducirse en el futuro por un intervalo de tiempo determinado, pero sin poder acortar la estancia ni un solo día. Mi protagonista hizo el viaje a través del tiempo y encontró la Tierra desierta. Toda vida animal había desaparecido; sin embargo, todo indicaba que ésta había existido hasta hacía poco... y ninguna indicación sobre lo que había producido la desaparición. Estaba escrito en primera persona desde un asilo de lunáticos, porque el narrador, naturalmente, había sido internado en un manicomio cuando regresó e intentó contar su historia.

Sólo escribí unas cuantas páginas en 1937, y después dejó de interesarme. El mero hecho de pensar en publicarlo debió paralizarme. Mientras mis escritos estuvieron destinados sólo para mí, pude ser lo bastante despreocupado. La idea de otros posibles lectores caía pesadamente sobre cada palabra que escribía. Así que lo abandoné.

Después, en mayo de 1938, la revista más importante en la especialidad, Astounding Science Fiction, cambió su fecha de publicación del tercer miércoles del mes al cuarto viernes. Cuando el ejemplar de junio no llegó el día que acostumbraba, me sumí en un gran decaimiento.

El 17 de mayo no pude aguantar más y tomé el Metro hasta el 79 de la Séptima Avenida, donde se encontraba la editorial Street & Smith Publications, Inc^[2]. Allí, un funcionario de la firma me informó sobre el cambio de fechas, y el 19 de mayo llegó

el ejemplar de junio.

El inminente golpe del destino, y el extático alivio que siguió, reactivaron mi deseo de escribir y publicar. Volví a Tirabuzón cósmico y el 19 de junio estaba acabado.

La siguiente cuestión era qué hacer con él. Yo no tenía ni la más mínima idea de lo que debía hacerse con un manuscrito destinado a ser publicado, y las personas que yo conocía, tampoco. Lo comenté con mi padre, cuyo conocimiento del mundo no era mucho mayor que el mío, y él tampoco tenía ni idea.

Pero entonces recordé que, el mes anterior, había ido al 79 de la Séptima Avenida únicamente para informarme sobre la no aparición de Astounding. No me había fulminado ningún rayo por hacerlo. ¿Por qué no repetir el viaje y entregar el manuscrito en persona?

La idea me aterraba. Y más aún cuando mi padre sugirió que eran necesarios ciertos preliminares como un afeitado y mi mejor traje. Eso significaba que tendría que tomar un tiempo adicional, y el día ya estaba muy avanzado y yo debía estar de vuelta a tiempo para el reparto del periódico vespertino. (Mi padre tenía una pastelería y un puesto de periódicos, y en aquellos días la vida era muy complicada para un escritor creativo de inclinaciones artísticas y sensible como yo. Por ejemplo, vivíamos en un apartamento que tenía todas las habitaciones en línea y la única forma de ir del salón al dormitorio de mis padres, o de mi hermana, o de mi hermano, era a través de mi dormitorio. Así pues, mi dormitorio era muy frecuentado, y el hecho de que yo pudiera hallarme en pleno esfuerzo creativo no significaba nada para nadie.)

Me avine a ello. Me afeité, pero no me molesté en cambiarme de traje, y salí. Era el 21 de junio de 1938.

Estaba convencido de que, por osar pedir una entrevista con el director de Astounding Science Fiction, me echarían del edificio, y que mi manuscrito sería roto en pedazos y lanzado tras de mí en una lluvia de confeti. Sin embargo, mi padre (que poseía elevadas teorías) estaba convencido de que un escritor —término en el que incluía a cualquiera con un manuscrito— sería tratado con el respeto debido a un intelectual. Él no abrigaba ningún temor..., pero el que tenía que entrar en el edificio era yo.

Tratando de ocultar el pánico, pedí ver al director. La muchacha que había detrás del mostrador (ahora puedo ver la escena con los ojos de la mente tal como pasó) habló brevemente por teléfono y dijo: «El señor Campbell le recibirá.»

Me guió a través de una gran estancia parecida a un desván, llena de inmensos rollos de papel y enormes pilas de revistas impregnadas del celestial olor a imprenta (un olor que siempre me recordará mi juventud con doliente detalle y me reducirá a lágrimas de nostalgia). Y allí, en una pequeña habitación que había al otro lado,

estaba el señor Campbell.

John Wood Campbell, Jr., hacía un año que trabajaba en Street & Smith y sólo un par de meses que había asumido la total dirección de Astounding Stories (que rápidamente volvió a bautizar como Astounding Science Fiction). Entonces sólo contaba veintiocho años de edad. Bajo su propio nombre y bajo su seudónimo, Don A. Stuart, era uno de los autores de ciencia ficción más famosos y altamente considerados, pero se hallaba a punto de enterrar su fama de escritor para siempre bajo el renombre mucho mayor que alcanzaría como editor.

Continuaría como editor de Astounding Science Fiction y su sucesora, Analog Science Fact-Science Fiction, durante un tercio de siglo. A lo largo de todo ese tiempo, él y yo íbamos a convertirnos en amigos, pero a pesar de ir creciendo hasta llegar a ser una estrella venerada y famosa de nuestra mutua especialidad, nunca me acerqué a él más que con el temor reverente que me inspiró en nuestro primer encuentro.

Era un hombre grande, obstinado, que fumaba y hablaba sin cesar, y al que gustaba, por encima de todo, inventar ideas extravagantes, que lanzaba a la cara de su interlocutor y te impedía refutarlas. Era difícil contradecir a Campbell incluso cuando sus ideas resultaban completa y locamente ilógicas.

En aquel primer encuentro hablamos durante más de una hora. Me enseñó próximos números de la revista (verdaderos ejemplares futuros con carne de celulosa). Descubrí que había incluido una entusiasta carta mía en la edición próxima a publicarse, y otra en la siguiente... así que conocía la autenticidad de mi interés.

Me habló de sí mismo, de su seudónimo y de sus opiniones. Me dijo que su padre había enviado uno de sus manuscritos a Amazing Stories cuando él tenía diecisiete años y que hubiera sido publicado, pero la revista lo extravió y él no tenía ninguna copia. (En esto yo le llevaba ventaja. Había llevado el relato yo mismo y tenía una copia.) Me prometió leer mi historia aquella noche y enviarme una carta, fuera de aceptación o rechazo, al día siguiente. También me prometió que, en caso de rechazo, me diría lo que estaba mal y así podría mejorar.

Cumplió todas sus promesas. Dos días más tarde, el 23 de junio, recibí noticias suyas. Era un rechazo. (Ya que este libro trata de hechos reales y no es una fantasía... no pueden ustedes sorprenderse de que mi primer relato fuera instantáneamente rechazado.)

Esto es lo que escribí en mi diario sobre el rechazo:

«A las 9,30 me han remitido Tirabuzón cósmico con una amable carta de rechazo. No le gustó el principio lento, el suicidio al final.»

A Campbell tampoco le gustó la narración en primera persona ni el rígido diálogo, y después señalaba que la longitud (nueve mil palabras) era

inconveniente... demasiado largo para una historia corta, demasiado corto para una novela. Las revistas tenían que ordenarse como rompecabezas y algunas longitudes para relatos eran más convenientes que otras.

Sin embargo, para entonces yo había salido y corría. La alegría de haber pasado más de una hora con John Campbell, la emoción de hablar cara a cara y en términos iguales con un ídolo, ya me había llenado con la ambición de escribir otro relato de ciencia ficción, mejor que el primero, para presentárselo de nuevo. La agradable carta de rechazo, dos páginas enteras, en la que discutía mi relato seriamente, sin trazas de paternalismo o desdén, reforzó mi alegría. Antes de que el 23 de junio tocara a su fin, ya había escrito la mitad del primer borrador de otro relato.

Muchos años después pregunté a Campbell (con el cual, por entonces, sostenía las más estrechas relaciones) por qué se había molestado por mí, puesto que seguramente aquel relato era por completo impublicable.

«Lo era —dijo con franqueza, ya que nunca adulaba—. Por otra parte, vi algo en ti. Eras impaciente y escuchabas y yo sabía que no renunciarías a pesar de cuantos rechazos te impusiera. Mientras tú quisieras trabajar de firme para mejorar, yo deseaba trabajar contigo.»

Ése era John. Yo no era el único escritor, fuera novel o consagrado, con el que trabajaría de esta forma. Pacientemente, y a costa de su enorme vitalidad y talento, construyó un grupo que incluía a los mejores escritores de ciencia ficción que el mundo nunca había visto.

Lo que ocurrió con Tirabuzón cósmico después de esto, no lo sé. Lo abandoné y no volví a ofrecerlo en ningún otro sitio. Ni siquiera lo rompí y tiré; simplemente languideció en el cajón de algún escritorio hasta que un día perdí su pista. En cualquier caso, ya no existe.

Esta parece ser una de las principales causas de aflicción entre los archivistas — creen que el primer relato que escribí para publicar, por malo que pudiera ser, era un documento importante—. Todo lo que puedo decir, muchachos, es que lo siento, pero en 1938 yo no podía imaginarme que mi primera tentativa tendría algún día interés histórico. Es posible que sea un monstruo de vanidad y arrogancia, pero no hasta tal extremo.

Además, antes de que finalizara el mes yo había terminado mi segundo relato, Polizón, y estaba concentrado en él. El 18 de julio de 1938 lo llevé a la oficina de Campbell, que tardó poco en devolvérmelo, pues el rechazo llegó el 22 de julio. Sobre la carta que lo acompañaba escribí en mi diario:

«... Era el rechazo más amable que se pueda imaginar. En efecto, algo casi tan bueno como una aceptación. Me decía que la idea era buena y la trama pasable. El diálogo y el desarrollo, continuaba, no eran ni rígidos ni afectados (esto constituyó

una deliciosa sorpresa para mí) y no había ninguna falta particular a excepción de un aire general de amateurismo, forzamiento y compulsión. El relato no transcurría suavemente. Esto, decía, lo eliminaría en cuanto tuviera experiencia suficiente. Me aseguraba que probablemente llegaría a vender mis historias, pero que eso quizá requeriría un año de trabajo y una docena de relatos antes de tener éxito...»

No es de extrañar que tal «carta de rechazo» me produjera un enorme entusiasmo por escribir, y me puse rápidamente a trabajar en un tercer relato.

Lo que es más, me sentí lo bastante animado como para presentar Polizón en otro lugar. En aquellos días había tres revistas de ciencia ficción en los quioscos. Astounding era la aristócrata del grupo, una publicación mensual de cantos suaves y cierta apariencia de clase. Las otras dos, Amazing Stories y Thrilling Wonder Stories, tenían un aspecto algo más primitivo y editaban relatos con más acción y tramas menos complicadas. Envié Polizón a Thrilling Wonder Stories, que, sin embargo, también lo rechazó rápidamente el 9 de agosto de 1938 (con una carta convencional).

Sin embargo, para entonces yo ya estaba muy ocupado con mi tercer relato, el cual, tal como ocurrió, debía ser mejor... No obstante, en este libro incluyo mis relatos no en orden de publicación sino en el orden que fueron escritos —lo que considero más significativo desde el punto de vista del desarrollo literario—. Así pues, continuemos con Polizón.

En el verano de 1939, época en que ya había obtenido mis primeros éxitos, volví a dedicarme a Polizón, lo retoqué un poco, y lo envié de nuevo a Thrilling Wonder Stories. Indudablemente yo sospechaba que el nuevo lustre de mi nombre les impulsaría a leer con una actitud diferente a cuando yo era un desconocido. Estaba completamente equivocado. Volvieron a rechazarlo.

Entonces lo envié a Amazing, y fue rechazado de nuevo.

Eso significaba que el relato no servía, o lo hubiera significado a no ser por el hecho de que la ciencia ficción entró en una época de auge al finalizar los años 30. Se fundaron nuevas revistas, y a el término de 1939 se preparó la publicación de una que se llamaría Astonishing Stories, y cuyo precio de venta sería de diez centavos. (Astounding costaba veinte centavos el ejemplar.)

La nueva revista, junto con una gemela, Super Science Stories, sería editada con escasos recursos por un joven aficionado a la ciencia ficción, Frederik Pohl, que entonces aún no había cumplido los treinta años (era aproximadamente un mes mayor que yo), y que, de esta forma, hizo su entrada en lo que iba a ser una notable carrera profesional en el campo de la ciencia ficción.

Pohl era un joven delgado, de voz suave, cabello que ya empezaba a escasear, rostro solemne, y unos grandes dientes superiores que le daban cierto aspecto de conejo al sonreír. Los factores económicos de su vida no le permitieron asistir a la

Universidad, pero era mucho más inteligente (y sabía más) que la mayoría de graduados universitarios que he conocido.

Pohl era amigo mío (y todavía lo es), y quizá fue el que hizo más para a darme a iniciar mi carrera literaria excepto, naturalmente, el mismo Campbell. Habíamos asistido juntos a reuniones de un club de aficionados. Había leído mis manuscritos y los había alabado... y ahora necesitaba relatos con urgencia, y a bajo precio, para sus nuevas revistas.

Solicitó volver a leer mis manuscritos. Empezó escogiendo uno de mis relatos para su primer ejemplar. El 17 de noviembre de 1939, casi un año y medio después de que Polizón fuera escrito por primera vez, Pohl seleccionó para incluirlo en el segundo ejemplar de Astonishing. Sin embargo, solía variar los títulos y mi relato se llamó La amenaza de Calixto, y como tal fue publicado.

Así que éste es el segundo relato que he escrito en mi vida y el primero que se publicó en una revista profesional. El lector puede juzgar por sí mismo si la crítica de Campbell, facilitada antes, era excesivamente benévola o si estuvo acertado al predecirme una carrera de escritor profesional sobre la base de esta historia.

La amenaza de Calixto aparece aquí (como todos los relatos de este volumen) tal como apareció en la revista, sólo con la revisión y arreglo requeridos para corregir errores tipográficos.

LA AMENAZA DE CALIXTO

—¡Maldito Júpiter! —gruñó Ambrose Whitefield malhumoradamente, y yo me mostré conforme con él.

—He estado en la órbita del satélite joviano —dije— quince años y he oído pronunciar estas dos palabras más de un millón de veces. Probablemente es la maldición más sincera de todo el sistema solar.

Acabábamos de ser relevados de nuestro turno en los mandos de la nave de exploración *Ceres* y bajamos los dos niveles hasta nuestra habitación con pasos lentos.

—Maldito Júpiter... y mil veces maldito —insistió Whitefield de mal talante—. Es demasiado grande para el sistema. ¡Sigue ahí detrás de nosotros y tira, tira y *tira!* Hemos de tener los átomos disparando todo el camino. Debemos comprobar nuestra trayectoria completamente todas las horas. ¡Sin descansar, sin parar el motor, sin tranquilidad! Sólo un trabajo de lo más horrible.

Tenía la frente perlada de gotas de sudor y se las limpió con el dorso de la mano. Era un hombre joven, de apenas treinta años, y en sus ojos podía verse que estaba nervioso, e incluso un poco asustado.

Y no era Júpiter lo que le preocupaba, a pesar de su imprecación. Júpiter era la menor de nuestras preocupaciones. ¡Era Calixto! Era aquella pequeña luna que despedía un fulgor azul pálido sobre nuestras visiplacas, lo que hacía sudar a Whitefield y lo que ya me había quitado el sueño durante cuatro noches. ¡Calixto! ¡Nuestro punto de destino!

Incluso el viejo Mac Steeden, veterano de bigote gris que, en su juventud, había navegado con el gran Peewee Wilson en persona, realizaba sus obligaciones con mirada ausente. Cuatro días de viaje —y diez días más frente a nosotros— y el pánico había hecho su aparición.

Todos éramos bastante valientes en el curso normal de los acontecimientos. Los ocho del *Ceres* nos habíamos enfrentado con las purpúreas Lectrónicas y los peligrosos Disintos de piratas y rebeldes y con los ambientes hostiles de media docena de mundos. Pero se necesitaba más que un valor corriente para enfrentarse con lo desconocido; para enfrentarse con Calixto, «el mundo misterioso» del sistema solar.

Se sabía una cosa acerca de Calixto... un siniestro y único hecho. Durante un periodo de veinticinco años, habían aterrizado siete naves, progresivamente mejor equipadas... y nunca se había sabido nada más de ellas. Los suplementos dominicales

atribuían al satélite cualquier especie de habitantes, desde superdinosaurios hasta fantasmas invisibles de la cuarta dimensión, pero esto no resolvió el misterio.

Nuestra nave era la octava y, sin duda, mucho mejor que cualquiera de las que nos precedieron. Éramos los primeros en llevar el recién descubierto casco de beril tungsteno, el doble de resistente que el viejo recubrimiento de acero. Poseíamos un armamento superpesado y los últimos motores de propulsión atómica.

Aun así, nuestra nave no era más que la octava, y todos sin excepción lo sabíamos.

Whitefield entró silenciosamente en nuestra habitación y se desplomó en su litera. Tenía los puños cerrados debajo de la barbilla y sus nudillos estaban blancos. Me pareció que se hallaba próximo al límite de sus fuerzas. Era un caso que requería una gran diplomacia.

—Lo que necesitamos —dije— es una buena bebida muy cargada.

—Lo que necesitamos —contestó ásperamente—, es una gran cantidad de bebida buena y cargada.

—Bien, ¿qué nos lo impide?

Me miró con recelo.

—Sabes que no hay ni una gota de licor a bordo de esta nave. ¡Va contra las reglas!

—Espumosa agua verde de Jabra —dije lentamente, dejando que las palabras salieran despacio de mi boca—. Envejecida bajo los desiertos de Marte. Espeso jugo esmeralda. ¡Botellas llenas! ¡Cajas llenas!

—¿Dónde?

—Yo sé dónde. ¿Qué te parece? Unas cuantas copas, sólo unas cuantas, nos animarán.

Sus ojos centellearon un momento, y luego volvieron a apagarse.

—¿Y si el capitán nos descubre? Es muy rígido en cuestión de disciplina, y en un viaje como éste podría costarnos el puesto.

Yo parpadeé y sonreí.

—Es la reserva del propio capitán. No puede castigarnos sin destruirse él mismo... el viejo hipócrita. Es el capitán mejor que ha existido, pero le encanta el agua esmeralda.

Whitefield me miró larga y fijamente.

—De acuerdo. Muéstrame el camino.

Nos descolgamos hasta el cuarto de provisiones que, naturalmente, estaba desierto. El capitán y Steeden se encontraban en los controles; Brock y Charney se hallaban en los motores; y Harrigan y Tuley roncaban en su habitación.

Moviéndome lo más silenciosamente posible, gracias a una adquirida costumbre,

separé varias cajas de comida y abrí un panel oculto cerca del suelo. Metí la mano y saqué una polvorienta botella, que, en la escasa claridad, despidió un centelleo verde mar.

—Siéntate —dije— y ponte cómodo. —Cogí dos copas pequeñas y las llené.

Whitefield bebió lentamente y con grandes muestras de satisfacción. Vació la segunda copa de un sólo trago.

—¿Por qué te presentaste voluntario para este viaje, Whitey? —pregunté—. Eres un poco joven para una cosa así.

Agitó la mano.

—Ya sabes lo que ocurre. Las cosas se vuelven monótonas después de un tiempo. Me dediqué a la zoología al salir de la Universidad —un gran campo desde los viajes interplanetarios— y tuve un cómodo cargo en Ganímedes. Sin embargo, era monótono; me moría de aburrimiento. Así que me enrolé siguiendo un impulso, y después me presenté voluntario para este viaje. —Suspiró tristemente—. Estoy un poco arrepentido de haberlo hecho.

—No hay que tomarlo así muchacho. Yo tengo experiencia y lo sé. Cuando te domina el pánico, estás acabado. Al fin y al cabo, dentro de dos meses estaremos de vuelta en Ganímedes.

—No estoy asustado, si eso es lo que crees —exclamó airadamente—. Es que..., es que... —Hubo una larga pausa en la que con el ceño fruncido miró su tercera copa llena—. Bueno, es sólo que estoy cansado de intentar imaginarme lo que nos espera. Mi mente trabaja excesivamente y tengo los nervios destrozados.

—Claro, claro —le consolé—. No te culpo. Supongo que a todos nos ocurre lo mismo. Pero has de tener cuidado. Recuerdo que en un viaje Marte-Titán tuvimos...

Whitefield interrumpió una de mis historias favoritas —y yo las contaba mejor que cualquiera de las fuerzas armadas— con un golpe en las costillas que me cortó la respiración.

Dejó cuidadosamente su *Jabra*.

—Dime, Jenkins —tartamudeó—, ¿acaso he tragado bastante licor como para imaginarme cosas?

—Eso depende de lo que te imagines.

—Juraría que he visto algo que se movía entre la pila de cajas vacías de aquel rincón.

—Es una mala señal —dije mientras bebía otro trago—. Los nervios te afectan la vista y ahora vuelven a dominarte. Deben ser fantasmas, o la amenaza de Calixto que nos vigila con anticipación.

—Te digo que lo he visto. Allí hay algo vivo.

Se inclinó hacia mí —tenía los nervios desatados— y durante un momento, en aquella luz escasa y llena de sombras, incluso yo me estremecí.

—Estás loco —dije en voz alta, y el eco me tranquilizó un poco. Dejé mi copa vacía y me puse en pie con algo de inseguridad—. Acerquémonos y echemos una ojeada.

Whitefield me imitó y juntos empezamos a mover los ligeros cubículos de aluminio hacia uno y otro lado. No estábamos completamente sobrios e hicimos mucho ruido. Por el rabillo del ojo, vi a Whitefield tratando de mover la caja que había junto a la pared.

—Ésta no está vacía —gruñó, mientras la alzaba ligeramente del suelo.

Murmurando algo entre dientes, hizo saltar la tapa y miró al interior. Durante medio segundo permaneció inmóvil y después se alejó, retrocediendo lentamente. Tropezó con algo y cayó sentado, mientras seguía mirando fijamente la caja.

Contemplé sus acciones con asombro, y luego di un rápido vistazo a la caja en cuestión. El vistazo se convirtió en una larga mirada, y emití un ronco alarido que resonó en cada una de las cuatro paredes.

Un muchacho asomaba la cabeza fuera de la caja; un joven pelirrojo de cara sucia que no tendría más de trece años.

—Hola —dijo el muchacho mientras saltaba por la abertura. Ninguno de nosotros dos encontró fuerza suficiente para contestarle, así que prosiguió—: Me alegro de que me hayan encontrado. Me ha dado un calambre en un hombro al tratar de acurrucarme ahí dentro.

Whitefield tragó saliva.

—¡Buen Dios! ¡Un muchacho de polizón! ¡Y en un viaje a Calixto!

—Y no podemos regresar —recordé con voz quebrada— sin destrozarnos nosotros mismos. La órbita del satélite es *veneno*.

—Mira —Whitefield se volvió hacia el muchacho con súbita beligerancia—. ¿Quién eres, jovencuelo, y qué estás haciendo aquí?

El muchacho titubeó.

—Me llamo Stanley Fields —contestó, un poco atemorizado—. Soy de Nuevo Chicago, de Ganímedes. Me he escapado al espacio, como hacen en los libros. —Hizo una pausa y después preguntó animadamente—: ¿Cree que lucharemos con piratas en este viaje, señor?

No había duda de que el muchacho estaba lleno a rebosar de *Astronautas a diez centavos*. Yo solía leerlos cuando era jovencito.

—¿Qué hay de tus padres? —preguntó Whitefield, severamente.

—Oh, sólo tengo un tío. Supongo que no le importará mucho —había superado su primitiva inquietud y seguía sonriéndonos.

—Bueno, ¿qué vamos a hacer? —dijo Whitefield, mirándome con completa impotencia.

Yo me encogí de hombros.

—Llevarlo al capitán. Dejar que él se preocupe.

—¿Y cómo lo tomará?

—Del modo que prefiera. No es culpa *nuestra*. Además, no se puede hacer absolutamente nada.

Y agarrando un brazo cada uno, nos alejamos, llevando al muchacho entre nosotros.

El capitán Bartlett es un competente oficial y pertenece al tipo impasible que sólo muy raramente muestra alguna emoción. Pero en esas pocas ocasiones en que lo hace, es como un volcán de Mercurio en plena erupción... y no has vivido hasta ver uno de ellos.

Era un caso comprometido. El viaje a un satélite siempre es agotador. La imagen de Calixto frente a nosotros era más intensa para él que para cualquier miembro de la tripulación. Y ahora había aquel polizón.

¡Era intolerable! Durante media hora, el capitán descargó salva tras salva de las peores maldiciones. Empezó con el Sol y agotó la lista de planetas, satélites, asteroides, cometas, y de los mismísimos meteoros. Estaba empezando con las estrellas fijas más cercanas, cuando se desplomó a causa de un completo agotamiento nervioso. Estaba tan excitado que no se le ocurrió preguntarnos lo que hacíamos en el almacén, y Whitefield y yo estuvimos debidamente agradecidos.

Pero el capitán Bartlett no es tonto. Una vez hubo eliminado de su sistema la tensión nerviosa, vio claramente que lo que no puede curarse ha de soportarse.

—Que alguien se lo lleve y lo lave —gruñó con agotamiento— y que no se ponga ante mi vista por ahora. —Entonces, dulcificándose un poco, me atrajo hacia él—. No le asusten diciéndole adónde vamos. Se ha metido en un mal sitio, el pobre muchacho.

Cuando salimos, el viejo tramposo de corazón blando se disponía a enviar un mensaje urgente a Ganímedes para tratar de ponerse en comunicación con el tío del muchacho.

Naturalmente, entonces no lo sabíamos, pero aquel muchacho fue un enviado de Dios... un verdadero regalo de la diosa Fortuna. Desvió nuestros pensamientos de Calixto. Nos proporcionó algo más en qué pensar. La tensión, que al término de cuatro días casi había alcanzado su punto límite, cesó por completo.

Había algo refrescante en la natural alegría del chico, en su radiante ingenuidad. Paseaba por la nave preguntando las cosas más absurdas. Insistía en esperar piratas en cualquier momento. Y, sobre todo, seguía mirándonos a todos y cada uno de nosotros como héroes de *Astronautas a diez centavos*.

Como es natural, esto último halagaba nuestro ego y nos daba nuevos bríos. Competíamos entre nosotros en jactancia y en narrar aventuras imaginarias, y el viejo Mac Steeden, que a los ojos de Stanley era un semidiós, batió todos los récords de caprichosas y fantásticas mentiras.

Recuerdo, particularmente, la conversación que tuvimos el séptimo día de viaje. Ya habíamos llegado a mitad de camino y debíamos iniciar una cautelosa reducción de la velocidad. Todos nosotros (excepto Harrigan y Tuley, que se hallaban en los motores) estábamos sentados en la cabina de mando. Whitefield, sin perder de vista el computador, iniciaba la maniobra, y, como de costumbre, hablaba de zoología.

—Es una cosa parecida a una babosa pequeña —decía—, que no se ha encontrado más que en Europa^[3]. Se llama el *Carolus Europis*, pero siempre nos referimos a él como el Gusano Magnético. Tiene unos quince centímetros de longitud y es de un color gris pizarra... lo más desagradable que os podáis imaginar.

»Pasamos seis meses estudiando ese gusano y nunca había visto al viejo Mornikoff tan excitado como entonces. Veréis, mata por medio de cierta clase de campo magnético. Pones el Gusano Magnético en un extremo de la habitación y una oruga, por ejemplo, en el otro. Esperas unos cinco minutos y la oruga se enrosca y muere.

»Y lo más curioso es esto. No matará a una rana... demasiado grande; pero si coges a esa rana y la rodeas de una banda de hierro, ese Gusano Magnético la mata con toda facilidad. Por eso sabemos que es con una especie de campo magnético como lo hace... la presencia de hierro cuadruplica su fuerza.

Esta historia nos impresionó a todos. Se oyó la profunda voz de bajo de Joe Brock:

—Me alegro de que esos bichos no tengan más que diez centímetros de longitud, si lo que dices es verdad.

Mac Steeden se desperezó y después se atusó el bigote gris con exagerada indiferencia.

—Dices que *ese* gusano es extraño. No es nada comparado con las dos cosas que yo he visto en mis épocas...

Movió la cabeza con lentitud y remembranza, y comprendimos que estaba a punto de contar un cuento largo y horrible. Alguien lanzó un gemido sordo, pero Stanley se entusiasmó al ver que el viejo veterano estaba en vena de contar historias.

Steeden se fijó en los centelleantes ojos del muchacho, y se dirigió al él.

—Me encontraba con Peewee Wilson cuando ocurrió... Has oído hablar de Peewee Wilson, ¿verdad?

—Oh, sí —los ojos de Stanley revelaban claramente su adoración por el héroe—. He leído libros acerca de él. Fue el mejor astronauta que ha habido jamás.

—Puedes apostar todo el radio de Titán a que lo era, muchacho. No era más alto

que tú, y no pesaba mucho más de cincuenta kilos, pero valía cinco veces su peso en diablos de Venus en cualquier lucha. Y él y yo éramos inseparables. Nunca iba a ningún sitio si yo no estaba con él. Cuando las cosas se ponían difíciles siempre recurría a mí.

Suspiró lúgubrementemente.

—Estuve con él hasta el final. No fue más que una pierna rota lo que me impidió acompañarle en su último viaje...

Se interrumpió súbitamente y nos invadió un silencio tenso. El rostro de Whitefield se volvió blanco, la boca del capitán se torció en una extraña mueca, y yo sentí que el corazón me descendía, hasta las plantas de los pies.

Nadie habló, pero los seis pensamos lo mismo. El último viaje de Peewee Wilson había sido a Calixto. Fue el segundo... y no regresó. La nuestra era la octava expedición.

Stanley nos contempló uno a uno con asombro, pero todos evitamos su mirada.

El capitán Bartlett fue el que se recobró primero.

—Dígame, Steeden, usted tiene un viejo traje espacial de Peewee Wilson, ¿verdad? —su voz era tranquila y reposada, pero vi que le costaba un gran esfuerzo mantenerla así.

Steeden levantó la vista con los ojos brillantes. Había estado mascando las puntas de su bigote (siempre lo hacía cuando estaba nervioso) y ahora le colgaban de forma descuidada.

—Desde luego, capitán. Me lo dio él mismo, vaya si lo hizo. Fue antes del '23 cuando los nuevos trajes de acero acababan de salir. Peewee ya no necesitaba su viejo artefacto de vitri-caucho, así que me lo dio... y lo conservo desde entonces. Me da buena suerte.

—Bueno, estaba pensando que podríamos arreglar ese viejo traje para el muchacho. No le irá bien ningún otro y necesita uno.

Los apagados ojos del veterano se endurecieron y sacudió vigorosamente la cabeza.

—No señor, capitán. Nadie toca ese viejo traje. El mismo Peewee me lo dio. ¡Con sus propias manos! Es..., es *sagrado*, eso es lo que es.

Los demás nos pusimos inmediatamente de parte del capitán, pero la obstinación de Steeden persistió y aumentó. Repetía inexpresivamente una y otra vez: «Ese traje se quedará donde está.» Y recalcaba la afirmación con un golpe de su nudoso puño.

Estábamos a punto de darnos por vencidos, cuando Stanley, que hasta entonces había guardado discretamente silencio, intervino en la discusión.

—Por favor, señor Steeden —la voz le temblaba ligeramente—. Por favor, déjemelo. Tendré mucho cuidado con él. Apuesto a que si Peewee Wilson viviera

accedería a prestármelo —sus ojos azules se empañaron y el labio inferior le tembló un poco. El muchacho era un actor perfecto.

Steeden parecía irresoluto y empezó a masticar su bigote de nuevo.

—Bueno... oh, diablos, todos os habéis confabulado contra mí. Que el muchacho lo use, pero ¡no esperéis que yo lo arregle! Vosotros podéis perder horas de sueño... Yo me lavo las manos.

Y así el capitán Bartlett mató dos pájaros de un tiro. Desvió nuestros pensamientos de Calixto en un momento en que la moral de la tripulación era muy baja y nos proporcionó algo en que pensar durante el resto del viaje... pues renovar aquella vieja reliquia suponía casi una semana de trabajo.

Trabajamos en aquella antigualla con una concentración totalmente desproporcionada respecto a la importancia de la tarea. Con esta insignificancia, nos olvidamos del orbe creciente de Calixto. Soldamos hasta la última grieta y cámara de aire de aquel venerable traje. Arreglamos el interior con una tupida red de alambre de aluminio. Restauramos la pequeña unidad calorífica e instalamos nuevos depósitos de oxígeno y tungsteno.

Incluso el capitán nos ayudaba de vez en cuando, y Steeden, después del primer día, a pesar de su diatriba del principio, se dedicó a la tarea con todo su empeño.

Lo acabamos el día antes del previsto para el aterrizaje, y Stanley, cuando se lo probó, resplandecía de orgullo, mientras Steeden le contemplaba, sonriendo y retorciéndose el bigote.

Y a medida que los días pasaban, el círculo azul pálido que era Calixto aumentaba de tamaño sobre la visiplaca hasta ocupar la mayor parte del cielo. El último día fue inquietante. Realizamos abstraídamente nuestras tareas, y de un modo deliberado evitamos mirar el cruel e inclemente satélite que teníamos delante.

Nos lanzamos... en una espiral larga y gradualmente contráctil. Por medio de esta maniobra, el capitán había esperado lograr algún conocimiento preliminar de la naturaleza del satélite y sus eventuales habitantes, pero la información que conseguimos fue casi totalmente negativa. El gran porcentaje de dióxido de carbono, presente en la delgada y fría atmósfera era compatible con la vida de las plantas, así que la vegetación era abundante y diversa. Sin embargo, el índice del tres por ciento de oxígeno parecía excluir la posibilidad de cualquier clase de vida animal, excepto las especies más simples y primitivas. Tampoco había ninguna evidencia de ciudades o estructuras artificiales de cualquier clase.

Dimos cinco vueltas alrededor de Calixto antes de divisar un gran lago, cuya forma recordaba la cabeza de un caballo. Descendimos suavemente en dirección hacia él, pues el último mensaje de la segunda expedición —la de Peewee Wilson— habló de aterrizar cerca de dicho lago.

Todavía nos hallábamos a unos ochocientos metros del suelo, cuando localizamos el brillante ovoide de metal que era el *Fobos*, y cuando al fin nos posamos suavemente sobre el verde rastrojo de vegetación, no nos separaban más de quinientos metros de la desafortunada embarcación.

—Es extraño —murmuró el capitán, cuando todos nos hubimos congregado en la cabina de mandos, en espera de nuevas órdenes—, parece que no hay ninguna señal de violencia.

¡Era cierto! El *Fobos* estaba allí, al parecer intacto. Su anticuado casco de acero brillaba bajo la luz amarillenta de un convexo Júpiter, pues el escaso oxígeno de la atmósfera no podía llegar a oxidar su resistente exterior.

El capitán salió de su ensimismamiento y se volvió hacia Charney, que estaba en la radio.

—¿Ganímedes ha contestado?

—Sí, señor. Nos desean buena suerte. —Lo dijo con sencillez, pero un escalofrío me recorrió la espina dorsal.

No se movió ni un solo músculo del rostro del capitán.

—¿Ha intentado establecer comunicación con el *Fobos*?

—No contestan, señor.

—Tres de nosotros investigarán el *Fobos*. Algunas respuestas, por lo menos, deben estar allí.

—¡Palillos de cerillas! —gruñó Brock, con impasibilidad.

El capitán asintió gravemente.

Puso ocho cerillas en la palma de su mano, rompió tres por la mitad, y extendió el brazo hacia nosotros, sin decir ni una palabra.

Charney dio un paso adelante y cogió el primero. Estaba rota y se dirigió lentamente hacia el perchero del traje espacial. Tuley le siguió y tras él Harrigan y Whitefield. Después yo, y saqué la segunda cerilla rota. Sonreí y seguí a Charney, y al cabo de treinta segundos, el viejo Steeden en persona se reunió con nosotros.

—La nave les respaldará, muchachos —dijo el capitán tranquilamente, mientras nos estrechaba la mano—. Si ocurre algo peligroso, echen a correr. Nada de heroísmos ahora, no podemos permitirnos el lujo de perder hombres.

Inspeccionamos nuestras Lectrónicas de bolsillo y salimos. No sabíamos con exactitud lo que debíamos esperar y no estábamos seguros de que nuestros primeros pasos sobre suelo de Calixto no pudieran ser los últimos, pero ninguno de nosotros vaciló un sólo instante. En los *Astronautas a diez centavos*, el valor es una mercancía muy barata, pero es mucho más cara en la vida real. Recuerdo con considerable orgullo los firmes pasos con los que los tres abandonamos la protección del *Ceres*.

Miré hacia atrás una sola vez y distinguí el rostro de Stanley pegado al grueso

vidrio de la portilla. Incluso a distancia, su nerviosismo era evidente. ¡Pobre chico! Durante los últimos dos días había estado convencido de que nos hallábamos en camino hacia una ciudadela de piratas y casi se moría de impaciencia porque la lucha empezara. Naturalmente, ninguno de nosotros se cuidó de desilusionarle.

El casco exterior del *Fobos* se levantaba ante nosotros y nos dominaba con su presencia. La gigantesca embarcación reposaba sobre la hierba verde oscura, silenciosa como la muerte. Una de las siete que lo habían intentado y habían fracasado. Y la nuestra era la octava.

Charney rompió el inquieto silencio.

—¿Qué son esas manchas blancas del casco?

Levantó un dedo forrado de metal y lo paseó por la plancha de acero. Lo retiró y contempló la blanda pulpa de color blanco que lo cubría. Con un involuntario estremecimiento de repugnancia, se lo limpió restregándolo en la gruesa hierba del suelo.

—¿Qué creéis que es?

Toda la nave —excepto la parte cercana al suelo— estaba recubierta de una fina capa de la pulposa sustancia. Parecía espuma seca... parecía...

Dije:

—Es como fango que una babosa gigante hubiera dejado tras salir del lago y deslizarse sobre la nave.

Naturalmente, no hice tal afirmación en serio, pero los otros dos lanzaron una apresurada mirada a la superficie lisa como un espejo del lago en la que se reflejaba con claridad la imagen de Júpiter. Charney sacó su Lectrónica de mano.

—¡Aquí! —gritó repentinamente Steeden, cuya voz sonaba ronca y metálica a través de la radio—. Es inútil seguir hablando. Hemos de encontrar algún medio de entrar en la nave; debe haber una grieta en alguna parte del casco. Tú irás hacia la derecha, Charney, y tú, Jenkins, hacia la izquierda. Yo intentaré llegar arriba de alguna forma.

Mirando cuidadosamente el casco redondeado, retrocedió y dio un salto. En Calixto, desde luego, sólo pesaba diez kilos o menos, con traje y todo, así que se elevó unos diez o doce metros. Golpeó ligeramente el casco, y cuando empezaba a deslizarse hacia abajo, se agarró a la cabeza de un remache y gateó hasta la parte superior.

En ese momento yo hice un gesto de despedida a Charney, y me alejé.

—¿Todo va bien? —la voz del capitán sonó tenuemente junto a mi oído.

—Todo bien —repuse con aspereza— hasta ahora. —Y mientras lo decía, el *Ceres* desapareció detrás del saliente convexo del fallecido *Fobos* y me encontré completamente solo en la misteriosa luna.

A partir de entonces proseguí mi ronda en silencio. La «piel» de la nave espacial

no estaba rota, a excepción de las oscuras portillas, las más bajas de las cuales se hallaban muy por encima de mi cabeza. Una o dos veces me pareció ver a Steeden gateando como un mono sobre la superficie del casco, pero quizá no fue más que una ilusión.

Al final llegué a la proa, que aparecía bañada por la clara luz de Júpiter. Allí, la hilera inferior de portillas estaba lo bastante baja como para ver el interior, y mientras pasaba de una a otra, me dio la impresión de que estaba contemplando una nave llena de espectros, pues en aquella luz fantasmal todos los objetos parecían sombras oscilantes.

La última ventana de la línea resultó ser de un interés irresistible. En el rectángulo amarillo de la luz de Júpiter estampada en el suelo, yacía lo que quedaba de un hombre. Su ropa le cubría con holgura y la camisa estaba levantada, como si las costillas le hubieran hecho adoptar esta posición. En el espacio entre el cuello abierto de la camisa y el casco de ingeniero, se veía un sonriente cráneo sin ojos. El casco, reposando oblicuamente sobre la calavera, parecía añadir el último refinamiento de horror a la escena.

Un grito penetrante hizo que mi corazón latiera con fuerza. Era Steeden, que lanzaba exclamaciones irreverentes desde algún lugar de la parte superior de la nave. Casi en seguida, vi su torpe cuerpo recubierto de acero que resbalaba y se deslizaba por el costado de la nave.

Corrimos hacia él con largos y flotantes saltos y nos hizo señales de que le siguiéramos, mientras avanzaba delante nuestro, hacia el lago. En la misma orilla, se detuvo y se inclinó sobre un objeto medio enterrado. En dos saltos estuvimos junto a él, y vimos que el objeto era un hombre vestido con un traje espacial, tendido boca abajo. Estaba recubierto por una gruesa capa de la misma sustancia viscosa que había en el *Fobos*.

—Lo he visto desde encima de la nave —dijo Steeden, sin aliento, mientras daba la vuelta a la figura.

Lo que vimos nos hizo lanzar a los tres un grito simultáneo. A través de la visera de vidrio, se distinguía un semblante de leproso. Las facciones estaban putrefactas, caídas a pedazos, como si la descomposición hubiera empezado y cesado a causa de la limitada provisión de aire. Aquí y allí aparecían pedazos de hueso gris. Era la escena más repulsiva que he presenciado en mi vida, a pesar de que he visto muchas similares.

—¡Dios mío! —la voz de Charney era casi un sollozo—. Sólo se murieron y descompusieron.

Explicué a Steeden que había visto un esqueleto vestido a través de la portilla.

—Maldita sea, esto es un rompecabezas —gruñó Steeden—, y la solución *ha* de estar dentro del *Fobos*. —Hubo un silencio momentáneo—. Os diré lo que haremos.

Uno de nosotros puede regresar y pedir al capitán que desmonte el Desintegrador. Debe ser lo bastante ligero como para manejarlo en Calixto y, a baja intensidad, podemos conseguir la precisión suficiente para practicar un agujero sin hacer que explote toda la nave. Ve tú, Jenkins. Charney y yo intentaremos encontrar otros pobres diablos.

Me dirigí hacia el *Ceres* sin necesidad de que me lo repitieran, cubriendo la distancia con enormes saltos. Ya había recorrido tres cuartas partes del camino cuando un fuerte grito, que sonó metálicamente junto a mi oído, me hizo parar en seco. Di media vuelta con desaliento y quedé petrificado ante la escena que se desarrollaba frente a mis ojos.

La superficie del lago se había convertido en espuma hirviente, y de ella salían las partes delanteras de lo que parecían ser orugas gigantes. Llegaron serpenteando a la orilla, con sus cuerpos de un color gris oscuro chorreando fango y agua. Tenían un metro de longitud, unos treinta centímetros de ancho, y su método de locomoción era lento y reptante. A excepción de una protuberancia alargada en su extremo anterior, cuya punta era de un tenue color rojo, carecían de rasgos característicos.

Mientras yo las miraba, su número aumentaba, hasta que la orilla se convirtió en una compacta masa de nauseabunda carne gris.

Charney y Steeden corrían hacia el *Ceres*, pero no habían cubierto la mitad de la distancia cuando dieron un traspié, y su carrera se convirtió en un tambaleo a ciegas. Incluso eso cesó, y casi al mismo tiempo cayeron de rodillas.

La voz de Charney sonó débilmente junto a mi oído:

—¡Ve a buscar ayuda! Me duele muchísimo la cabeza. ¡No puedo moverme! Me... —ahora los dos estaban inmóviles en el suelo.

Mi primer impulso fue dirigirme hacia ellos, pero una súbita y aguda punzada justo encima de las sienes me hizo tambalear, y por un momento me sentí desconcertado.

Entonces oí un repentino grito sobrenatural de Whitefield.

—¡Vuelve a la nave, Jenkins! ¡Vuelve! ¡Vuelve!

Me volví para obedecer, pues el dolor se había trocado en continuo e irresistible sufrimiento. Avancé zigzagueando y haciendo eses hacia la esclusa abierta, y creo que estaba a punto de desmayarme cuando me caí en ella. Después de eso, lo único que puedo recordar es una gran confusión.

Mi siguiente impresión clara fue de la cabina de mandos del *Ceres*. Alguien me había quitado el traje, y al mirar a mí alrededor con desaliento presencié una escena de la mayor confusión. Mi cerebro todavía estaba algo embotado y vi doble la imagen del capitán Bartlett cuando éste se inclinó sobre mí.

—¿Sabe lo que eran esas malditas criaturas? —señaló hacia las orugas gigantes

del exterior.

Moví la cabeza mudamente.

—Son los bisabuelos del Gusano Magnético del que nos habló Whitefield en una ocasión. ¿Se acuerda del Gusano Magnético?

Yo asentí.

—El que mata por medio de un campo magnético reforzado por hierro a su alrededor.

—Maldita sea, sí —gritó Whitefield, interrumpiéndonos repentinamente—. Podría jurarlo. Si no fuera por la afortunada casualidad de que nuestro casco es de berilo-tungsteno y no de acero —como el *Fobos* y el resto—, a estas alturas todos estaríamos inconscientes y muertos dentro de poco.

Así que *ésa* es la amenaza de Calixto —mi voz se alzó con súbita consternación—. Pero ¿qué hay de Charney y Steeden?

—Están perdidos —murmuró el capitán sombríamente—. Inconscientes... quizá muertos. Esos inmundos gusanos se dirigen hacia ellos y no podemos hacer nada para evitarlo —fue contando los obstáculos con los dedos—. No podemos ir a rescatarlos con el traje espacial sin firmar nuestra propia muerte... Los trajes espaciales son de acero, y nadie puede sobrevivir ahí fuera sin uno. No tenemos armas con un rayo lo bastante fino como para destruir a los gusanos sin abrasar también a Charney y Steeden. Había pensado en acercar el *Ceres* y recogerlos rápidamente, pero no se puede manejar una astronave en superficies planetarias como ésta... No, sin hacerse pedazos. Nosotros...

—Abreviando —interrumpí sordamente—, tenemos que permanecer aquí y ver cómo se mueren.

Él asintió y yo me alejé con amargura.

Sentí un ligero estirón de mi manga, y cuando me volví, encontré los dilatados ojos azules de Stanley mirándome fijamente. Con la excitación, me había olvidado de él, y ahora le contemplé con mal humor.

—¿Qué hay? —pregunté con brusquedad.

—Señor Jenkins —sus ojos estaban enrojecidos, y creo que hubiera preferido piratas que Gusanos Magnéticos—. Señor Jenkins, quizá pudiera ir yo a rescatar al señor Charney y al señor Steeden.

Suspiré, y di media vuelta para alejarme.

—Pero, señor Jenkins, yo *podría*. Oí lo que decía el señor Whitefield, y *mi* traje espacial no es de acero. Es de vitri-caucho.

—El muchacho tiene razón —susurró Whitefield con lentitud, cuando Stanley repitió su oferta a los hombres congregados—. El campo sin reforzar no nos afecta, eso es evidente. No correrá ningún peligro con un traje de vitri-caucho.

—¡Pero ese traje está destrozado! —objetó el capitán—. En realidad nunca tuve

la intención de que el muchacho lo utilizara. —Se le veía vacilar y su comportamiento era evidentemente irresoluto.

—No podemos abandonar a Neal y Mac ahí fuera sin intentarlo, capitán —dijo Brock impasiblemente.

El capitán se decidió de pronto y se convirtió en un torbellino de actividad. Él mismo entró en el perchero de los trajes espaciales, en busca de la deteriorada reliquia, y ayudó a Stanley a ponérsela.

—Primero trae a Steeden —dijo el capitán, mientras aseguraba el último cierre—. Es más viejo y tiene menos resistencia al campo. Que tengas buena suerte, muchacho, y si lo consigues, regresa inmediatamente. Inmediatamente, ¿me oyes?

Stanley se tambaleó al dar el primer paso, pero la vida en Ganímedes le había acostumbrado a las gravedades por debajo de lo normal y se recuperó con rapidez. No dio muestras de vacilación mientras saltaba hacia las dos figuras tendidas, lo cual nos animó. Evidentemente, el campo magnético aún no le afectaba.

Ahora tenía uno de los cuerpos sobre los hombros y se disponía a regresar a la nave a un paso ligeramente más lento. Al desembarazarse de su carga en la esclusa, agitó el brazo frente a la ventana donde estábamos y nosotros le respondimos del mismo modo.

Apenas se había alejado, cuando tuvimos a Steeden dentro. Le quitamos el traje y lo estiramos, macilento y pálido como estaba, sobre el diván.

El capitán acercó un oído a su pecho y de repente se echó a reír con súbito alivio.

—El viejo excéntrico sigue en plena forma.

Al oír aquello nos arremolinamos a su alrededor con alegría, impacientes por colocar un dedo sobre su muñeca y asegurarnos de que seguía con vida. Su cara se crispó, y cuando una voz baja y confusa murmuró súbitamente: «Así se lo dije a Peewee, se lo dije...», nuestras últimas dudas se desvanecieron.

Fue un repentino y agudo grito de Whitefield lo que nos atrajo de nuevo a la ventana.

—Algo malo le ocurre al muchacho.

Stanley se encontraba a medio camino de regreso hacia la nave con su segunda carga, pero ahora se tambaleaba... avanzando irregularmente.

—No puede ser —susurró Whitefield, con voz ronca—. No puede ser. ¡El campo *no puede* haberle afectado!

—¡Dios mío! —el capitán se mesaba el cabello con violencia—, esa maldita antigualla no tiene radio. No puede decirnos qué ocurre. —De repente hizo ademán de alejarse—. Me voy a buscarle. Con campo o sin campo, me voy a buscarle.

—Espere, capitán —dijo Tuley, agarrándole por el brazo—, aún puede lograrlo.

Stanley corría de nuevo, pero de forma curiosa, en zig-zag, revelando claramente

que no sabía adónde iba. Resbaló dos o tres veces y se cayó, pero cada vez logró ponerse en pie de nuevo. Por último, tropezó contra el casco de la nave, y buscó frenéticamente a tientas la esclusa abierta. Nosotros gritamos y rezamos y sudamos, pero no podíamos ayudar en nada.

Y entonces desapareció. Había tropezado con la esclusa y se había caído dentro.

Los tuvimos dentro en un tiempo récord, y los despojamos de sus trajes. Charney estaba vivo, lo supimos a la primera mirada, y, enseguida le abandonamos muy poco ceremoniosamente por Stanley. El color azul de su rostro, la lengua hinchada, el reguero de sangre fresca que corría de la nariz a la barbilla nos contaron su propia historia.

—El traje se ha agrietado —dijo Harrigan.

—Apártense de él —ordenó el capitán—, denle aire.

Aguardamos. Finalmente, un débil gemido del muchacho nos indicó que recuperaba el conocimiento y todos sonreímos a la vez.

—Un muchachito valiente —dijo el capitán—. Ha recorrido los últimos cien metros gracias a su temple y nada más —y repitió—: Un muchachito valiente. Conseguirá una medalla por esto, aunque tenga que darle la mía.

Calixto no era más que una pequeña bola azul en el televisor —un mundo cualquiera desprovisto de todo misterio—. Stanley Fields, capitán honorario de la gran nave Ceres, le hizo gestos de burla, sacando la lengua al mismo tiempo. Un gesto muy poco elegante pero que simbolizaba el triunfo del Hombre sobre el hostil sistema solar.

Ahora que releo la historia (es la primera vez que lo hago desde que fue publicada) me divierte ver que el nombre de mi joven polizón es Stanley. Es el nombre de mi hermano pequeño, que sólo contaba nueve años cuando escribí el relato (el mismo hermano pequeño que protagonizó mi ensayo de la escuela superior de muchachos, y que ahora es subdirector del Newsday de Long Island). No sé por qué es necesario emplear «nombres reales», pero me parece que casi todos los escritores noveles lo hacen.

Observarán que no hay chicas en el relato. En realidad no es nada extraño. A los dieciocho años yo estaba muy ocupado con mis estudios de la Universidad, trabajando en la pastelería de mi padre y ocupándome de repartir periódicos a domicilio mañana y tarde, así que nunca había tenido tiempo de salir con una chica. No sabía absolutamente nada sobre chicas (excepto la biología que aprendí en libros

y de otra fuente, mejor informada que son los muchachos).

Eventualmente tuve compromisos y eventualmente introduje chicas en mis relatos; pero la primera impresión tuvo su efecto. Hasta el momento actual, el elemento romántico de mis relatos es mínimo y el elemento sexual, casi nulo.

Por otro lado, me pregunto si la explicación anterior sobre la carencia de sexo en mis relatos no está demasiado simplificada. Al fin y al cabo, yo también soy abstemio y sin embargo, observo que mis personajes beben agua de Jabra marciana (sea lo que eso fuere).

Mis conocimientos sobre astrología eran bastante respetables, pero me dejé influir demasiado por las convenciones comunes de la ciencia ficción de aquella época. Entonces, todos los mundos eran similares a la Tierra y estaban deshabitados, así que doté a Calixto de una atmósfera que sólo contenía una pequeña cantidad de oxígeno libre. También lo doté de agua corriente, y vida animal y vegetal. Todo esto es, naturalmente, por completo inverosímil, y las pruebas que tenemos nos inducen a creer que Calixto es un mundo sin aire y sin agua, igual que nuestra Luna (y, desde luego, yo lo sabía ya entonces).

Retrocedamos a mi tercera historia, ahora...

El 30 de julio de 1938, después de sólo ocho días del segundo rechazo de Campbell, había finalizado mi tercer relato, Abandonados cerca de Vesta. Sin embargo, pensé que no era conveniente ver a Campbell más de una vez al mes, pues consideré que, de lo contrario, abusaría de su hospitalidad. Por lo tanto, guardé el manuscrito y me puse a escribir otros relatos. A final de mes tenía dos más: Este planeta irracional y Un anillo alrededor del sol.

Mis primeros tres relatos, incluido Abandonados cerca de Vesta, fueron mecanografiados con una máquina de escribir Underwood n.º 5, vieja, pero perfectamente utilizable, que mi padre me había conseguido en 1936 por diez dólares. Sin embargo, cuando hube presentado mi segundo relato a Campbell, mi padre juzgó que mi deseo de ser escritor iba en serio, y considerando que mi fracaso para vender era improcedente y, en cualquier caso, temporal, se dispuso a comprarme una máquina de escribir completamente nueva.

El 10 de agosto de 1938, entró en casa una Smith-Corona portátil, y fue con esta nueva máquina de escribir con la que mecanografié mi cuarto y quinto relatos.

De los tres, el que me pareció más flojo fue Este planeta irracional, así que no lo ofrecí a Campbell. Lo envié directamente a Thrilling Wonder Stories el 26 de agosto, y no fue rechazado hasta el 24 de setiembre. Campbell me había malacostumbrado, y las cuatro semanas que mediaron entre el envío y el rechazo me consternaron. Incluso acudí, durante el intervalo, a pedir una explicación... sin saber que una simple demora de cuatro semanas era realmente breve para cualquiera, excepto

Campbell.

Pero, por lo menos, el rechazo, cuando llegó, estaba mecanografiado y no era una forma impresa. Lo que es más, incluía la frase: «Lo intentaré de nuevo, ¿verdad?» Eso me animó. Quizá había sobrestimado el relato. Lo sometí a Campbell, y lo rechazó al cabo de seis días. A continuación lo rechazaron otras cinco revistas. No logré venderlo, y Este planeta irracional tampoco existe en la actualidad. Ni siquiera recuerdo el tema, aunque estoy totalmente seguro de que el planeta del título era la misma Tierra. (El único otro dato que tengo sobre él es que era muy corto, sólo contenía tres mil palabras. De hecho, la mayoría de relatos de esos primeros eran cortos. El más largo fue el primero, Tirabuzón cósmico.)

A los otros dos relatos escritos el mismo mes les aguardaba un destino mejor, aunque al principio no lo pareció. El 30 de agosto de 1938 visité a Campbell por tercera vez y le entregué Abandonados cerca de Vesta y Un anillo alrededor del sol... y ambos me fueron devueltos el 8 de septiembre.

Al día siguiente envié Abandonados cerca de Vesta, que consideré el mejor de los dos, a Amazing Stories. No supe nada de él hasta al cabo de un mes y medio, pero esta vez la espera valió la pena. El 21 de octubre de 1938 llegó una carta de aceptación de Raymond A. Palmer, que entonces era director de Amazing, y que desde aquella época ha alcanzado un gran renombre como la figura principal en cuestión de Platillos volantes y otras formas de ocultismo. Hasta ahora no he conocido Personalmente al señor Palmer.

Era mi primera aceptación, cuatro meses justos después de mi primera visita a John Campbell. Para entonces ya había escrito seis relatos y recibido nueve rechazos de diversas revistas. El cheque, de 64 dólares (un centavo por palabra), llegó el 31 de octubre, y éste fue el primer dinero que gané en mi vida como escritor profesional^[4].

He guardado esta primera carta de aceptación, de Palmer, durante muchos años, enmarcada y colgada en la pared de mi habitación. Pero con las vicisitudes de la vida también ha desaparecido y confieso que lo lamento.

El relato apareció en el ejemplar de Amazing Stories de marzo de 1939, que llegó a los quioscos el 10 de enero de 1939, justo ocho días después de mi decimonoveno cumpleaños. Era la primera ocasión en que yo publicaba profesionalmente, y todavía conservo un ejemplar intacto de aquel número de la revista. No guardé ninguno en aquel tiempo (mi sentido de la importancia histórica, como ya he explicado, es deficiente), sino que extraje mi relato para encuadernar y descarté el resto. Normalmente, no me importa hacerlo y siempre lo he hecho así (el espacio es limitado, incluso en el mejor de los apartamentos, cuando se es tan prolífico como yo), pero un día me arrepentí de no haber conservado aquel ejemplar intacto. El conocido aficionado a la ciencia ficción Forrest J. Ackerman oyó que lo

lamentaba y me envió amablemente un ejemplar en excelente estado.

Este ejemplar, por cierto, contiene un pequeño pasquín autobiográfico escrito por mí antes de los veinte años. Al volver a leerlo, años más tarde, se reveló como algo exquisitamente desconcertante.

Abandonados cerca de Vesta no está incluido aquí, puesto que apareció en Misterios de Asimov. (Esto no significa que fuera un misterio. La razón de su inclusión en aquella serie particular está explicada allí. Bien, adelante, compren el libro y satisfagan su curiosidad.)

En cuanto a Un anillo alrededor del sol, fue rechazado por Thrilling Wonder Stories, pero luego, el 5 de febrero de 1939, fue aceptado por Future Fiction, una de las nuevas revistas de ciencia ficción que estaban surgiendo.

Apareció en el segundo número de la revista que, sin embargo, no llegó a los quioscos hasta casi un año después de la venta. El pago (teóricamente por su publicación, y no por su aceptación tal como era el procedimiento más civilizado de Campbell) se retrasó más todavía y además, era por la cantidad de sólo medio centavo por palabra, así que el cheque se elevó únicamente a veinticinco dólares. Astonishing Stories tampoco pagaba más de medio centavo por palabra en aquel tiempo, pero La amenaza de Calixto fue el relato más largo —6.500 palabras— así que me produjo una ganancia de 32.50 dólares.

Sin embargo, me consideré bien pagado. Sabía muy bien que en la todavía temprana historia de las revistas de ciencia ficción, el pago de un cuarto de centavo por palabra era lo usual, y no por publicación sino (como se murmuraba) tras entablar un pleito. Además, aquéllos eran tiempos de escasez, y para mí veinticinco dólares significaban algo así como cinco meses de dinero de bolsillo (sin bromear).

En aquella época, el director de Future Fiction era Charles D. Hornig. Ocasionalmente acudí a su oficina para preguntar cuándo aparecería un relato, o cuándo me enviarían el cheque, pero no recuerdo haberlo encontrado nunca en ella. De hecho, que yo sepa, todavía no le conozco.

UN ANILLO ALREDEDOR DEL SOL

Jimmy Turner canturreaba alegremente, quizá con cierta estridencia, cuando entró en la sala de recepción.

—¿Está el viejo aguafiestas ahí dentro? —preguntó, acompañando la interrogación con un guiño que hizo sonrojar de agradecimiento a la bonita secretaria.

—Así es; y esperándole. —Le indicó una puerta en la que estaba escrito en gruesas letras negras, «Frank McCutcheon, director general, Correos del Espacio Unido».

Jim entró.

—Hola, capitán, ¿qué pasa ahora?

—Oh, es usted. —McCutcheon levantó la vista de su mesa, mordisqueando un maloliente cigarro—. Siéntese.

McCutcheon le miró fijamente por debajo de sus tupidas cejas. Ni aún los residentes más antiguos recordaban haber visto reír al «viejo aguafiestas», como le designaban todos los miembros de Correos del Espacio Unido, aunque los rumores aseguraban que había sonreído, cuando era pequeño, al ver caer a su padre de un manzano. En aquel momento, su expresión hacía creer que el rumor era exagerado.

—Ahora, escuche, Turner —bramó—. Correos del Espacio Unido piensa inaugurar un nuevo servicio y usted ha sido elegido para abrir el camino. —Haciendo caso omiso de la mueca de Jimmy, continuó—: De ahora en adelante, el correo venusiano funcionará todo el año.

—¡Cómo! Siempre he creído que era la ruina, desde el punto de vista financiero, repartir el correo venusiano, excepto cuando Venus estaba a este lado del Sol.

—Claro —admitió McCutcheon—, si seguimos las rutas ordinarias. Pero podríamos cortar directamente a través del sistema sólo con aproximarnos lo bastante al Sol. ¡Y aquí interviene usted! Se ha fabricado una nueva nave que está equipada para llegar a sólo treinta millones de kilómetros del Sol y que podrá mantenerse indefinidamente a esta distancia.

Jimmy le interrumpió con nerviosismo:

—No corra tanto, aguaf..., señor McCutcheon, no acabo de comprenderlo. ¿De qué clase de nave se trata?

—¿Cómo quiere que yo lo sepa? No me he escapado de ningún laboratorio. Por lo que me han dicho, emite una especie de campo magnético que encauza las radiaciones del Sol alrededor de la nave. ¿Lo entiende? Todo se desvía. El calor no te alcanza. Puedes permanecer allí para siempre y estar más fresco que en Nueva York.

—Oh, ¿de veras? —Jimmy se mostraba escéptico—. ¿Ha sido comprobado, o quizá han dejado ese pequeño detalle para mí?

—Naturalmente que ha sido comprobado, pero no bajo las actuales condiciones solares.

—Entonces está descartado. He hecho mucho por Correos, pero esto es el límite. No estoy loco, *todavía*.

McCutcheon se puso rígido.

—¿Debo recordarle el juramento que hizo al entrar en el servicio, Turner? «Nuestro vuelo a través del espacio...»

—«... nunca debe ser detenido por nada excepto la muerte» —terminó Jimmy—. Lo sé tan bien como usted y también me doy cuenta de que es muy fácil citarlo desde un cómodo sillón. Si es usted idealista hasta este punto, puede hacerlo usted mismo. Por lo que a mí respecta, está descartado. Y si quiere, puede echarme a patadas. Conseguiré otro trabajo así de pronto —chasqueó los dedos airadamente.

La voz de McCutcheon se transformó en un suave murmullo.

Vamos, vamos, Turner, no se apresure. Todavía no ha oído todo lo que tengo que decirle. Roy Snead será su compañero.

—¡Uf! ¡Snead! Pero si ese fanfarrón no tendría agallas para aceptar un trabajo como éste ni dentro de un millón de años. Cuénteme algún otro cuento de hadas.

—Bueno, en realidad, ya ha aceptado. A mí se me ocurrió que usted podría acompañarle, pero veo que él tenía razón. Insistió en que usted se echaría atrás. Al principio pensé que no lo haría.

McCutcheon le hizo un gesto de despedida y se enfrascó de nuevo con indiferencia en el informe que estaba estudiando cuando Jimmy entró. Este dio media vuelta, vaciló, y entonces regresó.

—Espere un poco, señor McCutcheon; ¿quiere decir que Roy irá realmente? —éste asintió, al parecer todavía absorto en otros asuntos, y Jimmy explotó—: ¡Vamos, ese tipo vil, zanquilargo y tramposo! ¡Así que cree que soy demasiado cobarde para ir! Bien, yo le enseñaré. Aceptaré el trabajo y apostaré diez dólares contra un níquel venusiano a que se pone enfermo en el último minuto.

—¡Estupendo! —McCutcheon se levantó y le estrechó la mano—. Sabía que entraría en razón. El mayor Wade tiene todos los detalles. Creo que partirán dentro de unas seis semanas, y como yo salgo hacia Venus mañana, probablemente nos veremos allí.

Jimmy salió, aún indignado, y McCutcheon se puso en comunicación con la secretaria.

—Ah, señorita Wilson, póngame con Roy Snead en el visor.

Al cabo de unos minutos de espera, se encendió una luz de señales roja. Se conectó el visor y el moreno y apuesto Snead apareció en la visiplaca.

—Hola, Snead —gruñó McCutcheon—. Ha perdido la apuesta, Turner ha aceptado el trabajo. Por poco se muere de risa cuando le he dicho que usted no creía que fuese. Envíeme los veinte dólares, por favor.

—Espere un poco, señor McCutcheon —el rostro de Snead se congestionó de furia—. ¿Para qué decir a ese imbécil de remate que no iré? Seguro que lo ha hecho usted, traidor. Pues iré, pero vaya preparando otros veinte y le apuesto a que *todavía* cambiará de parecer. Pero yo *sí* que iré —Roy Snead seguía gesticulando cuando McCutcheon desconectó.

El director general se retrepó en el sillón, tiró el despedazado cigarro, y encendió uno nuevo. Su rostro conservaba su expresión agria, pero hubo una nota de gran satisfacción en su tono cuando dijo:

—¡Ah! Ya sabía que eso los convencería.

Fue una pareja cansada y sudorosa la que dirigió la gran nave *Helios* a través de la órbita de Mercurio. A pesar de la amistad superficial impuesta por las semanas que llevaban solos en el espacio, Jimmy Turner y Roy Snead apenas se dirigían la palabra. Añadamos a esta hostilidad oculta el calor del hinchado Sol y la torturante incertidumbre del resultado del viaje y tendremos a una pareja verdaderamente desdichada.

Jimmy escudriñaba con cansancio las numerosas esferas que tenía frente a sí, y, apartando de un manotazo un húmedo mechón de cabello que le caía sobre los ojos, gruñó:

—¿Qué marca ahora el termómetro, Roy?

—Cincuenta y dos grados centígrados y sigue subiendo —fue el gruñido que recibió como respuesta.

Jimmy blasfemó con rabia.

—El sistema de refrigeración trabaja al máximo, el casco de la nave refleja el 95% de la radiación solar y sigue en los cincuenta. —Hizo una pausa—. El indicador de la gravedad señala que todavía estamos a unos cincuenta y cinco millones de kilómetros del Sol. Veinticinco millones de kilómetros antes de que el campo deflector sea efectivo. La temperatura todavía subirá a sesenta y cinco grados. ¡Es una bonita perspectiva! Comprueba los desecadores. Si el aire no es completamente seco, no duraremos demasiado.

—¡Y pensar que estamos en la órbita de Mercurio! —la voz de Snead era ronca—. Nadie se había acercado tanto al Sol hasta ahora. Y nosotros vamos a acercarnos aún más.

—Ha habido muchos que han estado tan cerca y todavía más —recordó Jimmy—, pero *ellos* perdieron el control y aterrizaron *en* el Sol: Friedländer, Debuc, Anton... —su voz se desvaneció en un amargo silencio.

Roy se movió con desasosiego.

—¿Hasta qué punto es efectivo este campo deflector, Jimmy? Tus alegres pensamientos no son muy tranquilizadores, ¿sabes?

—Bueno, ha sido experimentado bajo las condiciones más adversas que los técnicos del laboratorio pudieron idear. Yo lo he presenciado. Ha sido bañado en una radiación parecida a la solar a una distancia de veinte millones de kilómetros. El campo funcionó a la perfección. Enfocaron la luz hacia él para que la nave se tornara invisible: Los hombres de dentro de la nave afirmaron que todo el exterior se había tornado invisible y que el calor no les alcanzaba. Es curioso, sin embargo, que el campo no funcione más que bajo ciertas intensidades de radiación.

—Pues espero que así ocurra —gruñó Ron—. Si el viejo aguafiestas piensa asignarme este itinerario..., perderá su mejor piloto.

—Perderá sus *dos* mejores pilotos —corrigió Jimmy.

Los dos guardaron silencio y el *Helios* siguió su ruta.

La temperatura aumentaba: 54, 55, 56. Después, tres días más tarde, con el mercurio rozando los 65 grados, Roy anunció que se estaban aproximando a la zona crítica, donde la radiación solar alcanzaba la intensidad suficiente para excitar el campo.

Los dos aguardaron, con la mente sumida en una concentración febril, y el pulso latiendo apresuradamente.

—¿Ocurrirá de repente?

—No lo sé. Tendremos que esperar.

A través de las portillas, sólo se veían las estrellas. El Sol, tres veces mayor a como se ve desde la Tierra, lanzaba sus rayos cegadores sobre metal opaco, pues en aquella nave, especialmente diseñada, las portillas se cerraban automáticamente cuando incidía una radiación potente.

Y entonces las estrellas empezaron a desaparecer. Lentamente, en primer lugar, las más mortecinas se desvanecieron... después las más brillantes: la estrella polar, Régulo, Arturo, Sirio. El espacio aparecía en la más completa oscuridad.

—Funciona —susurró Jimmy.

Apenas había pronunciado estas palabras, cuando las portillas que miraban hacia el Sol se abrieron. ¡El Sol había desaparecido!

—¡Ah! Ya estoy más fresco —Jimmy Turner dio rienda suelta a su júbilo—. Chico, ha funcionado a la perfección. Si pudieran adaptar este campo deflector a todas las intensidades, disfrutaríamos de una invisibilidad perfecta. Sería un arma de guerra muy efectiva. —Encendió un cigarrillo y se recostó sensualmente.

—Pero mientras tanto volamos a ciegas —insistió Roy.

Jimmy sonrió paternalmente.

—No debes preocuparte por eso, niño guapo. Ya me he ocupado de todo. Estamos

en una órbita alrededor del Sol. Dentro de dos semanas, nos encontraremos en el lado opuesto y entonces los cohetes nos impulsarán fuera de este anillo, encaminándonos rápidamente a Venus —estaba muy satisfecho de sí mismo—. Dejémoslo para Jimmy «Cerebro» Turner. Te llevaré en dos meses, en vez de los seis reglamentarios. Ahora estás con el mejor piloto de Correos.

Roy se echó a reír maliciosamente.

—Oyéndote, cualquiera diría que tú haces todo el trabajo. Todo lo que haces es llevar la nave por la ruta que yo he trazado. Tú eres el mecánico; yo soy el cerebro.

—Oh, ¿de verdad? Cualquiera estudiante para piloto puede trazar una ruta. Pero se necesita un hombre para pilotar la nave.

—Bueno, ésa es tu opinión. Sin embargo, ¿quién está mejor pagado, el piloto o el que traza las rutas?

Jimmy encajó aquella derrota y Roy salió triunfalmente de la cabina de mandos. Ajeno a todo esto, el *Helios* seguía su ruta.

Durante dos días, todo transcurrió a la perfección; pero el tercero, Jimmy inspeccionó el termómetro y movió la cabeza con desconfianza y preocupación. Roy entró, vigiló el curso de acción y levantó las cejas con asombro.

—¿Algo va mal? —se inclinó para leer la altura de la fina columna roja—. Sólo 37 grados. No es como para tener este aspecto de pato mareado. Por tu expresión, creía que algo iba mal con el campo deflector y la temperatura volvía a subir. —Se alejó con un ostentoso bostezo.

—Oh, cállate, mono insensato. —El pie de Jimmy se levantó en una patada indiferente—. Estaría mucho más tranquilo si la temperatura subiera. Este campo deflector funciona demasiado bien para mi gusto.

—¡Uh! ¿Qué quieres decir?

—Te lo explicaré, y si me escuchas atentamente *quizá* lo comprendas. Esta nave está construida igual que un termo. No se calienta más que con la mayor de las dificultades y tampoco se enfría. —Hizo una pausa y dejó caer sus palabras—: A temperaturas normales, esta nave no pierde más de un grado al día si no existe ninguna fuente de calor exterior. Es posible que, a la elevada temperatura que estábamos, el descenso pudiera llegar a tres grados al día. ¿Me entiendes?

Roy estaba con la boca abierta y Jimmy continuó:

—Pero esta maldita nave ha perdido veintisiete grados en menos de tres días.

—Pero eso es imposible.

Allí lo marca —señaló irónicamente Jimmy—. Te diré lo que falla. Es el campo. Actúa como un agente repulsivo de las radiaciones electromagnéticas y aumenta de alguna forma la pérdida de calor de nuestra nave.

Roy se puso a pensar e hizo unos rápidos cálculos mentales.

—Si lo que dices es cierto —dijo al fin—, dentro de cinco días alcanzaremos el punto de congelación y después pasaremos una semana en lo que corresponde al clima invernal.

—Así es. Incluso teniendo en cuenta la disminución del descenso térmico cuando la temperatura baje, probablemente terminaremos con el mercurio entre los treinta y cinco y cuarenta grados *bajo* cero.

Roy tragó saliva.

—¡Y a treinta millones de kilómetros del Sol!

—Eso no es lo peor —observó Jimmy—. Esta nave, como todas las utilizadas para viajes dentro de la órbita de Marte, no tiene sistema de calefacción. Con el Sol brillando furiosamente y sin otra forma de perder calor más que por radiaciones inútiles, las naves espaciales de Marte y Venus siempre se han caracterizado por sus sistemas de refrigeración. Nosotros, por ejemplo, tenemos un aparato de refrigeración muy eficaz.

—Así que nos encontramos en un aprieto de mil diablos. Ocurre lo mismo con nuestro traje espacial.

A pesar de la temperatura, todavía asfixiante, los dos empezaban a sentir escalofríos.

—Pues no voy a soportarlo —exclamó Roy—. Voto por salir de aquí inmediatamente y dirigirnos a la Tierra. No pueden esperar más de nosotros.

—¡Adelante! Tú eres el teórico. ¿Puedes trazar un rumbo a esta distancia del Sol y garantizarme que no caeremos *en* él?

—¡Diablos! No había pensado en eso.

Ninguno de los dos sabía qué hacer. La comunicación por radio no era posible desde que habían pasado la órbita de Mercurio. El Sol estaba demasiado cerca y su fuerte radiación habría anulado cualquier tentativa.

Así que decidieron esperar.

Los días siguientes transcurrieron en una continua vigilancia del termómetro, excepto los minutos en que uno de los dos soltaba una nueva maldición sobre la cabeza del señor Frank McCutcheon. Se permitían comer y dormir, pero no lo disfrutaban.

Y mientras tanto, el *Helios*, indiferente por completo al aprieto en que se encontraban sus ocupantes, seguía su curso.

Tal como Roy había predicho, la temperatura sobrepasó la línea roja que marcaba «Congelación» hacia el final del séptimo día en el anillo de desviación. Ambos se sintieron terriblemente preocupados cuando ocurrió, a pesar de que ya lo esperaban.

Jimmy había sacado unos cuatrocientos litros de agua del depósito. Con ellos llenó casi todos los recipientes de a bordo.

—Quizá evitemos que las tuberías estallen cuando el agua se congele —observó

—. Y si lo hacen, como es probable, es mejor que tengamos una reserva de agua. Ya sabes que aún tenemos que permanecer aquí otra semana.

Y al día siguiente, el octavo, el agua se heló. Los cubos, rebosantes de hielo, estaban fríos y relucientes. Ambos los miraron con desesperación. Jimmy rompió uno para abrirlo.

—Completamente congelada —dijo, desolado y se envolvió en otra manta.

Ahora era difícil pensar en otra cosa que no fuera el frío, siempre en aumento. Roy y Jimmy habían requisado todas las sábanas y mantas de la nave, tras haberse puesto tres o cuatro camisas e igual número de pantalones.

Permanecían en la cama todo el tiempo posible, y cuando no tenían más remedio que levantarse, se acurrucaban cerca de la pequeña estufa en busca de calor. Incluso este dudoso placer les fue pronto denegado, pues, tal como Jimmy observó, «la reserva de combustible es extremadamente limitada, y necesitaremos la estufa para descongelar la comida y el agua».

Los accesos de cólera eran cortos y los choques frecuentes, pero la desgracia común impidió que siguieran discutiendo. Sin embargo, fue el décimo día cuando los dos, unidos por un odio común, se hicieron súbitamente amigos.

La temperatura había descendido hasta diecisiete grados bajo cero, y, por las trazas, continuaría bajando. Jimmy se hallaba acurrucado en un rincón pensando en las veces que, en Nueva York, se había quejado del calor de agosto y preguntándose cómo podía haberlo hecho. Mientras tanto, Roy había movido sus ateridos dedos las veces suficientes para calcular que tendrían que soportar el frío durante 6.354 minutos más.

Contemplaba las cifras con hastío y las leía a Jimmy. Éste frunció el ceño y gruñó.

—Tal como me encuentro, no duraré ni 54 minutos, así que olvídate de los 6.354. —Después añadió con impaciencia—: Me gustaría que pensaras en un medio para salir de esto.

—Si no estuviéramos tan cerca del Sol —sugirió Roy—, podríamos poner en marcha los motores traseros y elevarnos rápidamente.

—Sí, y si aterrizáramos *en* el Sol, estaríamos muy cómodos y calientes ¡Eres una gran ayuda!

—Bueno, tú eres el que se llama a sí mismo «Cerebro» Turner. Piensa *tú* en algo. Por el modo como hablas, cualquiera creería que todo esto es culpa mía.

—¡Claro que lo es, mono vestido de hombre! Mi sano juicio me aconsejaba no hacer este viaje de locos. Cuando McCutcheon me lo propuso, me negué categóricamente. Sabía lo que hacía. —El tono de Jimmy era mordaz—. ¿Y qué ocurrió? Como loco que eres, tú aceptas y te precipitas donde un hombre sensato

temería poner el pie. Y entonces, naturalmente, yo *tuve* que aceptar.

»¿Y sabes lo que debería haber hecho? —la voz de Jimmy subió de tono—. Tendría que haberte dejado marchar solo para que te helaras, mientras yo estaba sentado junto a un enorme fuego, regocijándome por tu suerte. Es decir, de haber sabido lo que iba a suceder.

Una expresión de sorpresa y amor propio ofendido apareció en el rostro de Roy.

—¿De veras? ¿Conque ésas tenemos? Bueno, lo único que puedo decir es que tienes una habilidad indudable para desvirtuar los hechos, pero para ninguna otra cosa. La cuestión es que *tú* fuiste lo bastante estúpido como para aceptar, y yo, pobre de mí, fui arrastrado por la fuerza de las circunstancias.

La expresión de Jimmy revelaba el desdén más absoluto.

—Evidentemente, el frío te ha vuelto chiflado, aunque reconozco que no se necesita demasiado para acabar con el poco juicio que posees.

—Escucha —contestó Roy acaloradamente—. El 10 de octubre, McCutcheon me llamó por el visor y me dijo que tú habías aceptado, riéndose de mí a mandíbula batiente porque me negaba a ir. ¿Acaso lo niegas?

—Sí, lo niego rotundamente. El 10 de octubre, el aguafiestas *me* dijo que *tú* habías decidido ir y le habías apostado que...

La voz de Jimmy se desvaneció súbitamente y una expresión de asombro apareció en su rostro.

—Dime... ¿estás seguro de que McCutcheon te dijo que yo había aceptado?

Un escalofriante presentimiento atenazó el corazón de Roy al oír la pregunta de Jimmy, un presentimiento que le hizo olvidar todo el frío que sentía.

—Absolutamente —contestó—. Te lo juro. Por eso vine.

—Pero si me dijo que tú habías aceptado y por eso me decidí...

De pronto Jimmy se sintió muy estúpido. Los dos cayeron en un largo y ominoso silencio, que al fin fue roto por Roy, cuya voz temblaba de emoción.

—Jimmy, hemos sido víctimas de un truco desdeñable, sucio y bajo. —Sus ojos se dilataron de furia—. Hemos sido estafados, engañados... —las palabras le fallaron, pero siguió emitiendo sonidos carentes de sentido, que manifestaban toda su ira.

Jimmy era más tranquilo, pero no el menos vindicativo.

—Tienes razón, Roy; McCutcheon nos ha jugado una mala pasada. Ha sobrepasado los límites de la iniquidad humana. Pero nos vengaremos. Cuando lleguemos, dentro de 6.300 minutos exactos, tendremos que ajustar las cuentas al aguafiestas.

—¿Qué haremos? —los ojos de Roy reflejaban una alegría sanguinaria.

—Por el momento, sugiero que le despedacemos y no dejemos de él más que diminutos trocitos.

—No es lo bastante horrible. ¿Y si lo metiéramos en aceite hirviendo?

—Es algo razonable, sí; pero podría llevar demasiado tiempo. Propinémosle una buena paliza al estilo antiguo... con manoplas.

Roy se frotó las manos.

—Tenemos mucho tiempo para pensar en alguna medida realmente adecuada. El muy vil, miserable, cobarde, leproso... —El resto degeneró fluidamente hacia lo impublicable.

Y durante los cuatro días siguientes, la temperatura siguió bajando. El decimocuarto y último día, el mercurio se congeló, mientras el sólido líquido rojo indicaba con su dedo helado los cuarenta grados bajo cero.

Aquel horrible día habían encendido la estufa, empleando toda su escasa reserva de petróleo. Temblando y completamente helados, se agazaparon uno junto a otro, en un intento por aprovechar hasta la última gota de calor.

Hacia varios días que Jimmy había encontrado un par de orejeras en un rincón olvidado, y ahora se las turnaban cada hora.

Ambos se hallaban enterrados bajo una pequeña montaña de mantas, frotándose las manos y los pies casi helados. A medida que transcurrían los minutos, su conversación, que versaba casi exclusivamente sobre McCutcheon, se volvía más violenta.

—Siempre recitando esa consigna, mil veces maldita, de Correos del Espacio: «Nuestro vuelo a través del es...» —Jimmy se interrumpió con una furia impotente.

—Sí, y siempre desgastando sillas en vez de salir al espacio y hacer un trabajo de hombre, el podrido... —convino Roy.

—Bueno, saldremos de la zona de desviación dentro de dos horas. Al cabo de tres semanas estaremos en Venus —dijo Jimmy, estornudando.

—Nunca será demasiado pronto para mí —contestó Snead, que llevaba dos días resollando sin cesar—. No volveré a hacer otro viaje espacial en mi vida, excepto quizá el que me devuelva a la Tierra. Después de esto, cultivaré plátanos en Centroamérica. Por lo menos allí se está caliente.

—Quizá no logremos salir de Venus, después de lo que vamos a hacerle a McCutcheon.

—No, en eso tienes razón. Pero no importa. Venus es aún más cálido que Centroamérica y eso es lo único que me interesa.

Tampoco tenemos problemas legales —Jimmy volvió a estornudar—. En Venus, la pena máxima por asesinato en primer grado es la cadena perpetua. Una bonita, cálida y seca celda para el resto de mi vida. ¿Qué más podría desear?

La segunda manecilla del cronómetro seguía su paso uniforme; los minutos pasaban. Las manos de Roy se posaban amorosamente sobre la palanca que conectaría los cohetes traseros para alejar al *Helios* del Sol y de aquella horrible zona

de desviación.

Y al fin:

—¡Adelante! —gritó Jimmy con ansiedad—. ¡Apriétala!

Con un gran estrépito, los cohetes se pusieron en marcha. El *Helios* tembló de proa a popa. Los pilotos notaron que la aceleración les apretaba contra el respaldo de sus asientos, y se sintieron felices. En cuestión de minutos, el Sol volvería a brillar y ellos dejarían de tener frío, sentirían de nuevo el bendito calor.

Sucedió antes de que se dieran cuenta de ello. Hubo un momentáneo destello de luz y después un crujido y un clic, al cerrarse las portillas que miraban al Sol.

—Mira —gritó Roy—, ¡las estrellas! ¡Ya hemos salido! —lanzó una extática mirada de felicidad hacia el termómetro—. Bueno, viejo amigo, de ahora en adelante volveremos a subir —se envolvió mejor en las mantas, pues el frío aún persistía.

Había dos hombres en el despacho de Frank McCutcheon en la sucursal de Venus de Correos del Espacio Unido: el mismo McCutcheon y el anciano de cabello blanco Zebulon Smith, inventor del campo deflector. Smith estaba hablando.

—Pero, señor McCutcheon, es realmente de la mayor importancia que sepa cómo ha funcionado mi campo deflector. Seguramente le habrán transmitido toda la información posible.

El rostro de McCutcheon era la acritud personificada mientras mordía el extremo de uno de sus enormes cigarros y lo encendía.

—Eso, mi querido Smith —dijo—, es justo lo que no han hecho. Desde que se alejaron del Sol lo bastante como para establecer comunicación, he solicitado continuos informes sobre la eficacia del campo. Pero se niegan a contestar. Dicen que funciona y que están vivos, añadiendo que nos proporcionarán todos los detalles cuando lleguen a Venus. ¡Eso es todo!

Zebulon Smith suspiró, decepcionado.

—¿No es eso un poco insólito; insubordinación, para llamarlo de algún modo? Creía que estaban obligados a facilitar informes y dar todos los detalles que se les pidiera.

—Así es. Pero son mis mejores pilotos y bastante temperamentales. Tenemos que concederles cierto margen. Además, les engañé para que hicieran este viaje, bastante arriesgado por cierto, así que me siento inclinado a ser indulgente.

—Bien, en este caso, supongo que tendré que esperar.

—Oh, no demasiado tiempo —le aseguró McCutcheon—. Les esperamos hoy mismo, y le aseguro que en cuanto me ponga en contacto con ellos le enviaré un informe detallado. Después de todo, han sobrevivido durante dos semanas a una distancia de treinta millones de kilómetros del Sol, así que su invento es un éxito. Eso debería satisfacerle.

Smith acababa de irse cuando la secretaria de McCutcheon entró, con una expresión preocupada en su rostro.

—Algo va mal con los dos pilotos del *Helios*, señor McCutcheon —le informó—. Acabo de recibir una comunicación del mayor Wade desde Pallas City, donde han aterrizado. Se han negado a asistir a los festejos que se les había preparado, pero en cambio fletaron inmediatamente un cohete para venir aquí, negándose a revelar la razón. Cuando el mayor Wade trató de detenerlos, se pusieron violentos, según me dijo.

La muchacha dejó la comunicación sobre la mesa. McCutcheon la miró superficialmente.

—¡Humm! Son demasiado temperamentales. Bueno, hágalos entrar en cuanto lleguen. Yo haré que dejen de serlo.

Unas tres horas más tarde, el problema de los dos rebeldes pilotos volvió sobre el tapete, esta vez a causa de una súbita conmoción en la sala de espera. McCutcheon oyó las coléricas voces de dos hombres y después las aterrorizadas protestas de su secretaria. De repente, la puerta se abrió de par en par y Jim Turner y Roy Snead irrumpieron en el despacho.

Roy cerró tranquilamente la puerta y apoyó la espalda contra ella.

—No permitas que nadie me moleste hasta que haya terminado —le dijo Jimmy.

—Nadie atravesará esta puerta durante un buen rato —repuso sombríamente Roy—, pero recuerda que prometiste dejar algo para mí.

McCutcheon todavía no había pronunciado ni una palabra, pero cuando vio que Turner sacaba casualmente un par de manoplas del bolsillo y se las ponía con actitud resuelta, decidió que era hora de detener la comedia.

—Hola, muchachos —dijo, con una cordialidad desacostumbrada en él—. Me alegro de volver a verles. Tomen asiento.

Jimmy ignoró la oferta.

—¿Tiene algo que decir, algún postrer deseo, antes de que empiece las operaciones? —preguntó e hizo rechinar los dientes con un desagradable sonido.

—Bueno, si me lo ponen de este modo —dijo McCutcheon—, tendré que preguntarles exactamente lo que significa todo esto... si no es demasiado pedir. Quizá el deflector ha sido ineficaz y han tenido un viaje caluroso.

La única respuesta que recibió fue un resoplido de Roy y una fría mirada por parte de Jimmy.

—Primero —dijo éste—, ¿de quién fue la idea del odioso y repugnante engaño que nos perpetró?

Las cejas de McCutcheon se alzaron por la sorpresa.

—¿Se refiere a las mentiras piadosas que les conté para convencerles de que fueran? Pero si eso no fue nada. Simple práctica del oficio, nada más. Todos los días

hago cosas peores que ésa y la gente las considera como rutina. Además, ¿qué mal les ha hecho?

—Cuéntale nuestro «agradable viaje», Jimmy —apremió Roy.

—Eso es exactamente lo que voy a hacer —fue la respuesta. Se volvió hacia McCutcheon y adoptó un aire de mártir—. Primero, en este maldito viaje, nos freímos en una temperatura que alcanzó los sesenta y cinco grados, pero era de esperar y no nos quejamos; estábamos a media distancia entre Mercurio y el Sol.

»Pero después, entramos en esa zona donde la luz nos rodea y empezamos a perder calor, pero no un sólo grado al día tal como te enseñan en la escuela de pilotos —se interrumpió para soltar unas cuantas maldiciones nuevas que se le acababan de ocurrir, y luego continuó—: Al cabo de tres días, estábamos a treinta y siete y después de una semana, habíamos bajado de cero.

»Entonces, durante una semana entera, siete largos días, seguimos nuestro curso a una temperatura muy inferior a cero. El último día hacía tanto frío que el mercurio se congeló.

La voz de Jimmy se elevó hasta quebrarse, y en la puerta, un acceso de compasión de sí mismo hizo que Roy lanzara un fuerte suspiro. McCutcheon permaneció inescrutable.

Jimmy prosiguió:

—Allí estábamos sin un sistema de calefacción, de hecho, sin calor de ninguna clase, ni siquiera ropa caliente. Nos congelamos, maldita sea. Teníamos que fundir la comida y derretir el agua. Estábamos rígidos, no podíamos movernos. Le aseguro que era un infierno, con la temperatura contraria. —Hizo una pausa, como si le faltaran las palabras.

Roy Snead le relevó de la carga.

—Estábamos a treinta millones de kilómetros del Sol y yo tenía las orejas congeladas. Congeladas, he dicho. —Sacudió amenazadoramente el puño debajo de la nariz de McCutcheon—. Y fue culpa suya. ¡Usted nos convenció con engaños! Mientras nos helábamos, nos prometimos que volveríamos y le daríamos su merecido, y ahora vamos a cumplir nuestra promesa. —Se volvió hacia Jimmy—. Adelante, empieza, ¿quieres?

Jimmy gruñó un lacónico asentimiento.

—¿Y se congelaron durante una semana a causa de eso? —continuó McCutcheon. Un nuevo gruñido.

Y entonces sucedió algo muy extraño e insólito. McCutcheon, «el viejo aguafiestas», el hombre sin el músculo de la risa, sonrió. Realmente mostró sus dientes en una media sonrisa. Y lo que es más, la sonrisa se ensanchó más y más hasta convertirse en verdadera risa, y la risa en un bramido. Con una estentórea carcajada, McCutcheon compensó toda una vida de triste acritud.

Las paredes retumbaron, los vidrios de las ventanas temblaron, y las homéricas carcajadas no cesaron, Roy y Jimmy, completamente estupefactos, no daban crédito a sus ojos. Un desconcertado contable asomó la cabeza por la puerta en un acceso de temeridad y se quedó inmóvil por la sorpresa. Otros se agolparon junto a la puerta, hablando en asombrados susurros. ¡*McCutcheon se había reído!*

La hilaridad del viejo director general se calmó gradualmente. Terminó con un súbito ahogo y al fin volvió un rostro de color púrpura hacia sus dos mejores pilotos, cuya sorpresa hacía rato que se había trocado en indignación.

—Muchachos —les dijo—, ha sido el mejor chiste que he oído en mi vida. Pueden contar con una paga doble, los dos. —Seguía sonriendo con precisión y había desarrollado un buen ataque de hipo.

Los dos pilotos se quedaron fríos ante el atractivo ofrecimiento.

—¿Qué es tan sumamente divertido? —quiso saber Jimmy—, yo no encuentro ningún motivo de risa.

La voz de McCutcheon se hizo melosa.

—A ver, muchachos, antes de irme les di a cada uno de ustedes varias hojas mimeografiadas con instrucciones especiales. ¿Qué ha sido de ellas?

La atmósfera se llenó de un súbito desconcierto.

—No lo sé. Debí perder las mías —murmuró Roy.

—No las leí; lo olvidé —Jimmy estaba genuinamente consternado.

—Ya lo ven —exclamó McCutcheon con aire de triunfo—, todo se ha debido a su propia estupidez.

—¿Cómo se le ocurrió? —quiso saber Jimmy—. El mayor Wade nos dijo todo lo que teníamos que saber acerca de la nave, y por otra parte, me parece que *usted* no puede decirnos nada nuevo sobre su funcionamiento.

—Oh, ¿así lo cree? Evidentemente Wade se olvidó de informarles sobre un pequeño detalle que hubieran encontrado en mis instrucciones. La intensidad del campo deflector era *ajustable*. Dio la casualidad de que, cuando ustedes partieron, estaba en su punto máximo, eso es todo. —Ahora empezaba a reír de nuevo débilmente—. Si se hubieran tomado la molestia de leer las hojas, se hubiesen enterado de que un sencillo movimiento de una pequeña palanca —hizo el gesto apropiado con el pulgar— habría debilitado el campo en la cantidad deseada y permitido que penetrara tanta radiación como se quisiera.

Y ahora la risa fue más fuerte.

—Y se helaron durante una semana porque no tuvieron el sentido común de empujar una palanca. Y después mis mejores pilotos llegan aquí y *me* culpan. ¡Qué divertido! —y empezó a reír de nuevo, mientras un par de jóvenes muy avergonzados se dirigían miradas de soslayo.

Cuando McCutcheon volvió a su estado normal, Jimmy y Roy se habían

marchado.

Abajo, en la calle contigua al edificio, un muchacho de diez años contemplaba, con la boca abierta y abstracción intensa, a dos hombres jóvenes que se hallaban comprometidos en la ocupación extraña y bastante sorprendente de darse patadas uno a otro alternativamente. ¡Y además, eran patadas con muy mala intención!

Cuando escribí Un anillo alrededor del sol me gustaron mucho los dos protagonistas, Turner y Snead. Recuerdo que tuve la intención de escribir otros relatos sobre la pareja. Era una idea natural, pues a finales de los años 30 había muchas «series» de relatos acerca de un protagonista, o varios, determinado. El propio Campbell había escrito unas deliciosas historietas sobre dos hombres llamados Penton y Blake, y yo ansiaba realizar una imitación de estos personajes.

Escribir «series» tenía cierto interés práctico. Por una parte, tenías un trasfondo determinado que se proseguía de relato en relato, así que la mitad del trabajo ya estaba hecho. En segundo lugar, si la «serie» se hacía popular, era difícil rechazar nuevos relatos que encajaran en ella.

No lo hice con Turner y Snead. De hecho, ni siquiera lo intenté. Llegaría un día, dos años más tarde, en que inventaría una pareja de protagonistas muy similares, Powell y Donovan, que aparecerían en cuatro relatos y que realmente iban a formar parte de una «serie» que tuvo mucho éxito.

A finales de agosto de 1938, había escrito cinco relatos, de los cuales se publicaron tres. ¡No está mal!

Sin embargo, siguió una temporada sin inspiración. Estaba terminando mi tercer año de Universidad e intentaba, sin éxito, lograr mi admisión en la Facultad de Medicina. La situación en Europa era inquietante. Era la época de la capitulación de Munich, y para un adolescente judío había algo de perturbador en las rápidas y triunfales victorias de Hitler.

Los tres relatos siguientes no me llevaron un mes, como los tres precedentes, sino tres meses. Y todos estaban muy por debajo de los límites de una posible venta aun en el mercado más indulgente. Eran El proyectil, El curso del destino y Knossos en su esplendor. Campbell los rechazó enseguida, y todos hicieron la ronda sin éxito. Llegó un día, tres años después, en que Astonishing pareció interesarse por El proyectil, pero el intento fracasó y los otros dos ni siquiera llegaron a esto.

Ahora los tres relatos han desaparecido para siempre. No recuerdo nada en absoluto de los dos primeros, pero Knossos en su esplendor era una ambiciosa

tentativa por repetir el mito de Teseo en términos de ciencia ficción. El minotauro era un extraterrestre que llegó a la antigua Creta con las mejores intenciones, y recuerdo que escribí una prosa terriblemente ampulosa al tratar de que mis cretenses hablaran tal como yo creía que debían hablar los personajes de Homero. Campbell, siempre amable, dijo al rechazarlo que mi trabajo «estaba mejorando mucho, en especial cuando no me esforzaba en causar efecto».

Cuando estaba escribiendo Knossos en su esplendor acababa de recibir el cheque por Abandonados cerca de Vesta y ya era un profesional. Mi animación aumentó en la debida forma, y hacia finales de noviembre escribí, Amonio, que también era una tentativa (como Un anillo alrededor del sol) humorística.

Sin embargo, estaba seguro de que a Campbell no le gustaría y no llegué a mostrárselo. En lugar de eso, lo envié a Thrilling Wonder Stories. Cuando lo rechazaron, me desanimé y lo retiré. Sólo después de que Future Fiction aceptara Un anillo alrededor del sol, pensé que también haría la prueba con este otro.

El 23 de agosto de 1939, lo envié a Future Fiction, que lo aceptó, cambiando su nombre por el de La magnífica posesión.

LA MAGNÍFICA POSESIÓN

Walter Sills estaba meditando, como hacía muy a menudo, que la vida era dura y triste. Paseó una mirada por su sórdido laboratorio químico y sonrió cínicamente... Trabajar en un sucio agujero como aquél, vivir de ocasionales análisis minerales cuya paga apenas llegaba para comprar el equipo absolutamente indispensable, mientras otros, que valían mucho menos que él, trabajaban para grandes empresas industriales y vivían con más comodidades...

Contempló el río Hudson a través de la ventana, bañado por la luz rojiza del sol poniente, y se preguntó con mal humor si los últimos experimentos que había realizado le proporcionarían finalmente la fama y el éxito que perseguía, o si no eran más que otra falsa alarma.

La puerta chirrió al ser abierta y el alegre rostro de Eugene Taylor hizo su aparición. Sills le hizo un gesto de bienvenida y el cuerpo de Taylor siguió a su cabeza y entró en el laboratorio.

—Hola, viejo amigo —fue el alegre y despreocupado saludo—. ¿Cómo van las cosas?

Sills meneó la cabeza ante la exuberancia del otro.

—Me gustaría poseer tu confianza en la vida, Gene. Para tu información, las cosas van mal. Necesito dinero, y cuanto más necesito, menos tengo.

—Bueno, yo tampoco tengo dinero —repuso Taylor—. Pero ¿por qué preocuparse? Tienes cincuenta años, y las preocupaciones no te han aportado más que una buena calvicie. Yo tengo treinta, y quiero conservar mi bonito cabello castaño.

El químico sonrió.

—Aún conseguiré el dinero, Gene. Déjalo de mi cuenta.

—¿Acaso tus nuevas ideas están tomando forma?

—Casi no te he hablado de ellas, ¿verdad? Pues acércate y te mostraré los progresos que he realizado.

Taylor siguió a Sills hasta una mesa pequeña, en la que había un soporte lleno de tubos de ensayo, en uno de los cuales había unos diez milímetros de una brillante sustancia metálica.

—Mezcla de sodio y mercurio, o aleación de sodio, como se la denomina —explicó Sills señalándola.

Tomó una botella con la etiqueta «Cloruro de amonio Sol» y vertió un poco en el tubo. Inmediatamente, la aleación de sodio empezó a convertirse en una sustancia esponjosa y suelta.

—Esto, —observó Sills— es aleación de amonio. El radical de amonio (NH_4) actúa aquí como un metal y se une al mercurio.

Aguardó a que se consumara la transformación y entonces separó el líquido flotante.

—La aleación de amonio no es muy estable —informó a Taylor—, así que he de actuar deprisa.

Cogió un frasco lleno de un líquido de color paja y olor agradable y lo vertió en el tubo de ensayo. Al agitarlo, la suelta aleación de amonio se desvaneció y en su lugar apareció una pequeña bola de líquido metálico.

Taylor contemplaba el tubo de ensayo con la boca abierta.

—¿Qué ha pasado?

—Este líquido es un complejo derivado de la hidrazina que yo he descubierto y denominado amonalina. Todavía no he trabajado en su fórmula, pero eso no tiene importancia. Lo esencial es que tiene la propiedad de disolver el amonio a partir de la aleación. Esas gotas del fondo son mercurio puro; el amonio está en solución.

Taylor continuó silencioso y Sills se entusiasmó.

—¿No ves las implicaciones? ¡Estoy a medio camino de aislar el amonio puro, algo que nunca se había logrado hasta ahora! Una vez hecho, significará la fama, el éxito, el premio Nobel, y quién sabe qué más.

—¡Caramba! —la mirada de Taylor se hizo más respetuosa—. Esa sustancia amarilla no me parecía tan importante. —Trató de agarrarla, pero Sills se lo impidió.

—No he terminado, en ningún aspecto, Gene. Tengo que convertirla en su estado metálico libre, y hasta ahora no he podido. Cada vez que intento evaporar la amonalina, el amonio se descompone en los eternos amoníaco e hidrógeno... Pero lo conseguiré... ¡lo conseguiré!

Dos semanas después, tuvo lugar el epílogo de la escena anterior. Taylor recibió una rápida y enfática llamada de su amigo químico y apareció en el laboratorio invadido por una gran curiosidad.

—¿Lo has conseguido?

—Lo he conseguido... ¡y es aún más importante de lo que creía! Me proporcionará millones —los ojos de Sills brillaron de embeleso.

—Había estado trabajando desde un ángulo equivocado —explicó—. Al calentar el disolvente siempre se descompone el amonio disuelto, así que lo he separado por congelación. Ocurre lo mismo que con las soluciones salinas, que al ser congeladas lentamente, se transforman en hielo, y la sal se cristaliza. Por suerte, la amonalina se congela a $18\text{ }^\circ\text{C}$ y no requiere mucho enfriamiento.

Señaló dramáticamente una pequeña cubeta, dentro de un recipiente de cristal. La

cubeta contenía unos cristales sin brillo, de color paja y similares a una aguja y, en la parte superior, se distinguía una delgada capa de una sustancia amarillenta y opaca.

—¿Para qué sirve el recipiente? —preguntó Taylor.

—Lo he llenado de argón para mantener el amonio (que es la sustancia amarilla de encima de la amonalina) puro. Es tan activo que reacciona con cualquier cosa que no sea un gas similar al helio.

Taylor estaba maravillado y dio unos golpecitos en la espalda de su sonriente amigo.

—Espera, Gene, aún falta lo mejor.

Taylor se vio arrastrado hasta el otro extremo de la habitación y el tembloroso dedo de Sills señaló otro recipiente herméticamente cerrado que contenía una masa de metal de color amarillo brillante, que relucía y centelleaba.

—Esto, amigo mío, es óxido de amonio, formado al pasar aire *absolutamente seco* sobre metal de amonio libre. Es inerte por completo (el recipiente sellado contiene un poco de cloro, por ejemplo, y sin embargo no hay reacción). Puede ser tan económico como el aluminio, si no menos, y sigue teniendo más aspecto de oro que el mismo oro. ¿Te haces cargo de sus posibilidades?

—¿Y cómo no? —explotó Taylor—. Arrasaré el país. Se harán joyas de amonio, vajillas plateadas con amonio, y un millón de cosas más. ¿Quién sabe las innumerables aplicaciones industriales que puede tener? Eres rico, Walt..., ¡eres rico!

—Somos ricos —corrigió amablemente Sills. Se dirigió al teléfono—. Los periódicos van a enterarse de esto. Voy a empezar a hacerme famoso en seguida.

Taylor frunció el ceño.

—Quizá sería mejor que guardaras el secreto, Walt.

—Oh, no les diré nada sobre el proceso. No les revelaré más que la idea general. Además, estamos a salvo; la solicitud de la patente ya debe estar en Washington.

¡Pero Sills se equivocaba! El artículo del periódico iba a ocasionarles dos días muy, muy agitados a los dos.

J. Throgmorton Bankhead es a quien comúnmente conocemos como «rey de la industria». Como director de la Sociedad Anónima de Plateados y Cromados no hay duda de que merecía el título; pero para su paciente y resignada esposa, no era más que un marido dispéptico y gruñón, sobre todo a la hora de desayunar... y ahora estaba desayunando.

Estrujando bruscamente el periódico matinal, farfullando entre mordisco y mordisco a una tostada con mantequilla:

—Este hombre arruinará al país —señaló horrorizado los grandes titulares de letra negra—. Ya lo he dicho antes y lo repito ahora, que el hombre está más loco que una cabra. No estará satisfecho...

—Joseph, por favor —rogó su esposa—, tienes la cara congestionada. Acuérdate de tu presión alta. Ya sabes que el médico te dijo que dejaras de leer las noticias de Washington si te trastornan tanto. Ahora escucha, querido, se trata de la cocinera. Está...

—El médico es un tonto de remate y tú también —gritó J. Throgmorton Bankhead—. Leeré todas las noticias que quiera y tendré la cara congestionada, si así me place.

Se llevó la taza de café a la boca y tomó un sorbo. Mientras tanto, sus ojos tropezaron con un titular más insignificante hacia el final de la página: «Un científico descubre un sustituto del oro». La taza de café permaneció en el aire mientras recorría el artículo rápidamente. «Este nuevo metal —leyó— está considerado por su descubridor como superior al cromo, níquel, o plata para joyería económica. “El funcionario que cobre un sueldo de veinte dólares por semana —dice el profesor Sills— comerá en una vajilla de amonio que tendrá un aspecto más impresionante que la vajilla de oro de un nabab indio.” No tiene...»

Pero J. Throgmorton Bankhead había dejado de leer. Visiones de una Sociedad Anónima de Plateados y Cromados arruinada danzaban ante sus ojos; y mientras lo hacían, la taza de café se tambaleó en su mano, y el líquido caliente cayó sobre sus pantalones.

Su esposa se levantó, alarmada

—¿Qué ocurre Joseph? ¿Qué ocurre?

—Nada —gritó Bankhead—. Nada, por el amor de Dios, vete, ¿quieres?

Salió a grandes zancadas de la habitación, mientras su esposa buscaba en el periódico lo que le había perturbado de aquel modo.

La Taberna de Bob de la calle quince suele estar llena a todas horas, pero la mañana a la que nos referimos no había más que cuatro o cinco hombres bastante mal vestidos rodeando la corpulenta y digna figura de Peter Q. Hornswoggle, eminente ex congresista.

Peter Q. Hornswoggle hablaba, como de costumbre, con fluidez. Su tema, también como siempre, era la vida de un congresista.

—Recuerdo un caso parecido —estaba diciendo— que se presentó a discusión en la Cámara, y sobre el que respondí lo siguiente: «El eminente caballero de Nevada ha descuidado en su informe un aspecto muy importante del problema. No se da cuenta de que, en interés de toda la nación, los mondadores de manzanas del país deben ser atendidos rápidamente; porque, caballeros, de la prosperidad de los mondadores de manzanas depende el futuro de toda la industria frutera y sobre la industria frutera se basa toda la economía de esta gran y gloriosa nación, los Estados Unidos de América.»

Hornswoggle hizo una pausa, bebió media pinta de cerveza de un trago y luego sonrió triunfante.

—No vacilo en decirles, caballeros, que ante dicha declaración, toda la Cámara estalló en entusiásticos y tumultuosos aplausos.

Uno de los oyentes allí congregados sacudió lentamente la cabeza en señal de admiración.

—Debe ser fantástico poder hablar así, senador. Debía causar sensación.

—Sí —convino el camarero—, es una lástima que le derrotaran en las últimas elecciones.

El ex congresista hizo una mueca y en un tono muy digno comenzó:

—He sido informado, por fuentes de toda confianza, de que el uso del soborno en esta campaña alcanzó proporciones in...

Su voz se extinguió súbitamente al distinguir cierto artículo en el periódico de uno de sus oyentes. Se lo arrebató y lo leyó en silencio, mientras sus ojos brillaban con una nueva idea.

—Amigos míos —dijo, volviéndose de nuevo hacia ellos—, creo que debo dejarles. Tengo algo urgente que hacer en el Ayuntamiento. —Se inclinó hacia el camarero para susurrarle—: ¿No tendrías veinticinco centavos por casualidad? Me he olvidado la cartera en el despacho del alcalde. Mañana te los devolveré sin falta.

Agarrando la moneda, entregada de mala gana, Peter Q. Hornswoggle salió.

En una reducida y mal iluminada habitación enclavada en el primer tramo de la Primera Avenida, Michael Maguire, conocido por la policía por el nombre más eufónico de Mike *el Bala*, limpiaba su fiel revólver y tarareaba una discordante melodía. La puerta se abrió lentamente y Mike levantó la vista.

—¿Eres tú, Slappy?

—Sí —un tipo enjuto y de baja estatura se introdujo en la habitación—. Te traigo el diario de la noche. Los polis siguen creyendo que Bragoni hizo el trabajo.

—¿Sí? Eso es bueno. —Se inclinó despreocupadamente sobre el revólver—. ¿Alguna otra cosa?

—¡No! Una mujer que se ha suicidado, pero nada más.

Lanzó el periódico a Mike y se fue. Mike se recostó y hojeó el diario con aburrimiento.

Un titular le llamó la atención y leyó el corto artículo que seguía. Al acabarlo, tiró el periódico, encendió un cigarrillo y se puso a pensar intensamente. Luego abrió la puerta.

—Eh tú, Slappy, ven aquí. Tenemos que hacer un trabajo.

Walter Sills era feliz, deliciosamente feliz. Recorría su laboratorio como un rey sus dominios, contoneándose como un pavo real, complaciéndose en su recién adquirida gloria. Eugene Taylor estaba sentado y le miraba, casi tan satisfecho como él mismo.

—¿Qué se siente al ser famoso? —quiso saber Taylor.

—Como si tuvieras un millón de dólares; y ésta es la cantidad por la que venderé el secreto del metal de amonio. De ahora en adelante viviré en la opulencia.

—Déjame los detalles prácticos a mí, Walt. Hoy me pondré en contacto con Staples, de Aceros Águila. Te ofreceré un precio decente.

Sonó el timbre y Sills se levantó de un salto. Corrió a abrir la puerta.

—¿Vive aquí Walter Sills? —El corpulento y ceñudo visitante le contempló con arrogancia.

—Sí, yo soy Sills. ¿Quería verme?

—Sí. Me llamo J. Throgmorton Bankhead y represento a la Sociedad Anónima de Plateados y Cromados. Me gustaría hablar un momento con usted.

—Entre. ¡Entre! Éste es Eugene Taylor, mi socio. Puede hablar con toda libertad delante de él.

—Muy bien. —Bankhead se sentó pesadamente—. Supongo que se imaginan la razón de mi visita.

—Seguramente habrá leído lo del nuevo metal de amonio en los periódicos.

—Así es. He venido para saber si la historia es cierta y comprarle el proceso, si lo hay.

—Puede verlo por sí mismo, señor. —Sills guió al magnate hasta donde se hallaba el recipiente lleno de argón que contenía los pocos gramos de amonio puro—. Ése es el metal. Aquí encima, a la derecha, está el óxido, un óxido que es más metálico que el mismo metal. El óxido es lo que los periódicos llaman «sustituto del oro».

El rostro de Bankhead no mostró ni una pizca de la consternación que sintió al contemplar el óxido con desánimo.

—Sáquelo de ahí —dijo—, y déjeme verlo.

Sills movió negativamente la cabeza.

—No puedo, señor Bankhead. Éstas son las primeras muestras de amonio y óxido de amonio que se han conseguido. Son piezas de museo. No me cuesta nada hacerle más, si lo desea.

—Tendrá que hacerlo, si espera que invierta mi dinero en esto. Convéncame y estaré dispuesto a comprarle la patente hasta por... digamos, mil dólares.

—¡Mil dólares! —exclamaron al unísono Sills y Taylor.

—Un buen precio, caballeros.

—Un millón sería mejor —gritó Taylor en tono ultrajado—. Este descubrimiento es una mina de oro.

—¡Nada menos que un millón! Ustedes sueñan, caballeros. La cuestión es que mi compañía hace años que está sobre la pista del amonio, y nos hallamos a punto de resolver el problema. Desgraciadamente, usted nos ha vencido por una semana, y yo quiero comprarle la patente para evitar a mi compañía mayores molestias. Naturalmente, comprenderá que si rehúsa mi precio, puedo seguir adelante y fabricar el metal, empleando mi propio proceso.

—Le demandaremos si lo hace —dijo Taylor.

—¿Acaso tienen dinero para un pleito largo, lento y caro? —Bankhead sonrió aviesamente—. Yo sí que lo tengo. No obstante, para demostrarles que soy razonable, fijaré el precio en dos mil dólares.

—Ya ha oído nuestro precio —contestó inflexiblemente Taylor—, y no tenemos nada más que decir.

—De acuerdo, caballeros —Bankhead se dirigió hacia la puerta—, piénsenlo. Estoy seguro de que entrarán en razón.

Abrió la puerta y descubrió la simétrica silueta de Peter Q. Hornswoggle inclinado ante el ojo de la cerradura en extasiada concentración. Bankhead dejó oír una risita despectiva y el ex congresista se puso en pie de un salto, saludando dos o tres veces con la cabeza, a falta de algo mejor que hacer.

El financiero pasó desdeñosamente junto a él y Hornswoggle entró, dio un portazo y se encaró con los dos asombrados amigos.

—Ese hombre, queridos señores, es un malhechor de gran riqueza, un realista económico. Pertenece a ese tipo de personas dominadas por el interés que son la ruina de este país. Han hecho muy bien rechazando su oferta —se puso la mano sobre el amplio pecho y les sonrió con afabilidad.

—¿Quién diablos es usted? —exclamó Taylor, recuperándose súbitamente de su sorpresa inicial.

—¿Yo? —Hornswoggle se sintió desconcertado—. Pues..., soy Peter Quintus Hornswoggle. Seguramente me conocen. Formé parte del Congreso el año pasado.

—Nunca había oído su nombre con anterioridad. ¿Qué es lo que quiere?

—¡Válgame Dios! He leído en los periódicos su magnífico descubrimiento y he venido a ofrecerles mis servicios.

—¿Qué servicios?

—Bueno, al fin y al cabo, ustedes dos no son hombres de mundo. Con su nuevo invento, son una presa fácil para cualquier persona egoísta y con pocos escrúpulos que se presente... como Bankhead, por ejemplo. Por lo tanto, un hombre de negocios práctico, como yo, con experiencia del mundo, sería una inestimable ayuda para

ustedes. Podría ocuparme de sus asuntos, cuidar los detalles, procurar que...

—Todo por nada, naturalmente, ¿eh? —preguntó Taylor con sarcasmo.

Hornswoggle sufrió un ataque de tos convulsiva.

—Pues, como es natural, había pensado que podrían asignarme un reducido interés de su descubrimiento.

Sills, que había permanecido silencioso durante toda la conversación, se puso repentinamente en pie.

—¡Váyase de aquí! ¿Me ha oído? Váyase, antes de que llame a la policía.

—Pero, profesor Sills, no se excite. —Hornswoggle retrocedió hacia la puerta que Taylor había abierto. La traspasó, todavía protestando, y murmuró un juramento cuando la puerta se cerró de golpe tras él.

Sills se dejó caer en la silla más cercana con cansancio.

—¿Qué debemos hacer, Gene? No ofrece más que dos mil. Hace una semana eso hubiera superado todas mi esperanzas, pero ahora...

—No pienses más en eso. Este tipo ha pretendido engañarnos. Escucha, voy a llamar a Staples inmediatamente. Se lo venderemos por lo que podamos conseguir (lo más posible), y si entonces hay dificultades con Bankhead... bueno, será asunto de Staples. —Le dio una palmada en la espalda—. Nuestras dificultades prácticamente han terminado.

Sin embargo, por desgracia, Taylor estaba en un error; sus dificultades no habían hecho más que comenzar.

Al otro lado de la calle, una figura furtiva, de ojos pequeños y brillantes que asomaban tras el cuello levantado del abrigo, vigilaba cuidadosamente la casa. Un policía curioso lo hubiera identificado como Slappy Egan si se hubiera molestado en mirarle, pero ninguno lo hizo y Slappy continuó vigilando.

—¡Caracoles! —murmuró para sí—, eso va a estar chupado. Está en el piso de abajo, la ventana de atrás puede abrirse con un pico cualquiera, no hay alarma, ni nada —emitió una risita entre dientes y se alejó.

Slappy no era el único que tenía un plan. Peter Q. Hornswoggle, mientras se alejaba, maduraba las extrañas ideas que producía su macizo cráneo..., ideas que implicaban cierta cantidad de acciones poco ortodoxas.

Y J. Throgmorton Bankhead desarrollaba igual actividad. Como miembro de esa clase de personas imperiosas conocidas como «trafagonas» y carente por completo de escrúpulos sobre el medio de conseguir lo que quería, sin la menor intención de pagar un millón de dólares por el secreto del amonio, consideró necesario recurrir a uno de sus conocidos.

Éste, aunque muy útil, era un poco desagradable, y Bankhead creyó conveniente tener mucho cuidado y prudencia a lo largo de su entrevista. Sin embargo, la

conversación que sobrevino concluyó de forma muy agradable para ambos.

Walter Sills despertó de un sueño intranquilo con sorprendente brusquedad. Escuchó ansiosamente un momento y luego se inclinó para sacudir a Taylor. No recibió más respuesta que unos sonidos incoherentes.

—Gene, Gene, ¡despiértate! ¡Vamos, levántate!

—¿Eh? ¿Qué pasa? ¿Por qué me molestas...?

—¡Calla! Escucha, ¿lo oyes?

—No oigo nada. Déjame en paz, ¿quieres?

Sills se puso un dedo sobre los labios y Taylor calló. Se oía un ruido de pisadas abajo, en el laboratorio.

Los ojos de Taylor aumentaron de tamaño y el sueño los abandonó completamente.

—¡Ladrones! —susurró.

Los dos se deslizaron fuera de la cama, se pusieron la bata y las zapatillas, y avanzaron de puntillas hacia la puerta. Taylor llevaba un revólver y abrió la marcha escaleras abajo.

Quizá se hallaban a mitad del tramo, cuando oyeron un repentino grito de sorpresa, seguido por una serie de ruidos estridentes. Esto duró unos momentos y después se oyó un gran estrépito de cristales.

—¡Mi amonio! —gritó Sills con voz alarmada, y se precipitó escaleras abajo, evitando los brazos de Taylor, que trataba de detenerle.

El químico irrumpió en el laboratorio, seguido de cerca por su iracundo socio y encendió la luz. Dos personas que estaban luchando parpadearon, cegadas por la súbita iluminación, y se separaron.

Taylor las apuntó con el revólver.

—Bueno, es un bonito espectáculo —dijo.

Uno de los dos se puso tambaleantemente en pie en medio de un montón de cubetas y frascos rotos, y, apretándose un corte que tenía en la muñeca, inclinó su grueso cuerpo en un saludo todavía digno. Era Peter Q. Hornswoggle.

—No hay duda —dijo, mirando con nerviosismo el arma de fuego— de que las circunstancias parecen sospechosas, pero puedo explicarlo todo fácilmente. Verán, a pesar del rudo trato que he recibido tras formular mi razonable proposición, sentía un gran interés por ustedes dos.

»Por lo tanto, como hombre de mundo, y conociendo la maldad del género humano, decidí vigilar su casa esta noche, ya que vi que no habían tomado precauciones contra los ladrones. Juzguen mi sorpresa al ver a esa sospechosa criatura —señaló al matón de nariz aplastada que aún continuaba en el suelo, completamente aturdido— introduciéndose en la casa por la ventana posterior.

»Inmediatamente, he arriesgado vida y miembros en seguir al criminal, intentando salvar su gran descubrimiento por todos los medios. Realmente creo que lo que he hecho tiene mucho mérito. Estoy seguro de que verán que soy una persona útil y que reconsiderarán sus respuestas a mis proposiciones.

Taylor escuchó todo esto con una sonrisa cínica.

—No hay duda de que miente con mucha facilidad, ¿verdad, P. Q.?

Hubiera proseguido largo rato y con mayor energía si el otro ladrón no hubiese levantado súbitamente la voz en una decidida protesta:

—Caracoles, jefe, ese gordo patán sólo intenta meterme en un lío. Yo no hago más que obedecer órdenes, jefe. Un tipo me ha contratado para venir a robar la caja fuerte y sólo estoy ganando un dinero honrado.

Nada más que un pequeño robo de dinero, jefe, no pensaba hacer daño a nadie.

»Entonces, justo cuando iba a ponerme a trabajar... entrando en calor, por así decirlo... entra ese tipejo con un cincel y un soplete y va hacia la caja. Bueno, naturalmente, no me gusta tener competencia, así que me lanzo sobre él y luego...

Pero Hornswoggle se había erguido con helada arrogancia.

—Veremos si la palabra de un gángster vale más que la de alguien que, puedo decirlo sinceramente, fue, en su tiempo, uno de los miembros más eminentes del gran...

—Callen los dos —gritó Taylor, moviendo amenazadoramente la pistola—. Voy a llamar a la policía y podrán molestarlos a *ellos* con sus historias. Dime, Walt, ¿está todo en orden?

—Creo que sí. —Sills regresó de su inspección por el laboratorio—. Sólo han destrozado cubetas vacías. Todo lo demás está intacto.

—Perfectamente —empezó Taylor, y entonces se interrumpió, consternado.

Desde el pasillo, entró un individuo tranquilo, con el sombrero muy tirado sobre los ojos. Un revólver, sostenido con experiencia, cambió considerablemente la situación.

—O. K. —gruñó a Taylor—, ¡tira la pistola!

El arma de este último resbaló por sus dedos recios y golpeó el suelo con un ruido seco.

El nuevo intruso examinó a los otros cuatro con una mirada sardónica.

—¡Bueno! Así que había otros dos tratando de adelantárseme. Este lugar parece muy concurrido.

Sills y Taylor permanecieron inmovilizados por la sorpresa, mientras los dientes de Hornswoggle castañeteaban enérgicamente. El primer gángster retrocedió unos pasos con intranquilidad, mientras murmuraba:

—Por todos los diablos, es Mike *el Bala*.

—Sí —gruñó Mike—, el mismo. Hay muchos tipos que me conocen y saben que no me asusta apretar el gatillo siempre que tengo ganas. Vamos, calvo, empieza a trabajar. Ya sabes... el material sobre tu oro falso. Vamos, antes de que cuente cinco.

Sills se dirigió lentamente hacia la antigua caja fuerte que había en un rincón. Mike retrocedió con negligencia para dejarle paso y, al hacerlo, la manga de su abrigo rozó un estante. Una botellita de solución de sulfato de sodio se tambaleó y cayó.

Súbitamente inspirado, Sills gritó:

—¡Dios mío, cuidado! ¡Es nitroglicerina!

La botella golpeó el suelo con un gran tintineo de cristales rotos, e, involuntariamente, Mike dio un grito y saltó a un lado con violenta consternación. Y al hacerlo, Taylor se abalanzó sobre él con un rápido movimiento. Al mismo tiempo, Sills se apresuró a recuperar la caída arma de Taylor para apuntar a los otros dos. Sin embargo, ya no era necesario. Al iniciarse la confusión, ambos habían desaparecido apresuradamente en la oscuridad de la noche de donde habían venido.

Taylor y Mike *el Bala* rodaron por el suelo del laboratorio, abrazados en una lucha desesperada mientras Sills les seguía, rogando por un momento de relativa quietud que le permitiera poner el revólver en súbito y agudo contacto con el cráneo del gángster.

Pero tal momento no llegó. De repente Mike se abalanzó, agarró por sorpresa a Taylor por debajo de la barbilla, y se liberó. Sills gritó con consternación y apretó el gatillo en dirección a la figura que huía. El disparo no dio en el blanco y Mike escapó ileso. Sills no intentó seguirle.

Un chorro de agua fría devolvió el conocimiento a Taylor. Sacudió la cabeza con aturdimiento al contemplar el desorden reinante.

—¡Caramba! —dijo—. ¡Vaya noche!

Sills gruñó:

—¿Qué vamos a hacer ahora, Gene? Nuestras mismas vidas están en peligro. Nunca pensé en la posibilidad de unos ladrones, si no, no hubiera comunicado el descubrimiento a los periódicos.

—Oh, bueno, el mal ya está hecho. No sirve de nada lamentarse. Ahora, escucha, lo primero que tenemos que hacer es acostarnos otra vez. No volverán a molestarnos esta noche. Mañana ve al banco y pon los papeles que esbozan los detalles del proceso en la cámara acorazada (cosa que ya tendrías que haber hecho). Staples vendrá a las tres de la tarde; cerraremos el trato, y después, por fin, viviremos felizmente para siempre.

El químico movió la cabeza con tristeza.

—Hasta ahora el amonio nos ha causado muchos trastornos. Casi me gustaría no haber conocido su existencia. Preferiría seguir haciendo análisis minerales.

Mientras Walter Sills atravesaba traqueteando la ciudad hacia su banco, no encontraba ninguna razón para cambiar su anhelo. Ni siquiera el consolador y agradable bamboleo de su antiguo y abollado automóvil logró alegrarle. De una vida caracterizada por una pacífica monotonía, había entrado en un periodo de agitación, y no estaba nada satisfecho con este cambio.

«Los ricos, igual que los pobres, tienen sus propios problemas específicos», se dijo sentenciosamente a sí mismo mientras detenía el coche ante el edificio de mármol de dos pisos que era el banco. Salió con cuidado, alargó sus piernas entumecidas, y se dirigió a la puerta giratoria.

Sin embargo, no llegó a ella. Dos corpulentos ejemplares de la raza humana aparecieron de repente junto a él, uno a cada lado, y Sills sintió que un objeto pesado le apretaba las costillas con dolorosa intensidad. Abrió involuntariamente la boca, y fue retribuido con una voz helada junto a su oído:

—Quieto, calvo, o recibirás lo que te mereces por el sucio truco que me jugaste anoche.

Sills se estremeció y guardó silencio. Reconoció fácilmente la voz de Mike *el Bala*.

—¿Dónde está la fórmula? —preguntó Mike—, y contesta deprisa.

—En el bolsillo de la americana —murmuró Sills con voz trémula.

El compañero de Mike metió diestramente la mano en el bolsillo indicado y sacó tres o cuatro hojas dobladas.

—¿Es esto, Mike?

Éste lanzó una rápida mirada e hizo un gesto de asentimiento.

—Sí, ya son nuestros. De acuerdo, calvo, ¡sigue tu camino!

Después de propinarle un inesperado empujón, los dos gángsters subieron a su coche y se alejaron rápidamente, mientras el químico caía tendido en la acera. Unas manos amables le levantaron.

—Estoy bien —logró articular—. Sólo he tropezado, nada más. No me he hecho daño.

Volvió a encontrarse solo, entró en el banco y se desplomó en el sillón más próximo, a punto de desmayarse. No existía ninguna duda: la nueva vida no era para él.

Pero debería habérselo imaginado. Taylor había entrevisto la posibilidad de que ocurriera una cosa así. Incluso a él mismo le pareció que un coche le seguía. Sin embargo, con la sorpresa y el susto, había estado a punto de echarlo todo a perder.

Se encogió de hombros y, quitándose el sombrero, extrajo unas cuantas hojas de papel dobladas de la tira de tafilete. No se requerían más de cinco minutos para depositarlas en la cámara acorazada, y ver cómo se cerraba la resistente puerta de acero. Se sintió aliviado.

«Me pregunto lo que harán —se dijo cuando regresaba a su casa— cuando intenten seguir las instrucciones del papel que tienen. —Frunció los labios y movió la cabeza—. Si lo hacen, habrá una explosión tremenda.»

Cuando Sills llegó a su casa, encontró a tres policías paseando arriba y abajo de la acera frente a la casa.

—Protección policíaca —explicó luego Taylor—, para que no se repita lo de anoche.

El químico relató los acontecimientos ocurridos en el banco y Taylor asintió severamente.

—Bueno, ahora les hemos hecho jaque mate. Staples vendrá dentro de dos horas, y la policía cuidará de todo hasta entonces. Después —se encogió de hombros—, será asunto de Staples.

—Escucha, Gene —intervino repentinamente el químico—, estoy preocupado por el amonio. No he comprobado su facultad para dorar y ya sabes que esto es lo más importante. ¿Y si viene Staples y vemos que no sirve para nada?

—Humm —Taylor se acarició la barbilla—, en esto tienes razón. Pero te diré lo que podemos hacer. Antes de que llegue Staples, doremos algo, una cuchara, por ejemplo, para que te convenzas.

—Es muy desagradable —se quejó Sills, de mal humor—. Si no fuera por esos molestos matones, no habiéramos tenido que proceder de esta manera tan descuidada y poco científica.

—Bueno, comamos primero.

Comenzaron en cuanto hubieron terminado de comer. Dispusieron los aparatos con febril apresuramiento. En un tanque cúbico, de unos treinta centímetros de lado, se vertió una solución saturada de amonalina. Una cuchara vieja y abollada sirvió de cátodo y una masa de aleación de amonio (separada del resto de la solución por una división de cristal perforado) sirvió de ánodo. Tres baterías en serie proporcionaron la corriente.

Sills explicó animadamente:

—Funciona sobre el mismo principio del dorado ordinario por medio de cobre. El ion de amonio, una vez ha pasado la corriente eléctrica, es atraído hacia el cátodo, que está en la cuchara. En caso normal se disolvería, pues no es estable, pero esto no sucede cuando se ha disuelto en amonalina. Esta amonalina está ionizada muy ligeramente y el oxígeno se evapora en el ánodo.

»Todo esto lo sé por la teoría. Veamos lo que sucede en la práctica.

Cerró el interruptor mientras Taylor observaba con inmenso interés. Durante un momento, no se distinguió ningún efecto. Taylor pareció decepcionado.

Entonces Sills le agarró por la manga.

—¡Mira! —siseó—. ¡Observa el ánodo!

Burbujas de gas se formaban lentamente sobre la esponjosa aleación de amonio. Centrarón su atención en la cuchara.

Gradualmente, percibieron un cambio. El aspecto metálico se tornó opaco, al perder su blancura el color plateado. Se estaba formando una capa amarilla que, aunque opaca, era muy precisa. La corriente pasó durante quince minutos y entonces Sills rompió el circuito con un suspiro de satisfacción.

—Dora perfectamente —dijo.

—¡Estupendo! ¡Sácala! ¡Veámosla bien!

—¿Qué? —Sills estaba horrorizado—. ¡Sacarla! Pero si esto es amonio puro. Si lo expusiera al aire normal, el vapor del agua lo disolvería en $\text{NH}_4 \text{OH}$ antes de que nos diéramos cuenta. No podemos hacer tal cosa.

Arrastró un pesado aparato hasta la mesa.

—Esto —dijo— es un recipiente lleno de aire comprimido.

Lo pasó por secadores de cloruro de calcio y después mezcló directamente el oxígeno seco por completo (diluido con cuatro veces su propio volumen de nitrógeno) con el disolvente.

Introdujo la boquilla en la solución justo por debajo de la cuchara y dejó pasar un lento chorro de aire. Fue algo mágico. Con la rapidez del relámpago, la capa amarilla empezó a brillar y relucir, a centellear con una belleza casi etérea.

Los dos hombres lo contemplaban sin aliento, con el corazón latiendo rápidamente. Sills cerró el paso del aire, y permanecieron contemplando la cuchara y sin decir nada durante un rato.

Luego Taylor susurró con voz ronca:

—Sácala. ¡Déjame tocarla! ¡Dios mío! ¡Es preciosa!

Con reverente admiración, Sills se acercó a la cuchara, la cogió con unos fórceps, y la extrajo del liquido circundante.

Lo que ocurrió entonces no puede llegar a describirse. Más tarde, cuando excitados periodistas de diversos periódicos les apremiaban cruelmente, ni Taylor ni Sills recordaron en absoluto los hechos que ocurrieron durante los siguientes minutos.

¡Lo que sucedió fue que cuando la cuchara dorada con amonio fue expuesta al aire libre, el olor más horrible que pueda concebirse atacó sus fosas nasales! Un olor que no puede describirse, una terrible pestilencia que convirtió la habitación en una horrible pesadilla.

Con un estrangulado jadeo, Sills dejó caer la cuchara. ¡Ambos tosían y sentían náuseas; les acometió un tremendo dolor en la garganta y la boca, y gritaron, se lamentaron, estornudaron!

Taylor se abalanzó sobre la cuchara y miró desesperadamente a su alrededor. El olor se hacía cada vez más fuerte y lo único que sus violentos esfuerzos por escapar

lograron fue destruir el laboratorio y volcar el tanque de amoníaco. Sólo había una cosa por hacer, y Sills la hizo. La cuchara atravesó volando la ventana abierta y cayó en medio de la Duodécima Avenida. Golpeó contra la acera justo a los pies de uno de los policías, pero a Taylor no le importó.

—Quítate la ropa. Tenemos que quemarla —estaba balbuceando Sills—. Después pulveriza alguna cosa por el laboratorio... cualquier cosa que huela fuerte. Quema azufre. Busca un poco de bromo líquido.

Ambos estaban concentrados en la tarea de arrancarse la ropa, cuando se dieron cuenta de que alguien había entrado por la puerta sin cerrar. Había sonado el timbre, pero ninguno lo había oído. Era Staples, hombre de un metro noventa de estatura, al que llamaban el Rey del Acero.

Un sólo paso en dirección al vestíbulo arruinó completamente su dignidad. Se vino abajo con un sollozo desgarrador y la Duodécima Avenida presenció el espectáculo de un caballero anciano, ricamente vestido, dirigiéndose hacia el norte de la ciudad con toda la velocidad que le permitían sus pies, quitándose toda la ropa que pudo por el camino.

La cuchara prosiguió su trabajo mortífero. Los tres policías ya hacía rato que se habían retirado en una poca digna huida, y ahora llegó a los sentidos aturridos y torturados de los dos inocentes y sufrida causa de todo el desastre un bramido confuso procedente de la calle.

Hombres y mujeres salían de las casas vecinas, los caballos se desbocaban. Camiones de incendios se acercaban con estrépito, sólo para ser abandonados por sus conductores. Escuadrones de policías llegaron... y se fueron.

Por último, Sills y Taylor no resistieron más, y sólo con sus pantalones, corrieron atropelladamente hacia el Hudson. No se detuvieron hasta que el agua les cubrió el cuello, con el bendito aire puro encima de ellos.

Taylor volvió unos ojos perplejos hacia Sills.

—Pero ¿por qué emitía ese olor tan espantoso? Dijiste que era estable y los sólidos estables no huelen.

—¿Has olido almizcle alguna vez? —gruñó Sills—. Despide un aroma durante un periodo indefinido sin perder un peso apreciable. Nosotros nos hemos enfrentado con algo parecido.

Los dos reflexionaron un rato en silencio, sobresaltándose cada vez que el viento les llevaba una nueva corriente de vapor de amoníaco, y luego Taylor dijo en voz baja:

—Cuando logren averiguar lo que sucede con la cuchara, y sepan quién lo hizo, es posible que nos procesen... o nos encierren en prisión.

El rostro de Sills mostró la pesadumbre que sentía.

—¡Me gustaría no haber visto nunca ese maldito producto! No nos ha

proporcionado nada más que problemas —se dejó llevar por su torturado espíritu y prorrumpió en sollozos.

Taylor le dio tristemente unas palmadas en la espalda.

—No es tan malo como todo eso, desde luego. El descubrimiento te hará famoso y podrás exigir tu propio precio, trabajando en cualquier laboratorio industrial del país. Además, no hay duda de que ganarás el premio Nobel.

—Tienes razón —Sills volvía a sonreír— y también es posible que encuentre una manera de contrarrestar el olor. Así lo espero.

—Yo también lo espero —dijo fervorosamente Taylor—. Regresemos. Creo que a estas horas ya habrán retirado la cuchara.

Para cualquiera que lea La magnífica posesión será evidente que, en aquella época, me estaba especializando en química en la Universidad. Como relato supuestamente humorístico, es mucho más embarazoso de volver a leer que Un anillo alrededor del sol. Imagínense a un diputado llamado Hornswoggle^[5] y a unos gánsters que hablan una versión ridícula de la jerga de Brooklyn.

La magnífica posesión fue el único de los primeros nueve relatos que escribí que Campbell no vio nunca, y me alegro de ello.

A finales de año escribí un relato llamado Ad Astra, y el 21 de diciembre de 1938 (el día que mi padre cumplía cuarenta y dos años, aunque no recuerdo haberlo considerado como un augurio, ni en uno ni en otro sentido) fui a enseñárselo a Campbell. Era mi séptima visita a su oficina, pues aún no había faltado ningún mes, y era el noveno relato que le presentaba.

Ad Astra es el primer relato que escribí sobre el que recuerdo, incluso después de todo este tiempo, las circunstancias exactas de la naciente inspiración. Perdida ésta, solicité y recibí un empleo de la National Youth Administration (NYA), con vistas a costearme mis estudios en la Universidad. Ganaba quince dólares al mes, si la memoria no me falla, a cambio de pasar unos escritos a máquina durante varias horas. Trabajé para un sociólogo que estaba escribiendo un libro sobre el tema de la resistencia social a las innovaciones tecnológicas. Esto incluía desde la resistencia del clero de Mesopotamia a la propagación de la lectura y la escritura entre la población general, hasta las objeciones hechas al aeroplano por los que decían que el vuelo de un cuerpo más pesado que el aire era imposible.

Naturalmente se me ocurrió escribir un cuento relativo a la resistencia social a los vuelos espaciales. Por esa razón utilicé el título de Ad Astra. Provenía del proverbio latino Per aspera ad astra («A través de las dificultades, hasta las estrellas»).

Por vez primera, Campbell hizo más que limitarse a enviar un rechazo. El 29 de diciembre, recibí una carta suya en la que me pedía que acudiera a verle para discutir la teoría con todo detalle.

El 5 de enero de 1939, fui a ver a Campbell por octava vez, y por primera a solicitud suya. Resultó que lo que le gustaba del relato era la resistencia social ante los vuelos espaciales...; los vuelos espaciales requerían, naturalmente, una corrección a fondo.

Bastante atemorizado, pues hasta entonces nunca había tenido que revisar un relato según las normas editoriales, me puse a trabajar. El 24 de enero le llevé el relato corregido y el 31 de enero descubrí el sistema que empleaba Campbell para aceptar relatos. Mientras sus rechazos solían ir acompañados de largas y útiles cartas, sus aceptaciones no consistían más que en un cheque, sin una sola palabra de acompañamiento. Seguramente pensaba que el cheque era lo bastante elocuente. En este caso era de sesenta y nueve dólares puesto que el relato constaba de 6.900 palabras y Campbell pagaba, en aquel tiempo, un centavo por palabra.

Fue mi primera venta a Campbell, después de siete meses de tentativas y ocho rechazos consecutivos. El relato se publicó medio año después, y entonces vi que Campbell había cambiado el título (algo muy justificable, me parece) por el de Opinión pública.

OPINIÓN PÚBLICA

Aquel día, John Harman estaba sentado ante su mesa, cavilando, cuando entré en su despacho. Para entonces, ya era un espectáculo normal verle contemplando el Hudson, con la cabeza apoyada en una mano, su rostro contraído por una expresión ceñuda... todo demasiado normal. No parecía justo que aquel pequeño gallo de pelea se corroyera así el corazón día tras día, cuando por derecho debería estar recibiendo las alabanzas y adulaciones del mundo.

Me dejé caer en una silla

—¿Ha visto el editorial del *Clarion* de hoy, jefe?

Volvió hacia mí unos ojos cansados e inyectados de sangre.

—No, no lo he visto. ¿Qué dicen? ¿Vuelven a pedir que la venganza de Dios caiga sobre mí? —su voz rezumaba un amargo sarcasmo.

—*Ahora* van un poco más lejos, jefe —contesté—. Escuche esto:

«Mañana es el día en que John Harman intentará profanar los cielos. Mañana, desafiando la opinión y la conciencia mundial, este hombre desafiará a Dios.

»El hombre no puede ir dondequiera que la ambición y el deseo le conduzcan. Hay cosas que siempre le serán vedadas, y subir a las estrellas es una de ellas. Como Eva, John Harman desea comer del fruto prohibido, y como ella sufrirá un merecido castigo.

»Pero este simple comentario no es suficiente. Si permitimos que incurra en las iras de Dios, el pecado será del género humano y no de Harman solo. Al permitirle que lleve a cabo sus diabólicos planes, nos hacemos cómplices del crimen, y la venganza de Dios caerá de igual modo sobre todos nosotros.

»Por lo tanto, es esencial que se tomen medidas inmediatas para evitar que mañana Harman despegue en su llamada nave espacial. El Gobierno, al negarse a tomar tales medidas, puede originar una acción violenta. Si no hace nada para confiscar la nave espacial, o apresar a Harman, nuestros furiosos ciudadanos tendrán que intervenir...»

Harman saltó de su silla con ira y, arrebatándome el periódico de las manos, lo arrojó furiosamente a un rincón.

—Es un llamamiento abierto para que me linchen —bramó—. ¡Mire esto!

Lanzó cinco o seis sobres en mi dirección. Una mirada me bastó para saber lo que eran.

—¿Más amenazas de muerte? —pregunté.

—Sí, exactamente eso. He tenido que solicitar un aumento de la protección policíaca del edificio y una escolta de policía motorizada para cuando cruce el río en dirección al campo de pruebas mañana.

Paseó arriba y abajo de la habitación a grandes zancadas.

—No sé qué hacer, Clifford. He trabajado casi diez años en el *Prometeo*. Me he esclavizado, he gastado una fortuna, renunciado a todo lo que vale la pena en la vida... ¿y para qué? Para que un puñado de predicadores locos excite la opinión pública en contra mía hasta que peligre mi misma vida.

—Usted se ha adelantado a nuestra época, jefe.

Me encogí de hombros con un gesto de resignación que le impulsó a volverse furiosamente hacia mí.

—¿Qué quiere decir que me he adelantado a nuestra época? Estamos en 1973. Ya hace medio siglo que el mundo está preparado para los viajes espaciales. Hace cincuenta años, la gente hablaba, soñaba con el día en que el hombre podría liberarse de la Tierra y explorar la profundidad del espacio. Durante cincuenta años, la ciencia ha avanzado centímetro a centímetro hacia esta meta, y ahora... ahora yo la he alcanzado, y ¡mira por dónde!, usted dice que el mundo no está preparado para mí.

—Los años 20 y 30 fueron años de anarquía, decadencia y confusión, si recuerda su historia —le recordé amablemente—. No puede aceptarlos como criterio.

—Lo sé, lo sé. Va a hablarme de la Primera Guerra de 1914 y de la Segunda de 1940. Para mí es una historia vieja. Mi padre luchó en la segunda y mi abuelo en la primera. Sin embargo, éstos eran los días en que *floreecía* la ciencia. Entonces los hombres no tenían miedo; soñaron y tuvieron el valor suficiente. No existía el conservadurismo en cuanto se refería a cuestiones mecánicas y científicas. No había ninguna teoría que fuera demasiado radical como para exponerse, ningún descubrimiento demasiado revolucionario para publicarse. Hoy día, la corrupción se ha adueñado del mundo y una gran aventura, como los viajes espaciales, se define como «desafío a Dios».

Bajó lentamente la cabeza, y se alejó para ocultar el temblor de sus labios y las lágrimas de sus ojos. Después se repuso de modo súbito y sus ojos brillaron.

—Pero yo les enseñaré. Seguiré adelante, a pesar del infierno, el cielo y la Tierra. He invertido demasiado en ello para abandonarlo ahora.

—Tómeselo con calma, jefe —le aconsejé—. Esto no va a hacerle ningún bien mañana, cuando esté en aquella nave. Sus posibilidades de salir con vida no son muchas, así que ¿en qué se convertirán si tiene los nervios destrozados por las preocupaciones?

—Tiene razón. No pensemos más en ello. ¿Dónde está Shelton?

—En el Instituto, disponiendo las placas fotográficas especiales que deben enviarnos.

—Hace mucho rato que se ha ido, ¿verdad?

—No demasiado; pero escuche, jefe, hay algo raro en él. No me gusta.

—¡Tonterías! Ha pasado dos años conmigo, y no tengo quejas de él.

—Muy bien —extendí las manos con resignación—. Si no quiere escucharme, no lo haga. Pero le sorprendí leyendo uno de esos panfletos infernales que Otis Eldredge puso en circulación. Ya sabe de qué tratan: «Prepárate, oh género humano, porque el juicio se acerca. El castigo por tus pecados es inminente. Arrepentíos y os salvaréis.» Y todo el resto de disparates tradicionales.

Harman se rió con desprecio.

—¡Predicadores de pacotilla! Supongo que el mundo nunca dejará de escucharles..., no, mientras existan suficientes retrasados mentales. Sin embargo, no puede condenar a Shelton sólo porque lea sus folletos. Yo mismo lo hice en cierta ocasión.

—Él *dice* que lo recogió de la acera y que lo leyó por «mera curiosidad», pero yo estoy completamente seguro de que lo sacó de su cartera. Además, va a la iglesia todos los domingos.

—¿Es eso un crimen? ¡Todo el mundo lo hace, hoy en día!

—Sí, pero no todos van a la Sociedad Evangélica del Siglo Veinte. Es la de Eldredge.

Eso trastornó a Harman. Evidentemente, era la primera vez que oía algo por el estilo.

—Eso sí es significativo. Entonces, tendremos que vigilarle.

Pero, después de eso, los acontecimientos se sucedieron, y nos olvidamos completamente de Shelton... hasta que fue demasiado tarde.

Apenas quedaba nada por hacer aquel último día antes de la prueba, y yo me paseaba por la habitación vecina, donde repasaba el informe final de Harman al Instituto. Yo debía corregir cualquier error o equivocación que hubiera, pero temo que no fui muy concienzudo. En honor a la verdad, no podía concentrarme. A menudo caía en un ensimismamiento profundo.

Resultaban extrañas todas aquellas protestas acerca de los viajes espaciales. Cuando Harman anunció por primera vez la cercana puesta a punto del *Prometeo*, unos seis meses antes, los círculos científicos se mostraron entusiasmados. Naturalmente, fueron cautelosos en sus declaraciones y moderados en todo lo que dijeron, pero existía un entusiasmo real.

Sin embargo, las masas no lo tomaron así. Quizá les parezca extraño, a ustedes,

hombres del siglo veintiuno, pero quizá debimos haberlo imaginado en aquellos días del año 1973. Entonces, la gente no era muy progresista. Durante años había habido una vuelta hacia la religión, y cuando las iglesias se pronunciaron unánimemente contra el cohete de Harman... bueno, he aquí lo que ocurrió:

Al principio, la oposición se limitó a las iglesias y nosotros pensamos que esto terminaría pronto. Pero no fue así. Los periódicos se hicieron cargo de ella, y literalmente difundieron el evangelio. El pobre Harman se convirtió en poco tiempo en un anatema del mundo, y entonces comenzaron sus dificultades.

Recibió amenazas de muerte, y advertencias diarias de venganza divina. No podía caminar tranquilamente por la calle. Docenas de sectas, a ninguna de las cuales pertenecía —era uno de los escasísimos librepensadores de la época, lo que constituía otro cargo contra él—, le excomulgaron y le colocaron en especial entredicho. Y, lo peor de todo, Otis Eldredge y su Sociedad Evangélica comenzaron a agitar a la población.

Eldredge era un tipo extraño... uno de esos genios, a su manera, que surgen de vez en cuando. Dotado de una lengua locuaz y un vocabulario de azufre, hipnotizaba fácilmente a la multitud. Veinte mil personas eran tan maleables en sus manos, que le bastaba con que le oyeran hablar. Y durante cuatro meses, tronó contra Harman; durante cuatro meses, un inacabable chorro de acusaciones vibró con frenesí oratorio. Y durante este tiempo, la cólera del mundo aumentó.

Pero Harman no se dejó atemorizar. En su reducido cuerpo de un metro sesenta de estatura, tenía toda la energía de cinco hombres de un metro noventa. Cuanto más aullaban los lobos, más firme se mantenía. Con obstinación casi divina —decían diabólicamente sus enemigos—, se negó a retroceder ni un sólo centímetro. Sin embargo, su firmeza exterior era para mí, que le conocía, un encubrimiento imperfecto de la gran pena y amarga decepción que le acosaban.

En aquel punto, el timbre de la puerta interrumpió mis pensamientos y me hizo levantar con sorpresa. Los visitantes eran muy escasos en aquellos días.

Miré por la ventana y vi a una figura alta y corpulenta que hablaba con el sargento de policía Cassidy. La reconocí inmediatamente como a Howard Winstead, director del Instituto. Harman se apresuraba a saludarle, y tras un corto intercambio de frases, los dos entraron en el despacho. Yo les seguí al interior, movido por la curiosidad de saber lo que habría motivado la visita de Winstead, que era más político que científico.

Al principio, Winstead no se sintió muy cómodo; no mostraba su naturaleza amable de siempre. Evitó los ojos de Harman de una manera embarazosa y murmuró ciertas consideraciones convencionales acerca del clima. Después fue derecho al grano, con brusquedad directa y poco diplomática.

—John —dijo—, ¿y si pospusiéramos el intento durante algún tiempo?

—En realidad te refieres a abandonarlo indefinidamente, ¿verdad? Pues no lo haré, y es mi última palabra.

Winstead levantó la mano.

—Espera, John, no te excites. Déjame exponer el caso. Sé que el Instituto convino en darte carta blanca, y sé que tú has costeado por lo menos la mitad de los gastos de tu propio bolsillo, pero... no puedes seguir adelante.

—¿De verdad, no puedo? —dijo irónicamente Harman.

—Escucha, John, conoces tu ciencia, pero no conoces tu naturaleza humana, y yo sí. Éste no es el mundo de los «años locos», te des cuenta o no. Se han producido profundos cambios desde 1940.

Se sumergió en lo que evidentemente era un discurso preparado con cuidado.

—Después de la Primera Guerra Mundial —prosiguió—, ya sabes que el mundo entero se apartó de la religión para caer en una total anarquía libre de convencionalismos. La gente estaba disgustada y desilusionada, eran cínicos y sofisticados. Eldredge los llama «malvados y pecadores» A pesar de eso, la ciencia floreció... algunos dicen que siempre prospera más en períodos tan poco convencionales. Desde *su* punto de vista fue una «Edad de Oro».

»Sin embargo, conoces la historia política y económica de la época. Fue un tiempo de caos político y anarquía internacional; un período suicida, insensato e insano... y culminó en la Segunda Guerra Mundial. Así como la primera había conducido a una época de sofisticación, la de 1940 inició un retorno a la religión.

»La gente no estaba satisfecha de las “décadas locas”. Ya habían tenido bastante, y temían, antes que cualquier otra cosa, una vuelta a ellas. Para eliminar esta posibilidad, desearon las costumbres de aquellos tiempos. Ya ves que sus motivos fueron comprensibles y loables. Toda la libertad, la sofisticación, la falta de convencionalismo desaparecieron... fueron barridos por completo. Ahora vivimos en una segunda época victoriana; y de manera natural, porque la historia humana avanza con movimientos de péndulo y atravesamos un período de religión y convencionalismos.

»Sólo queda una cosa de aquellos lejanos días: el respeto de la humanidad por la ciencia. Tenemos prohibiciones: las mujeres que fuman están fuera de la ley, los cosméticos están prohibidos, los vestidos y las faldas cortas son inauditos, el divorcio no está bien visto. Pero la ciencia no ha sido confinada... *todavía*.

»Así pues, a la ciencia le conviene mostrarse circunspecta, para evitar que la gente se alce contra ella. Sería muy fácil hacerles creer, y Otis Eldredge se ha acercado peligrosamente a ello en alguno de sus sermones, que fue la ciencia la que provocó los horrores de la Segunda Guerra Mundial. Dirán que la ciencia aventajó a la cultura, la tecnología a la sociología, y que fue este desequilibrio lo que estuvo a punto de destruir el mundo. En cierto modo, me siento inclinado a creer que no están

tan equivocados en eso.

»Pero ¿sabes lo que ocurriría si llegáramos a eso? La investigación científica podría ser prohibida; o, si no llegan tan lejos, no hay duda de que estaría tan estrictamente regulada que se ahogaría en su propia decadencia. Sería una calamidad de la que la humanidad tardaría un milenio en recobrase.

»Y tu vuelo de prueba es lo que puede precipitar todo esto. Estás soliviantando al público hasta un nivel en que será muy difícil calmarlo. Te lo advierto, John. Las consecuencias caerán sobre tu conciencia.

Durante unos momentos reinó un silencio absoluto y después Harman esbozó una sonrisa forzada.

—Vamos, Howard, te estás dejando asustar por sombras reflejadas en una pared. ¿Tratas de decirme que crees seriamente que el mundo entero va a hundirse en una segunda Edad Media? Al fin y al cabo, los hombres inteligentes están del lado de la ciencia, ¿verdad?

—Si lo están, no quedan demasiados por lo que veo. —Winstead sacó una pipa del bolsillo y la llenó lentamente mientras proseguía—: Eldredge formó una Liga de los Justos hace dos meses (la llaman la L. J.) y ha aumentado de forma increíble. *Veinte millones de socios sólo en Estados Unidos*. Eldredge alardea de que, después de la próxima elección, el Congreso será suyo; y hay más verdad que fanfarronada en ello. Ya ha habido una enérgica solicitud en favor de una ley que prohíba los experimentos espaciales, y leyes de este tipo se han aprobado en Polonia, Portugal y Rumanía. Sí, John, corremos el peligro de provocar una persecución de la ciencia. — Ahora fumaba en rápidas y nerviosas bocanadas.

—Pero si tengo éxito, Howard, ¡si tengo éxito! ¿Qué pasaría entonces?

—¡Bah! Ya sabes las posibilidades que hay. Tú mismo has estimado que sólo tienes una posibilidad sobre diez de salir de esto con vida.

—¿Qué significa eso? El próximo científico aprenderá gracias a mis equivocaciones, y las posibilidades aumentarán. Éste es el método científico.

—El populacho no sabe nada del método científico; y no quiere saber. Bueno, ¿qué decides? ¿Lo pospones? Harman se puso en pie de un salto, derrumbando la silla en su arrebato.

—¿Sabes lo que pides? ¿Quieres que abandone el trabajo de toda mi vida, mi sueño, como si nada? ¿Crees que voy a sentarme a esperar que tu *querido* público se vuelva benevolente? ¿Crees que cambiarán de opinión mientras yo viva?

»Ésta es mi respuesta: tengo el derecho inalienable de incrementar los conocimientos actuales. La ciencia debe progresar y desarrollarse sin interferencias. El mundo, al oponerse a mí, se equivoca. Yo tengo razón. Las cosas pueden empeorar aún más; pero yo *no* abandonaré mis derechos.

Winstead movió tristemente la cabeza.

—Estás equivocado, John, al hablar de derechos «inalienables». Lo que tú llamas un derecho no es más que un *privilegio reconocido por todos*. Lo que la sociedad acepta está bien; lo que no acepta, no lo está.

—¿Estaría de acuerdo tu amigo Eldredge con tal definición de la «rectitud»?

—No, no lo estaría, pero eso es improcedente. Observa el caso de esas tribus africanas que eran caníbales. Fueron educados así, tenían una larga tradición de canibalismo, y su sociedad aceptaba dicha práctica. Para *ellos*, esa costumbre *estaba bien*, ¿por qué no debería estarlo? Así que ya ves lo relativa que es toda la concepción, y lo necia que es tu idea de los derechos «inalienables» de realizar experimentos.

—Sabes, Howard, equivocaste tu camino al no dedicarte a la abogacía. —Harman se ponía furioso por momentos—. Has expuesto todos los argumentos más anticuados que se te han ocurrido. Por el amor de Dios, hombre, ¿tratas de decirme que es un crimen negarse a seguir la corriente? ¿Eres partidario de la absoluta uniformidad, ordinariez, ortodoxia y trivialidad? La ciencia sucumbiría mucho antes bajo el programa que tú esbozas que bajo la prohibición gubernamental.

Harman se puso en pie y apuntó al otro con un dedo acusador.

—Estás traicionando a la ciencia y la tradición de estos gloriosos rebeldes: Galileo, Darwin, Einstein y otros por el estilo. Mi cohete partirá mañana, tal como está programado, a pesar tuyo y de cualquier otra persona de Estados Unidos. Así es, y me niego a seguir escuchándote. De modo que ya puedes largarte.

El director del Instituto, con el rostro congestionado, se volvió hacia mí.

—Usted es testigo, joven, de que he advertido a este obstinado papanatas, a este... este estúpido fanático. —Tartamudeó un poco, y después salió precipitadamente de la habitación, dominado por una fiera indignación.

Harman se volvió hacia mí cuando se hubo ido.

—Bueno, ¿qué es lo que *usted* piensa? Supongo que está de acuerdo con él.

No existía más que una respuesta posible y fue la que di:

—Usted me paga para que obedezca órdenes, jefe. Le apoyaré.

En aquel momento entró Shelton, y Harman nos mandó a los dos que calculáramos la órbita de vuelo por enésima vez, mientras él se iba a dormir.

Al día siguiente, el 15 de julio, amaneció con un esplendor incomparable, y Harman, Shelton y yo estábamos casi alegres mientras atravesábamos el Hudson hacia el lugar donde se hallaba el *Prometeo* —rodeado por suficientes policías de guardia—, que relucía con magnificencia.

A su alrededor, acordonada a una distancia aparentemente segura, se agitaba una multitud de gigantescas proporciones. La mayoría se mostraba hostil, ásperamente hostil. De hecho, durante un fugaz momento, mientras la policía motorizada que nos

escoltaba nos abría paso entre el gentío, los gritos e imprecaciones que llegaron a nuestros oídos casi me convencieron de que tendríamos que haber escuchado a Winstead.

Pero Harman no les hizo ningún caso y respondió con un altanero ademán despectivo al grito de: «Ahí va John Harman, hijo de Satanás.» Serenamente, nos hizo realizar nuestra tarea de inspección. Yo comprobé las gruesas paredes exteriores y las esclusas de aire en busca de alguna posible grieta, y después me aseguré de que el purificador de aire funcionara. Shelton comprobó la pantalla repelente y los depósitos de combustible. Finalmente, Harman se probó el incómodo traje espacial, lo encontró satisfactorio y anunció que ya estaba listo.

La multitud se agitó. Sobre una plataforma de tablones de madera rápidamente erigida por alguien de la masa, se elevó una impresionante figura. Alto y enjuto, con aspecto ascético, ojos hundidos y ardientes, penetrantes y medio cerrados y una espesa cabellera blanca cubriéndolo todo... era Otis Eldredge. La multitud le reconoció inmediatamente y muchos aplaudieron. El entusiasmo aumentó y pronto toda la turbulenta muchedumbre le aclamó con todas sus fuerzas.

Levantó una mano pidiendo silencio, se volvió hacia Harman, que le contemplaba con asombro y aversión, y le señaló con un dedo largo y huesudo:

—John Harman, hijo del diablo, engendro de Satanás, estás aquí para llevar a cabo una empresa diabólica. Te dispones a realizar un intento blasfemo para descoser el velo que los hombres tenemos prohibido traspasar. Estás probando el fruto, prohibido del Edén, pero no intentes comerlo.

El gentío prorrumpió en aplausos y él prosiguió:

—El dedo de Dios te señala, John Harman. No permitirá que sus dominios sean profanados. Hoy morirás, John Harman. —Su voz aumentó de intensidad y las últimas palabras fueron pronunciadas con fervor verdaderamente profético.

Harman dio media vuelta con desprecio. Con voz alta y clara se dirigió al sargento de policía:

—¿Hay algún medio, oficial, de alejar a estos espectadores? El vuelo de prueba puede provocar alguna destrucción a causa de las explosiones del cohete, y están demasiado cerca.

El policía respondió en un tono tajante y poco amigable:

—Si lo que teme es que le linchen, dígalo, señor Harman. Sin embargo, no debe preocuparse, les contendremos. Y en cuanto al peligro... de ese artefacto... —husmeó fuertemente en dirección al *Prometeo*, provocando un torrente de burlas y alaridos.

Harman no dijo nada más, sino que subió a la nave en silencio. Y al hacerlo, una especie de extraña inmovilidad se apoderó de la multitud; una tensión palpable. No intentaron correr hacia la nave, cosa que yo había creído inevitable. Por el contrario,

el mismo Otis Eldredge les gritó que retrocedieran.

—Dejad al pecador con sus pecados —gritó—. «Mía es la venganza», dijo el Señor.

Cuando se acercaba el momento crítico, Shelton me dio un codazo.

—Vayámonos de aquí —murmuró con voz forzada—. Esas explosiones del cohete son veneno...

No bien lo hubo dicho, rompió a correr, haciéndome ansias para que le siguiera.

Todavía no habíamos alcanzado los límites de la multitud cuando, a mi espalda, hubo un tremendo estruendo. Una oleada de aire caliente me rodeó. Se oyó el alarmante silbido de un objeto que pasaba a toda velocidad junto a mi oído, y caí violentamente al suelo. Permanecí aturdido unos momentos, mientras los oídos me zumbaban y la cabeza me daba vueltas.

Cuando volví a ponerme vacilantemente en pie, contemplé un espectáculo horrible. Al parecer, todo el abastecimiento de combustible del *Prometeo* había explotado a la vez, y donde se erguía la nave hacía un momento, ahora no había más que un enorme agujero. El suelo estaba lleno de despojos. Los gritos de los heridos eran desconsoladores, y los cuerpos mutilados... pero no trataré de describirlos.

Un débil gemido a mis pies atrajo mi atención. Miré hacia allí y lancé un grito de horror, pues era Shelton, con la parte posterior de la cabeza convertida en una masa sanguinolenta.

—Yo lo he hecho. —Su voz era ronca y triunfante, pero sin embargo tan baja que apenas podía oírla—. Yo lo he hecho. He abierto los compartimentos del oxígeno líquido y cuando la chispa alcanzó la mezcla de acetileno, todo el maldito aparato explotó. —Se quedó sin aliento y trató de moverse, pero no lo logró—. Alguna pieza debe haberme golpeado, pero no me importa. Moriré sabiendo que...

Su voz no era más que un chirrido, y en su rostro se veía la extática mirada del mártir. Entonces falleció, y mi corazón no tuvo el valor de condenarle.

Entonces fue cuando pensé en Harman. Había muchas ambulancias de Manhattan y Jersey City y una de ellas acudió a un bosquecillo a unos quinientos metros de distancia, donde, aprisionado en las copas de los árboles, se distinguía un fragmento destrozado del compartimento anterior del *Prometeo*. Me arrastré hacia allí lo más rápidamente que pude, pero extrajeron a Harman y se alejaron haciendo sonar la sirena mucho antes de que yo lograra alcanzarles.

Después de eso, no permanecí allí. La multitud desorganizada *ahora* no pensaba más que en los muertos y heridos, pero cuando se recobraran, y sus pensamientos se decantaran hacia la venganza, mi vida no valdría nada. Seguí los dictados de la mejor parte del valor y desaparecí silenciosamente.

La semana que siguió fue muy agitada para mí. Durante ese tiempo, permanecí escondido en casa de un amigo, pues hubiera sido demasiado arriesgado exponerme a que me vieran y reconocieran. Harman, por su parte, estaba en un hospital de Jersey City. No sufría nada más que cortes superficiales y contusiones... gracias a la fuerza trasera de la explosión y al oportuno grupo de árboles que amortiguó la caída del *Prometeo*. Sobre él caía el peso de la ira del mundo.

Nueva York, y también el resto del mundo, enloqueció. Todos los periódicos de última hora de la ciudad salían con gigantescos titulares: «Veintiocho muertos, setenta y tres heridos... el precio del pecado», impresos en letras rojas como la sangre. Los editoriales reclamaban la vida de Harman, solicitando que fuera arrestado y procesado por asesinato en primer grado.

El horrible grito de «¡Linchémosle!» se alzaba por doquier, y miles de personas cruzaron el río y se reunieron en Jersey City. A la cabeza de todas ellas estaba Otis Eldredge, con las dos piernas entablilladas, dirigiéndose a la multitud desde un automóvil descubierto mientras marchaba. Era un verdadero ejército.

Carson, el alcalde de Jersey City, movilizó a todos los policías disponibles y telefoneó frenéticamente a Trenton en demanda de la milicia del estado. Se cerraron todos los puentes y túneles que salían de Nueva York... pero no hasta que miles de personas hubieron salido de la ciudad.

Hubo batallas campales en la costa de Jersey City aquel 16 de julio. La policía, con gran desventaja numérica hizo uso de sus porras indiscriminadamente, pero fue rechazada poco a poco. La policía montada trató de detener implacablemente a la multitud, pero fue frenada y vencida por la fuerza de ésta. Hasta que recurrieron a los gases lacrimógenos, la muchedumbre no se detuvo y ni siquiera entonces retrocedió.

Al día siguiente se declaró la ley marcial y la milicia del estado entró en Jersey City. Esto significó el fin para los linchadores. Eldredge tuvo que conferenciar con el alcalde, y después de la entrevista ordenó a sus seguidores que se dispersaran.

En una declaración a los periódicos, el alcalde Carson dijo: «John Harman debe purgar su crimen, pero es necesario que lo haga legalmente. La justicia debe seguir su curso, y el estado de Nueva Jersey tomará todas las medidas necesarias.»

A finales de semana, se había restablecido la normalidad y Harman dejó de ser el centro de la atención pública. Dos semanas más tarde apenas se le nombraba en los periódicos, exceptuando algunas referencias casuales a su persona en la discusión del nuevo proyecto de ley anticohetes de Zittman, que acababa de lograr unánimes votos en ambas cámaras del Congreso.

Sin embargo, Harman continuaba en el hospital. No se había iniciado ninguna acción legal contra él, pero parecía que una especie de reclusión indefinida «para su propia protección» sería su destino eventual. Por lo tanto, decidí ponerme en acción.

El hospital del Temple está situado en un solitario barrio a las afueras de Jersey City, y en una noche oscura y sin luna no me resultó nada difícil penetrar subrepticamente en el edificio. Con una facilidad que me sorprendió, me introduje por una ventana de la planta baja, reduje a un adormilado interno a la inconsciencia y me dirigí a la habitación 15E, que en el registro constaba como la de Harman.

—¿Quién está ahí? —La sorprendida exclamación de Harman sonó como música en mis oídos.

—¡Shh! ¡Silencio! Soy yo, Cliff McKenny.

—¡Usted! ¿Qué está haciendo aquí?

—Tratar de sacarle de este lugar. Si no lo hago, es posible que se quede aquí el resto de su vida. Vamos, marchémonos.

Le fui poniendo rápidamente su ropa mientras hablábamos, y en un abrir y cerrar de ojos nos encontramos en el pasillo. Estuvimos a salvo en mi coche antes de que Harman recobrará totalmente sus cinco sentidos para empezar a hacer preguntas.

—¿Qué ha ocurrido desde aquel día? —fue la primera pregunta—. No recuerdo nada de lo que sucedió después de conectar los arranques del cohete y hasta que me desperté en el hospital.

—¿No le dijeron nada?

—Ni una maldita palabra —exclamó—. Y eso que pregunté hasta volverme afónico.

Así que le conté toda la historia desde la explosión en adelante. Sus ojos se agrandaron con desagradable sorpresa cuando le hablé de los muertos y heridos, llenándose de salvaje ira al enterarse de la traición de Shelton. El relato de los disturbios y la tentativa de linchamiento provocó un ahogado juramento por su parte.

—Naturalmente, los periódicos hablaban de «asesinato» —concluí—, pero no pueden acusarle de eso. Quieren procesarle por homicidio impremeditado, pero había demasiados testigos presenciales que oyeron su solicitud de que apartaran a la gente y la absoluta negativa del sargento de policía a hacerlo. Esto, desde luego, le absolvió de toda culpa. El mismo sargento de policía murió en la explosión, y no pudieron hacérselo pagar.

»Así y todo, con Eldredge aullando por su pellejo, usted sigue sin estar seguro. Sería mejor alejarnos mientras podamos.

Harman hizo un gesto de aquiescencia con la cabeza.

—Eldredge sobrevivió a la explosión, ¿verdad?

—Sí, mala suerte. Se rompió las dos piernas, pero se necesita más que eso para hacerle callar.

Transcurrió otra semana antes de que encontrara nuestro futuro refugio —la granja de mi tío en Minnesota—. Allí, en una comunidad rural solitaria y apartada, permanecimos mientras el escándalo provocado por la desaparición de Harman se

extinguía gradualmente y se abandonaba la búsqueda. Por cierto que ésta fue realmente corta, pues las autoridades parecían más aliviadas que preocupadas por la desaparición.

La paz y la tranquilidad obraron maravillas en Harman. Al cabo de seis meses parecía un hombre nuevo... completamente dispuesto a hacer un segundo intento de viaje espacial. Al parecer, no había calamidad en el mundo que pudiera detenerle, cuando se proponía una cosa.

—La primera vez, mi equivocación —me dijo un día de invierno— consistió en anunciar el experimento. Debería haber tomado en cuenta la opinión pública, tal como dijo Winstead. Sin embargo, esta vez —se frotó las manos y miró pensativamente hacia lo lejos— voy a ganarles con astucia. El experimento se realizará en secreto... absoluto secreto.

Yo me eché a reír sombríamente.

—Así tendrá que ser. ¿Sabe que todo futuro experimento de naves espaciales, incluidas las investigaciones completamente teóricas, es un crimen punible con la muerte?

—¿Así que tiene miedo?

—Claro que no, jefe. Me limito a exponer un hecho. Y hay otra cosa muy clara: ya sabe que no podemos construir una nave por nuestros propios medios.

—He pensado en eso y se me ha ocurrido una solución, Cliff. Lo que es más, también puedo ocuparme de la cuestión monetaria. Sin embargo, usted tendrá que viajar un poco.

»Primero, tendrá que ir a Chicago, negociar con la casa Roberts & Scranton y retirar todo lo que quede de la herencia de mi padre, que —añadió en un triste aparte— en su mayor parte fue empleada en la primera nave. Después, localizará a todos los antiguos colaboradores que pueda: Harry Jenkins, Joe O'Brien, Neil Stanton... todos ellos. Y regresen lo antes posible. Estoy cansado de esperar.

Dos días después, partí hacia Chicago. Obtener el consentimiento de mi tío para todo el asunto fue muy sencillo.

—Tanto pueden colgarme por mil como por mil quinientos —gruñó—, así que adelante. Ya estoy metido en un buen lío y supongo que un poco más no importa.

Necesité viajar mucho más y utilizar toda mi persuasión y facilidad de palabra para convencer a cuatro hombres: los tres mencionados por Harman y otro, un tal Saúl Simonoff. Con esta dotación básica y el medio millón que aún quedaba a Harman de los muchos millones que le dejó su padre, empezamos a trabajar.

La construcción del *Nuevo Prometeo* es una historia aparte... una larga historia de cinco años de desaliento e inseguridad. Poco a poco, comprando vigas maestras en Chicago, placas de berilo-acero en Nueva York, una célula de vanadio en San

Francisco y diversos artículos en distantes rincones de la nación, construimos la nave gemela del desafortunado *Prometeo*.

Las dificultades que encontramos en nuestro camino fueron casi insuperables. Para no levantar sospechas sobre nosotros, tuvimos que espaciar mucho nuestras compras, y para lograrlo, también tuvimos que formular los pedidos desde diversos lugares. Para ello requerimos la cooperación de varios amigos que, para mayor seguridad, no sabían exactamente para qué se emplearían las compras.

Tuvimos que sintetizar nuestro propio combustible, diez toneladas, y ésta fue quizá la tarea más difícil de todas; por lo menos la que requirió más tiempo. Y finalmente, a medida que el dinero de Harman se consumía, nos enfrentamos con nuestro mayor problema: la necesidad de ahorrar. Desde el principio supimos que no podríamos hacer el *Nuevo Prometeo* tan grande ni tan perfecto como lo fuera la primera nave; pero pronto nos dimos cuenta de que deberíamos reducir su aprovisionamiento a un punto peligrosamente cercano a la línea de gran riesgo. La pantalla repelente apenas era satisfactoria y todas las tentativas para lograr una comunicación radiofónica tuvieron que ser abandonadas.

Y mientras avanzábamos penosamente a través de los años, allí en las remotas regiones del norte de Minnesota, el mundo progresaba, y las profecías de Winstead se revelaron como asombrosamente acertadas.

Los sucesos de aquellos cinco años —desde 1973 hasta 1978— son bien conocidos por todos los escolares de hoy, ya que el período alcanzó el clímax de lo que ahora llamamos la «Edad Neovictoriana». Los acontecimientos de aquellos años parecen poco menos que increíbles cuando ahora volvemos la vista atrás.

La ley que prohibía toda investigación espacial fue promulgada al principio, pero no tuvo importancia comparada con las medidas anticientíficas que se tomaron en los años siguientes. Las siguientes elecciones del Congreso, las de 1974, dieron a Eldredge el control de la Cámara y el equilibrio del poder en el Senado.

Desde entonces no se perdió el tiempo. En la primera sesión del nonagésimo tercer Congreso, se aprobó el famoso proyecto de ley Stonely-Carter. Establecía la Agencia Federal Investigadora de Experimentación Científica —la AFIEC—, que poseía amplios poderes para legalizar todas las investigaciones del país. Todos los laboratorios, industriales o escolásticos, tenían la obligación de informar a la nueva agencia sobre cualquier investigación que tuvieran programada, con determinado tiempo de antelación, y la agencia podía prohibir, y lo hizo, absolutamente todo lo que desaprobara.

La inevitable apelación al Tribunal Supremo tuvo lugar el 9 de noviembre de 1974, en el caso de Westley contra Simmons, en la cual Joseph Westley, de Stanford, defendió su derecho a proseguir sus investigaciones sobre la fuerza atómica sobre la

base de que la ley Stonely-Carter era anticonstitucional.

¡Cómo seguimos el caso nosotros cinco, aislados en medio de las ventisqueras del Oeste Medio! Nos enviaban todos los periódicos de Minneápolis y St. Paul —siempre llegaban con dos días de retraso— y devorábamos cualquier cosa que se dijera sobre él. Durante los dos meses de mayor ansiedad, el trabajo en el *Nuevo Prometeo* cesó completamente.

Al principio se rumoreó que el tribunal declararía la ley anticonstitucional, y se organizaron monstruosas manifestaciones en todas las ciudades en contra de esta eventualidad. La Liga de los Justos ejerció toda su poderosa influencia... e incluso el Tribunal Supremo se sometió. La votación fue de cinco a cuatro por la constitucionalidad. *La ciencia se vio estrangulada por el voto de un solo hombre.*

Y no hay duda de que fue estrangulada. Los miembros de la agencia eran hombres de Eldredge, en cuerpo y alma, y no se aprobaba nada que no tuviera un uso industrial inmediato.

—La ciencia ha ido demasiado lejos —dijo Eldredge en un famoso discurso pronunciado en aquella época—. Debemos detenerla indefinidamente, y permitir que el mundo le dé alcance. Sólo así, y confiando en Dios, podemos esperar el logro de una prosperidad universal y permanente.

Pero ésta fue una de las últimas declaraciones de Eldredge. No logró recuperarse totalmente de la fractura de sus piernas en aquel fatídico día de julio de 1973 y, desde entonces, su agitada vida había perjudicado considerablemente su salud. El 2 de febrero de 1976 falleció en medio de una explosión de duelo nunca igualada desde el asesinato de Lincoln.

Su muerte no tuvo un efecto inmediato en el curso de los acontecimientos. De hecho, las normas de la AFIEC ganaron en severidad a medida que pasaban los años. La ciencia llegó a tal grado de decadencia y represión que las universidades se vieron forzadas a reinstaurar la filosofía y los clásicos como estudios principales... y así, el estudiantado cayó en el punto más bajo desde el comienzo del siglo xx.

Estas condiciones prevalecieron más o menos en todo el mundo civilizado, alcanzando incluso hasta el último rincón de Inglaterra, y encontrando quizá mayor dificultad en Alemania, que fue el último país en caer bajo la influencia «neovictoriana».

El nadir de la ciencia tuvo lugar durante la primavera de 1978, apenas un mes antes de la terminación del *Nuevo Prometeo*, con la aprobación del «Edicto Pascual» —fue publicado el día antes de Pascua—. Por él, *toda* investigación o experimento independiente estaba absolutamente prohibido. En adelante, la AFIEC se reservó el derecho de autorizar sólo las investigaciones que ella *solicitaba específicamente*.

John Harman y yo estábamos frente al brillante metal del *Nuevo Prometeo* aquel domingo de Pascua; yo, completamente abatido, y él, de un humor casi jovial.

—Bueno, Clifford, muchacho —dijo—, la última tonelada de combustible, los últimos toques, y estaré preparado para mi segundo intento. Esta vez no habrá ningún Shelton entre nosotros.

Tararé un himno. Era lo único que transmitía la radio aquellos días, e incluso les rebeldes como nosotros los cantábamos por la fuerza de su continua repetición.

Gruñí sombríamente:

—Es inútil, jefe. Tiene diez posibilidades contra una de acabar en algún lugar del espacio, e incluso, si regresa, lo más probable es que le cuelguen. No podemos vencer. —Moví tristemente la cabeza de un lado a otro.

—¡Bah! Este estado de cosas no puede durar, Cliff.

—Creo que sí. Winstead tenía razón. El péndulo oscila, y desde 1945 ha oscilado contra nosotros. Nos hemos adelantado al tiempo... o quizá hemos llegado tarde.

—No hable de ese loco. Está cometiendo él mismo error que él. Las corrientes de opinión pública son cosa de siglos y milenios, no de años o décadas. Durante quinientos años nos hemos decantado hacia la ciencia. No se puede destruir eso en treinta años.

—Así que, ¿qué vamos a hacer? —pregunté yo con sarcasmo.

—Estamos atravesando una reacción momentánea provocada por una época de locura. En la época del romanticismo se produjo una reacción similar —el primer periodo victoriano—, provocada por la anticipada Edad de la Razón del siglo XVIII.

—¿Realmente lo cree así? —me sentí impresionado por su confianza en sí mismo.

—Claro que sí. Este período tiene una analogía perfecta en los espasmódicos «renacimientos» que solían florecer en las pequeñas ciudades eminentemente religiosas de América hace más o menos un siglo. Durante una semana, era posible que todos practicaran la religión, y la virtud reinaba triunfante. Después, uno por uno, iban reincidiendo en el pecado y el diablo reanudaba su dominio.

»De hecho, incluso ahora hay síntomas de reincidencia. La L. J. se ha permitido una disputa tras otra desde la muerte de Eldredge. Ya ha habido media docena de cismas. Las mismas medidas extremas que se toman desde el poder nos están ayudando, pues el país empieza a cansarse de todo esto.

Y eso dio fin a la discusión... Yo, totalmente derrotado, como de costumbre.

Un mes más tarde, el *Nuevo Prometeo* estaba terminado. No era, ni con mucho, tan reluciente y bonito como el original, y ostentaba muchas trazas de una mano de obra amateur, pero nosotros estábamos orgullosos de él... orgullosos y triunfantes.

—Voy a hacer una nueva tentativa, compañeros —la voz de Harman era ronca, y su pequeño cuerpo vibraba de felicidad—, y aunque es posible que fracase, no me importa. —Sus ojos brillaban con la perspectiva—. Por fin hendiré el espacio, y el sueño de la humanidad se realizará. Daré una vuelta alrededor de la Luna y regresaré; seré el primero en ver la otra cara de nuestro satélite. Vale la pena intentarlo.

—No tendrá bastante combustible como para aterrizar en la Luna, jefe, lo cual es una pena —le dije.

Mi comentario provocó un susurro de pesimismo en el reducido grupo que le rodeaba, pero él no le prestó atención.

—Adiós —dijo—. Hasta pronto.

Y con una alegre sonrisa subió a la nave.

Quince minutos después, nosotros cinco estábamos sentados alrededor de la mesa del salón, con el ceño fruncido, sumidos en nuestros pensamientos, con los ojos fijos en el lugar donde un trozo de tierra quemada marcaba el sitio donde se hallaba el *Nuevo Prometeo* unos minutos antes.

Simonoff expresó en palabras el pensamiento de todos:

—Quizá sea mejor para él que *no* vuelva. Me parece que no le tratarían muy bien si lo hiciera.

Y todos asentimos con sombría aquiescencia.

¡Qué absurda me parece ahora esta predicción, desde la perspectiva de tres décadas!

El resto de la historia no es realmente mía, pues no volví a ver a Harman hasta un mes después de que su memorable viaje concluyera en un seguro aterrizaje:

Casi treinta y seis horas después del despegue, un estridente proyectil pasó por encima de Washington y fue a enterrarse en el lodo del Potomac.

Había investigadores en el lugar del aterrizaje al cabo de quince minutos, y después de otros quince llegó la policía, pues se averiguó que el proyectil era una nave espacial. Contemplaron con involuntaria admiración al hombre despeinado y cansado que salió tambaleándose y a punto de desmayarse.

Reinó un silencio absoluto mientras levantaba un puño hacia los sorprendidos espectadores y gritaba:

—Adelante, ahórquenme, locos. Pero he llegado a la Luna y *eso* no pueden evitarlo. Avisen a la AFIEC. Quizá declaren el vuelo ilegal y, por lo tanto, inexistente. —Se echó a reír débilmente y de súbito perdió el conocimiento.

Alguien gritó:

—Llévenle al hospital. No está bien.

Totalmente inconsciente, Harman fue trasladado en un coche de la policía mientras ésta formaba guardia junto al cohete.

Llegaron oficiales del Gobierno e investigaron la nave, leyeron el diario,

inspeccionaron los dibujos y fotografías de la Luna y finalmente se marcharon en silencio. La multitud aumentó y corrió la voz de que un hombre había llegado a la Luna.

Cosa curiosa, el hecho no provocó su cólera. Los hombres estaban impresionados y llenos de admiración; la multitud susurraba y lanzaba inquisitivas miradas hacia la mortecina luna en cuarto creciente, apenas visible bajo la radiante luz del sol. Y dominándolo todo, una nube de silencio intranquilo, el silencio de la indecisión.

Después, en el hospital, Harman reveló su identidad, y la veleidosa humanidad se volvió loca. Incluso el mismo Harman quedó profundamente sorprendido ante el rápido cambio operado en la opinión del mundo. Parecía casi increíble, y sin embargo era cierto. Un descontento secreto, combinado con el heroico relato del hombre que lucha contra una fuerza superior abrumadora —la clase de relato que ha conmovido el alma del hombre desde el comienzo de los tiempos— sirvió para sumir a todo el mundo en una exaltada corriente de antivictorianismo. Eldredge estaba muerto... y nadie más podía reemplazarle.

Vi a Harman en el hospital poco tiempo después. Estaba recostado y medio enterrado entre periódicos, telegramas y cartas. Me sonrió e hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Bueno, Cliff —murmuró—, el péndulo ha vuelto a oscilar hacia el otro lado.

En realidad, a pesar de que Opinión pública fue el segundo relato que vendí, fue el tercero en publicarse. Se le adelantaron no sólo Abandonados cerca de Vesta, sino otro relato (que pronto mencionaré) que fue escrito y vendido después de Opinión pública, pero que se imprimió antes. Sin embargo, ambos relatos fueron publicados en Amazing y, de algún modo, me cuesta incluirlos aquí. Para mí, el primer relato que vendí a Campbell y fue publicado en Astounding es mi primer relato importante editado. Es algo bastante ingrato por mi parte hacia Amazing, pero no puedo evitarlo.

El ejemplar de Astounding de julio de 1939 ha sido considerado por algunos aficionados posteriores como el comienzo de la llamada Edad de Oro de la ciencia ficción, un período que tuvo lugar entre 1940 y 1950. Durante dicho período, los puntos de vista de Campbell dominaban la revista, y los autores que adiestró y desarrolló escribían con todo el ardor de la juventud. Me gustaría poder decir que Opinión pública fue lo que marcó el comienzo de esa Edad de Oro, pero no puedo. Su inclusión en aquel ejemplar fue pura coincidencia.

Lo que realmente contó fue la novela corta principal del ejemplar de julio de 1939, Destructor negro, escrita por A. E. van Vogt, un primer relato de un autor

nuevo, mientras que en el siguiente ejemplar, el de agosto de 1939, fue un relato corto, *Línea vital*, escrito por Robert A. Heinlein, otro primer relato de un novel.

Más adelante, Van Vogt, Heinlein y yo seríamos universalmente considerados como los mejores autores de la Edad de Oro, pero Van Vogt y Heinlein lo fueron desde el principio. Ellos brillaron como primeras estrellas desde el momento en que apareció su primer relato, y su status nunca decayó durante todo el resto de la Edad de Oro. Yo, por otra parte (no es falsa modestia), sólo progresé gradualmente. Pasé casi desapercibido durante cierto tiempo y llegué a ser considerado un buen autor por etapas tan graduales que a pesar de la considerable porción de vanidad que poseo, fui el último en saberlo.

Opinión pública es un relato divertido en algunos aspectos. Se ajusta a los primeros vuelos espaciales a la Luna de los años setenta. En aquel tiempo creí aventurarme mucho, pero resulta que retrasé toda una década la realidad eventual, puesto que lo que describí tuvo lugar, y con una sofisticación mucho mayor, en los años sesenta. Mi descripción de los primeros intentos de vuelo espacial fue, desde luego, increíblemente ingenua, vista desde ahora.

Sin embargo, en un aspecto, el relato es poco corriente. Hace pocos años, Phil Klass (un escritor de ciencia ficción que publica bajo el seudónimo de William Tenn) me hizo observar que éste fue el primer relato de la historia que predijo una resistencia de cualquier clase a la idea de la exploración espacial. En todos los demás relatos, el público en general se mostraba indiferente o entusiasmado. Esto me hace parecer extraordinaria y singularmente clarividente, pero habiendo explicado la naturaleza del libro que estaba pasando a máquina para la NYA, no puedo atribuirme el mérito de la brillantez. (¡Diablos!)

También hay que reparar en la referencia a la Segunda Guerra Mundial de 1940. Recuerden que el relato fue escrito dos meses después de la capitulación de Munich. En aquel tiempo yo no creía que eso significara «paz en nuestro tiempo», como Neville Chamberlain había sostenido. Estimé que habría guerra al cabo de un año y medio, y en eso también fui demasiado conservador.

Incidentalmente, *Opinión pública* es uno de los pocos relatos que he escrito en primera persona, y el narrador se llama Clifford McKenny. (Nunca he logrado averiguar el porqué de mi afición a los apellidos irlandeses en aquella época.) Sin embargo, detrás del nombre propio existe una historia.

Después de mi susto de mayo de 1938 sobre la desaparición de *Astounding*, empecé a enviar cartas mensuales a la revista, justipreciando cuidadosamente los relatos. (Dejé de hacerlo cuando yo mismo empecé a vender relatos.) Todas fueron publicadas, y, de hecho, envié una carta a *Astounding* que fue publicada ya en 1935. Dos consagrados escritores de ciencia ficción me escribieron personalmente en respuesta a las observaciones que hice sobre sus relatos. Eran Russell R.

Winterbotham y Clifford D. Simak.

Con ambos mantuve correspondencia, bastante regular al principio, y con largos intervalos años más tarde. La amistad que resultó, a pesar de la considerable distancia, perduró. No vi personalmente a Russ Winterbotham más que una vez, y eso durante la Convención Mundial de Ciencia Ficción que tuvo lugar en Cleveland en 1966. Él falleció en 1971. He visto tres veces a Cliff Simak, la última en la Convención Mundial de Ciencia Ficción de Boston en 1971, en la cual fue huésped de honor.

La primera carta que me dirigió Simak fue en respuesta a una mía, editada en *Astounding*, que daba una evaluación baja a su relato Regla 18, aparecido en el número de julio de 1938. Simak me escribió para pedirme detalles que le permitieran examinar mis críticas y quizá beneficiarse de ellas. (¡Me gustaría poder reaccionar tan amable y racionalmente ante críticas adversas!)

Volví a leer el relato para contestar de manera adecuada y encontré, sorprendido, que no había absolutamente nada que estuviera mal. Lo que había hecho Simak era escribir el relato en escenas separadas sin pasajes de transición explícitos entre ellas. Yo no estaba habituado a esta técnica, así que el relato me pareció discontinuo e incoherente. La segunda vez que lo leí, comprendí lo que estaba haciendo y me di cuenta de que no sólo el relato no era nada incoherente, sino que transcurría con una hábil velocidad que hubiera resultado imposible si todas las aburridas y prosaicas transiciones hubieran sido incluidas.

Escribí a Simak para explicárselo, y adopté la misma técnica en mis propios relatos. Además, intenté, en la medida de lo posible, hacer uso de algo similar al estilo frío y simple de Simak.

A veces he oído hablar a escritores de ciencia ficción sobre la influencia que en su estilo han tenido figuras literarias de tan alto prestigio como Kafka, Proust y Joyce. Puede ser pose o realidad, pero, en mi caso, no sostengo tal afirmación. Aprendí a escribir ciencia ficción gracias a una atenta lectura de obras de este género, y entre las mayores influencias que acusó mi estilo está la de Clifford Simak.

Simak fue particularmente alentador en aquellos meses de ansiedad en los que intentaba vender un relato. El día que realicé mi primera venta, tenía una carta, cerrada, dirigida y timbrada, lista para enviarle. La abrí para añadir la noticia, y destruir un sobre con sellos, lo que representaba una clara pérdida de varios centavos, no era algo que yo hiciera con ligereza en aquellos días.

Por lo tanto, siempre me ha gustado que mi primera venta a Campbell tuviera, como su narrador en primera persona, a un personaje con el nombre en honor de Clifford Simak.

Otro detalle sobre Opinión pública...

En mis primeras sesiones con Campbell, éste había señalado ocasionalmente la

importancia de tener un nombre que no fuera raro ni difícil de pronunciar, y sugirió el uso de un nombre corriente anglosajón como seudónimo. Sobre este punto, demostré una clara intransigencia. Mi nombre era mi nombre y constaría en mis relatos.

Cuando vendí Opinión pública, me fortifiqué para lo que creía iba a ser una discusión con Campbell que incluso podría costarme mi preciosa venta. Nunca ocurrió. Quizá fuera porque mi nombre ya había aparecido en dos relatos de Amazing, o quizá Campbell comprendiera que yo nunca me avendría al uso de un seudónimo; pero la cuestión es que no volvió a mencionar la cuestión.

Tal como ocurrió, mi aversión a un seudónimo fue bastante afortunada, pues el nombre de Isaac Asimov resultó altamente visible. Nadie podía ver el nombre por primera vez sin sonreír ante su rareza; y cualquiera que lo viera por segunda vez se acordaría instantáneamente de él. Estoy convencido de que por lo menos una parte de mi eventual popularidad se debe a que los lectores reconocían rápidamente el nombre y se fijaban en mis relatos como un conjunto.

En realidad, las cosas volvieron al punto de partida. Al cabo de los años, he conocido frecuentemente a lectores que estaban convencidos de que el nombre era un seudónimo concebido para lograr mayor ostensibilidad y que mi nombre verdadero debía ser algo así como John Smith. A veces era difícil desengañarles.

Mientras corregía Opinión pública para Campbell, también trabajaba en otro relato, Un arma demasiado terrible para emplear. Éste no se lo presenté a él. Es posible que no quisiera presionarle demasiado inmediatamente después de haberle hecho una venta, o que pensara que el relato no era bastante bueno para él y no quisiera estropear la impresión que Opinión pública le había causado. En cualquier caso (y realmente no me acuerdo del motivo) decidí presentarlo a Amazing primero. También pagaban un centavo por palabra y quizá pensara que les debía otra oportunidad, ahora que había logrado hacer una venta a Campbell.

El 6 de febrero de 1939 envié Un arma demasiado terrible para emplear a Amazing, y el 20 de febrero recibí una carta de aceptación. Es posible que Amazing lo comprara porque necesitara rápidamente un relato, pues apareció en el número de mayo, que llegó a los quioscos sólo tres semanas después de la venta. Esto lo convirtió en mi segundo relato publicado, pues apareció dos meses antes que Opinión pública.

UN ARMA DEMASIADO TERRIBLE PARA EMPLEAR

Karl Frantor encontró el panorama muy deprimente. De los espesos nubarrones, caía la eterna llovizna; una vegetación baja y similar al caucho con su empañado color marrón-rojizo se extendía en todas direcciones. De vez en cuando algún pájaro revoloteaba frenéticamente encima de sus cabezas, emitiendo lastimosos graznidos en su ir y venir.

Karl volvió la cabeza para contemplar la diminuta cúpula de Afrodópolis, la ciudad más grande de Venus.

—Dios mío —murmuró—, incluso la cúpula es mejor que este mundo espantoso del exterior. —Se envolvió mejor en el tejido impermeabilizado de su abrigo—. Me alegraré de regresar a la Tierra.

Se volvió hacia la frágil figura de Antil, el venusiano.

—¿Cuándo llegaremos a las ruinas, Antil?

No hubo respuesta, y Karl observó la lágrima que resbalaba por las mejillas verdes y arrugadas del venusiano. Otra brillaba en sus ojos dulces e increíblemente hermosos, grandes como los de los lémures.

La voz del terrícola se dulcificó.

—Lo siento, Antil, no pretendía decir nada contra Venus.

Antil volvió su rostro verde hacia Karl.

—No es eso, amigo mío. Naturalmente, no encontrarás mucho que admirar en un mundo extraño. Sin embargo, yo amo a Venus, y lloro porque me conquista su belleza.

Las palabras fueron pronunciadas con facilidad pero con la inevitable distorsión causada por unas cuerdas vocales inhabilitadas para lenguajes ásperos.

—Sé que te parece incomprensible —continuó Antil—, pero para mí Venus es un paraíso, una tierra dorada... No puedo expresar con exactitud los sentimientos que me produce.

—Sin embargo, algunos dicen que sólo los terrícolas pueden amar —la simpatía de Karl era fuerte y sincera.

El venusiano movió la cabeza tristemente.

—Hay muchas otras cosas, aparte de la capacidad de sentir emoción, que tu pueblo nos niega.

Karl cambió apresuradamente de tema.

—Dime, Antil, ¿acaso Venus no tiene un aspecto monótono incluso para ti? Has estado en la Tierra y debes saberlo. ¿Cómo puede compararse esta eternidad de

marrón y gris a los vivos y cálidos colores de la Tierra?

—Para mí es mucho más hermoso. Te olvidas de que mi sentido del color es tremendamente distinto del vuestro^[6]. ¿Cómo puedo explicar las bellezas, la riqueza del color que abunda en este paisaje?

Guardó silencio, sumido en las maravillas de las que hablaba, mientras que para el terrícola el absoluto y melancólico gris permanecía invariable.

—Algún día —la voz de Antil era como la de una persona que sueña—, Venus pertenecerá una vez más a los venusianos. Los habitantes de la Tierra dejarán de dominarnos, y la gloria de nuestros antepasados volverá a nosotros.

Karl se echó a reír.

—Vamos, Antil, hablas como un miembro de las Bandas Verdes, que están causando tantos problemas al Gobierno. Pensaba que no creías en la violencia.

—Así es, Karl —los ojos de Antil eran graves y parecían bastante asustados—, pero los extremistas están ganando poder, y temo lo peor. Y si... si se desatara una rebelión abierta contra la Tierra, yo *tendría* que unirme a ellos.

—Pero si no estás de acuerdo con sus ideas.

—No, desde luego —se encogió de hombros, un gesto que había aprendido de los terrícolas—, no podemos lograr nada por medio de la violencia. Vosotros sois cinco mil millones y nosotros apenas cien millones. Tenéis recursos y armas, mientras que nosotros no tenemos nada. Sería una empresa de locos, y aunque ganáramos, dejaríamos tal secuela de odio que nunca podría haber paz entre nuestros dos planetas.

—Entonces, ¿por qué te unirías a ellos?

—Porque soy venusiano.

El terrícola volvió a echarse a reír.

—Parece ser que el patriotismo es tan irracional en Venus como en la Tierra. Pero vamos, dirijámonos a las ruinas de vuestra antigua ciudad. ¿Estamos cerca de ella?

—Sí —contestó Antil—. Ahora sólo falta algo más de un kilómetro terrestre. Sin embargo, recuerda que no debes perturbar nada. Las ruinas de Ash-taz-zor son sagradas para nosotros, como el único vestigio existente del tiempo en que también nosotros éramos una gran raza, no los degenerados restos de ella.

Siguieron caminando en silencio, avanzando sobre la tierra blanda del suelo, esquivando las contorsionadas raíces del árbol de la serpiente, y manteniéndose apartados de las ocasionales parras retorcidas.

Antil fue el que reanudó la conversación.

—Pobre Venus. —Su voz tranquila y melancólica era triste—. Hace cincuenta años el terrícola llegó con promesas de paz... y le creímos. Le mostramos las minas de esmeralda y la hierba *mágica* y sus ojos brillaron de deseo. Llegaron más y más, y su arrogancia aumentó. Y ahora...

—Es horrible, Antil —dijo Karl—, pero realmente te lo tomas demasiado a pecho.

—¡Demasiado a pecho! ¿Estamos autorizados a votar? ¿Tenemos alguna representación en el Congreso Provincial de Venus? ¿Acaso no existen leyes que prohíben a los venusianos ir en el mismo estratocoche que los terrícolas, o comer en el mismo hotel, o vivir en la misma casa? ¿Acaso no están todos los colegios cerrados para nosotros? ¿Acaso los habitantes de la Tierra no se han apropiado de las partes mejores y más fértiles del planeta? ¿Acaso hay algún derecho *cualquiera* que los terrícolas nos reconozcan en nuestro *propio* planeta?

—Lo que dices es totalmente cierto, y lo deploro. Pero hubo una época en que en la Tierra existían las mismas condiciones con respecto a ciertas razas llamadas «inferiores», y, con el tiempo, todos esos impedimentos fueron desapareciendo hasta alcanzar la total igualdad que hoy reina. Recuerda, también, que la gente inteligente de la Tierra está de vuestra parte. ¿Acaso yo, por ejemplo, he demostrado alguna vez algún prejuicio contra Venus?

—No, Karl, ya sé que no lo has hecho. Pero ¿cuántos hombres inteligentes hay? En la Tierra, se requirieron largos y fatigantes milenios, llenos de guerras y sufrimientos, para que la igualdad fuera establecida. ¿Y si Venus se niega a esperar esos milenios?

Karl frunció el ceño.

—Tienes razón, naturalmente; pero debéis esperar. ¿Qué otra cosa podéis hacer?

—No lo sé... no lo sé. —La voz de Antil se apagó en el silencio.

De repente, Karl deseó no haber iniciado aquel viaje a las ruinas de la misteriosa Ash-taz-zor. El terreno enloquecedoramente monótono y hasta los comentarios de Antil habían servido para deprimirle en gran manera. Estaba a punto de renunciar a su proyecto, cuando el venusiano levantó sus dedos palmeados para señalar un montículo de tierra que había frente a ellos.

—Ésa es la entrada —dijo—. Ash-taz-zor ha estado enterrada bajo la tierra desde incontables miles de años, y sólo los venusianos la conocen. Tú eres el primer terrícola que la ve.

—Lo mantendré en absoluto secreto Antil. Te lo he prometido.

—Vamos, pues.

Antil apartó la frondosa vegetación para dejar al descubierto una estrecha entrada entre dos piedras grandes e hizo señas a Karl de que le siguiera. Entraron cautelosamente en un estrecho y húmedo corredor. Antil extrajo de su morral una pequeña lámpara de atomita, que lanzó su nacarado resplandor sobre las paredes de piedra, que goteaban.

—Estos pasillos y refugios —dijo— fueron excavados hace tres siglos por nuestros antepasados, que consideraban la ciudad como un lugar sagrado. Sin

embargo, últimamente, los hemos abandonado. Yo fui el primero en visitarlos después de muchísimo tiempo. Quizá éste sea otro signo de nuestra degeneración.

Siguieron en línea recta a lo largo de unos cien metros; entonces los pasillos desembocaron en una amplia estancia abovedada. Karl se quedó boquiabierto ante el espectáculo que se ofreció a sus ojos. Eran restos de edificios, maravillas arquitectónicas sin igual en la Tierra desde los días de la Atenas de Pericles. Pero todo estaba en ruinas, así que sólo se conservaba un reflejo de la magnificencia de la ciudad.

Antil le condujo a través del espacio abierto y se internó en otro corredor que serpenteaba a lo largo de unos quinientos metros a través de tierra y roca. Aquí y allí desembocaban otros pasillos y una o dos veces Karl avistó edificios en ruinas. Los hubiera investigado si Antil no le hubiese marcado el camino.

Volvieron a surgir, esta vez ante un edificio bajo e irregular, construido con piedra blanca y verde. El ala derecha estaba completamente destruida, pero el resto parecía casi intacto.

Los ojos del venusiano brillaron; su insignificante figura se enderezó con orgullo.

—Esto es lo que corresponde a un moderno museo de artes y ciencias. En él observarás la pasada grandeza y la cultura de Venus.

Dominado por una gran emoción, Karl entró. Era el primer terrícola que veía aquellas obras antiguas. Observó que el interior estaba dividido en una serie de profundos nichos, que partían de la larga columnata central. El techo era una gran pintura que apenas se distinguía a la escasa luz de la lámpara de atomita.

Maravillado, el terrícola recorrió los nichos. Las esculturas y pinturas que le rodeaban poseían una extraña peculiaridad, una apariencia sobrenatural que aumentaba su belleza.

Karl comprendió que se le escapaba algo vital del arte venusiano simplemente porque faltaba una base común entre su propia cultura y la de ellos, pero apreciaba la excelencia técnica del trabajo. Admiró especialmente el colorido de las pinturas, que superaba a todo lo que había visto en la Tierra. A pesar de lo cuarteadas, descoloridas y opacas que estaban había en ellas una combinación y una armonía soberbias.

—Qué no hubiera hecho Miguel Argel —dijo a Antil— con la maravillosa percepción cromática del ojo venusiano.

Antil rebosaba felicidad.

—Cada raza tiene sus propios atributos. A menudo he deseado que *mis* oídos pudieran distinguir los tonos sutiles y los diapasones del sonido tal como dicen que pueden hacerlo los habitantes de la Tierra. Quizá entonces entendería lo que hay de tan agradable en vuestra música. A mí, su ruido me parece terriblemente monótono.

Siguieron adelante, y a cada minuto la opinión de Karl sobre la cultura venusiana

mejoraba. Había largas y estrechas tiras de un metal delgado, atadas juntas, cubiertas con las líneas y óvalos de la escritura venusiana..., miles y miles de ellas. Allí, Karl lo sabía, se encerraban tales secretos que los científicos de la Tierra hubieran dado media vida por conocerlos.

Entonces, cuando Antil señaló hacia un diminuto artefacto de unos quince centímetros de altura, y dijo que, según la inscripción, era cierto tipo de convertidor atómico con una eficacia varias veces superior a la de cualquier modelo terrestre corriente. Karl explotó.

—¿Por qué no reveláis estos secretos a la Tierra? Si conocieran los adelantos que alcanzasteis en épocas pasadas, los venusianos ocuparían un lugar mucho más importante que el actual.

—Harían uso de nuestros conocimientos de tiempos pasados, sí —repuso amargamente Antil—, pero nunca aflojarían su opresión sobre Venus y su pueblo. Espero que no hayas olvidado tu promesa de guardar un secreto absoluto.

—No, no diré nada; pero creo que estáis cometiendo una equivocación.

—Creo que no. —Antil hizo ademán de salir del nicho, pero Karl le llamó.

—¿No entramos en esta pequeña habitación de aquí? —preguntó.

Antil dio media vuelta, con la mirada fija.

—¿Una habitación? ¿De qué habitación hablas? Aquí no hay ninguna.

Karl alzó las cejas en un movimiento de sorpresa mientras señalaba mudamente una estrecha rendija que se extendía por la pared posterior.

El venusiano murmuró algo para sí y se arrodilló, palpando la rendija con sus delicados dedos.

—Ayúdame, Karl. Me parece que nos costará abrir esta puerta. Por lo menos no recuerdo que existiera, y conozco las ruinas de Ash-taz-zor mejor que cualquier otro de mi pueblo.

Los dos ejercieron presión contra el trozo de pared, que cedió crujiendo con desgana, abriéndose de repente como si quisiera catapultarlos en el diminuto y casi vacío cubículo que había al otro lado. Se pusieron de nuevo en pie y miraron con asombro a su alrededor.

El terrícola señaló las marcas de herrumbre, rotas e irregulares, que cubrían el suelo, y el lugar donde la puerta se unía a la pared.

—Tu pueblo parece haber sellado esta habitación muy eficazmente. Sólo la herrumbre de los eones ha permitido que la abriéramos. Parece como si tuvieran un secreto guardado aquí.

Antil movió su cabeza verde.

—La última vez que estuve aquí no había trazas de ninguna puerta. Sin embargo... —levantó la lámpara de atomita y examinó rápidamente la habitación—,

parece que, de cualquier modo, aquí no hay nada.

Tenía razón. Aparte de un indescriptible cofre alargado que reposaba sobre seis gruesas patas, el lugar no contenía más que increíbles cantidades de polvo y el sofocante olor a moho de las tumbas cerradas durante largo tiempo.

Karl se acercó al cofre, e intentó separarlo del rincón donde estaba. No se movió, pero la tapa se deslizó bajo la presión de sus dedos.

—La tapa es movable, Antil. ¡Mira!

Señaló un compartimento interior poco profundo, que contenía una gruesa lámina cuadrada, de cierta sustancia cristalina y cinco cilindros de quince centímetros de longitud, parecidos a plumas estilográficas.

Antil prorrumpió en gritos de entusiasmo al ver estos objetos, y por primera vez desde que Karl le conocía, se perdió en el sibilante idioma venusiano. Sacó la lámina de cristal y la examinó detalladamente. Karl, excitada su curiosidad, hizo lo mismo. Estaba cubierta con puntos de varios colores, muy poco separados entre sí, pero eso no parecía razón suficiente para la extrema alegría de Antil.

—¿Qué es, Antil?

—Es un documento completo en nuestro antiguo lenguaje de ceremonial. Hasta ahora nunca habíamos conseguido más que fragmentos inconexos. Esto es un gran hallazgo.

—¿Puedes descifrarlo? —Karl contempló el objeto con más respeto.

—Creo que sí. Es una lengua muerta y no tengo más que escasas nociones de ella. Verás, es una lengua de colores. Cada palabra está designada por una combinación de dos, y a veces tres puntos coloreados. Sin embargo, los colores están sutilmente diferenciados y un terrícola, aunque poseyera la clave del lenguaje, tendría que recurrir a un espectroscopio para leerlo.

—¿Puedes descifrarlo ahora?

—Creo que sí, Karl. La lámpara de atomita se parece mucho a la luz del día, y no creo que tenga problemas con ella. Sin embargo, es posible que me lleve mucho tiempo; así que quizá sea mejor que tú continúes investigando. No hay peligro de que te pierdas, siempre que permanezcas dentro de este edificio.

Karl se fue, llevándose una segunda lámpara de atomita, y dejando a Antil, el venusiano, inclinado sobre el manuscrito y descifrándolo lenta y penosamente.

Transcurrieron dos horas antes de que el terrícola regresara. Cuando lo hizo, Antil apenas había cambiado de posición. Pero, ahora, había una mirada de horror en el rostro del venusiano que antes no existía. El mensaje «de color» yacía a sus pies, abandonado. La ruidosa entrada del terrícola no hizo impresión en él. Como si se hubiera petrificado, permaneció inmóvil, con una mirada de espanto en sus ojos.

Karl corrió a su lado.

—Antil, Antil, ¿qué ha sucedido?

La cabeza de Antil se movió lentamente, como si girara a través de un líquido viscoso, y sus ojos se fijaron en su amigo sin verle. Karl le agarró por los delgados hombros y le sacudió bruscamente.

El venusiano volvió a la realidad. Desasiéndose del abrazo de Karl, se puso en pie de un salto. Sacó los cinco objetos cilíndricos del cofre del rincón, cogiéndolos con una especie de renuencia extraña y metiéndolos en su morral. También cogió de igual forma la lámina que había descifrado.

Una vez hecho esto, volvió a colocar la tapa sobre el cofre y precedió a Karl fuera de la habitación.

—Ahora debemos irnos. Ya nos hemos quedado demasiado tiempo. —Su voz tenía una extraña entonación de miedo que hizo sentirse incómodo al terrícola.

Retrocedieron silenciosamente sobre sus pasos hasta pisar de nuevo la mojada superficie de Venus. Todavía era de día, pero el crepúsculo estaba cerca. Karl sentía un hambre creciente. Tendrían que apresurarse si querían llegar a Afrodópolis antes de que se hiciera de noche. Karl levantó el cuello de su impermeable, se cubrió la cabeza con la capucha y se pusieron en marcha.

Recorrieron kilómetro tras kilómetro y la ciudad abovedada volvió a surgir en el horizonte gris. El terrícola comía unos húmedos bocadillos de jamón y deseaba con impaciencia el seco ambiente de Afrodópolis. A lo largo de todo el camino, el venusiano, normalmente amigable, mantuvo un cerrado silencio, sin dignarse conceder ni una sola mirada a su compañero.

Karl aceptó la situación con filosofía. Profesaba hacia los venusianos una consideración mucho mayor que la de la gran mayoría de los terrícolas, pero seguía experimentando un débil desprecio hacia el carácter hiperemotivo de Antil y los de su clase. Este amargo silencio no era más que la manifestación de sentimientos que en Karl sólo hubieran provocado un suspiro o un fruncimiento de cejas. Sabiendo esto, el humor de Antil apenas le afectó.

Sin embargo, el recuerdo del inquietante espanto reflejado en los ojos de Antil despertó en él una tenue intranquilidad. Su angustia se había producido al descifrar aquella extraña lámina. ¿Qué secreto podían haber revelado aquellos antiguos científicos en aquel mensaje?

Con cierta timidez, Karl se decidió finalmente a preguntar:

—¿Qué ponía en la lámina, Antil? Considero que debe ser interesante, puesto que te la has llevado.

La contestación de Antil fue un simple gesto de apresuramiento, y el venusiano se precipitó en la creciente oscuridad apresurando el paso, Karl estaba sorprendido y bastante ofendido. No hizo ningún otro intento de entablar conversación durante el

resto del viaje.

Sin embargo, cuando llegaron a Afrodópolis, el venusiano rompió su silencio. Su rostro arrugado, ojeroso y demacrado, se volvió hacia Karl con la expresión de alguien que ha llegado a una penosa decisión.

—Karl —dijo—, hemos sido amigos, de modo que deseo darte un consejo amistoso. La semana próxima te irás hacia la Tierra. Sé que tu padre ocupa un alto puesto junto al presidente de los planetas. Probablemente, tú mismo serás un personaje de importancia en un futuro no muy lejano. Por lo tanto, te ruego que emplees toda tu influencia para lograr una moderación en la actitud de la Tierra hacia Venus. Yo, por mi parte, siendo un noble hereditario de la mayor tribu de Venus, haré lo posible para reprimir todos los intentos de violencia.

El otro frunció el ceño.

—Parece haber algo detrás de todo esto. No he comprendido absolutamente nada. ¿Qué intentas decirme?

—Sólo esto: a menos que las condiciones sean mejoradas, y pronto, Venus se rebelará. En ese caso, yo no tendré otra elección más que poner mis servicios a sus pies, y entonces Venus dejará de estar indefensa.

Estas palabras sólo sirvieron para divertir al terrícola.

—Vamos, Antil, tu patriotismo es admirable, y tus quejas justificadas, pero el melodrama no va conmigo. Soy, por encima de todo, realista.

Había una terrible seriedad en la voz del venusiano cuando dijo:

—Créeme, Karl, si te digo que no hay nada más real que lo que te estoy diciendo ahora. En caso de una revuelta venusiana, no puedo garantizar la seguridad de la Tierra.

—¡La seguridad de la Tierra! —La enormidad de esta afirmación aturdió a Karl.

—Sí —continuó Antil—, porque puedo verme forzado a destruir la Tierra. Ya lo sabes.

Con esto, dio media vuelta y se internó en la maleza para regresar al poblado venusiano que había fuera de la gran cúpula.

Pasaron cinco años..., años de turbulenta inquietud, y Venus se despertó de su sueño como un volcán en actividad. Los poco perspicaces gobernantes de Afrodópolis, Venusia y otras ciudades abovedadas hicieron caso omiso de todas las señales de peligro con inconsciente alegría. Cuando se dignaban pensar en los pequeños venusianos verdes, lo hacían con un gesto de desdén que significaba: «¡Oh, esas cosas!»

Pero «esas cosas» fueron tratadas más allá de lo soportable, y las nacionalistas Bandas Verdes hicieron oír cada vez más su voz. Después, en un día gris, no distinto de los precedentes, multitud de nativos cayeron sobre las ciudades en una rebelión

organizada.

Las bóvedas más pequeñas, cogidas por sorpresa, sucumbieron. En rápida sucesión, se tomaron Nueva Washington, Monte Vulcano y Saint Denis, junto con todo el continente oriental. Antes de que los aturridos terrícolas se dieran cuenta de lo que estaba sucediendo, la mitad de Venus había dejado de pertenecerles.

Los habitantes de la Tierra, sobresaltados y sorprendidos por esta súbita emergencia —que, naturalmente, debía haber sido prevista— enviaron armas y suministros a los terrícolas de las ciudades que seguían sitiadas y comenzaron a equipar una gran flota espacial para la recuperación del territorio perdido.

Los terrícolas estaban molestos, pero no asustados, pues sabían que el terreno perdido por sorpresa podía recuperarse fácilmente con tiempo, y el que aún no estaba perdido nunca lo estaría. O, por lo menos, ésta era la creencia.

Es fácil de imaginar la estupefacción de los gobernantes de la Tierra cuando el avance de los venusianos prosiguió sin cesar. La ciudad de Venusia había sido ampliamente abastecida de armas y alimentos; sus defensas exteriores estaban alzadas, los hombres en sus puestos. Un diminuto ejército de desnudos y desarmados nativos se acercó y exigió una rendición incondicional. Venusia rehusó altivamente, y los mensajes a la Tierra fueron joviales al referirse a los nativos desarmados que el éxito había vuelto tan temerarios.

Después, repentinamente, no se recibieron más mensajes, y los nativos ocuparon la ciudad.

Los sucesos de Venusia se repitieron, una y otra vez, en lo que debían haber sido fortalezas inexpugnables. Incluso la misma Afrodópolis, con una población de medio millón de habitantes, cayó ante el triste número de quinientos venusianos. Esto, a pesar de que todas las armas conocidas en la Tierra estaban a disposición de los defensores.

El Gobierno terrícola ocultó los hechos, y la misma Tierra siguió sin recelar de los extraños acontecimientos ocurridos en Venus. Pero en los consejos interiores, los hombres de estado fruncían el ceño al oír las extrañas palabras de Karl Frantor, hijo del ministro de Educación.

Jan Heersen, ministro de la Guerra, se levantó con ira al concluir el informe.

—¿Acaso pretende que tomemos en serio la impensada afirmación de un verdooso medio loco y firmemos la paz con Venus bajo sus propios términos? Esto es definitiva y absolutamente imposible. Lo que estos malditos animales necesitan es la fuerza bruta. Nuestra flota les borraré del universo, y ya es tiempo de hacerlo.

—Quizá borrarlos no sea tan fácil, Heersen —dijo el canoso y más anciano de los Frantor, apresurándose a defender a su hijo—. Muchos de nosotros siempre hemos sostenido que la política del Gobierno hacia los venusianos estaba equivocada.

¿Quién sabe los medios de ataque que han descubierto y lo que, para vengarse, harán con ellos?

—¡Cuentos de hadas! —exclamó Heersen—. Usted habla de los verdosos como si fueran personas. Son animales y deberían estar agradecidos por las ventajas de la civilización que les hemos hecho conocer. Recuerde que los estamos tratando mucho mejor de lo que fueron tratadas algunas razas de la Tierra en nuestra primera historia, los indios americanos, por ejemplo.

Karl Frantor volvió a interrumpir con voz agitada:

—¡Debemos investigar, señores! La amenaza de Antil es demasiado grave como para ignorarla, no importa lo absurda que parezca... y, a la luz de las conquistas venusianas, no parece nada absurda. Propongo que me envíen con el almirante Von Blumdorff, en calidad de representante. Déjenme llegar hasta el fondo de todo esto antes de atacarles.

El taciturno presidente de la Tierra, Jules Debuc, habló ahora por primera vez:

—Por lo menos, la proposición de Frantor es razonable. Debe realizarse. ¿Hay alguna objeción?

No hubo ninguna, aunque Heersen frunció el ceño y resopló con indignación. Así pues, una semana más tarde, Karl Frantor acompañó a la armada espacial de la Tierra cuando ésta despegó hacia el planeta interior.

Fue un extraño Venus el que dio la bienvenida a Karl tras sus cinco años de ausencia. Seguía teniendo su vieja naturaleza mojada, su vieja melancólica monotonía de blanco y gris, sus diseminadas ciudades abovedadas... pero, sin embargo, ¡qué diferente!

Donde antes se habían movido los altivos terrícolas con un esplendor desdeñoso entre los venusianos sometidos, ahora los nativos ejercían un dominio indiscutible. Afrodópolis era una ciudad enteramente nativa, y en el despacho del antiguo gobernador se encontraba... Antil.

Karl le contempló dudosamente, sin saber apenas qué decir.

—Nunca creí que pudieras convertirte en su dirigente —articuló al fin—. Tú..., el pacifista.

—La elección no fue mía. Las circunstancias me obligaron —repuso Antil—. ¡Pero tú! No esperaba que *tú* fueras el portavoz de tu planeta.

—Fue a mí a quien lanzaste tu absurda amenaza años atrás, y por eso yo era el más pesimista en cuanto a vuestra rebelión. Vengo, ya lo ves, pero no solo. —Su mano se alzó vagamente hacia arriba, donde las naves espaciales permanecían inmóviles e intimidantes.

—¿Has venido para amenazarme?

—¡No! Para oír tus propósitos y términos.

—Esto es fácil. Venus exige su independencia y promete amistad, junto con un comercio libre e ilimitado.

—Y esperáis que aceptemos todo eso sin luchar siquiera.

—Espero que así lo hagáis... por el propio bien de la Tierra.

Karl frunció el ceño y se recostó en el sillón con disgusto.

—Por el amor de Dios, Antil, el tiempo de las insinuaciones y duendes ya ha pasado. Descubre tu juego. ¿Cómo lograsteis conquistar Afrodópolis y las demás ciudades tan fácilmente?

—Nos vimos forzados a hacerlo, Karl. No lo deseábamos. —La voz de Antil era estridente a causa de la agitación—. No aceptaron nuestras favorables condiciones de capitulación y empezaron a disparar sus pistolas de tonita. Tuvimos... tuvimos que emplear... el arma. Después tuvimos que matar a la mayoría... sin misericordia.

—No te entiendo. ¿De qué arma estás hablando?

—¿Recuerdas aquella vez en las ruinas de Ash-taz-zor, Karl? La habitación secreta; la antigua inscripción; las cinco armas.

Karl asintió sombríamente.

—Pensé que lo eran, pero no estaba seguro.

—Era un arma horrible, Karl. —Antil se apresuró a continuar, como si no pudiera soportar pensar en ello—. Los antiguos la descubrieron... pero no la utilizaron nunca. En lugar de ello, la escondieron, y no sé por qué no la destruyeron. Me gustaría que lo hubieran hecho; realmente me gustaría. Pero no fue así y yo la encontré y debo usarla... por el bien de Venus.

Su voz se convirtió en un susurro, pero con un esfuerzo manifiesto recobró ánimos para continuar la explicación.

—Las pequeñas e inofensivas varillas que viste aquella vez, Karl, eran capaces de producir un campo de fuerza de una naturaleza desconocida (los antiguos se negaron sabiamente a mostrarse explícitos en este punto) que tiene el poder de desconectar el cerebro de la mente.

—¿Qué? —Karl estaba boquiabierto—. ¿De qué *estás* hablando?

—Debes saber que el cerebro no es más que el *asiento* de la mente y no la mente misma. La naturaleza de ésta es un misterio, desconocido incluso para nuestros antepasados; pero sea lo que fuere, emplea el cerebro como su intermediario con el exterior.

—Comprendo. Y vuestra arma separa la mente del cerebro... convierte a la mente en algo desvalido... un piloto espacial sin mandos.

Antil asintió solemnemente.

—¿Has visto alguna vez un animal sin cerebro? —preguntó de repente.

—Pues, sí, un perro... durante mis estudios de biofísica en la Universidad.

—Entonces, ven, te enseñaré a un ser humano sin cerebro.

Karl siguió al venusiano hasta un ascensor. Mientras descendía al nivel más bajo —el nivel de la prisión— su mente era un torbellino. Atormentado por el horror y la furia, tenía alternativos impulsos de un irrazonado deseo de escapar y un anhelo casi insuperable de matar al venusiano que estaba junto a él. Aturdido, salió del cubículo y siguió a Antil hasta un lóbrego pasillo, que serpenteaba entre dos hileras de diminutas celdas con rejas.

—Allí.

La voz de Antil sobresaltó a Karl como si se hubiera tratado de un súbito chorro de agua fría. Siguió la dirección indicada por la mano palmeada y contempló con repugnancia hipnótica la figura humana que señalaba.

Era un ser humano, indudablemente, por la forma... pero inhumano, sin embargo. Aquello (Karl no podía denominarlo por «él») estaba sentado silenciosamente en el suelo, con sus grandes ojos fijos en la pared lisa que había enfrente. Ojos que estaban desprovistos de alma, labios sueltos de los que se le escapaba la saliva, dedos que se movían sin un propósito determinado. Asqueado, Karl volvió rápidamente la cabeza.

—No es del todo exacto que carezca de cerebro —la voz de Antil era baja—. Orgánicamente, su cerebro está perfecto e intacto. Sólo que... está desconectado.

—¿Cómo vive, Antil? ¿Por qué no se muere?

—Porque el sistema autónomo está intacto. Ponlo en pie y mantendrá el equilibrio. Empújale y recuperará su posición. Su corazón late. Respira. Si pones comida en su boca, tragará, aunque se moriría de hambre antes de realizar el acto voluntario de comer los alimentos que han sido colocados frente a él. Es vida..., una especie de vida; pero estaría mejor muerto, pues la desconexión es permanente.

—Es horrible... horrible.

—Es peor de lo que crees. Estoy convencido de que en algún lugar del cuerpo de este hombre, la mente, intacta, todavía existe. Prisionera e impotente en un cuerpo que no puede controlar. ¿Cuál debe ser la tortura de esa mente?

Karl se puso súbitamente rígido.

—No conquistarás la Tierra por medio de esta horrible y atroz brutalidad. Es un arma increíblemente cruel, pero no más mortífera que una docena de las nuestras. Pagarás por esto.

—Por favor, Karl, no tienes ni la más remota idea del carácter mortífero del Campo de Desconexión. El campo es independiente del espacio y quizá también del tiempo, así que su campo de acción puede extenderse casi indefinidamente. ¿Sabes que no se requirió más que un disparo para incapacitar a todas las criaturas de sangre caliente que había en Afrodópolis? —La voz de Antil subió de tono con nerviosismo—. ¿Sabes que puedo envolver TODA LA TIERRA con el campo... convertir a tus miles de millones de semejantes en el duplicado de esos cuerpos muertos en vida con

UN SOLO DISPARO?

Karl no reconoció su propia voz al murmurar:

—¡Loco! ¿Eres tú el único que conoce el secreto de este infame campo?

Antil prorrumpió en una risa hueca.

—Sí, Karl, la culpa es sólo mía, nada más que mía. Pero matarme no solucionaría nada. Si yo muero, hay otros que saben dónde encontrar la inscripción, otros que no sienten mi simpatía por la Tierra. No tengo nada que temer de ti, Karl, pues mi muerte significaría el fin de tu mundo.

El terrícola estaba deshecho..., deshecho por completo. En su interior ya no había ni la más pequeña duda en cuanto al poder de los venusianos.

—Me rindo —murmuró—, me rindo. ¿Qué debo decir a mi pueblo?

—Exponles mis condiciones y lo que podría hacer si quisiera.

Karl se alejó del venusiano como si su mismo contacto fuera mortal.

—Se lo diré.

—Diles también que Venus no es vengativo. No deseamos utilizar nuestra arma, ya que es demasiado horrible para emplear. Si nos conceden la independencia en nuestros propios términos, y nos permiten ciertas precauciones necesarias para evitar una nueva esclavitud futura, lanzaremos cada una de nuestras cinco armas y la inscripción explicativa hacia el Sol.

La voz del terrícola siguió siendo un susurro desentonado:

—Se lo diré.

El almirante Von Blumdorff era tan prusiano como su nombre, y su código militar era la simple fuerza bruta. De modo que fue completamente natural que sus reacciones ante el informe de Karl Frantor fueran explosivas dentro de su sarcástica burla.

—Es usted un loco inconsciente —gritó al joven—. Esto es lo que resulta de las conversaciones, las palabras, las tonterías. Ha *osado* venirme con ese cuento de viudas viejas sobre armas misteriosas, de incalculable fuerza. Sin una sola prueba, usted acepta todo lo que ese maldito verdense le dice, y se rinde despreciablemente. ¿Acaso no podía amenazar, no podía engañar, o mentir?

—Él no amenazó, engañó ni mintió —contestó amablemente Karl—. Lo que dijo fue una verdad indiscutible. Si usted hubiera visto al hombre sin cerebro...

—¡Bah! Ésa es la parte más inexcusable de todo este maldito asunto. ¡Exhibir ante usted a un lunático, algún retrasado mental cualquiera, y decir «¡Ésta es nuestra arma!», y usted creyéndolo todo! ¿Hicieron algo más que hablar? ¿Hicieron una demostración del arma? ¿Se la enseñaron siquiera?

—Naturalmente que no. El arma es mortal. No van a matar a un venusiano para darme gusto. En cuanto a enseñarme el arma..., bueno, ¿enseñaría *usted* su carta

buena a su contrario? Ahora conteste usted a unas cuantas preguntas. ¿Por qué está Antil tan seguro de sí mismo? ¿Cómo conquistó todo Venus tan fácilmente?

—Admito que no puedo explicármelo, pero, ¿prueba eso que su explicación sea la correcta? De cualquier modo, estoy harto de tanto hablar. Vamos a atacar en seguida y ¡al infierno todas las teorías! Me enfrentaré a ellos con proyectiles de tonita y usted podrá observar su engaño en sus horribles caras.

—Pero, almirante, *debe* usted comunicar mi informe al presidente.

—Lo haré... cuando haya mandado Afrodópolis al otro mundo.

Conectó la unidad central de emisión.

—¡Atención, todas las naves! ¡Formación de batalla! Dentro de quince minutos nos lanzaremos sobre Afrodópolis con todas las sobrecargas de tonita. —Después se volvió hacia el ordenanza—. Diga al capitán Larsen que informe a Afrodópolis de que tienen quince minutos para izar la bandera blanca.

Los minutos que transcurrieron a continuación fueron tensos y exasperantes para Karl Frantor. Permaneció sentado en silencio, con la cabeza sepultada entre las manos; el débil clic del cronómetro al final de cada minuto sonaba como un trueno en sus oídos. Contó esos clics en un susurro 8-9-10. ¡Dios!

¡Sólo faltaban cinco minutos para una muerte segura! ¿O tendría razón Von Blumdorff? ¿Habían ideado los venusianos un atrevido engaño?

Un ordenanza penetró en la habitación y saludó.

—Los verdosos acaban de contestar, señor.

—Bien. —Von Blumdorff se inclinó hacia delante con impaciencia.

—Dicen: «Urgentemente solicitamos a la flota que no ataque. Si lo hacen, no seremos responsables de las consecuencias.»

—¿Eso es todo? —dijo con un grito ultrajado.

—Sí, señor.

El almirante prorrumpió en una sulfurada sarta de maldiciones.

—Vaya un descarado que tienen —gritó—. Se atreven a mantener su engaño hasta el final.

Y cuando terminó de decirlo, los quince minutos habían transcurrido, y la poderosa flota se puso en movimiento. En filas y ordenada formación, descendieron hacia el nuboso velo del segundo planeta. Von Blumdorff sonreía entre dientes al contemplar el pavoroso espectáculo que se reflejaba en el televisor... hasta que la matemáticamente precisa formación de batalla se rompió de repente.

El almirante siguió observando y se frotó los ojos. La mitad de la flota más distante se había vuelto repentinamente loca. Primero, las naves se tambalearon; después cambiaron de dirección y dispararon a objetivos descabellados.

Entonces llegaron llamadas de la mitad sana de la flota... informes de que el ala

izquierda había dejado de responder a la radio.

El ataque a Afrodópolis fue inmediatamente interrumpido al darse la orden de capturar las naves que volaban a ciegas. Von Blumdorff paseaba furioso arriba y abajo y se mesaba el cabello. Karl Frantor gritó: «Es su arma», y volvió a sumirse en su anterior silencio.

De Afrodópolis no llegó ningún mensaje.

Durante dos horas enteras, el resto de la flota terrestre luchó con sus propias naves. Siguiendo los cursos sin rumbo de las astronaves afectadas, se acercaban y las agarraban. Atados entonces con rígida fuerza, se aplicaban los cohetes hasta que el loco vuelo de las otras se equilibraba y detenía. Veinte naves de la flota no pudieron ser recuperadas; algunas continuaron en órbita alrededor del Sol, otras se dirigieron hacia un espacio desconocido y unas pocas se estrellaron en Venus.

Cuando las restantes naves del ala izquierda fueron abordadas, los confiados grupos de rescate se quedaron horrorizados. *Setenta y cinco cuerpos humanos de mirada fija y estúpida en cada nave.* Ni un sólo ser humano normal.

Algunos de los primeros en entrar gritaron con horror y huyeron impulsados por el pánico. Otros sólo sintieron náuseas y desviaron la mirada. Un oficial se hizo cargo de la situación de un rápido vistazo; cargó su pistola atómica lentamente e irradió a todos los seres sin cerebro que había a su alcance.

El almirante Von Blumdorff era un hombre deshecho, una sombra lastimosa y agotada de su antiguo orgullo y carácter fanfarrón, cuando supo lo peor. Le llevaron a uno de los seres sin cerebro y retrocedió con pasos vacilantes.

Karl Frantor le miró con ojos inyectados de sangre.

—Bueno, almirante, ¿está usted satisfecho?

Pero el almirante no contestó. Sacó su pistola, y antes de que nadie pudiera evitarlo, se disparó un tiro en la cabeza.

Una vez más, Karl Frantor se encontraba ante una reunión del presidente y su gabinete, ante un desalentado grupo de hombres asustados. Su informe fue claro y no dejó ninguna duda en cuanto a la decisión que debía tomarse.

El presidente Debuc contempló al ser sin cerebro que le llevaron como prueba.

—Estamos acabados —dijo—. Debemos rendirnos incondicionalmente, ponernos a su merced. Pero algún día... —Sus ojos se iluminaron al pensar en la venganza.

—¡No, señor presidente! —sonó la voz de Karl—, no debe haber un algún día. Tenemos que dar a los venusianos su sencillo derecho: libertad e independencia. Lo pasado debe olvidarse... Nuestros muertos no han hecho más que pagar por el medio siglo de esclavitud venusiana. Después de esto, debe haber un nuevo orden en el sistema solar... el nacimiento de un nuevo día.

El presidente bajó la cabeza mientras reflexionaba y después la levantó de nuevo.

—Tiene usted razón —contestó con energía—; no habrá ideas de venganza.

Dos meses después se firmó el tratado de paz y Venus se convirtió en lo que ha sido desde entonces: una potencia independiente y soberana. Y con la firma del tratado, se envió hacia el Sol una diminuta partícula que daba incesantes vueltas. Era... un arma demasiado terrible para emplear.

Amazing Stories se inclinaba, por aquel entonces, hacia la aventura y la acción, desaprobaba una exposición demasiado científica a lo largo del relato. Yo, naturalmente, incluso entonces escribía la clase de ciencia ficción que incluía una extrapolación científica que era específicamente descrita. Lo que Raymond Palmer hizo en este caso fue omitir algunos de mis debates científicos y colocar, en notas a pie de página, una versión condensada de pasajes que no podía omitir sin dañar la trama. Era una medida extraordinariamente absurda, que en aquel tiempo me sublevó. Tomé el único desquite posible: coloqué a Amazing al final de la lista, en lo que a presentar relatos se refería.

Sin embargo, lo que mejor recuerdo sobre este relato es la observación que sobre él hizo Fred Pohl. La narración finaliza con la Tierra y Venus en paz, con la promesa de la Tierra de respetar la independencia de Venus, y la destrucción del arma por parte de Venus. Fred dijo, una vez hubo leído la historia publicada: «Y cuando el arma hubo sido destruida, la Tierra borró a los venusianos de la faz de su planeta.»

Tenía toda la razón. Entonces yo era lo bastante ingenuo como para creer que las palabras y las buenas intenciones eran suficientes. (Fred también comentó que el arma que era demasiado horrible para emplear fue, de hecho, utilizada. En este caso también tuvo razón, y eso me ayudó a acortar los títulos que eran demasiado largos y complicados. Desde entonces he tendido a utilizar títulos más cortos, incluso de una sola palabra, algo que Campbell siempre me aconsejó firmemente, quizá porque los títulos cortos encajaban mejor en la portada y la página de títulos de una revista.)

Si pensé que mi venta a Campbell me había convertido en un experto sobre lo que quería y en proporcionárselo, me equivoqué por completo. En febrero de 1939 escribí un relato llamado La decadencia y caída. El 21 de ese mismo mes se lo entregué a Campbell, y me fue devuelto con enorme prontitud, el 25. Después hizo la ronda sin resultado y nunca se publicó. Ya no existe y no recuerdo absolutamente nada sobre él.

El 4 de marzo de 1939, comencé a escribir mi proyecto más ambicioso hasta la fecha. Era una novela corta (en la cual uno de los personajes más importantes llevaba el nombre de Russell Winterbotham), que sería dos veces más larga que cualquiera de mis relatos precedentes. La titulé Peregrinaje. Era mi primer intento de escribir «historia futura»; es decir, un cuento sobre una época de un futuro lejano escrita como si se tratara de una novela histórica. También era la primera vez que intentaba escribir un relato a escala galáctica.

Estuve muy excitado mientras trabajé en ella y sentía que era una «epopeya». (No obstante, recuerdo que Winterbotham se mostró bastante dudoso respecto a él cuando le describí la trama en una carta.) El 21 de marzo de 1939 se la llevé a Campbell, lleno de grandes esperanzas, pero el 24 ya estaba de vuelta con una carta que decía: «Tiene usted una idea básica que puede convertirse en un relato interesante, pero, tal como está, no tiene la fuerza suficiente.»

Esta vez no me di por vencido. Volví a ver a Campbell el día 27 y le pedí que me permitiera revisarla para reforzar los puntos débiles que había encontrado en ella. Le llevé la segunda versión el 25 de abril, y también ésta la encontró defectuosa, pero esta vez fue Campbell el que solicitó una revisión. Volví a intentarlo y la tercera versión fue presentada el 9 de mayo y rechazada el 17. Campbell admitió que aún había la posibilidad de salvarla, pero dijo que, después de tres intentos, debía dejarla unos cuantos meses de lado y entonces revisarla desde un nuevo punto de vista.

Hice lo que me aconsejó y esperé dos meses (el tiempo mínimo que podía interpretar por «algunos meses»), y el 8 de agosto le presenté la cuarta versión.

Esta vez, Campbell dudó hasta el 6 de setiembre, y entonces la rechazó definitivamente basándose en que Robert A. Heinlein acababa de presentar una importante novela corta (publicada después con el título de Si esto prosigue...) que tenía un tema religioso. Puesto que Peregrinaje también tenía un tema religioso, John no podía utilizarla. Dos relatos sobre un tema tan sensible en rápida sucesión eran demasiados.

Yo había escrito la historia cuatro veces, pero comprendí la posición de Campbell. Este dijo que el relato de Heinlein era el mejor de los dos y yo sabía que no puede esperarse de un editor que escoja el peor y rechace el mejor simplemente porque escribir el peor ha supuesto un trabajo tan grande.

Sin embargo, nada me impedía tratar de venderla en cualquier otro sitio. Estuve dos años intentándolo, tiempo durante el cual volví a escribirla otras dos veces y la titulé Cruzada galáctica.

Eventualmente, la vendí a otra de las revistas que estaban surgiendo a raíz del éxito logrado por Campbell con Astounding. Era Planet Stories, que durante los años

cuarenta iba a distinguirse por sus «óperas espaciales», los cuentos sangrientos de la guerra interplanetaria. Mi relato encajaba en este tipo, y el director de Planet, Malcom Reiss, se sintió atraído por él.

Sin embargo, el aspecto religioso también le preocupó. Quería que revisara el relato, me dijo durante una comida el 18 de agosto de 1941, que suprimiera toda referencia directa a la religión. Particularmente, quería que dejara de referirme a cualquiera de los personajes como a «sacerdotes». Suspirando, acepté, y revisé la novela por sexta vez. El 7 de octubre de 1941, la aceptó y, tras dos años y medio, que incluían diez rechazos, el relato fue finalmente publicado.

Pero, tras haberme forzado a suprimir todo su aspecto religioso, ¿qué hizo Reiss? Pues le cambió el título (sin consultarme, naturalmente) y lo llamó Fraile negro de la llama.

Debo mencionar dos puntos de este relato antes de presentarlo.

Primero, fue el único relato que vendí a Planet.

Segundo, fue ilustrado por Frank R. Paul. Paul era el más prominente de todos los ilustradores de ciencia ficción de la era pre-Campbell, y, que yo sepa, ésta fue la única vez que nuestros caminos se cruzaron profesionalmente.

Le vi una vez, pero a cierta distancia. El 2 de julio de 1939, asistí a la Primera Convención Mundial de Ciencia Ficción, que tuvo lugar en Manhattan. Frank Paul fue el invitado de honor. Fue la primera ocasión en que me reconocieron públicamente como un profesional, y no como un simple aficionado. Con tres relatos publicados en mi haber (Opinión pública acababa de aparecer), me hicieron subir a la plataforma para saludar. Recuerdo que Campbell estaba sentado en un asiento lateral y que me animó, encantado, a subir al estrado.

Pronuncié unas palabras, calificándome como «el peor escritor de ciencia ficción que no había sido linchado». Naturalmente, no lo creía así, y dudo de que cualquiera creyera por un momento que así fuera.

FRAILE NEGRO DE LA LLAMA

Los ojos de Russell Tymball estaban llenos de lóbrega satisfacción, mientras contemplaban las ruinas ennegrecidas de lo que unas cuantas horas antes había sido un crucero de la flota lasiniana. Las vigas maestras retorcidas, diseminadas por todas direcciones, atestiguaban ampliamente la extraordinaria fuerza de la caída.

El gordinflón terrícola volvió a entrar en su propio y bruñido estrato-cohete y aguardó. Sus dedos retorcieron distraídamente un largo cigarro durante unos minutos antes de encenderlo. A través del humo ascendente, sus ojos se entrecerraron y permaneció sumido en sus pensamientos.

Se levantó al oír una cautelosa llamada. Dos hombres entraron apresuradamente lanzando una última y fugitiva mirada hacia atrás. La puerta se cerró sin ruido, y uno se dirigió inmediatamente hacia los controles. El desolado paisaje desértico apareció muy por debajo de ellos casi en seguida, y la proa plateada del estrato-cohete apuntó hacia la antigua metrópoli de Nueva York.

Pasaron unos minutos antes de que Tymball hablara.

—¿Todo claro?

El hombre que estaba en los controles asintió.

—Ni una sola nave tiránica a la vista. Es evidente que el *Grahul* no ha podido solicitar ayuda por radio.

—¿Tienen el mensaje? —preguntó ansiosamente el otro.

—Lo encontramos con bastante facilidad. Está intacto.

—También encontramos —dijo el segundo hombre, con amargura— otra cosa..., el último informe de Sidi Peller.

Por un momento, la redonda cara de Tymball se dulcificó y algo parecido al dolor se adueñó de su expresión. Y después volvió a endurecerse.

—¡Murió! Pero fue por la Tierra, y por lo tanto no fue muerte. ¡Fue martirio!

Calló un momento y después dijo tristemente:

—Déjeme ver el informe, Petri.

Cogió la única y doblada hoja que le alargaron y la sostuvo ante sí. Lentamente, leyó en voz alta:

«El 4 de setiembre, entrada con éxito en el crucero *Grahul* de la flota tiránica. Me mantuve escondido durante el viaje de Plutón a la Tierra. El 5 de setiembre, localicé el mensaje en cuestión y me apropié de él. Acabo de cerrar los reactores, del cohete. Cierro este informe junto con el mensaje. ¡Larga vida a la Tierra!»

La voz de Tymball sonaba curiosamente emocionada al leer la última palabra.

—Los tiranos lasinianos nunca han inmolado a un hombre tan grande como Sidi Peller. Pero nos lo cobraremos, y con interés. La raza humana aún no está en completa decadencia.

Petri contemplaba el exterior por la ventana.

—¿Cómo pudo Peller hacer todo eso? Un hombre... que viaja de polizón en un crucero de la flota sin ser descubierto y roba el mensaje en las narices de toda la tripulación y destroza la nave. ¿Cómo lo hizo? Y nunca lo sabremos; a excepción de los escasos hechos de su informe.

—Tenía sus órdenes —dijo Willums, bloqueando los controles y dando media vuelta—. Yo mismo se las llevé a Plutón. ¡Consiga el mensaje! ¡Destruya el *Grahul* en el Gobi! ¡Lo hizo! ¡Eso es todo! —se encogió de hombros con cansancio.

La atmósfera de depresión se hizo más intensa hasta que el propio Tymball la rompió con un gruñido:

—Olvidémoslo. ¿Se han ocupado de todo en la nave destruida?

Los otros dos asintieron a la vez. La voz de Petri reflejó su espíritu práctico:

—Se eliminaron todas las pistas de Peller y fueron atomizadas. Nunca detectarán la presencia de un ser humano entre las ruinas. El mismo documento se reemplazó por la copia que teníamos preparada, y se quemó cuidadosamente para evitar cualquier sospecha. Incluso fue impregnada con la cantidad exacta de sales de plata que contiene el sello oficial del emperador tirano. Me jugaría la cabeza a que ningún lasiniano sospechará que la caída no fue un accidente o que el mensaje no fue destruido a causa de ella.

—¡Bien! Por lo menos tardarán veinticuatro horas en localizar la nave siniestrada. Es un trabajo difícil. Ahora denme el mensaje.

Cogió la funda metaloide casi con reverencia. Estaba ennegrecida y doblada, todavía un poco caliente. Y entonces, con un salvaje movimiento de la muñeca, rompió la tapa.

El documento que extrajo se desenrolló con un sonido crujiente. En la esquina inferior izquierda estaba el enorme sello de plata del propio emperador lasiniano —el tirano que, desde Vega, regía una tercera parte de la galaxia—. Iba dirigido al virrey del Sol.

Los tres terrícolas contemplaron solemnemente la fina letra impresa. La desagradablemente angular escritura lasiniana brillaba con luz roja bajo los rayos del sol poniente.

—¿Ven como yo tenía razón? —susurró Tymball.

—Como siempre —asintió Petri.

La noche no llegó completamente. El color negro-púrpura del cielo se intensificó ligeramente y las estrellas brillaron imperceptiblemente, pero aparte de eso la

estratosfera no se diferenciaba entre la ausencia y la presencia del Sol.

—¿Ha decidido cuál será el próximo paso? —preguntó Willums, vacilante.

—Sí..., hace mucho tiempo. Mañana iré a visitar a Paul Kane, con esto.

—¡El *loara* Paul Kane! —gritó Petri.

—¡Ese... ese *loarista*! —exclamó simultáneamente Willums.

—El loarista —convino Tymball—. ¡Es nuestro hombre!

—Diga mejor que es el lacayo de los lasinianos —gruñó Willums—. Kane, el jefe del loarismo, es por consiguiente el jefe de los traidores humanos que predicán sumisión a los lasinianos.

—Así es. —Petri estaba pálido, pero más calmado—. Los lasinianos son nuestros enemigos declarados y debemos enfrentarnos a ellos en una lucha limpia..., pero los loaristas son sabandijas. ¡Gran espacio! Preferiría encontrarme a la merced del tirano virrey en persona que tener cualquier cosa que ver con esos repugnantes estudiantes de la historia antigua, que ensalzan la pasada gloria de la Tierra y son culpables de su degradación presente.

—Les juzga con demasiada severidad. —Había una sombra de sonrisa en los labios de Tymball—. Ya he tenido tratos con este dirigente del loarismo con anterioridad. Oh... —contuvo las exclamaciones de sorprendida consternación que siguieron—, fui muy discreto en cuanto a ello. Ni siquiera ustedes dos lo supieron, y, como ven, Kane todavía no me ha delatado. Entonces no tuve éxito, pero aprendí un poco. ¡Escúchenme!

Petri y Willums se acercaron, y Tymball prosiguió con entonación tajante y desapasionada.

—La primera campaña galáctica de los lasinianos concluyó hace dos mil años, inmediatamente después de la conquista de la Tierra. Desde entonces, no se ha reanudado la agresión, y los planetas humanos independientes de la galaxia están muy satisfechos con el mantenimiento del *statu quo*. Ellos mismos están demasiado divididos como para desear una nueva lucha. El loarismo sólo está interesado en su propia supervivencia ante las intromisiones de nuevas corrientes de pensamiento, y para ellos no tiene mucha importancia que sean los lasinianos o los humanos los que gobiernen la Tierra, siempre que el loarismo prospere. En realidad, nosotros —los nacionalistas— quizá representemos para ellos un peligro mucho mayor en este aspecto que los lasinianos.

Willums sonrió tétricamente.

—No hay duda de que así es.

—Entonces, admitiendo esto, es natural que el loarismo asuma el papel de pacificador. Sin embargo, si conviniera a sus intereses, se unirían a nosotros en un abrir y cerrar de ojos. Y esto —golpeó el documento que tenía delante— es lo que les convencerá de dónde residen sus intereses.

Los otros dos guardaron silencio.

Tymball continuó:

—Disponemos de poco tiempo. No más de tres años, quizá no más de dos. Y sin embargo ya saben las posibilidades de éxito que hoy día tendría una rebelión.

—Lo lograríamos —rezongó Petri, y prosiguió en tono apagado—, si los únicos lasinianos con los que tuviéramos que enfrentarnos fueran los de la Tierra.

—Exactamente. Pero pueden pedir ayuda a Vega, y nosotros no podemos pedirla a nadie. Ninguno de los planetas humanos acudiría en nuestra defensa, tal como ocurrió hace quinientos años. Y ésa es la razón por la que debemos tener al loarismo de nuestra parte.

—¿Y qué hicieron los loaristas hace quinientos años durante la Rebelión Sangrienta? —preguntó Willums, con un odio amargo reflejado en la voz—. Nos abandonaron para salvar su precioso pellejo.

—No nos encontramos en una posición adecuada para recordar aquello —dijo Tymball—. Tendremos su ayuda ahora... y después, cuando todo haya concluido, nuestras cuentas con ellos...

Willums volvió a los controles.

—¡Nueva York dentro de quince minutos! —Y después—: Pero sigue sin gustarme. ¿Qué pueden *hacer* esos asquerosos loaristas? ¡Las cáscaras desecadas no sirven más que para traiciones y trivialidades!

—Constituyen la última fuerza unificadora de la humanidad —replicó Tymball—. Bastantes débiles e indefensos, pero la única oportunidad de la Tierra.

Ahora estaban penetrando en la más espesa atmósfera inferior, y el silbido de aire que provocaban se hizo más estridente. Willums conectó los cohetes de frenaje al atravesar una capa de nubes grises. Allí, en el horizonte, se veía el gran resplandor difuso de la ciudad de Nueva York.

—Comprueben que sus pases estén en perfecto orden para la inspección lasiniana y oculten el documento. De todos modos, no nos registrarán.

El loara Paul Kane se recostó en su ornamentado sillón. Los delgados dedos de una de sus manos jugaban con un pisapapeles de marfil que había sobre su mesa. Sus ojos evitaban los del hombre más bajo y grueso que tenía delante, y su voz, mientras hablaba, adquiría inflexiones solemnes.

—No puedo seguir protegiéndole, Tymball. Hasta ahora lo he hecho por el lazo de una humanidad común que hay entre nosotros, pero... —Su voz se desvaneció.

—¿Pero? —apremió Tymball.

Los dedos de Kane seguían manoseando el pisapapeles.

—Este último año los lasinianos se han vuelto más duros. Se muestran casi arrogantes. —De repente levantó la vista—. Usted ya sabe que no soy un agente

completamente libre, y no poseo la influencia y el poder que usted parece creer que tengo.

Volvió a bajar los ojos, y una nota de preocupación se adueñó de su voz.

—Los lasinianos sospechan. Están empezando a vislumbrar los trabajos de una conspiración clandestina bien organizada, y nosotros no podemos permitirnos el lujo de vernos envueltos en ella.

—Lo sé. En caso de necesidad, están dispuestos a sacrificarnos del mismo modo que sus predecesores sacrificaron a los patriotas de hace cinco siglos. Una vez más, el loarismo representará su noble papel.

—¿Hasta qué punto son buenas sus rebeliones? —fue la cansada repuesta—. ¿Acaso los lasinianos son mucho peores que la oligarquía de humanos que dirige Santanni o el dictador que gobierna Trántor? Si los lasinianos no son humanos, por lo menos son inteligentes. El loarismo puede vivir en paz con sus gobernantes.

Y ahora Tymball sonrió. No había nada humorístico en ello, más bien una ironía burlona. Extrajo una pequeña carta de su manga.

—Lo cree así, ¿verdad? Tenga, lea esto. Es una copia fotostática reducida de... No, no la toque..., léala mientras yo la sostengo, y...

Sus demás comentarios se vieron ahogados por el súbito alarido del otro. El rostro de Kane se contrajo alarmantemente convirtiéndose en una máscara de horror, mientras trataba de agarrar el duplicado que mantenían fuera de su alcance.

—¿Dónde lo ha conseguido? —Apenas reconoció su propia voz.

—¿Qué importa eso? Lo tengo, ¿verdad? Y ha costado la vida de un hombre valiente, y una nave de la escuadra de Su Reptilesca Eminencia. Creo que no puede usted abrigar ninguna duda en cuanto a su autenticidad.

—¡No..., no! —Kane se llevó una temblorosa mano a la frente—. Es la firma y el sello del emperador. Es imposible falsificarlos.

—Ya ve, Excelencia —había sarcasmo en el tratamiento—, la renovación de la campaña galáctica es una cuestión de dos años, o tres, a partir de ahora. El primer paso de la campaña se dará en el curso de este mismo año... y a causa de este primer paso —su voz adquirió una dulzura venenosa—, se ha enviado esta orden al virrey.

—Déjeme pensar un momento. Déjeme pensar. —Kane se derrumbó en el sillón.

—¿Acaso tiene necesidad de hacerlo? —gritó Tymball, despiadadamente—. Esto no es más que la constatación de lo que le predije hace seis meses, y a lo que usted no prestó atención. La Tierra, como mundo humano, será destruida; su población, diseminada por grupos en las porciones lasinianas de la galaxia; cualquier resto de ocupación humana, destruida.

—¡Pero la Tierra! La Tierra, el hogar de la raza humana; el principio de nuestra civilización...

—¡Exactamente! El loarismo se muere y la destrucción de la Tierra lo matará. Y

una vez desaparecido el loarismo la última fuerza unificadora habrá sido destruida, y los planetas humanos, invencibles si estuvieran unidos, serán borrados, uno por uno, en la segunda campaña galáctica. A menos que...

La voz del otro era monótona.

—Sé lo que va a decirme.

—No más de lo que le dije antes. La humanidad debe unirse, y sólo puede hacerlo alrededor del loarismo. Necesita una causa por la que luchar, y esa causa debe ser la liberación de la Tierra. Yo encenderé la chispa aquí en la Tierra y *usted* ha de convertir a la porción humana de la galaxia en un polvorín.

—Usted desea una guerra total..., una cruzada galáctica. —Kane hablaba en un susurro—. Pero nadie sabe mejor que yo que una guerra total ha sido imposible durante estos miles de años. —Se echó a reír súbitamente, con amargura—. ¿Sabe lo débil que es hoy el loarismo?

—No hay nada tan débil que no pueda reforzarse. Aunque el loarismo se ha debilitado desde sus grandes días, durante la primera campaña galáctica, sigue teniendo su organización y su disciplina; las mejores de la galaxia. Y sus dirigentes son, en general, hombres capaces, y lo digo por usted. Un grupo de hombres inteligentes concienzudamente centralizado, que trabaje a fondo, puede hacer mucho. *Debe* hacer mucho, pues no tiene elección.

—Déjeme —dijo Kane, débilmente—, ahora no puedo hacer más. He de pensar. —Su voz se desvaneció, pero uno de sus dedos señalaba hacia la puerta.

—¿Para qué sirven sus pensamientos? —gritó Tymball irritado—. ¡Necesitamos hechos!

Y con esto, se fue.

La noche había sido horrible para Kane. Su rostro estaba pálido y deshecho; sus ojos, vacíos y brillantes de fiebre. Sin embargo, habló en voz alta y firme.

—Somos aliados, Tymball.

Tymball sonrió sombríamente, estrechó durante un momento la mano que Kane le tendía, y la soltó.

—Sólo por necesidad, Excelencia. Yo no soy amigo suyo.

—Yo tampoco lo soy suyo. Pero hemos de trabajar juntos. Ya he dado las órdenes iniciales y el Consejo Central las ratificará. En esta dirección, por lo menos, no preveo dificultades.

—¿Cuándo se producirán los resultados?

—¿Quién sabe? El loarismo aún dispone de sus medios de propaganda. Todavía hay quienes escucharán por respeto, y otros por temor, e incluso algunos por la mera fuerza de la propaganda. Pero ¿quién puede decirlo? La humanidad se ha dormido y el loarismo también. Hay poco sentido antilasiniano, y será difícil levantarlo de la

nada.

—El odio nunca es difícil de levantar —y el mofletado rostro de Tymball pareció extrañamente severo—. ¡Emocionalismo! ¡Propaganda! E incluso en su estado de debilidad, el loarismo es rico. Las masas pueden corromperse con palabras, pero los que ocupan puestos importantes requerirán un poco de metal amarillo.

Kane levantó una mano con cansancio.

—No dice nada nuevo. Esa línea de deshonor era la política humana ya en el confuso amanecer de la historia, cuando sólo esta pobre Tierra era humana y aun así se dividió en segmentos opuestos. —Después, amargamente—: ¡Pensar que hemos de volver a las tácticas de aquella bárbara edad!

El conspirador se encogió cínicamente de hombros.

—¿Conoce alguna mejor?

—E incluso así, con toda esa vileza, podemos fracasar.

—No, si nuestros planes están bien hechos.

El loara Paul Kane se puso en pie de un salto y cerró las manos frente a él.

—¡Loco! ¡Usted y sus planes! ¡Sus sutiles, secretos, solapados y tortuosos planes! ¿Acaso cree que conspiración es rebelión, o rebelión, victoria? ¿Qué puede hacer usted? Puede descubrir información y llegar secretamente a las raíces, pero no puede dirigir una rebelión. Yo puedo organizar y preparar, pero no puedo dirigir una rebelión.

Tymball parpadeó.

—Preparación..., una preparación perfecta...

—... No es nada se lo digo yo. Se pueden tener todos los ingredientes químicos necesarios, y todas las condiciones adecuadas, y sin embargo es posible que no haya reacción. En psicología, particularmente psicología del vulgo, como en química, es necesario tener un catalizador.

—Por todos los espacios, ¿qué quiere decir?

—¿Puede *usted* dirigir una rebelión? —gritó Kane—. Una cruzada es una guerra de emoción. ¿Puede *usted* controlar las emociones? Usted, un conspirador, no mantendría el fuego de una contienda abierta ni un sólo instante. ¿Puedo yo dirigir la rebelión? ¿Yo, un viejo y un hombre de paz? Entonces, ¿quién ha de ser el líder, el catalizador psicológico, que tome la inservible arcilla de su preciosa «preparación» y le insufla vida?

Los músculos de la barbilla de Russel Tymball temblaron.

—¡Derrotismo! ¿Tan pronto?

La respuesta fue cruel:

—¡No! ¡Realismo!

Hubo un silencio airado y Tymball giró sobre sus talones y se fue.

Era medianoche, hora local de la astronave, y las festividades nocturnas alcanzaban su punto máximo. El gran salón del trasatlántico *Flaming Nova* estaba lleno de figuras que danzaban, reían y brillaban, volviéndose más joviales a medida que la noche transcurría.

—Esto me recuerda los asuntos triplemente malditos de los que me hará ocupar mi mujer cuando vuelva a Lacto —murmuró Sammel Maronni a su compañero—. Creí que me escaparía de alguno, por lo menos aquí en el hiperespacio, pero evidentemente no ha sido así. —Dio un sordo gruñido y contempló a la concurrencia con una mirada de débil desaprobación.

Maronni iba vestido a la última moda, desde la cinta púrpura de la cabeza hasta las sandalias azul cielo, y parecía sumamente incómodo. Su corpulenta figura estaba enfundada en una túnica de color rojo brillante demasiado ajustada y los ocasionales tirones a su ancho cinturón demostraban que era consciente de su mal aspecto.

Su compañero, más alto y delgado, llevaba el immaculado uniforme blanco con la soltura que da una larga experiencia, y su imponente figura contrastaba fuertemente con el aspecto algo ridículo de Sammel Maronni.

El exportador lactoniano era consciente de este hecho.

—Maldito sea, Drake, tiene un buen empleo. Se viste como una persona importante y no hace nada más que sonreír y contestar a los saludos. ¿Cuánto le pagan por ello?

—No lo bastante. —El capitán Drake levantó una de sus cejas grises y miró irónicamente al lactoniano—. Me gustaría que *usted* tuviera mi empleo por una semana más o menos. Al cabo de ese tiempo ya estaría harto. Si cree que cuidar a gordas damiselas viudas y esnobs de cabello rizado es un lecho de rosas, le invito a que lo pruebe —murmuró malhumoradamente para sí durante un momento, y después se inclinó cortésmente hacia una enojada vieja regañona que le sonreía—. Es lo que ha encanecido mis cabellos y surcado de arrugas mi cara, ¡por Rigel!

Maronni sacó un largo cigarro «Karen» de la bolsa que colgaba de su cintura y lo encendió con placer. Lanzó una nube de humo verde manzana al rostro del capitán y sonrió pícaramente.

—Aún no he conocido a ningún hombre que hablara bien de su trabajo, aunque éste sea una ganga como el suyo, viejo pillo. Ah, si no me equivoco, la encantadora Ylen Surat va a caer sobre nosotros.

—¡Oh, diablos rosas de Sirio! Casi no me atrevo a mirar. ¿Es esa vieja bruja que viene en nuestra dirección?

—Exactamente... ¡y vaya suerte que tiene usted! Es una de las mujeres más ricas de Santanni, y viuda, también. El uniforme las subyuga, supongo. ¡Lástima que yo esté casado!

El capitán Drake contrajo el rostro en una mueca horrible.

—Ojalá se le cayera una lámpara encima.

Y con esto se volvió, trocando su expresión por una de dulce satisfacción en sólo un instante.

—Pero, señora Surat, creía que nunca tendría el placer de saludarla.

Ylen Surat, que ya hacía años había pasado de los sesenta, se rió como una niña.

—Repórtese, viejo galanteador, o me hará olvidar que he venido a regañarle.

—Espero que no esté nada mal. —A Drake le dio un vuelco el corazón. No era la primera vez que soportaba las quejas de la señora Surat. Normalmente, todo solía *estar* mal.

—Hay muchas cosas que están mal. Acaban de decirme que dentro de cincuenta horas aterrizaremos en la Tierra..., si así es como se pronuncia.

—Totalmente correcto —dijo el capitán Drake, algo más tranquilo.

—Pero es una escala que no estaba prevista cuando embarcamos.

—No, no lo estaba. Pero luego... verá, es cuestión de rutina. Nos iremos diez horas después del aterrizaje.

—Pero esto es insoportable. Me retrasará un día completo. He de llegar a Santanni esta misma semana, y los días son preciosos. Además, nunca he oído hablar de la Tierra. Mi guía —extraje un libro con tapas de piel de su bolso y lo hojeé furiosamente— ni siquiera la menciona. Estoy segura de que nadie tiene interés en parar ahí. Si usted persiste en malgastar el tiempo de los pasajeros en una escala totalmente inútil, tendré que hablar de ello con el presidente de la línea. Le recuerdo que tengo algo de influencia en casa.

El capitán Drake suspiró imperceptiblemente. No era la primera vez que le recordaban el «algo de influencia» de Ylen Surat.

—Mi querida señora, tiene usted razón, toda la razón, absolutamente toda... pero no puedo hacer nada. Todas las naves de las líneas Sirio, Alpha Centauri y Cygni 61 deben detenerse en la Tierra. Es un acuerdo interestelar, y ni siquiera el presidente de la línea, por mucho que lamentara su protesta, podría cambiar la ruta.

—Además —interrumpió Maronni, que creyó llegado el momento de acudir en ayuda del acosado capitán—, creo que llevamos dos pasajeros que se dirigen a la Tierra.

—Así es. Lo había olvidado. —El rostro del capitán Drake se animó un poco—. ¡Ahí tiene! Resulta que tenemos una razón concreta para esta escala.

—¡Dos pasajeros entre más de mil quinientos! ¡Vaya una razón!

—Es usted injusta —dijo Maronni con sutileza—. Al fin y al cabo, la raza humana proviene de la Tierra. Supongo que ya lo sabía, ¿verdad?

Ylen Surat enarcó unas cejas evidentemente postizas.

—¿Sí?

La desconcertada expresión de su rostro se trocó en otra de desprecio.

—Oh, bueno, eso fue hace miles y miles de años. Ahora ya no tiene importancia.

—La tiene para el loarismo y los dos pasajeros que desean aterrizar son loaristas.

—¿Pretende decirme —se burló la viuda— que, en esta era ilustrada, aún hay gente que estudia «nuestra cultura antigua»? ¿No es de eso de lo que siempre hablan?

—De eso es de lo que Filip Sanat siempre habla —se rió Maronni—. Hace pocos días me lanzó un sermón sobre este mismo tema. Y fue interesante. La mayor parte de lo que dijo era verdad.

Asintió con ligereza y continuó:

—Es muy inteligente, ese Filip Sanat. Hubiera podido ser un buen científico u hombre de negocios.

—Habla de meteoros y se los oye zumbar —dijo el capitán, de repente, e hizo una inclinación de cabeza hacia la derecha.

—¡Bueno! —balbuceó Maronni—. Allí está. Pero... pero ¿qué diablos está haciendo *aquí*?

Realmente, Filip Sanat tenía un aspecto bastante, incongruente mientras permanecía enmarcado en el umbral más distante. Su túnica larga y oscura — característica de los loaristas— era una mancha tétrica en un escenario alegre. Sus melancólicos ojos se volvieron hacia Maronni y levantó inmediatamente la mano en señal de reconocimiento.

Los asombrados bailarines, le abrieron paso automáticamente, siguiéndole con una mirada larga y curiosa. Se podía oír la estela de susurros que dejaba tras de sí. Sin embargo, Filip Sanat no se dio cuenta de ello. Con los ojos inflexiblemente fijos delante de él y una expresión impasible, llegó junto al capitán Drake, Sammel Maronni e Ylen Surat.

Filip Sanat saludó calurosamente a los dos hombres y después, en respuesta a una presentación, se inclinó gravemente ante la viuda, que le contemplaba con sorpresa y manifiesto desprecio.

—Perdóneme por molestarle, capitán Drake —dijo el joven en voz baja—. Sólo quería saber a qué hora saldremos del hiperespacio.

El capitán extrajo de su bolsillo un cronómetro.

—Una hora a partir de este momento.

—¿Y entonces estaremos...?

—Fuera de la órbita del planeta IX.

—Es decir, Plutón. Así que el Sol estará a la vista cuando entremos en el espacio normal, ¿verdad?

—Así será, si mira en la dirección correcta... hacia la proa de la nave.

—Gracias.

Filip Sanat hizo ademán de alejarse, pero Maronni le detuvo.

—Quédate, Filip. No pensarás abandonarnos, ¿verdad? Estoy seguro de que la señora Surat está ansiosa por hacerte unas cuantas preguntas. Ha demostrado gran interés por el loarismo. —En los ojos del lactoniano se observaba una mirada maliciosa.

Filip Sanat se volvió atentamente hacia la viuda, que, sorprendida por el momento, permanecía muda, y entonces se recobró.

—Dígame, joven —exclamó—, ¿quedan realmente personas como usted? Loaristas, quiero decir.

Filip Sanat se sobresaltó y observó con bastante rudeza a su interlocutora, pero no perdió el don de la palabra. Con tranquila claridad, dijo:

—Todavía quedan personas que tratan de mantener la cultura y la forma de vida de la antigua Tierra.

El capitán Drake no pudo evitar un comentario irónico:

—¿Incluso bajo el dominio de la cultura de los maestros lasinianos?

Ylen Surat lanzó un grito ahogado.

—¿Quiere decir que la Tierra es un mundo lasiniano? ¿Lo es? ¿Lo es? —Su voz se convirtió en un chillido asustado.

—Naturalmente —contestó el asombrado capitán, arrepentido de haber hablado—. ¿No lo sabía?

—Capitán —había histerismo en la voz de la mujer—, no *debe* usted aterrizar. Si lo hace, le crearé dificultades... muchas dificultades. *No* me expondré a las hordas de esos horribles lasinianos... esos espantosos reptiles de Vega.

—No tiene nada que temer, señora Surat —observó Filip Sanat, fríamente—. La inmensa mayoría de la población terrestre es humana. Sólo el uno por ciento, que gobierna, es lasiniano.

—Oh... —hizo una pausa, y después, de forma hiriente, dijo—: Bueno, no creo que la Tierra sea tan importante, si ni siquiera está gobernada por humanos. ¡El loarismo! ¡Una estúpida pérdida de tiempo es como yo lo llamo!

El rostro de Sanat enrojeció súbitamente, y por un momento pareció luchar en vano por hablar. Cuando lo hizo, fue en un tono de gran agitación:

—Tiene usted un punto de vista muy superficial. El hecho de que los lasinianos controlen la Tierra no tiene nada que ver con el problema fundamental del loarismo, que...

Giró sobre los talones y se fue.

Sammel Maronni lanzó un largo suspiro mientras contemplaba a la figura que se alejaba.

—Le ha dado en un punto doloroso, señora Surat, nunca le había visto renunciar de este modo a discutir o intentar explicar algo.

—No tiene mal aspecto —dijo el capitán Drake.

Maronni se rió entre dientes.

—Ni por asomo. Ese joven y yo somos del mismo planeta. Es un típico lactoniano, como yo.

La viuda se aclaró la garganta con mal humor.

—Oh, cambiemos de tema. Ese hombre parece haber lanzado una sombra sobre toda la habitación. ¿Por qué llevan esas horribles túnicas de color púrpura? ¡Tan poco elegantes!

El loara Broos Porin levantó la vista al entrar su joven acólito.

—¿Bien?

—Dentro de menos de cuarenta y cinco minutos, loara Broos.

Y dejándose caer en un sillón, Sanat apoyó su rostro congestionado y ceñudo en un puño cerrado.

Porin contempló al otro con una afectuosa sonrisa.

—¿Has vuelto a discutir con Sammel Maronni, Filip?

—No, no exactamente. —Se enderezó de un salto—. Pero ¿para qué sirve, loara Broos? Allí, en el nivel superior, hay cientos de humanos, irreflexivos, vestidos alegremente, riendo, divirtiéndose; y ahí afuera está la Tierra, abandonada. Entre todos los viajeros de la nave, sólo nosotros dos vamos allí para ver el mundo de nuestros antiguos días.

Sus ojos evitaron los del hombre de más edad y su voz adquirió un matiz de amargura.

—Y hubo un tiempo en que miles de humanos, procedentes de todos los rincones de la galaxia, aterrizaban cada día en la Tierra. Los grandes días del loarismo se han acabado.

El loara Broos se echó a reír. Nadie hubiera pensado que su ceñuda figura abrigara una risa tan enérgica.

—Esta debe ser por lo menos la centésima vez que te oigo decir esto. ¡Tonto! Llegará un día en que la Tierra volverá a ser recordada. La gente aún volverá a acudir en tropel. Vendrán por miles y millones.

—¡No! ¡Se ha acabado!

—¡Bah! Los agoreros profetas de la fatalidad han dicho eso una y otra vez a lo largo de la historia. Pero todavía no se ha demostrado que estuvieran en lo cierto.

—Esta vez se demostrará. —Los ojos de Sanat brillaron súbitamente—. ¿Sabe por qué? Porque la Tierra ha sido profanada por los conquistadores reptiles. Una mujer acaba de decirme, una mujer insustancial, estúpida y vacía, que no cree que la Tierra sea tan importante si ni siquiera está gobernada por humanos. Ha dicho lo que millones deben decir inconscientemente, y yo no he tenido palabras para refutárselo. Ha sido un argumento que no podía refutar.

—¿Y cuál sería tu solución, Filip? Vamos, ¿la has pensado?

—¡Expulsarlos de la Tierra! ¡Convertirla una vez más en un planeta humano! Hace dos mil años luchamos con ellos durante la primera campaña galáctica, y los detuvimos cuando parecía que iban a absorber la galaxia. Hagamos una segunda campaña y les enviaremos de regreso a Vega.

Porin suspiró y movió la cabeza.

—¡Vaya un exaltado que eres! Ningún loarista ha dejado de serlo al hablar de este tema. El tiempo te curará y te apaciguará. ¡Mira, muchacho! —el loara Broos se levantó y agarró al otro por los hombros—. El hombre y el lasiniano son inteligentes, y son las dos *únicas* razas inteligentes de la galaxia. Son hermanas en mente y en espíritu. Estad en paz con ellos. No odiéis, pues el odio es la emoción más irracional. En lugar de eso, esforzaos en comprender.

Filip Sanat miraba fijamente al suelo y no dio muestras de haber oído. Su mentor chasqueó la lengua en señal de amable reprobación.

—Bueno, cuando seas más viejo lo entenderás. Ahora, olvídate de todo esto, Filip. Recuerda que estás a punto de realizar la ambición de todos los loaristas verdaderos. Dentro de dos días llegaremos a la Tierra y su suelo estará bajo nuestros pies. ¿No es bastante para que te sientas feliz? ¡Piénsalo! Cuando regreses, serás recompensado con el título de «loara». Serás alguien que ha visitado la Tierra. Te prenderán el sol dorado en el hombro.

La mano de Porin se deslizó hacia el llamativo círculo amarillo que llevaba sobre su propia túnica, mudo testigo de sus tres visitas anteriores a la Tierra.

—Loara Filip Sanat —dijo lentamente Sanat, con los ojos brillantes—. Loara Filip Sanat. Suena bien, ¿verdad? Y ya está muy cerca.

—Veo que te sientes mejor. Pero ven, dentro de pocos momentos dejaremos el hiperespacio y veremos el Sol.

Mientras hablaba, la gruesa capa de hipermateria que se adhería con tanta fuerza a los costados del *Flaming Nova* ya experimentaba los curiosos cambios que marcaban el comienzo de la entrada en el espacio normal. La oscuridad se aclaró un poco y anillos concéntricos de diversas tonalidades de gris se persiguieron unos a otros con velocidad creciente. Era una fantástica y hermosa ilusión óptica que la ciencia no había podido explicar.

Porin apagó la luz de la habitación, y los dos permanecieron inmóviles en la oscuridad, contemplando la débil fosforescencia de las veloces ondas que desaparecían con gran rapidez. Después, con una precipitación terroríficamente silenciosa, toda la estructura de hipermateria pareció arder en un torbellino de brillantes colores. Y entonces todo volvió a ser paz. Las estrellas centelleaban mudamente contra el curvado telón de fondo del espacio normal.

Y sobre el extremo de la portilla refulgía el resplandor más brillante del cielo con

una luminosa llama amarilla que iluminó los rostros de los dos hombres, transformándolos en pálidas máscaras de cera. ¡Era el Sol!

La estrella de nacimiento del hombre estaba tan distante que no era más que un disco perceptible, aunque no se veía otro objeto tan brillante. Iluminados por su débil luz amarilla, los dos permanecieron en reflexión silenciosa, y Filip Sanat se calmó gradualmente.

Al cabo de dos días, el *Flaming Nova* aterrizaba en la Tierra.

Filip Sanat olvidó la deliciosa emoción que le había embargado en el momento que sus sandalias entraron por primera vez en contacto con la firme hierba de la Tierra al distinguir a un oficial lasiniano.

En realidad parecían humanos... o humanoides, por lo menos.

A primera vista, las predominantes características humanas borraban todo lo demás. El esquema del cuerpo no difería esencialmente del de los hombres. El cuerpo bípedo y de cuatro extremidades, los bien proporcionados brazos y piernas, el cuello bien definido, eran pruebas patentes. Sólo al cabo de unos minutos los pequeños detalles que marcaban la diferencia entre las dos razas se hacían evidentes.

El principal era las escamas que les cubrían la cabeza y una gruesa línea en la espina dorsal, a medio camino de las caderas. La propia cara, con la nariz plana, ancha y ligeramente escamosa y los ojos sin párpados, era bastante repulsiva, pero de ningún modo bestial.

Porin observó la sorpresa de Sanat ante esta primera visión de los reptiles de Vega con grandes signos de satisfacción.

—Ves —comentó—, su aspecto no es monstruoso en absoluto. Entonces, ¿por qué debería existir el odio entre los humanos y los lasinianos?

Sanat no contestó. Naturalmente, su viejo amigo tenía razón. La palabra «lasiniano» había estado tanto tiempo asociada en su mente a las de «extranjero» y «monstruo» que, contra todo conocimiento y razón, en su subconsciente había esperado ver alguna fantástica forma de vida.

No obstante, aunque trató de sofocar el absurdo sentimiento que causaba esta suposición, siguió experimentando el mismo odio persistente, que llegó a furia cuando pasaron la inspección ante un altivo lasiniano que hablaba inglés.

A la mañana siguiente, los dos salieron hacia Nueva York, la ciudad más grande del planeta. La histórica visita a la increíblemente antigua metrópoli hizo olvidar a Sanat las dificultades de la galaxia, durante todo un día. Fue un gran momento para él cuando finalmente se encontró ante una altísima estructura y se dijo: «*Esto es el Memorial.*»

El Memorial era el mayor monumento de la Tierra, dedicado al lugar de origen de la raza humana, y era el miércoles, el día de la semana que dos hombres «guardaban

la Llama». Dos hombres, solos en el Memorial, vigilaban el vacilante fuego amarillo que simbolizaba el valor y la iniciativa humana... y Porin ya se las había arreglado para que aquel día la elección recayera sobre él y Sanat, en su calidad de loaristas recién llegados.

Así pues, a la débil luz del crepúsculo, los dos se encontraron solos en la espaciosa estancia de la llama del Memorial. En la sombría semioscuridad, iluminada tan sólo por el vacilante fulgor de una incierta llama amarilla, una gran calma descendió sobre ellos.

Había algo en la especial atmósfera del lugar que borraba toda alteración mental. Las vacilantes sombras que se abrían paso a través de los pilares de la larga columnata que había en ambos lados, creaban una fascinación hipnótica.

Gradualmente, Filip Sanat sintió sueño, y con los ojos adormilados miró la llama intensamente, hasta que se convirtió en un ser viviente de luz que alzaba su mortecina y silenciosa figura junto a su débil resplandor.

Pero los sonidos más insignificantes son suficientes para interrumpir una ensoñación, en especial cuando se oyen después de un silencio profundo. Sanat se puso súbitamente rígido, y agarró el codo de Porin con fuerza.

—Escuche —murmuró con cautela.

Porin se despertó sobresaltado de un pacífico ensueño, contempló a su joven compañero con intranquila intensidad, y después, sin pronunciar una sola palabra, tendió el oído. El silencio era más profundo que nunca..., como una capa tangible. Después, el ruido más débil posible de unas pisadas sobre mármol, a lo lejos. Un susurro, casi imposible de oír, y otra vez el silencio.

—¿Qué es? —preguntó sorprendido al ver a Sanat, que ya se había puesto en pie.

—¡Lasiniano! —exclamó Sanat, con el rostro convertido en una máscara de indignación llena de odio.

—¡Imposible! —Porin hizo un esfuerzo por mantener la voz serena, pero le tembló a pesar de él—. Sería un hecho inaudito. Lo que pasa es que estamos imaginándonos cosas. Nuestros nervios están excitados por este silencio, eso es todo. Quizá sea algún oficial del Memorial.

—¿Después de la puesta del sol, un miércoles? —dijo Sanat con voz estridente—. Sería tan ilegal como la entrada de esos lagartos lasinianos, y mucho más improbable. Como guardián de la Llama, tengo el deber de investigarlo.

Hizo ademán de dirigirse a la puerta en sombras, y Porin le agarró temerosamente por la muñeca.

—No lo hagas, Filip. Olvidémonos de eso hasta el amanecer. Nunca puede saberse lo que ocurrirá. ¿Qué puedes hacer tú, incluso suponiendo que los lasinianos hayan entrado en el Memorial? Si tú...

Pero Sanat había dejado de escucharle. Rudamente, se desasíó del desesperado

apretón del otro.

—¡Quédese aquí! Alguien ha de vigilar la Llama. Volveré pronto.

Ya se encontraba a medio camino del espacioso vestíbulo de suelo de mármol. Se acercó con precaución a la puerta de cristal que daba a la oscura escalera de caracol que, medio en penumbras, conducía al desierto rincón de la torre.

Quitándose las sandalias, trepó por las escaleras, lanzando una última mirada hacia la blanda suavidad de la Llama, y hacia la nerviosa y asustada figura que permanecía junto a ella.

Los dos lasinianos estaban frente a la nacarada luz de la lámpara atómica.

—Vaya un lugar viejo y melancólico —dijo Threg Ban Sola. La cámara que llevaba en la muñeca chasqueó tres veces—. Baja algunos de esos libros que hay en las paredes. Servirán como prueba adicional.

—¿Crees que es prudente? —preguntó Cor Wen Hasta—. Esos monos humanos pueden echarlos de menos.

—¡Qué importa! —fue la helada respuesta—. ¿Qué pueden hacer ellos? —Lanzó una apresurada mirada a su cronómetro—. Ganaremos cincuenta créditos por cada minuto que permanezcamos aquí, así que también podemos hacer un buen montón para distraernos durante un rato.

—Pirat For está loco. ¿Por qué pensó que no aceptaríamos la apuesta?

—Creo —dijo Ban Sola— que oyó hablar del soldado que el año pasado despedazaron por saquear un museo europeo. A los humanos no les gusta eso, aunque Vega sabe que el loarismo está podrido a causa del dinero. Los humanos fueron castigados, desde luego, pero el soldado estaba muerto. Sea como fuere, lo que Pirat For no sabe es que el Memorial está desierto los miércoles. Esto va a costarle caro.

—Cincuenta créditos por minuto. Y ahora hace siete minutos.

—Trescientos cincuenta créditos. Siéntate. Jugaremos a cartas y veremos cómo aumenta nuestro dinero.

Threg Ban Sola sacó de su bolsillo un desgastado paquete de cartas que, aunque eran típica y esencialmente lasinianas, mostraban trazas inequívocas de su derivación humana.

—Pon la lámpara atómica sobre la mesa y yo me sentaré entre ella y la ventana —continuó perentoriamente, barajando las cartas mientras hablaba—. Te garantizo que no hay ningún lasiniano que haya jugado alguna vez en una atmósfera parecida.

Bueno, eso triplicará el aliciente del juego.

Cor Wen Hasta se sentó, y después volvió a levantarse.

—¿No has oído algo? —contempló las sombras que había detrás de la puerta medio abierta.

—No. —Ban Sola frunció el ceño y siguió barajando—. No estarás poniéndote

nervioso, ¿verdad?

—Claro que no. Aun así, si nos atraparan aquí, en esta maldita torre, no sería nada agradable.

—Eso es imposible. Las sombras te vuelven aprensivo. —Dio las cartas.

—Sabes —dijo Wen Hasta, estudiando cuidadosamente sus cartas—, tampoco sería nada divertido que el virrey llegara a enterarse de esto. Me imagino que no trataría ligeramente a los ofensores de los loaristas, por cuestión de política. Allí en Sirio, donde serví antes de que me trasladaran, la escoria...

—Escoria, desde luego —gruñó Ban Sola—. Se reproducen como moscas y luchan unos con otros como toros locos. ¡Mira qué criaturas! —Volvió las cartas hacia abajo y continuó argumentando—: Quiero decir, mirándolos científica e imparcialmente, ¿qué son? ¡Sólo mamíferos! Mamíferos que pueden pensar, en cierto modo; pero mamíferos igualmente. Eso es todo.

—Lo sé. ¿Has visitado alguna vez uno de los mundos humanos? Ban Sola sonrió.

—Lo haré, dentro de muy poco.

—¿De permiso? —Wen Hasta mostró un educado asombro.

—¡De permiso! ¡Con mi nave! ¡Y con las pistolas disparando!

—¿Qué quieres decir? —Hubo un súbito destello en los ojos de Wen Hasta.

La sonrisa de Ban Sola se hizo más misteriosa.

—Suponen que no lo sabemos, ni siquiera los oficiales, pero ya sabes cómo corren las noticias.

Wen Hasta asintió.

—Lo sé. —Ambos habían bajado la voz instintivamente.

—Bueno. La Segunda Campaña puede comenzar en cualquier momento.

—¡No!

—¡Seguro! Y vamos a empezarla aquí mismo. Por Vega, en el palacio virreinal no se habla de otra cosa. Algunos oficiales incluso hemos empezado una apuesta acerca de la fecha exacta del primer movimiento. Yo mismo he jugado cien créditos al veinte por uno, pero sólo a la semana próxima. Tú puedes apostar ciento cincuenta por uno, si eres lo bastante valiente como para escoger un día en particular.

—Pero ¿por qué en este planeta olvidado de la galaxia?

—Estrategia del Ministerio del Interior. —Ban Sola se inclinó hacia delante—. Nuestra posición actual nos enfrenta a un enemigo numéricamente superior, pero demasiado dividido. Si podemos mantenerlos así, los conquistaremos uno por uno. Los mundos humanos perecerían antes que cooperar unos con otros.

Wen Hasta sonrió, asintiendo.

—Es una conducta típicamente mamífera. La evolución debió burlarse al conceder inteligencia a un mono.

—Pero la Tierra tiene un significado especial. Es el centro del loarismo, porque

los humanos se originaron aquí. Corresponde al mismo sistema de riego.

—¿Lo dices en serio? ¡No puede ser! ¿Esta diminuta mancha de dos por cuatro?

—Es lo que ellos dicen. Yo no estaba aquí en aquella época, de modo que no lo sé. Pero sea como fuere, si podemos destruir la Tierra, acabaremos con el loarismo, que tiene aquí su centro vital. Los historiadores dicen que fue el loarismo lo que unió a los mundos en contra nuestra al final de la Primera Campaña. Sin el loarismo, el último temor a la unificación del enemigo desaparece, y la victoria es sencilla.

—¡Muy inteligente! ¿Qué plan seguiremos?

—Bueno, se dice que buscarán hasta el último humano sobre la Tierra y los diseminarán por los mundos dominados. Entonces podremos destruir todas las demás cosas de la Tierra que huelan a mamíferos y convertir el planeta en un mundo totalmente lasiniano.

—Pero ¿cuándo?

—No lo sabemos; de ahí la existencia de la apuesta. Pero nadie se ha arriesgado más allá de un período de dos años.

—¡Hurra por Vega! Te apuesto dos a uno a que acribillo un crucero humano antes que tú, cuando llegue el momento.

—Hecho —exclamó Ban Sola—. Pongo cincuenta créditos.

Se levantaron para unir sus puños en señal de acuerdo y Wen Hasta sonrió al consultar su cronómetro.

—Otro minuto y dispondremos de mil créditos. Pobre Pirat For. Protestará. Vayámonos ya; más, sería extorsionarle.

Se oyó una risa ahogada mientras los dos lasinianos se marchaban, arrastrando suavemente la capa tras de sí. No se fijaron en la sombra ligeramente más oscura que estaba adosada a la pared del descansillo, a pesar de que casi la rozaron al pasar. Tampoco sintieron sus llameantes ojos, fijos sobre ellos mientras descendían en silencio.

El loara Broos Porin se puso en pie de un salto con un sollozo de alivio, al ver avanzar hacia él, con paso vacilante, a Filip Sanat. Corrió ansiosamente hacia el joven, agarrándole las manos con fuerza.

—¿Qué te ha demorado, Filip? No sabes todos los terribles pensamientos que se me han ocurrido durante esta última hora. Si hubieras tardado cinco minutos más, me hubiera vuelto loco de ansiedad e incertidumbre. Pero ¿qué te ocurre?

El aliviado loara Broos tardó unos momentos en serenarse lo suficiente como para percatarse de las manos temblorosas del otro, su cabello revuelto, sus ojos brillantes de fiebre; pero cuando lo hizo, todos sus temores renacieron.

Miraba a Sanat con consternación, sin atreverse apenas a repetir su pregunta por miedo a la contestación. Pero Sanat no necesitaba que le apremiasen. En cortas y

espasmódicas frases relató la conversación que había oído y sus últimas palabras se perdieron en un desesperado silencio.

La palidez del loara Broos era casi alarmante, y por dos veces trató de hablar sin emitir más que unos roncós sonidos entrecortados. Después, finalmente:

—¡Pero eso será la muerte del loarismo! ¿Qué vamos a hacer?

Filip Sanat se echó a reír, como ríen los hombres cuando por fin se convencen de que no queda nada digno de risa.

—¿Qué *podemos* hacer? ¿Podemos informar al Consejo Central? Usted sabe muy bien lo débiles que están. ¿A los diversos gobiernos humanos? Ya puede imaginarse lo efectivos que serían *esos* locos divididos.

—¡Pero no puede ser verdad! ¡No puede serlo!

Sanat permaneció silencioso unos momentos, y entonces su rostro se contrajo agónicamente y con voz preñada de pasión, gritó:

—¡No lo permitiré! ¿Me oye? ¡No lo permitiré! ¡Les detendré!

Era fácil comprender que había perdido el control de sí mismo; aquella violenta emoción era la causa. Porin, que tenía la frente perlada de sudor, le rodeó la cintura con un brazo.

—¡Siéntate, Filip, siéntate! ¿Vas a volverte loco?

—¡No! —Con un súbito empujón, hizo que Porin se tambaleara hacia atrás hasta caer sentado, mientras la Llama oscilaba y flameaba locamente con la corriente de aire—. Voy a volverme sensato. ¡El tiempo del idealismo, el compromiso y el servilismo ha pasado! ¡Ha llegado el momento de la fuerza! ¡Lucharemos y, por el espacio, venceremos!

Abandonaba la habitación a paso lento.

Porin cojeó tras de él.

—¡Filip! ¡Filip! —Se detuvo en el umbral con asustada desesperación. No podía ir más allá. Aunque los cielos se hundieran, alguien tenía que guardar la Llama.

Pero..., pero ¿qué iba a hacer Filip Sanat? Y por la torturada mente de Porin pasaron visiones de una cierta noche, quinientos años antes, cuando una palabra descuidada, un golpe, un disparo, había encendido un fuego sobre la Tierra que finalmente fue apagado con sangre humana.

El loara Paul Kane estaba solo aquella noche. La oficina interior se encontraba vacía; la mortecina luz azul que había sobre la mesa, de una severa sencillez, era la única iluminación del cuarto. Tenía el rostro bañado por la pálida luz, y la barbilla sepultada meditativamente entre las manos.

Y entonces hubo una crujiente interrupción, cuando la puerta se abrió de súbito y un despeinado Russell Tymball apartó las amenazadoras manos de media docena de hombres y se precipitó en el interior. Kane se volvió consternado ante la intrusión y

se llevó una mano a la garganta mientras sus ojos se agrandaban por la aprensión. Su rostro era una asustada y muda interrogación.

Tymball levantó el brazo en un gesto tranquilizador.

—Está bien. Deje que recupere el aliento. —Jadeó un poco y se sentó lentamente antes de continuar—: Ha aparecido su catalizador, loara Paul..., y adivine dónde. ¡Aquí en la Tierra! ¡Aquí en Nueva York! ¡A menos de un kilómetro de donde estamos ahora!

El loara Paul Kane contempló minuciosamente a Tymball.

—¿Se ha vuelto loco?

—No tanto como para que usted lo note. Se lo contaré, si no le importa encender una o dos luces. Parece un fantasma en el cielo. —La habitación se emblanqueció bajo el brillo de una luz atómica, y Tymball prosiguió—: Ferni y yo volvíamos de la reunión. Pasábamos ante el Memorial cuando ocurrió, y puede usted dar gracias al destino por la afortunada coincidencia que nos condujo al lugar adecuado en el momento oportuno.

»Mientras pasábamos, una figura salió precipitadamente por la puerta lateral, saltó los escalones de mármol y gritó: “¡Hombres de la Tierra!” Todos se volvieron a mirarle, ya sabe lo concurrido que está el sector del Memorial a las once, y al cabo de dos segundos, le rodeaba una verdadera multitud.

—¿Quién era el que hablaba, y qué hacía dentro del Memorial? Es miércoles por la noche, ya sabe.

—Pues —Tymball hizo una pausa para reflexionar—, ahora que usted lo menciona, debía de ser uno de los dos guardianes. Era un loarista... la túnica lo indicaba claramente. ¡Pero no era un terrícola!

—¿Llevaba el círculo amarillo?

—No.

—Entonces ya sé quién era: el joven amigo de Porin. Siga.

—¡Allí estaba! —Tymball se excedía en su entusiasmo—. Se encontraba a unos cinco metros sobre el nivel de la calle. No tiene ni idea de lo impresionante que estaba con el fulgor de las luxitas iluminándole la cara. Era hermoso, pero no del tipo atlético o musculoso. Perteneecía al tipo ascético, si comprende a lo que me refiero. Pálido, de rostro delgado, ojos llameantes, cabello largo y castaño.

»¡Y cuando habló! Es inútil describirlo; para apreciarlo verdaderamente, tendría usted que haberle oído. Empezó explicando los propósitos lasinianos a la multitud; gritando lo que yo había estado murmurando. Era evidente que lo sabía de buena fuente, pues entró en detalles... ¡y cómo los contó! Hizo que sonaran reales y aterradores. Me asustó *a mí* con ellos; hizo que me quedara a escucharle muerto de miedo. Y en cuanto a la multitud, después de la segunda frase, estaba hipnotizada. A todos y cada uno de ellos se les había inculcado la “amenaza lasiniana”

constantemente, pero ésta era la primera vez que escuchaban... que en realidad *escuchaban*.

»Entonces empezó a maldecir a los lasinianos. Agotó todas las formas posibles de su bestialidad, su perfidia, su criminalidad... no tenía más que un vocabulario que les sumía en el barro más profundo del océano venusiano. Y cada vez que soltaba un epíteto, la multitud se levantaba sobre sus patas traseras y prorrumplía en aullidos. Ya parecía una especie de catecismo. “¿Permitiremos que esto continúe?”, gritaba él. “¡Nunca!”, respondía el gentío. “¿Debemos rendirnos?” “¡Nunca!” “¿Resistiremos?” “¡Hasta el final!” “¡Abajo los lasinianos!”, gritaba. “Matémosles”, chillaban los demás.

»Yo grité tanto como cualquiera de ellos... me olvidé enteramente de mí mismo.

»No sé cuánto tiempo pasó antes de que aparecieran unos guardias lasinianos. La multitud se volvió hacia ellos, mientras el loarista les apremiaba. ¿Ha oído alguna vez el grito de sangre de las turbas? ¿No? Es el sonido más horrible que pueda imaginarse. Los guardias también lo consideraron así, pues una mirada a lo que tenían delante les hizo dar la vuelta y correr para salvar el pellejo, a pesar de que iban armados. Para entonces, la multitud había aumentado y ya eran miles y miles.

»Pero al cabo de dos minutos, sonó la sirena de alarma... por primera vez en cien años. Volví a mis cabales y corrí hacia el loarista, que no había interrumpido su diatriba ni un momento. Era evidente que no podíamos permitir que cayera en manos de los lasinianos.

»El resto fue una confusión tremenda. Escuadrones de policía motorizada cargaban sobre nosotros, pero de algún modo, Ferni y yo logramos coger al loarista entre los dos, escabullimos, y traerle aquí. Lo tengo en la habitación de afuera, amordazado y atado, para que se esté quieto.

Durante la última parte de la narración, Kane había estado golpeando nerviosamente el suelo con el pie, deteniéndose de vez en cuando para reflexionar. Pequeñas gotas de sangre aparecieron en su labio inferior.

—¿No cree —preguntó— que el motín será incontenible? Una explosión prematura...

Tymball sacudió vigorosamente la cabeza.

—Ya debe estar sofocado. Una vez desapareció el joven, la multitud perdió su valor, de todos modos.

—Habrán muchos muertos y heridos, pero... bueno, haga entrar al joven revolucionario. —Kane se sentó detrás de la mesa y dio a su rostro una apariencia de tranquilidad.

Filip Sanat tenía un triste aspecto cuando se arrodilló ante su superior. Su túnica estaba hecha trizas y su rostro, arañado y sanguinolento, pero el fuego de la determinación brillaba con la misma impetuosidad de siempre en sus ardientes ojos.

Russell Tymball le miraba sin aliento, como si la magia de las horas precedentes todavía subsistiera.

Kane extendió amablemente la mano.

—Estoy al corriente de tu explosión de violencia, hijo mío. ¿Qué fue lo que te impulsó a realizar un acto tan imprudente? Podría muy bien haberte costado la vida, por no hablar de las vidas de miles de otros.

Por segunda vez aquella noche, Sanat repitió la conversación que había oído..., dramáticamente y con los mínimos detalles.

—Perfecto, perfecto —dijo Kane, con una torva sonrisa, al concluir el relato—, ¿y pensaste que no sabíamos nada de todo esto? Durante largo tiempo nos hemos preparado contra este peligro, y tú has aparecido para trastornar todos nuestros planes, tan cuidadosamente trazados. Por tu apelación prematura, puedes haber causado un mal irreparable a nuestra causa.

Filip Sanat enrojeció.

—Perdone mi entusiasmo inexperto...

—Exactamente —exclamó Kane—. Sin embargo, dirigido adecuadamente, puedes ser de gran utilidad para nosotros. Tu oratoria y el fuego de tu juventud pueden obrar maravillas si están bien manejados. ¿Estás dispuesto a dedicarte a la tarea?

Los ojos de Sanat brillaron.

—¿Necesita preguntarlo?

El loara Paul Kane se echó a reír y lanzó una alborozada mirada de soslayo a Russell Tymball.

—Lo estás. Dentro de dos días, irás hacia las estrellas exteriores. Contigo irán varios de mis hombres. Y ahora, debes de estar cansado. Te llevarán donde puedas lavarte y curarte las heridas. Después, será mejor que duermas; pues necesitarás toda tu energía en los días venideros.

—¿Pero... pero el loara Broos Porin... mi compañero ante la Llama?

—Enviaré inmediatamente un mensajero al Memorial. Dirá al loara Broos que estás a salvo y servirá como segundo guardián durante el resto de la noche. ¡Ahora, vete!

Pero cuando Sanat, aliviado y locamente feliz, se levantaba para irse, Russell Tymball saltó de la silla y agarró la muñeca del loarista de más edad con un apretón convulsivo.

—¡Gran espacio! ¡Escuche!

El agudo y penetrante gemido que llegó hasta el santuario interior del despacho de Kane contó su propia historia. El rostro de Kane adquirió una palidez macilenta.

—¡Es la ley marcial!

La sangre había huido de los labios de Tymball.

—Después de todo, hemos sido derrotados. Aprovechan el desorden de esta noche para dar el primer golpe. Persiguen a Sanat, y le atraparán. Ni un ratón podría pasar a través del cordón que ahora van a tender alrededor de la ciudad.

—Pero no deben atraparle. —Los ojos de Kane centellearon—. Le llevaremos al Memorial por el pasadizo. No se atreverán a violar el Memorial.

—Ya lo han hecho una vez —dijo Sanat con voz apasionada—. No me ocultaré de esos lagartos. Déjenos luchar.

—Silencio —dijo Kane—, y sígueme sin hacer ruido.

Se había abierto un panel en la pared, y Kane se dirigió hacia él.

Y mientras el panel se cerraba silenciosamente detrás de ellos, sumiéndolos en el frío resplandor de una lámpara atómica de bolsillo, Tymball murmuró para sí:

—Si están dispuestos, ni siquiera el Memorial constituirá un buen refugio.

Nueva York estaba en efervescencia. La guarnición lasiniana había desplegado todas sus fuerzas y había puesto la ciudad en estado de sitio. Nadie podía entrar ni salir. En las avenidas principales, rodaban los carros del ejército, mientras que por encima se cernían los estratocoches que guardaban las vías aéreas.

La población humana se agitaba nerviosamente. Se infiltraban en las calles, uniéndose en pequeños grupos que se deshacían al acercarse los lasinianos. La revelación de Sanat se extendió, y aquí y allí hombres ceñudos intercambiaban furiosos susurros.

La atmósfera estaba llena de tensión.

El virrey de Nueva York se dio cuenta de ello mientras estaba sentado ante su mesa del palacio, que levantaba sus verjas sobre Washington Heights. Se asomó a la ventana para contemplar el río Hudson, que fluía oscuramente, e interpeló al lasiniano uniformado que había ante él.

—Debe haber una acción positiva, capitán. En eso tiene usted razón. Y sin embargo si es posible, debe evitarse una ruptura completa. Lamentablemente, disponemos de muy pocos hombres y no tenemos más que cinco navíos de guerra de tercera clase en todo el planeta.

—No es nuestra fuerza sino su propio miedo lo que les debilita, Excelencia. Su valor ha sido minado a conciencia durante estos últimos siglos. El populacho se rendiría ante una sola unidad de guardias. Precisamente, ésta es la razón de que ahora debamos atacar con fuerza. La población ha retrocedido y deben sentir el látigo enseguida. La Segunda Campaña muy bien podría empezar esta noche.

—Sí —el virrey sonrió con ironía—. Estamos en un callejón sin salida, pero el... el... agitador debe servir como ejemplo. Le han cogido, naturalmente.

El capitán sonrió de modo tétrico.

—No. El perro humano tiene poderosos amigos. Es loarista, ya sabe. Kane...

—¿Acaso Kane está contra nosotros? —Dos manchas rojas brillaron en los ojos del virrey—. ¡Y el muy loro se atreve! Las tropas arrestarán al rebelde a pesar suyo... y a él también, si se opone.

—¡Excelencia! —La voz del capitán sonó metálicamente—. Tenemos razones para creer que los rebeldes pueden estar escondidos en el Memorial.

El virrey casi se puso en pie. Frunció el ceño con indecisión y volvió a sentarse.

—¡En el Memorial! ¡Eso presenta dificultades!

—¡No necesariamente!

—Hay ciertas cosas que esos humanos no tolerarían. —Su voz se desvaneció vacilantemente.

El capitán habló con decisión:

—La ortiga, cogida con fuerza, no pica. Hecho con rapidez... podría sacarse a un criminal hasta de la misma sala de la Llama... y borramos el loarismo de un sólo golpe. Es imposible que haya lucha después de este supremo desafío.

—¡Por Vega! Que me cuelguen si no tiene usted razón. ¡Perfecto! ¡Asalten el Memorial!

El capitán se inclinó ceremoniosamente, giró sobre sus talones y salió del palacio.

Filip Sanat volvió a entrar en la sala de la Llama, con su rostro delgado alterado por la cólera.

—Todo el sector está controlado por los lagartos. Han cortado todas las avenidas que conducen al Memorial.

Russell Tymball se frotó la barbilla.

—Oh, no son tontos. Nos han arrinconado, y el Memorial no les detendrá. De hecho, pueden haber decidido que éste sea el Día.

Filip frunció el ceño y su voz revelaba toda la furia que sentía.

—Y nosotros tenemos que esperar aquí, ¿verdad? Es mejor morir luchando que escondiéndose.

—Es mejor no morir de ningún modo, Filip —respondió Tymball con calma.

Hubo un momento de silencio. El loara Paul Kane se contemplaba los dedos.

Finalmente, dijo:

—Si ahora diera la señal de atacar, Tymball, ¿cuánto tiempo resistiría?

—Hasta que llegaran refuerzos lasinianos en número suficiente como para aplastarnos. La guarnición terrestre, incluyendo toda la patrulla solar, no es bastante para detenernos. Sin ayuda exterior, podemos luchar eficazmente durante seis meses como mínimo. Por desgracia, éste no es el caso. —Su compostura era serena.

—¿Por qué no es el caso?

Su rostro enrojeció de pronto, mientras se ponía furiosamente en pie.

—Porque no es cuestión de apretar unos botones. Los lasinianos son débiles. Mis

hombres lo saben, pero la Tierra no. Los lagartos poseen un arma, ¡el miedo! No podemos vencerlos, a menos que el pueblo esté con nosotros, aunque sólo sea pasivamente. —Contrajo la boca—. Usted no sabe las dificultades prácticas que hay. Hace diez años que planeo, trabajo, lo intento. Pero ¿de qué serviría? Tengo un ejército; y una flota respetable en los Apalaches. Podría poner simultáneamente en marcha las ruedas en los cinco continentes. Pero ¿de qué serviría? Sería inútil. Si tuviera Nueva York, es decir... si fuera capaz de demostrar al resto de la Tierra que los lasinianos no son invencibles...

—¿Si yo pudiera disipar el miedo que hay en el corazón de los humanos? —dijo Kane suavemente.

—Tendría Nueva York al amanecer. Pero sería necesario un milagro.

—¡Quizá! ¿Cree que podrá atravesar el cordón y reunirse con sus hombres?

—Lo haré. ¿Qué hará usted ahora?

—Lo sabrá cuando ocurra —Kane sonreía con fiereza—. Y cuando ocurra, ¡ataque!

De repente, apareció una pistola de tonita entre las manos de Tymball, mientras se alejaba. Su rostro gordinflón no era nada amable.

—Correré el riesgo, Kane. ¡Adiós!

El capitán subió arrogantemente los desiertos escalones de mármol del Memorial. Iba acompañado por dos ayudantes armados.

Se detuvo un instante ante la enorme puerta doble que se levantaba ante él y contempló los esbeltos pilares que se elevaban graciosamente a ambos lados.

Había algo de sarcasmo en su sonrisa.

—Todo es muy impresionante, ¿verdad?

—¡Sí, capitán! —fue la respuesta.

—Y misteriosamente oscuro también, a excepción del mortecino amarillo de su Llama. ¿Ven su luz? —señaló hacia los vitrales inferiores, que brillaban con un fulgor vacilante.

—¡Sí, capitán!

—Es oscuro, misterioso e impresionante... y está a punto de caer en ruinas. —Se echó a reír, y de repente golpeó las tallas de metal con la culata de su pistola produciendo un estrepitoso sonido.

Repercutió en el interior vacío y sonó sordamente en la noche, pero no hubo respuesta.

El ayudante de su izquierda se llevó un receptor a la oreja y escuchó las vagas palabras que salían de él. Saludó.

—Capitán, los humanos están entrando en el sector.

El capitán hizo un ademán despectivo.

—¡Déjenlos! Ordene que preparen las armas y que apunten a lo largo de las avenidas. Cualquier humano que intente atravesar el cordón, debe ser irradiado sin compasión.

Su orden fue murmurada en el transmisor, y unos cien metros más allá los guardias lasinianos dispusieron sus armas y apuntaron cuidadosamente. Un murmullo bajo e incipiente se convirtió en una manifestación de miedo. Los hombres retrocedieron un poco.

—Si no se abre la puerta —dijo el capitán, sombríamente—, tendremos que tirarla abajo. —Volvió a levantar la pistola y de nuevo se oyó el ruido de metal sobre metal.

Lenta y silenciosamente, la puerta se abrió de par en par, y el capitán reconoció a la austera figura vestida de púrpura que tenía ante sí.

—¿Quién perturba el Memorial la noche de la custodia de la Llama? —preguntó el loara Paul Kane, solemnemente.

—Muy dramático, Kane. ¡Apártese!

—¡Atrás! —Las palabras sonaban firme y claramente—. Los lasinianos no pueden entrar en el Memorial.

—Entréguenos a nuestro prisionero, y nos iremos. Si se niega, nos lo llevaremos por la fuerza.

—El Memorial no entregará a nadie. Es inviolable. Ustedes no pueden entrar.

—¡Abra paso!

—¡Retrocedan!

El lasiniano gruñó roncamente y percibió un débil bramido. Las calles que le rodeaban estaban vacías, pero a una manzana de distancia en todas las direcciones se extendía la delgada línea de las tropas lasinianas, con sus armas dispuestas, y detrás estaban los humanos. Se hallaban apretujados en una masa ruidosa, y la blancura de sus rostros brillaba pálidamente bajo la iluminación nocturna.

—Vamos —el capitán hizo rechinar los dientes—, ¿y aún siguen gritando? —La áspera piel que cubría sus mandíbulas se arrugó y las escamas de su cabeza se encresparon agudamente. Se volvió hacia el ayudante del transmisor—. Ordene una salva sobre sus cabezas.

La noche fue partida en dos por las púrpuras descargas de energía y los lasinianos rieron estrepitosamente ante el silencio que siguió.

El capitán se volvió a Kane, que permanecía en el umbral.

—Ya ve que si espera ayuda por parte de su gente, se verá decepcionado. La próxima salva se disparará a nivel de cabeza. ¡Si cree que le engaño, compruébelo!

Sus dientes rechinaron con un sonido agudo.

—¡Abra paso! —Tenía una tonita en la mano, y el pulgar se apoyaba firmemente sobre el gatillo.

El loara Paul Kane retrocedió lentamente, con los ojos fijos en el arma. El capitán le siguió. Y al hacerlo, la puerta interior de la antesala se abrió y la sala de la Llama apareció al descubierto. Con la súbita corriente de aire, la Llama osciló y, al verla, los distantes espectadores lanzaron un enorme grito.

Kane se volvió hacia ella, con el rostro levantado. El movimiento de una de sus manos fue casi imperceptible.

Y la Llama cambió súbitamente. Se elevó hacia el techo abovedado, como un brillante haz de luz de quince metros de altura. La mano del loara Paul Kane volvió a moverse, y, al hacerlo, la Llama adquirió una tonalidad carmesí. El color se hizo más intenso y la rojiza luz de aquel pilar ardiente invadió la ciudad y convirtió las ventanas del Memorial en ojos sanguinolentos.

Pasaron largos segundos y el capitán quedó inmovilizado por el asombro. Mientras, la distante masa de seres humanos guardaba un reverente silencio.

Y después se oyó un murmullo confuso, que se reforzó y aumentó hasta convertirse en un vasto grito.

—*¡Abajo los lasinianos!*

Se vio el destello púrpura de una tonita procedente de algún lugar en lo alto, y el capitán se dio cuenta un instante demasiado tarde. Cogido por sorpresa, se inclinó lentamente herido de muerte; con su frío rostro reptil convertido en una máscara de desprecio hasta el final.

Russell Tymball bajó la pistola y sonrió sardónicamente.

—Un blanco perfecto contra la luz. ¡Bien por Kane! La transformación de la Llama era precisamente la conmoción que necesitábamos. ¡Adelante!

Desde el tejado de la morada de Kane, apuntó al lasiniano que había debajo. Y al hacerlo, todo el infierno hizo erupción. Parecía que los hombres brotaran del mismo suelo, con las armas en la mano. Las tonitas disparaban desde todos los lados, antes de que los aturcidos lasinianos pudieran apretar el gatillo.

Y cuando lo hicieron, era demasiado tarde, pues la multitud, dominada por una creciente cólera, rompió sus ataduras. Alguien gritó: «¡Muerte a los lagartos!», y el grito se convirtió en un aullido sordo que se elevó hasta el cielo.

Como un monstruo de muchas cabezas, la riada de seres humanos avanzó, sin armas. Cientos de ellos sucumbieron bajo la tardía furia de las armas defensivas, y muchos miles gatearon sobre los cadáveres, cargando hacia las mismas armas.

Los lasinianos no vacilaron. Sus filas disminuyeron continuamente bajo la mortífera puntería de los timbalistas, y los que quedaron fueron atrapados por el torrente de humanos que cayó sobre ellos y les infligió una muerte horrible.

El sector del Memorial brillaba a la luz rojiza de la sangrienta Llama y resonaban los gritos de agonía de los moribundos, y la estrepitosa furia de los triunfadores.

Fue la primera batalla de la Gran Rebelión, pero en realidad no fue una batalla, ni siquiera una locura. Fue una anarquía concentrada.

Por toda la ciudad, desde el extremo de Long Island hasta las llanuras del centro de Jersey, los rebeldes surgieron de todas partes y los lasinianos encontraron la muerte. Y con la misma rapidez que se extendían las órdenes de Tymball para levantar a los francotiradores, así corrió de boca en boca la noticia de la transformación de la Llama y aumentó de importancia al difundirse. Todo Nueva York se levantó, y unió sus vidas separadas en el único crisol gigante de la «multitud».

Era incontrolable, incontestable, irresistible. Los timbalistas fueron con impotencia adonde conducía, concentrando todos sus esfuerzos, inútiles desde el principio.

Como un poderoso río, siguió su curso a través de la metrópoli, y por donde pasaba no quedaba ningún lasiniano con vida.

El sol de aquella fatídica mañana se levantó para ver a los dueños de la Tierra ocupando un reducido círculo al norte de Manhattan. Con el frío valor de soldados natos, enlazaron los brazos y resistieron la carga, cayendo muchos. Lentamente, retrocedieron; en cada edificio, una escaramuza; en cada manzana, una batalla desesperada. Se dividieron en grupos aislados; defendiendo primero un edificio, y después sus pisos superiores, y finalmente su tejado.

Bajo el ardiente sol de mediodía, sólo quedaba el mismo palacio. Su última posición desesperada mantenía a los humanos a raya. El débil círculo de fuego que lo rodeaba sembraba el suelo de cuerpos ennegrecidos. El virrey en persona dirigía la defensa desde su sala del trono, mientras su propio dedo apretaba el gatillo de una semiportátil.

Y entonces, cuando la multitud hizo finalmente una pausa, Tymball agarró su oportunidad al vuelo y tomó el mando. Armas pesadas fueron arrastradas hasta el frente. Unidades atómicas y rayos delta, procedentes del almacén rebelde y de los arsenales capturados la noche anterior, apuntaban sus mortíferos cañones hacia el palacio.

Un disparo contestaba a otro, y la primera batalla organizada de máquinas transcurrió con desesperada furia. Tymball era una figura omnipresente. Gritaba, dirigía, se trasladaba desde un emplazamiento a otro, disparando su propia tonita de mano, desafiadamente, hacia el palacio.

Bajo una barrera de apretado fuego, los humanos cargaron de nuevo y atravesaron los muros, mientras los defensores caían. Un proyectil atómico impidió su camino hacia la torre central y hubo un súbito infierno de fuego.

Aquel incendio fue la pira funeraria de los últimos lasinianos de Nueva York. Las ennegrecidas paredes del palacio se desmoronaron con gran estrépito; pero hasta el

mismo final, mientras la habitación ardía en torno suyo, con el rostro horriblemente herido, el virrey se mantuvo firme, apuntando, al grueso de la fuerza sitiadora. Y cuando su semiportátil gastó el último vestigio de energía y expiró, la lanzó por la ventana en un postrer e inútil gesto de desafío y se arrojó al ardiente infierno que había a su espalda.

A la puesta del sol, sobre el terreno del palacio, que aún seguía en llamas, ondeaba la bandera verde de la Tierra independiente.

Nueva York volvía a ser humana.

Russell Tymball tenía un aspecto lamentable cuando aquella noche entró de nuevo en el Memorial Con la ropa hecha jirones, y chorreando sangre de la cabeza a los pies a causa de una herida que tenía en la mejilla, contempló con ojos cansados el espectáculo sangriento que le rodeaba.

Equipos de voluntarios, ocupados en sacar a los muertos y curar a los heridos, aún no habían logrado hacer gran cosa en el mortal trabajo de la rebelión.

El Memorial se transformó en un hospital improvisado. Había pocos heridos, pues las armas de energía causaban la muerte; y de esos pocos, casi ninguno presentaba heridas superficiales. Era una escena de indescriptible confusión, y los gemidos de los heridos y moribundos se mezclaban horriblemente con los distantes gritos de los supervivientes que celebraban la victoria.

El loara Paul Kane se abrió paso entre los numerosos ayudantes en dirección a Tymball.

—Dígame, ¿ya se ha terminado? —Su rostro estaba demacrado.

—El principio, sí. La bandera terrestre ondea sobre las ruinas del palacio.

—¡Ha sido horrible! El día ha... ha... —Se estremeció y cerró los ojos—. Si lo hubiera sabido con anticipación, casi hubiera preferido ver deshumanizada a la Tierra y el loarismo destruido.

—Sí, ha sido desastroso. Pero el resultado podía haber sido mucho peor. ¿Dónde está Sanat?

—En el patio... ayudando a curar a los heridos. Todos lo hacemos. Es... es... — La voz volvió, a fallarle.

Había impaciencia en los ojos de Tymball, y se encogió de hombros con cansancio.

—No es que yo sea un monstruo insensible, pero tenía que hacerse, y esto no es más que el principio. Los acontecimientos de hoy significan poca cosa. El levantamiento ha tenido lugar en la mayor parte de la Tierra, pero sin el fanático entusiasmo de la rebelión de Nueva York. Los lasinianos no están vencidos, ni siquiera próximos a estarlo. No lo olvide. En este mismo momento la guardia solar se dirige hacia la Tierra, y las fuerzas de los planetas exteriores reciben llamamientos de

ayuda. Dentro de muy poco, todo el imperio lasiniano convergerá sobre la Tierra y la revancha será terrible y sangrienta. ¡Debemos conseguir ayuda!

Agarró a Kane por los hombros y le sacudió violentamente.

—¿Lo entiende? ¡Debemos conseguir ayuda! Incluso aquí, en Nueva York, el primer ardor de la victoria puede desvanecerse mañana. ¡*Debemos conseguir ayuda!*

—Lo sé —dijo Kane sin entonación alguna—. Llamaré a Sanat y podrá irse hoy mismo. —Suspiró—. Si la acción de hoy era una prueba de su poder como catalizador, podemos esperar grandes acontecimientos.

Sanat subió al pequeño crucero de dos plazas media hora más tarde y tomó asiento junto a Petri, en los mandos.

Extendió la mano a Kane por última vez.

—Cuando regrese, será con una flota detrás de mí.

Kane estrechó fuertemente la mano del joven.

—Dependemos de ti, Filip. —Hizo una pausa y dijo lentamente—: ¡Buena suerte, loara Filip Sanat!

Sanat enrojeció de placer al oír el título, mientras tomaba asiento de nuevo. Petri hizo un ademán de despedida y Tymball gritó:

—¡Cuidado con la guardia solar!

La escotilla se cerró con un ruido seco, y después, con un trepidante rugido, el diminuto crucero despegó hacia los cielos.

Tymball lo siguió hasta que se convirtió en una mota, y aun menos, y entonces se volvió hacia Kane.

—Ahora todo está en manos del destino. Kane, ¿cómo se las arregló para transformar la Llama? No me diga que la Llama se volvió roja por sí misma.

Kane movió lentamente la cabeza.

—¡No! Aquella llamarada carmesí se obtuvo al abrir una cavidad secreta llena de sales de estroncito, instalada originalmente allí para impresionar a los lasinianos en caso de necesidad. El resto fue química.

Tymball se echó a reír sombríamente.

—¿Quiere decir que el resto fue psicología popular? Y me parece que los lasinianos quedaron impresionados... ¡y hasta qué punto!

El espacio no dio ninguna advertencia, pero el detector de masas zumbó y lo hizo perentoria e insistentemente. Petri se enderezó en su asiento y dijo:

—No estamos en ninguna zona meteórica.

Filip Sanat contuvo el aliento mientras el otro manipulaba la manivela que hacía girar el perirrotor. El campo estelar fue sucediéndose en el visor con lenta dignidad, y

entonces lo vieron.

Brillaba a la luz del sol como una diminuta pelota de fútbol de color naranja, y Petri gruñó:

—Si nos han localizado, estamos perdidos.

—¿Una nave lasiniana?

—¿Una nave? ¡Eso no es ninguna nave! ¡Es un crucero de batalla de cincuenta mil toneladas! No sé qué está haciendo aquí. Tymball dijo que la patrulla se dirigía hacia la Tierra.

La voz de Sanat era tranquila.

—Ése no lo ha hecho. ¿Podemos despistarle?

—¡Ni en sueños! —el puño de Petri apretaba fuertemente la barra de gravedad—. Están acercándose.

Estas palabras fueron como una señal. El audiómetro se movió y la áspera voz lasiniana empezó en un susurro y subió de tono hasta la estridencia, a medida que la emisión de la radio se agudizaba: «¡Conecten motores posteriores y prepárense para el abordaje!»

Petri soltó los mandos y lanzó una mirada a Sanat.

—Yo no soy más que el chófer. ¿Qué quieres hacer? Tenemos menos probabilidades que un meteoro contra el Sol... pero si quieres correr el riesgo...

—Bueno —dijo Sanat, simplemente—, no vamos a rendirnos, ¿verdad?

El otro sonrió entre dientes, mientras desconectaba los cohetes de aceleración.

—¡No está mal para un loarista! ¿Sabes disparar una tonita armada?

—¡Nunca lo he hecho!

—Bien, pues aprende. Coge la ruedecilla de aquí arriba y pon el ojo en el visor de encima. ¿Ves algo?

La velocidad seguía disminuyendo y la nave enemiga se aproximaba.

—¡Sólo estrellas!

—Muy bien, haz girar la rueda... Adelante, más lejos. Intenta por la otra dirección. ¿Ves la nave ahora?

—¡Sí! Allí está.

—¡Perfecto! Ahora céntrala. Sitúala donde se cruzan las rayitas y, por el Sol, mantenla ahí. Ahora voy a dirigirme hacia esos asquerosos lagartos —los cohetes laterales se pusieron en marcha mientras hablaba— y tú la mantienes centrada.

La nave lasiniana aumentaba de tamaño rápidamente, y la voz de Petri se convirtió en un tenso murmullo:

—Bajaré la pantalla y arremeteré contra ella. Si están suficientemente aturdidos, es posible que bajen su pantalla y disparen; y si lo hacen con prisas, pueden fallar.

Sanat asintió en silencio.

—En cuanto veas el destello púrpura de la tonita, haz retroceder la rueda. Hazlo

con *fuerza*; y *de prisa*. Si te retrasas un poco, estamos perdidos. —Se encogió de hombros—. Hemos de correr el riesgo.

Entonces, apretó hacia delante la palanca de la gravedad y gritó:

—¡Mantenla centrada!

La aceleración empujó a Sanat hacia atrás, y la rueda que sostenía en sus manos llenas de sudor respondió de mala gana a la presión. La pelota de fútbol naranja se tambaleó en el centro del visor. Se dio cuenta de que las manos le temblaban, y eso no le ayudó nada. La tensión le hizo parpadear.

La nave lasiniana ya se veía enormemente grande, y entonces, un destello púrpura se dirigió hacia ella. Sanat cerró los ojos y se echó hacia atrás.

No oyó ningún ruido y permaneció así un rato, hasta que escuchó la risa de Petri a su lado.

—La suerte propia de un principiante —rió Petri—. Nunca había usado un arma con anterioridad y deja fuera de combate a un crucero pesado con una perfección que no había visto en la vida.

—¿Di en el blanco? —balbuceó Sanat.

—No exactamente, pero lo has incapacitado. Es suficiente. Y ahora, en cuanto nos alejemos lo bastante del Sol, entraremos en el hiperespacio.

La alta figura vestida de púrpura que estaba junto a la portilla central contemplaba pensativamente el silencioso globo que se divisaba a través de ella. Era la Tierra, enorme, redonda, gloriosa.

Quizá sus pensamientos fueran un poco amargos al considerar el período de seis meses que acababa de transcurrir. Había comenzado con un nuevo esplendor. El entusiasmo prendió como una llamarada y se extendió, atravesando las simas estelares de un planeta a otro, con la misma rapidez que un rayo hiperatómico. Los gobiernos, enfrentados súbitamente con el exaltado clamor de sus pueblos, equiparon flotas. Enemigos de siglos firmaron repentinamente la paz y volaron bajo la misma bandera verde de la Tierra.

Quizá hubiera sido demasiado optimista esperar que esta amistad continuara. Mientras fue así, los humanos se mostraron irresistibles. Una de las flotas no se encontraba a más de dos parsecs de la misma Vega; otra había capturado la Luna y se cernía a escasa distancia de la Tierra, donde los andrajosos revolucionarios de Tymball seguían manteniéndose tenazmente firmes.

Filip Sanat suspiró y se volvió al oír el ruido de unos pasos. El canoso Ion Smitt, del contingente lactoniano, entró.

—Su rostro refleja lo ocurrido —dijo Sanat.

Smitt movió la cabeza.

—Parece imposible.

Sanat volvió a alejarse.

—¿Sabe que hoy hemos recibido noticias de Tymball? Continúan luchando contra los lasinianos. Los lagartos han tomado Buenos Aires y, al parecer, toda Sudamérica está en su poder. Los timbalistas están descorazonados y disgustados, igual que yo. —Dio media vuelta súbitamente—. Usted dice que nuestras nuevas nave aguja aseguran la victoria. Entonces, ¿por qué no atacamos?

—Pues por una razón —el canoso soldado colocó una pierna embotada sobre la silla más cercana—; los refuerzos de Santanni no vienen.

Sanat se sobresaltó.

—Pensaba que ya estaban en camino. ¿Qué ha sucedido?

—El gobierno de Santanni ha decidido que su flota es necesaria para la defensa de su propio planeta. —Una sonrisa irónica acompañó estas palabras.

—¿Qué defensa? ¡Pero si los lasinianos están a quinientos parsecs de ellos!

Smitt se encogió de hombros.

—Una excusa es una excusa y no hace falta que tenga sentido. No he dicho que ésa fuera la verdadera razón.

Sanat se mesó los cabellos y sus dedos acariciaron el sol amarillo que había sobre su hombro.

—¡Aun así! Todavía podemos luchar, con más de cien naves. El enemigo es dos veces más numeroso que nosotros, pero con las naves-aguja, la base lunar respaldándonos y los rebeldes hostigándolos por retaguardia... —Se sumió en una ensoñación profunda.

—No querrán luchar, Filip. El escuadrón trantoriano desea retirarse. —Su voz adquirió un tono violento—. De toda la flota, sólo puedo confiar en las veinte naves de mi propio escuadrón... el lactoniano. Oh, Filip, no sabes la bajeza que hay en todo esto... nunca lo has sabido. Has ganado al pueblo para la causa, pero no has ganado a los gobiernos. La opinión popular les ha forzado a entrar, pero ahora que lo han hecho, sólo se quedan por los beneficios que puedan obtener.

—No puedo creerlo, Smitt. Con la victoria en la mano...

—¿Victoria? ¿Victoria para quién? Sobre este punto, exactamente, los planetas no logran ponerse de acuerdo. En una convención secreta de las naciones, Santanni exigió el control de todos los mundos lasinianos del sector de Sirio, ninguno de los cuales ha sido reconocido todavía como tal, y se lo rehusaron. Ah, no lo sabías. En consecuencia, decide que ha de cuidarse de la defensa de su planeta, y retira diversos escuadrones.

Filip Sanat se alejó con pena, pero la voz de Ion Smitt siguió golpeándole, con fuerza despiadadamente.

—Y entonces Trántor se da cuenta de que odia y teme a Santanni mucho más que a los lasinianos y cualquier día de estos retirará su flota para evitar que la destrocen,

mientras las naves de su enemigo están a salvo y tranquilas en puerto. Las naciones humanas se están desgarrando —el puño del soldado cayó sobre la mesa— como un traje apolillado. Creer que los idiotas egoístas podían unirse durante largo tiempo para un fin que valiera la pena, era un sueño de locos.

Los ojos de Sanat se convirtieron súbitamente en un par de calculadoras rendijas.

—¡Espere un poco! Todo saldrá bien, si logramos conservar el control de la Tierra. La Tierra es la clave de toda esta situación. —Sus dedos tamborilearon en el borde de la mesa—. Su captura nos proporcionaría la chispa vital. Levantaría el entusiasmo humano, ahora dormido, hasta el punto de ebullición y los gobiernos... Bueno, tendrían que dejarse llevar por la corriente o ser destrozados.

—Lo sé. Si ahora lucháramos, te doy mi palabra de soldado de que mañana estaríamos en la Tierra. Ellos también lo saben, pero no lucharán.

—Entonces..., entonces debemos *obligarlos* a luchar. Y la única manera de hacerlo es no dejarles ninguna alternativa. Ahora no lucharían, porque pueden retirarse siempre que así lo deseen, pero si...

De pronto levantó la vista, con el rostro radiante.

—Sabe, hace años que no me quito la túnica loarista. ¿Cree que su ropa me irá bien?

Ion Smitt examinó sus amplias dimensiones y sonrió.

—Bueno, es posible que no te vaya a la medida, pero por lo menos te cubrirá bien. ¿Qué piensas hacer?

—Se lo diré. Es un gran riesgo, pero... Envíe inmediatamente las siguientes órdenes a la guarnición de la base lunar...

El almirante del escuadrón lunar lasiniano era un veterano endurecido por la guerra que odiaba dos cosas por encima de todo: a los humanos y a los civiles. La unión de ambas, en la persona del alto y esbelto humano, cubierto por ropas que le sentaban mal, le hizo fruncir el ceño con disgusto.

Sanat se retorció entre las garras de dos soldados lasinianos.

—Dícales que me suelten —gritó en la lengua de Vega—. No voy armado.

—Hable —ordenó el almirante en inglés—. No entienden su idioma.

Después, en lasiniano, se dirigió a los soldados:

—Disparen cuando dé la orden.

Sanat se serenó.

—He venido para discutir las condiciones.

—Así lo imaginé cuando vi que enarbolaba la bandera blanca. Sin embargo, viene en un crucero individual y a escondidas de su propia flota, como un fugitivo. Seguramente, no puede hablar por su flota.

—Hablo por mí mismo.

—Entonces le concedo un minuto. Si al final de este tiempo no estoy interesado, le matarán. —Su expresión era dura.

Sanat intentó liberarse de nuevo, pero con poco éxito. Sus captores le agarraron con más fuerza.

—Su situación —dijo el terrícola— es ésta. No pueden atacar al escuadrón humano mientras controlen la base lunar, sin serio peligro para su propia flota, y no puede usted arriesgarse a eso teniendo una Tierra hostil a sus espaldas. Al mismo tiempo, me he enterado de que las órdenes de Vega son conducir a los humanos fuera del sistema solar a cualquier precio, y que al emperador no le gustan los fracasos.

—Le quedan diez segundos —dijo el almirante, pero delatoras manchitas rojas aparecieron encima de sus ojos.

—Muy bien, pues —fue la apresurada respuesta—. ¿Qué le parece si me ofrezco a capturar a toda la flota humana en una trampa?

Hubo un silencio. Sanat prosiguió:

—¿Y si le muestro cómo puede tomar la base lunar y rodear a los humanos?

—¡Continúe! —Fue el primer signo de interés que el almirante se permitió.

—Estoy al mando de uno de los escuadrones y tengo ciertos poderes. Si acepta nuestras condiciones, podemos tener la base desierta dentro de doce horas. Dos naves —el humano levantó dos dedos impresionantemente— la conquistarían.

—Interesante —dijo el lasiniano con lentitud—; pero ¿y sus motivos? ¿Por qué hace esto?

Sanat sacó un arrogante labio inferior.

—Eso no le interesaría. He sido maltratado y me han privado de mis derechos. Además —sus ojos brillaron—, la humanidad es una causa perdida, de cualquier modo. Por esto espero dinero... mucho dinero. Júremelo, y la flota es suya.

El almirante expresó su desprecio con la mirada.

—Hay un proverbio lasiniano: «El humano no es constante mas que en la traición.» Disponga la suya, y yo le pagaré. Lo juro por la palabra de un soldado lasiniano. Puede regresar junto a sus naves.

Con un ademán, despidió a los soldados y después los detuvo en el umbral.

—Pero recuérdelo, arriesgo dos naves. Significan poco en lo referente al poderío de mi flota, pero, sin embargo, si la traición humana hace daño a uno sólo de mis hombres... —Las escamas de su cabeza estaban totalmente erectas, y Sanat bajó los ojos ante la fría mirada del otro.

Durante mucho rato, el almirante permaneció solo e inmóvil. Después escupió.

—¡Esta carroña humana! ¡Incluso luchar contra ellos es una deshonra!

La nave capitana de la flota humana volaba a unos ciento cincuenta kilómetros sobre la Luna, y en su interior, los capitanes de los escuadrones estaban sentados

alrededor de la mesa y escuchaban las acusaciones que les gritaba Ion Smitt.

—... Les digo que sus acciones llegan a la traición. La batalla contra Vega progresa, y si los lasinianos ganan, su escuadrón solar será reforzado hasta tal punto que nosotros tendremos que retroceder. Y si los humanos vencen, esta traición nuestra pone su flanco en peligro y hace la victoria inútil. Podemos ganar, se lo digo yo. Con esas nuevas naves-aguja...

El adormilado líder trantoriano intervino:

—Las naves-aguja todavía no han sido probadas. No podemos arriesgar una batalla importante en un experimento, cuando las probabilidades están en contra nuestra.

—Éste no era su punto de vista original, Porcut. Usted, sí, y el resto de ustedes también, son unos cobardes traidores. ¡Cobardes! ¡Pusilánimes!

Una silla fue lanzada hacia atrás cuando uno de ellos se levantó impulsado por la rabia y otros le siguieron. El loara Filip Sanat, desde su posición ventajosa junto a la portilla central, a través de la cual contemplaba el desolado paisaje lunar con fervorosa concentración, se volvió con alarma. Pero Jem Porcut alzó una mano de protuberantes nudillos para imponer orden.

—Dejémonos de evasivas —dijo—. Yo represento a Trántor, y sólo obedezco órdenes de allí. Tenemos once naves aquí, y el espacio sabe cuántas hay en Vega. ¿Cuántas tiene Santanni? ¡Ninguna! ¿Por qué las conserva en casa? Quizá para aprovecharse de la preocupación de Trántor. ¿Hay alguien que ignore sus propósitos contra nosotros? No vamos a destruir nuestras naves aquí para beneficio suyo. ¡Trántor no luchará! ¡Mi división parte mañana! Bajo las actuales circunstancias, los lasinianos se alegrarán de dejarnos marchar en paz.

Otro tomó la palabra:

—Y Poritta, también. El tratado de Draconis nos ha presionado sin compasión durante estos veinte años. Los planetas imperialistas rechazan una revisión, y no lucharemos en una guerra que sólo conviene a sus intereses.

Uno tras otro, repitieron insistentemente el mismo refrán:

—¡Nuestros intereses son contrarios a ella! ¡No lucharemos!

Y, súbitamente, el loara Filip Sanat sonrió. Había vuelto la espalda a la Luna y se reía de los gruñones argumentadores.

—Caballeros —dijo—, nadie se irá.

Ion Smitt suspiró con alivio y volvió a apoyarse en su silla.

—¿Quién nos detendrá? —preguntó Porcut con desprecio.

—¡Los lasinianos! Acaban de tomar la base lunar y estamos rodeados.

Un murmullo de consternación recorrió la estancia. Los gritos y la confusión aumentaban y una voz ahogó a las otras:

—¿Qué hay de la guarnición?

—La guarnición ha destruido las fortificaciones horas antes que los lasinianos llegaran. El enemigo no encontró resistencia.

El silencio que siguió fue mucho más terrorífico que los gritos que lo habían precedido.

—Traición —murmuró alguien.

—¿Quién está detrás de todo esto?

Uno a uno se acercaron a Sanat. Los puños se cerraron. Los rostros enrojecieron.

—¿Quién lo hizo?

—Yo lo hice —dijo Sanat, tranquilamente.

Hubo un momento de pasmada incredulidad.

—¡Perro! ¡Cerdo loarista! ¡Cortémosle el cuello!

Y entonces todos retrocedieron ante el par de pistolas de tonita que aparecieron en manos de Ion Smitt. El corpulento lactoniano se colocó frente al joven.

—Yo también estoy metido en esto —gruñó—. Ahora *tendrán* que luchar. A veces es necesario combatir el fuego con fuego, y Sanat combatió la traición con la traición.

Jem Porcut contempló pensativamente sus nudillos y de pronto emitió una risa ahogada.

—Bueno, ahora no podemos escaparnos, así que no nos queda más remedio que luchar. Excepto por las órdenes, no me importaría asestar un buen golpe a esos malditos lagartos.

La renuente pausa fue seguida por tímidos gritos, prueba positiva de la aceptación de los demás.

Al cabo de dos horas, la exigencia de capitulación lasiniana fue desdeñosamente rechazada y las cien naves de la escuadra humana se extendieron sobre la dilatada superficie de una esfera imaginaria —la formación de defensa estándar de una flota rodeada— y la batalla por la Tierra comenzó.

Una batalla espacial entre fuerzas aproximadamente iguales se parece en casi todos los detalles a un encuentro de esgrima, en el que rayos controlados de mortal radiación son los floretes e impermeables paredes de radiación etérea son los escudos.

Las dos fuerzas avanzan para entrar en batalla y maniobran para situarse. Entonces, el haz púrpura de una tonita se dirige con una llamarada de ira hacia la pantalla de una nave enemiga, y al hacerlo así, su propia pantalla se despliega. Durante este único instante es vulnerable y constituye un blanco perfecto para un rayo enemigo, el cual, al ser lanzado, expone a *su* nave a un ataque por el momento. Se extiende en círculos cada vez más grandes. Cada unidad de la flota, combinando la velocidad del mecanismo con la velocidad de la reacción humana, intenta introducirse en el momento crucial para mantener su propia seguridad.

El loara Filip Sanat sabía esto y mucho más. Desde su encuentro con el crucero de batalla al salir de la Tierra, había estudiado la guerra espacial, y ahora, mientras las flotas de batalla formaban en línea, sintió que sus dedos se crispaban para entrar en acción.

Se volvió y dijo a Smitt:

—Iré abajo con las armas pesadas.

Smitt tenía el ojo puesto sobre el visor grande y la mano sobre el emisor de ondas.

—Ve, si quieres, pero no te entrometas.

Sanat sonrió. El ascensor particular del capitán le llevó a los niveles de armas, y desde allí ciento cincuenta metros de una disciplinada multitud de artilleros e ingenieros controlaban la tonita número 1. El espacio es muy difícil de conseguir en una nave de batalla. Sanat observó la estrechez de la habitación en la que la tripulación realizaba cuidadosamente su trabajo en aquella gigantesca máquina que era un acorazado gigante.

Subió los seis empinados escalones que conducían a la tonita número 1 y despidió al artillero. Éste vaciló; su mirada cayó sobre la túnica púrpura, y entonces saludó y bajó de mala gana los escalones.

Sanat se volvió hacia el coordinador que estaba frente a la visiplaca del arma.

—¿Le importa trabajar conmigo? Mi velocidad de reacción ha sido probada y clasificada en el grupo 1-A. Tengo mi tarjeta de clasificación, si quiere verla.

El coordinador enrojeció y balbució:

—¡No, señor! Es un honor trabajar con usted, señor.

El sistema de altavoces tronó: «¡A sus puestos!», y se hizo un profundo silencio, en el cual el frío zumbido de la maquinaria puso su ominosa nota.

Sanat se dirigió al coordinador en un susurro:

—Este arma cubre un cuadrante de espacio completo, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Bien, vea si puede localizar un acorazado con la insignia de un sol doble en eclipse parcial.

Hubo un largo silencio. Las sensibles manos del coordinador manipulaban la rueda, haciéndola girar hacia ambos lados con delicada presión, para que el campo visible en la visiplaca se desplazara. Unos ojos penetrantes escrutaban la ordenada formación de las naves enemigas.

—Ahí está —dijo—. ¡Pero si es la nave capitana!

—¡Exactamente! ¡Centre esa nave!

A medida que la rueda giraba, el campo espacial daba vueltas, y la nave capitana enemiga se tambaleó hasta el punto donde las líneas se cruzaban. La presión de los dedos del coordinador se hizo más ligera y experta.

—¡Centrada! —dijo.

El reducido globo ovalado se encontraba justo donde las líneas se cruzaban.

—¡Manténgala ahí! —ordenó Sanat, sombríamente—. No la pierda ni un segundo mientras esté en nuestro cuadrante. El almirante enemigo está en esa nave y nosotros vamos a eliminarlo, usted y yo.

Las naves pronto se hallarían en línea de tiro y Sanat estaba tenso. Sabía que iba a ser un combate reñido... muy reñido. Los humanos llevaban ventaja en la velocidad, pero los lasinianos eran dos veces más numerosos.

Dispararon un rayo, otro, diez más.

¡Hubo un repentino y cegador destello de purpúrea intensidad!

—Primer acierto —jadeó Sanat. Se relajó.

Una de las naves enemigas perdió el rumbo y se alejó impotentemente, con la popa convertida en una masa de metal fundido e incandescente.

Las naves oponentes no estaban muy cerca unas de otras. Los disparos se intercambiaban a velocidad cegadora. Por dos veces, se vio un rayo púrpura dentro de los límites de la visiplaca y Sanat comprendió, mientras un extraño escalofrío le recorría la espina dorsal, que era una de las tonitas adyacentes de su propia nave la que estaba disparando.

El combate de esgrima se aproximaba a su punto álgido. Dos ráfagas centellearon casi simultáneamente, y Sanat gruñó. Una de ellas había sido una nave humana. Y por tres veces se oyó el inquietante zumbido de los motores atómicos del nivel inferior que aumentaban su velocidad... y eso significaba que un rayo enemigo, dirigido hacia su propia nave, había sido detenido por la pantalla.

Y, siempre, el coordinador mantuvo centrada la nave capitana enemiga. Pasó una hora; una hora en la que fueron destruidas seis naves lasinianas y cuatro humanas; una hora en la que la rueda giró fracciones de grado hacia un lado y otro; en la que dio vueltas sobre su eje universal en media docena de direcciones.

El sudor cubría la frente del coordinador y le entraba en los ojos; sus dedos casi habían perdido toda sensación, pero aquella nave capitana no abandonó ni un momento el lugar donde se cruzaban las líneas.

Y Sanat observaba; con el dedo sobre el gatillo... observaba... y esperaba.

Por dos veces, la nave capitana había brillado con luminosidad púrpura, mientras sus armas disparaban y su pantalla defensiva bajaba; y por dos veces, el dedo de Sanat había vibrado sobre el gatillo y se había refrenado. No fue lo bastante rápido.

Y entonces Sanat lo apretó y se puso en pie violentamente. El coordinador lanzó un grito y soltó la rueda.

En una gigantesca pira funeraria de energía color púrpura la nave capitana, con el almirante lasiniano dentro, había dejado de existir.

Sanat se echó a reír. Extendió la mano, y el coordinador se acercó para estrecharla con un firme apretón de triunfo.

Pero este éxito no duró lo bastante como para que el coordinador pronunciara las primeras palabras de júbilo que le atenazaban la garganta pues la visiplaca se convirtió en una bomba púrpura al tiempo que cinco naves humanas explotaban simultáneamente al ser alcanzadas por mortíferos rayos de energía.

Los altavoces tronaron: «¡Arriba las pantallas! ¡Alto el fuego! ¡En formación de aguja!»

Sanat sintió que una mortal incertidumbre se apoderaba de él. Sabía lo que acababa de suceder. Los lasinianos finalmente habían logrado montar sus armas pesadas sobre la base lunar; armas pesadas con tres veces el alcance de las armas más poderosas que había en las naves... armas pesadas que podían atacar a las naves humanas sin temor a represalias.

Y así concluyó el combate de esgrima, y comenzó la verdadera batalla. Pero sería una batalla de un tipo completamente nuevo, y Sanat sabía que éste era el pensamiento que ocupaba las mentes de todos los hombres. Lo observaba en sus expresiones sombrías y lo notaba en su silencio.

¡Podía dar resultado! ¡Y podía no darlo!

El escuadrón terrestre había vuelto a su formación esférica y se ensanchaba lentamente hacia afuera. Los lasinianos se introdujeron en ella para el ataque final. Aislados de todo suministro de fuerza como estaban los terrícolas, e incapaces de desquitarse con las armas gigantescas de las baterías lunares que dominaban el espacio vecino, sólo parecía una cuestión de tiempo su rendición o su aniquilación.

Los rayos de las tonitas enemigas eran lanzados en continuas ráfagas de energía y las deterioradas pantallas de las naves humanas despedían chispas y rayos de luz fluorescente bajo los crueles latigazos de la radiación.

Sanat oía aumentar el zumbido de los motores atómicos hasta convertirse en un chillido de protesta. En contra de su voluntad, sus ojos convergieron sobre el marcador de energía, y la oscilante aguja bajó mientras miraba, bajando el cuadrante a una perceptible velocidad.

El coordinador se lamió los labios resecos.

—¿Cree que lo conseguiremos, señor?

—¡Naturalmente! —Sanat estaba lejos de sentir la confianza que aparentaba—. Tenemos que aguantar una hora... siempre que no se retiren.

Y los lasinianos no lo hicieron. Retirarse hubiera significado un debilitamiento de las líneas, con una posible brecha y escapatoria por parte de los humanos.

Las naves humanas avanzaban a paso de tortuga... apenas a ciento cincuenta kilómetros por hora. A esta velocidad, aumentaron lentamente los rayos de energía, mientras la imaginaria esfera crecía de tamaño y la distancia entre las fuerzas oponentes seguía disminuyendo.

Pero en el interior de la nave, la aguja del marcador bajaba rápidamente, y el corazón de Sanat se hundía con ella. Atravesó el nivel de las armas hasta el lugar donde aguerridos soldados aguardaban ante una gigantesca y reluciente palanca, en espera de la orden que llegaría pronto... o nunca.

La distancia que separaba a las fuerzas enemigas era mínima, no más de dos o cuatro kilómetros —casi contacto desde el punto de vista de una guerra espacial— y entonces aquella orden se extendió sobre los reforzados haces etéreos de una nave a otra.

Retumbó en el nivel de las armas:

«¡Fuera las agujas!»

Una veintena de manos se alargaron hacia la palanca, las de Sanat entre ellas y saltó hacia abajo. Majestuosamente, la palanca se inclinó hasta el suelo en un curvado arco, y entonces se oyó un gran estruendo y un ruido sordo que sacudió la nave.

¡El acorazado se había convertido en una «nave-aguja»!

En la proa, una sección de la plancha de blindaje se deslizó hacia un lado y una lanza de metal surgió violentamente hacia delante. De treinta metros de largo, se adelgazaba graciosamente a partir de una base de tres metros de diámetro hasta convertirse en una punta afilada y aguda como la de un diamante. A la luz del sol, el cromo-acero de la lanza brillaba con llameante esplendor.

Y todas las demás naves del escuadrón humano estaban igualmente equipadas. Cada una de ellas se había convertido en un poderoso florete de diez, quince, veinte, cincuenta mil toneladas.

¡Peces espada del espacio!

En algún lugar de la flota lasiniana, debieron darse frenéticas órdenes. Contra este veterano de todas las tácticas navales —veterano incluso en el sombrío amanecer de la historia, cuando trirremes rivales maniobraron y se atacaron unas a otras con sus puntiagudas proas— el equipo supermoderno de una flota espacial no tenía defensa.

Sanat se apresuró a llegar a la visiplaca y se sujetó con correas a un asiento preparado contra la aceleración, sintiendo que los muelles absorbían el impulso hacia atrás que había provocado la nave al acelerar súbitamente.

Sin embargo, no le importó. ¡Quería contemplar la batalla! Allí no había nadie, ni tampoco en ningún lugar de la galaxia, que arriesgara lo que él. Ellos no arriesgaban más que su vida; y él arriesgaba un sueño que, casi sin ayuda, había creado de la nada.

Había convencido a una apática galaxia y la había inducido a rebelarse contra los reptiles. Había conocido una Tierra a punto de ser destruida y la había apartado del precipicio, casi por sí solo. Una victoria humana sería un triunfo para el loara Filip Sanat y para nadie más.

Él, la Tierra, y la galaxia no eran ahora más que uno solo y se encontraban en el

momento decisivo. Y tenían en contra el resultado de esta última batalla, una batalla desesperadamente perdida por su propia traición, a menos que las agujas vencieran.

Y si perdían, la gigantesca derrota —la ruina de la humanidad— también sería la suya.

Las naves lasinianas saltaban hacia los lados, pero no con la suficiente rapidez. Mientras reunían lentamente ímpetu y se alejaban, las naves humanas acortaron la distancia en tres cuartos. Sobre la pantalla, una nave lasiniana había aumentado de tamaño hasta alcanzar colosales proporciones. Su látigo púrpura de energía había desaparecido al concentrar toda la potencia en una rápida aceleración.

Y, sin embargo, su imagen aumentó y el punto brillante que se distinguía en el extremo inferior de la pantalla apuntaba a su corazón como una reluciente jabalina.

Sanat creyó que no podría soportar la tensión. ¡Cinco minutos y ocuparía su lugar como el héroe más grande de la galaxia... o el más abominable traidor! Los latidos de la sangre que se agolpaba en sus sienes eran terribles e inaguantables.

Entonces ocurrió.

¡¡Contacto!!

La pantalla se volvió loca en una furia caótica de metal retorcido. Los asientos contra la aceleración chirriaron mientras los muelles absorbían el choque. Pero todo se fue aclarando lentamente. La imagen de la pantalla osciló con violencia mientras la nave recuperaba su equilibrio poco a poco. La aguja de la nave se había roto, el resto estaba torcido, pero la nave enemiga que había traspasado estaba destrozada.

Sanat aguantó la respiración mientras recorría el espacio con la mirada. Era un vasto mar de naves destrozadas, y, a lo lejos, volaban los restos del enemigo, con las naves humanas en su persecución.

Oyó un sonido de colosal animación a sus espaldas y sintió un par de enérgicas manos sobre los hombros.

Se volvió. Era Smitt... Smitt, el veterano de cinco guerras con lágrimas en los ojos.

—Filip —dijo—, hemos ganado. Acabamos de recibir un mensaje de Vega. La flota lasiniana ha sido aniquilada... y también con las agujas. La guerra ha terminado, y nosotros hemos ganado. *¡Tú has ganado, Filip! ¡Tú!*

Su apretón le hacía daño, pero al loara Filip Sanat no le importó.

¡La Tierra era libre! ¡La humanidad estaba salvada!

Por alguna razón, posiblemente a causa del horrible título, por el cual declino enfáticamente toda responsabilidad, Fraile negro de la Llama está considerado como la quintaesencia de mi incompetencia primitiva. Por lo menos, aficionados que se

hallan en posesión de algún ejemplar creen que pueden avergonzarme al referirse a él.

Bueno, no es bueno, lo admito, pero tiene sus puntos interesantes.

En un aspecto, es un evidente precursor de mi famosa serie «Fundación». En Fraile negro de la Llama, como en la serie «Fundación», los seres humanos ocupan muchos planetas; y dos mundos mencionados en el primero, Trántor y Santanni, también juegan un papel importante en el segundo. (En realidad, el primer relato de la serie «Fundación» aparecería sólo un par de meses después de Fraile negro de la Llama, gracias al retraso en la venta de este último.)

Además, en Fraile negro de la Llama también existe una acentuada similitud con mi primera novela larga, Un guijarro en el cielo, que aparecería ocho años más tarde. En ambos, la situación en que coloqué a la Tierra estaba inspirada en la de Judea bajo los romanos. Sin embargo, la batalla decisiva del primer relato está inspirada en la batalla de Salamina, la gran victoria de los griegos sobre los persas. (En los relatos de historia futura siempre he considerado mejor guiarme por la historia pasada. Esto también reza para la serie «Fundación.»)

Fraile negro de la Llama me curó para siempre de hacer repetidas revisiones. Puede muy bien existir una conexión entre el hecho de que el relato es bastante pobre y la circunstancia de que lo revisé seis veces. Sé que hay escritores que revisan, revisan y revisan, puliéndolo todo hasta conseguir un brillo completo, pero yo no puedo hacerlo.

Ahora tengo la costumbre de mecanografiar un primer bosquejo sin haber escrito ningún borrador. Compongo libremente ante la máquina de escribir, aunque con frecuencia soy interrogado sobre esto por lectores que creen que un bosquejo inicial sólo puede escribirse a lápiz. La verdad es que escribir a mano me produce dolor en la muñeca al cabo de unos quince minutos de hacerlo, es muy lento, y difícil de leer. Por el contrario, mecanografió noventa palabras por minuto y puedo hacerlo durante horas sin ninguna dificultad. En cuanto a los borradores, una vez traté de hacer uno y fue desastroso, como intentar tocar el piano metido en una camisa de fuerza.

Una vez he concluido el primer bosquejo, lo leo y corrijo con pluma. Entonces vuelvo a mecanografiarlo todo por última vez. No vuelvo a repararlo, por mi propia voluntad. Si algún editor me pide que haga una revisión claramente definida y de naturaleza menor, con cuya filosofía estoy de acuerdo, accedo. La solicitud de una corrección mayor del principio al final, o una segunda revisión después de la primera, es una cuestión muy distinta. Entonces rehúso.

Esto no se debe a arrogancia o temperamento. Sólo se debe a que una corrección demasiado amplia, o demasiadas revisiones, indican que el relato es un fracaso. En el tiempo que necesitaría para salvar tal fracaso, podría escribir una nueva obra y

divertirme infinitamente más en el proceso. (Hacer una revisión es, a veces, como mascar un chicle usado.) Por lo tanto, los fracasos se ponen a un lado y aguardan una posible venta en otra parte... pues lo que es un fracaso para un editor, no lo es necesariamente para otro.

En la época que escribía Fraile negro de la Llama me vi envuelto en actividades de aficionado. Me había unido a una organización llamada Los Futuristas, que incluía a un grupo de ardientes lectores de ciencia ficción, casi todos llamados a sobresalir en este campo como escritores o editores, o ambas cosas. Entre ellos se contaban Frederik Pohl, Donald A. Woltheim, Cyril Kornbluth, Richard Wilson, Damon Knight, y otros.

Tal como he tenido ocasión de decir antes, me hice particularmente amigo de Pohl. Durante la primavera y el verano de 1939, vino a verme periódicamente, leyó mis manuscritos y anunció que tenía «el mejor puñado de relatos rechazados» que había visto en su vida.

Empezó a insinuarse la posibilidad de que fuera mi agente. No era mayor que yo, pero tenía mucha más experiencia práctica con los editores y sabía mucho más acerca del tema. Me sentí tentado, pero tuve miedo de que eso significara no volver a ver a Campbell, y yo valoraba demasiado mis visitas mensuales para arriesgarme.

En mayo de 1939 escribí un relato llamado Robbie, y el 23 de aquel mes lo presenté a Campbell. Era mi primer relato de robots y contenía el germen de lo que más tarde se conocería como las Tres leyes de la robótica. Fred leyó la copia que yo tenía y dijo enseguida que era un buen relato, pero que Campbell lo rechazaría porque tenía un final débil y otras deficiencias. Campbell lo rechazó el 6 de junio, por las mismas razones que Pohl me había apuntado.

Esto me impresionó, y todas las vacilaciones que tenía respecto a que me representara se desvanecieron, pero especifiqué que su representación abarcaría a todos los editores menos a Campbell.

Le entregué Robbie después del rechazo, pero él tampoco logró venderlo, aunque incluso lo ofreció a una revista de ciencia ficción inglesa (algo que a mí nunca se me hubiera ocurrido hacer). Sin embargo, en octubre de 1939, se convirtió en director de Astonishing Stories y de Super Science Stories, y por lo tanto dejó de ser mi agente^[7].

No obstante, el 15 de marzo de 1940, hizo como editor lo que no pudo hacer como agente. Colocó el relato... aceptándolo él mismo.

Apareció en Super Science Stories bajo un título distinto (Pohl siempre cambiaba los títulos). Denominó el relato Extraño compañero de juegos, una infeliz elección, a mi entender. La historia fue eventualmente incluida como la primera de las nueve

series de «robots positrónicos» que constituyeron mi libro Yo, robot. En el libro, volví a darle su título original, Robbie, y desde entonces ha aparecido con este nombre todas las veces que ha sido publicado.

Quince años más tarde, tuve una hija. Se llamaba Robyn y yo la llamo Robbie. Me han preguntado más de una vez si existe alguna conexión. ¿Le puse deliberadamente un nombre parecido a «robot» a causa del éxito obtenido por mis relatos de robots? La respuesta es negativa. No es más que una pura coincidencia.

Otra cosa... En el curso de mi encuentro con Campbell el 6 de junio de 1939 (durante el cual rechazó Robbie), conocí a un escritor de ciencia ficción bastante famoso por entonces, L. Sprague de Camp. Allí empezó una buena amistad —quizá la mejor dentro de la fraternidad de la ciencia ficción—, que ha continuado hasta hoy.

En junio de 1939 escribí Mestizo y decidí dar una buena oportunidad a Fred Pohl. No lo presenté a Campbell, sino que se lo di directamente a Pohl para ver lo que lograba hacer con él. Lo ofreció a Amazing, que lo rechazó. Así que volví a tomarlo y lo presenté a Campbell en la forma directa acostumbrada. Campbell también lo rechazó.

Sin embargo, cuando Pohl se convirtió en editor, me lo anunció (el 27 de octubre de 1939) diciendo que aceptaba Mestizo. En meses posteriores también aceptó Robbie y después La amenaza de Calixto. En total, me compró siete relatos durante su ejercicio como editor.

MESTIZO

Jefferson Scanlon se enjugó el sudor de la frente y tomó aliento. Alargó un dedo tembloroso hacia el interruptor... y cambió de idea. Su último modelo, que representaba más de tres meses de ininterrumpido trabajo, era casi su última esperanza. Una buena parte de los quince mil dólares que le habían prestado estaba en él. Y ahora la presión sobre un interruptor demostraría si ganaba o perdía.

Scanlon se llamó a sí mismo cobarde y asió firmemente el interruptor. Lo bajó con un chasquido y volvió a subirlo con un rápido movimiento. Y no ocurrió nada... Sus ojos, por más que se esforzaron, no vislumbraron ninguna chispa de energía. Se le contrajo la boca del estómago, y volvió a cerrar el interruptor, salvajemente, y lo dejó cerrado. No ocurrió nada: la máquina era, de nuevo, un fracaso.

Enterró su doliente cabeza entre las manos, y gimió:

—¡Oh, Dios mío! Debía funcionar..., debía. Los cálculos son correctos y he producido los campos que quería. Por todas las leyes de la ciencia, esos campos tenían que romper el átomo. —Se levantó, abriendo el inútil interruptor, y paseó por la habitación sumido en sus pensamientos.

Su teoría era correcta. Su equipo estaba cortado exactamente sobre el patrón de las ecuaciones que había desarrollado. Si la teoría era correcta, el equipo debía estar equivocado. Pero el equipo era perfecto, así que la teoría debía...

—Me voy de aquí antes de volverme loco —dijo a las cuatro paredes.

Arrancó el sombrero y el abrigo del gancho que había detrás de la puerta y al cabo de un momento, dando un portazo tras sí en un arrebató de cólera estuvo fuera de la casa.

¡Energía atómica! ¡Energía atómica! ¡Energía atómica!

Las dos palabras se repetían una y otra vez, cantando una monótona y enloquecedora melodía en su cerebro. ¡Una sirena! Le estaba induciendo a la destrucción. Por aquel sueño había abandonado un seguro y cómodo cargo de profesor en el M.I.T. Por él, se había convertido en un hombre mayor a los treinta años —el primer ardor de la juventud ya hacía tiempo que había desaparecido—, en un aparente fracaso.

Y ahora su dinero se desvanecía rápidamente. Si el amor al dinero es la causa de todos los males, la necesidad del mismo es, con mucha más seguridad, la raíz de todas las desesperaciones. Scanlon sonrió ante esta idea... bastante cierta.

Naturalmente, existían hermosas perspectivas en depósito si algún día lograba cruzar el vacío que había encontrado entre la teoría y la práctica. El mundo entero sería suyo... Marte también, e incluso los planetas no visitados. Todo suyo. Todo lo que tenía que hacer era averiguar dónde residía la equivocación en los cálculos... No, ya lo había comprobado; era en el equipo. Aunque... Gimió en voz alta de nuevo.

El sombrío curso de sus pensamientos fue interrumpido al darse cuenta súbitamente de que, no lejos de allí, había un tumulto de gritos juveniles. Scanlon frunció el ceño. Odiaba el ruido, y de modo especial cuando estaba deprimido.

Los gritos aumentaron de intensidad y se disolvieron en fragmentos de palabras: «¡Cógele, Johnny!» «¡Atiza..., mira cómo corre!»

Una docena de muchachos salieron disparados detrás de un gran edificio de madera, a menos de doscientos metros de distancia, y corrieron desordenadamente en dirección a Scanlon.

A pesar suyo, Scanlon observó al ruidoso grupo con curiosidad. Perseguían a algo o a alguien, con la cruel alegría de la infancia. En la oscuridad no distinguió exactamente de qué se trataba: Se protegió los ojos y los entrecerró. Con un movimiento repentino, una figura solitaria se separó de la multitud y corrió frenéticamente.

Scanlon casi dejó caer su reconfortante pipa a causa del asombro, pues el fugitivo era un híbrido, un mestizo de terrícola y marciano. Aquel penacho de cabello fuerte y blanco que se levantaba con rigidez en todas direcciones como púas de puerco espín no dejaba lugar a dudas. Scanlon se maravilló... ¿Qué hacía una de *aquellas* cosas fuera de un asilo?

Los muchachos habían vuelto a atrapar al híbrido, y el fugitivo se perdió de vista. Los chillidos aumentaron de volumen y Scanlon, sobresaltado, vio cómo se levantaba una tabla y caía con un golpe sordo. Le acometió un profundo sentido de la enormidad de sus propias acciones al permanecer allí ociosamente, mientras una criatura indefensa era acosada por una pandilla de muchachos, y antes de que se diera cuenta de ello, estaba sobre ellos, blandiendo amenazadoramente los puños.

—¡Largaos, salvajes! Alejaos de aquí antes de que... —la punta de su zapato entró en violento contacto con el trasero del rufián más cercano, y sus brazos hicieron desplomar a otros dos.

La llegada de la nueva fuerza cambió considerablemente la situación. Los muchachos, a pesar de su superioridad numérica, tienen un miedo instintivo a los adultos..., sobre todo a un adulto tan cruel y feroz como parecía ser Scanlon. En menos tiempo del que éste necesitó para darse cuenta, desaparecieron, dejándolo solo con el híbrido, que yacía boca abajo, y que entre jadeantes sollozos lanzaba temerosas e inciertas miradas hacia su salvador.

—¿Te han hecho daño? —preguntó ásperamente Scanlon.

—No, señor. —El híbrido se levantó tambaleándose, con la cresta de cabello plateado oscilando con incongruencia—. Me he torcido un poco el tobillo, pero puedo andar. Me voy. Muchas gracias por ayudarme.

—¡No te vayas! ¡Espera! —La voz de Scanlon se dulcificó, pues se dio cuenta de que el híbrido, aunque desarrollado casi por completo, estaba increíblemente delgado; su traje era una masa de sucios jirones y había una mirada de completo cansancio en su rostro enjuto, que ablandaba el corazón—. Ven —dijo, cuando el híbrido se volvió de nuevo hacia él—. ¿Tienes hambre?

El rostro del híbrido se contrajo como si estuviera dirimiendo una batalla en su interior. Cuando habló, lo hizo en voz baja y avergonzada.

—Sí..., un poco.

—Ya me lo parecía. Ven conmigo a mi casa. —Dejó caer el pulgar sobre su hombro—. Tienes que comer. Me parece que tampoco te iría mal un baño y un cambio de traje. —Se volvió y abrió la marcha.

Permaneció en silencio hasta que hubo abierto la puerta principal de su casa y entrado en el vestíbulo.

—Creo que será mejor que primero tomes un baño, muchacho. Allí está el cuarto de baño. Date prisa en entrar y cierra la puerta antes de que Beulah te vea.

Su advertencia llegó demasiado tarde. Una súbita exclamación de sorpresa hizo que Scanlon girara en redorado, con expresión de culpabilidad, y que el híbrido retrocediera para esconderse detrás de un perchero.

Beulah, el ama de llaves de Scanlon, corrió hacia ellos, con su dulce rostro encendido de indignación y el rollizo cuerpo rezumando exasperación por todos sus poros.

—¡Jefferson Scanlon! ¡Jefferson! —Contempló al híbrido con evidente desagrado—. ¡Cómo puedes traer una cosa así a esta casa! ¿Has perdido el sentido de la moral?

El pobre híbrido se asustó ante el repentino acceso de cólera, pero Scanlon, tras su momentáneo pánico inicial, se recobró.

—Vamos, vamos, Beulah. Esto no es propio de ti. Aquí tenemos a una pobre criatura, muerta de hambre, cansada, golpeada por un grupo de muchachos, y no tienes compasión de ella. La verdad es que me has decepcionado, Beulah.

—¡Decepcionado! —jadeó el ama de llaves, tocada en su punto flaco—. A causa de *esa* cosa vergonzosa. ¡Tendría que estar en una de esas instituciones donde tienen a los monstruos como él!

—Muy bien, ya hablaremos de ello luego. Vamos, muchacho, ve a bañarte. Y, Beulah, mira a ver si encuentras alguno de mis trajes viejos.

Con una última mirada de desaprobación, Beulah salió airadamente de la estancia.

—No le hagas caso, muchacho —dijo Scanlon cuando se hubo marchado—. Fue mi niñera y todavía tiene hacia mí una especie de interés de propietario. No te hará

daño. Ve a bañarte.

El híbrido era una persona muy distinta cuando finalmente se sentó a la mesa del comedor. Ahora que la capa de suciedad había desaparecido, su delgado rostro mostraba una cierta belleza y la frente grande y clara le confería un aspecto marcadamente intelectual. Continuaba teniendo el cabello levantado, a una altura de treinta centímetros, a pesar de toda el agua que había recibido. A la luz, su brillante blancura adquiría una imponente dignidad, y a Scanlon le pareció que había perdido toda su fealdad.

—¿Te gusta el pollo frío? —preguntó Scanlon.

—¡Oh, sí! —respondió entusiásticamente.

—Entonces empieza a comer. Y cuando lo acabes, puedes tomar más. Coge de todo lo que hay en la mesa.

Los ojos del híbrido centellearon al tiempo que sus mandíbulas se ponían en movimiento; y, entre los dos, vaciaron la mesa a los pocos minutos.

—Muy bien —exclamó Scanlon cuando terminaron de comer—, creo que ahora podrías responderme a unas cuantas preguntas. ¿Cómo te llamas?

—Me llamaban Max.

—¡Ah! ¿Y tu apellido?

El híbrido se encogió de hombros.

—Nunca me dieron otro nombre más que Max... cuando me hablaban para algo. Creo que un mestizo no necesita apellido. —No había error posible en cuanto a la amargura de su voz.

—Pero ¿qué hacías corriendo como un loco por las calles? ¿Por qué no estás donde vives habitualmente?

—Estaba en casa. Cualquier cosa es mejor que estar en una casa... incluso el mundo de fuera, que no he visto nunca. Sobre todo desde que Tom murió.

—¿Quién era Tom, Max? —inquirió dulcemente Scanlon.

—Era el único que había igual que yo. Era más joven, quince años, pero murió. —Levantó la vista de la mesa, con la ira reflejada en sus ojos—. Ellos le mataron, señor Scanlon. ¡Era tan joven y tan amigable! No podía resistir la soledad como yo. Necesitaba amigos y diversión, y... no tenía a nadie más que a mí. Y cuando murió yo tampoco pude resistirlo más. Me fui.

—Ellos querían ser amables, Max. No tendrías que haber hecho eso. Vosotros no sois como las demás personas; no os comprenden. Y deben de haber hecho algo por vosotros. Tú hablas como si fueras una persona instruida.

—Podía asistir a las clases, es verdad —asintió él, sombríamente—. Pero tenía que sentarme en un rincón, lejos de los demás. Aunque me dejaban leer todo lo que quería y eso es *algo* que les agradezco.

—Bueno, Max. No te trataban tan mal, ¿verdad?

Max levantó la cabeza y miró fijamente al otro con desconfianza.

—No me hará volver, ¿verdad? —y se incorporó, como si estuviera dispuesto a echar a correr.

Scanlon tosió con desasosiego.

—Desde luego, si tú no quieres volver, yo no te obligaré. Pero sería lo mejor para ti.

—No lo sería —gritó Max con vehemencia.

—Bueno, ésta es tu opinión. De cualquier modo, creo que ahora es preferible que te vayas a dormir. Lo necesitas. Ya hablaremos por la mañana.

Condujo al todavía desconfiado híbrido a la segunda planta, y señaló un reducido dormitorio.

—Será el tuyo durante esta noche. Yo estaré en la habitación contigua más tarde, y si necesitas algo no tienes más que gritar. —Se volvió para marcharse, y entonces se le ocurrió una idea—. Pero recuerda, no debes tratar de escaparte durante la noche.

—Palabra de honor. No lo haré.

Scanlon se retiró pensativamente a la habitación que le servía de estudio. Encendió una lámpara de luz mortecina y se sentó en un gastado sillón. Estuvo diez minutos sin moverse, y por primera vez en seis años pensó en algo distinto a su sueño de energía atómica.

Se oyó un discreto golpe en la puerta, y tras su gruñido de asentimiento entró Beulah. Tenía el ceño fruncido y se mordía los labios. Se plantó firmemente delante de él.

—¡Oh, Jefferson! ¡Pensar que ibas a hacer una cosa así! Si tu pobre madre supiera...

—Siéntate, Beulah —Scanlon señaló otro sillón—, y no te preocupes de mi madre. No le hubiera importado.

—No. Tu padre también era un bobo de buen corazón. Tú eres como él, Jefferson. Primero gastas todo tu dinero en estúpidas máquinas que cualquier día harán estallar la casa... y ahora recoges a esa horrible criatura de la calle... Dime, Jefferson —hubo una pausa solemne y temerosa—, ¿piensas *quedártelo*?

Scanlon sonrió malhumoradamente.

—Creo que sí, Beulah. No puedo hacer otra cosa.

Una semana más tarde, Scanlon se encontraba en su laboratorio. Durante la última noche, su cerebro, descansado por el cambio en la monotonía aportado por la presencia de Max, había pensado en una posible solución al misterio del fallo de su máquina. Quizá algunas piezas estuvieran defectuosas. La más pequeña imperfección en cualquiera de ellas podía ser la causa de su ineficacia.

Se concentró en el trabajo con entusiasmo. Al cabo de media hora la máquina estaba desmontada sobre su mesa de trabajo, y Scanlon la miraba con desconsuelo desde el alto taburete donde se hallaba sentado.

Apenas oyó cómo se abría y cerraba la puerta con suavidad. Hasta que el intruso hubo tosido dos veces, el absorto inventor no se dio cuenta de su presencia.

—Oh... eres tú, Max —su abstraída mirada le reconoció—. ¿Querías verme?

—Si está ocupado, puedo esperar, señor Scanlon. —Aquella semana no había eliminado su timidez—. Pero había muchos libros en mi habitación.

—¿Libros? Oh, haré que los saquen, si no los quieres. Supongo que no te interesarán... Son libros de texto en su mayoría, si no recuerdo mal. Quizá demasiado adelantados para ti.

—Oh, no son muy difíciles —le aseguró Max. Señaló un libro que llevaba—. Sólo quería que me explicara una cosa de la mecánica cuántica. Hay unas operaciones del cálculo integral que no acabo de entender. Me preocupa. Aquí..., espere a que lo encuentre.

Pasó rápidamente algunas páginas, pero se detuvo de repente al fijarse en lo que le rodeaba.

—Oh, dígame..., ¿está desmontando su invento?

La pregunta recordó de nuevo a Scanlon todas sus dificultades. Sonrió con amargura.

—No, aún no. Pensé que podía haber alguna equivocación en el aislamiento o las conexiones que le impidiera funcionar. No la hay... he cometido un error en alguna parte.

—¡Qué lástima, señor Scanlon! —La suave frente del híbrido se frunció tristemente.

—Lo peor de todo es que no se me ocurre qué es lo que está mal. Estoy seguro de que la teoría es perfecta... lo he comprobado de todas las formas posibles. He repasado los cálculos matemáticos una y otra vez, y siempre da el mismo resultado. Unos campos con una distorsión espacial de tanta intensidad, reducirían el átomo a añicos. Pero no ocurre así.

—¿Puedo ver las ecuaciones?

Scanlon miró irónicamente a su pupilo, pero no vio en su rostro más que el más profundo interés. Se encogió de hombros.

—Están allí... debajo de aquel montón de hojas amarillas que hay sobre la mesa. Pero no sé si podrás leerlas. No he tenido ganas de mecanografiarlas, y mi escritura es muy mala.

Max las estudió cuidadosamente y volvió las páginas una a una.

—Me parece que son demasiado complicadas para mí.

El inventor esbozó una sonrisa.

—Ya me lo parecía, Max.

Scanlon paseó una mirada por la iluminada estancia, y le acometió un súbito acceso de ira. ¿Por qué no funcionaba aquello? Se levantó violentamente y descolgó el abrigo.

—Voy a salir, Max —dijo—. Di a Beulah que no me haga nada caliente para comer. Estaría frío antes de que yo hubiera vuelto.

Era por la tarde cuando abrió la puerta principal, y el hambre que sentía no era lo bastante aguda cómo para impedir que se diera cuenta, con un sobresalto de asombro, de que había alguien trabajando en su laboratorio. Llegó a sus oídos un penetrante zumbido seguido por un momentáneo silencio y después otra vez el zumbido, que ahora se convirtió en un crujido que duró un instante y desapareció.

Atravesó el vestíbulo en dos zancadas y abrió de par en par la puerta del laboratorio. La imagen que vieron sus ojos le sumió en una actitud del más puro asombro..., de la más aturrida incompreensión.

Lentamente, entendió el mensaje de sus sentidos. Su precioso motor atómico había vuelto a ser montado, pero esta vez de forma tan extraña que era absurdo, pues ni siquiera sus diestros ojos veían una relación razonable entre las diversas partes.

Se preguntó estúpidamente si era una pesadilla o una broma, y entonces todo se le aclaró de pronto, pues en el otro extremo de la habitación estaba la inconfundible imagen de una mata de cabello plateado que sobresalía de un banco, oscilando lentamente de un lado a otro, a medida que su oculto propietario se movía.

—¡Max! —gritó el aturrido inventor, dominado por la telera. Evidentemente, el inconsciente muchacho había permitido que su interés le indujera a realizar inútiles y peligrosos experimentos.

Al oírlo, Max levantó un rostro pálido que, a la vista de su tutor, se volvió rojo oscuro. Se acercó a Scanlon con pasos reacios.

—¿Qué has hecho? —gritó Scanlon, contemplándole con furia—. ¿Sabes con lo que has estado jugando? Hay bastante potencial en este aparato como para electrocutarte en un segundo.

—Lo siento, señor Scanlon. Tuve una idea bastante tonta cuando miré las ecuaciones, pero no me atreví a decir nada porque usted sabe mucho más que yo. Cuando se fue, no pude resistir la tentación de intentarlo, aunque no pretendía llegar hasta tan lejos. Creí que volvería a tenerlo desmontado cuando usted regresara.

Hubo un silencio que duró largo rato. Cuando Scanlon habló de nuevo, su voz era curiosamente dulce:

—Bueno, ¿qué has hecho?

—¿No se enfadará?

—Es un poco tarde para eso. De cualquier modo, no podías haberlo hecho mucho

peor.

—Pues, en sus ecuaciones, me he fijado —extrajo una hoja y después otra y señaló— que siempre que aparece la expresión representante de los campos de distorsión espacial, se refiere a una función de $x^2 + y^2 + z^2$. Ya que los campos, por lo que he podido ver, siempre aparecían como constantes, eso le proporcionaría la ecuación de una esfera.

Scanlon asintió.

—Ya me había fijado en eso, pero no tiene nada que ver con el problema.

—Bueno, yo pensé que eso podía indicar el *arreglo* necesario de los campos individuales, así que he desconectado los distorsionadores y los he vuelto a fijar en una esfera.

El inventor estaba con la boca abierta. La misteriosa disposición de su invento ya le parecía clara... y lo que es más, eminentemente sensata.

—¿Funciona? —preguntó.

—No estoy completamente seguro. Las piezas no han sido hechas para esta disposición, así que esto sólo es un burdo arreglo. Además, hay el error de la constante...

—Pero ¿*funciona*? ¡Cierra el interruptor, maldita sea! —Scanlon volvía a ser fuego e impaciencia.

—Muy bien, retroceda. Disminuiré la energía a un décimo de la normal para que no tengamos más potencia de salida de la que podemos soportar.

Cerró el interruptor con lentitud, y en el momento del contacto, una brillante bola de fuego blancoazulada surgió de las profundidades de la cámara central de cuarzo. Scanlon entornó automáticamente los ojos, y consultó el indicador de la potencia. La aguja subía continuamente y no se detuvo hasta llegar al límite superior. La llama seguía ardiendo, aparentemente sin desprender calor, aunque junto a su luz, de intensidad más brillante que un destello de magnesio, las luces eléctricas se convirtieron en un mortecino resplandor amarillento.

Max volvió a abrir el interruptor y la bola de fuego enrojeció y se apagó, sumiendo la estancia en una luz comparativamente oscura y roja. El indicador de potencia volvió a descender a cero y Scanlon sintió que le fallaban las rodillas al dejarse caer en una silla.

Contempló fijamente al confundido híbrido y en su mirada había respeto y admiración, y también algo más, pues reflejaba *temor*. Hasta ese momento no se había dado cuenta de que el híbrido no era de la Tierra ni de Marte, sino de una raza aparte. Entonces se fijó en la diferencia, pero no en los casi imperceptibles cambios físicos, sino en el profundo abismo mental que sólo ahora comprendía.

—¡Energía atómica! —exclamó roncamente—. Y resuelta por un muchacho que aún no tiene veinte años.

La confusión de Max era penosa.

—Usted ha hecho todo el trabajo, señor Scanlon, durante años y años. Yo sólo me he fijado en un pequeño detalle que usted mismo podría haber visto cualquier día. — Su voz se desvaneció ante la mirada fija y resuelta del inventor.

—Energía atómica... el mayor descubrimiento del hombre hasta nuestros días, y la tenemos nosotros dos.

Ambos —tutor y pupilo— parecían atemorizados ante la grandeza y poder de lo que habían creado.

Y en aquel momento... la era de la electricidad terminó.

Jefferson Scanlon chupó su pipa con satisfacción. Fuera, caía la nieve y el frío del invierno llenaba el aire, pero en el interior de la casa, envuelto en un calor confortable, Scanlon fumaba y sonreía para sí. Enfrente, Beulah, con la misma felicidad tranquila, tarareaba en voz baja al tiempo que chasqueaba las agujas de tejer, deteniéndose sólo ocasionalmente cuando sus dedos tropezaban con una porción de dibujo insólitamente complicada. Max estaba sentado en el rincón próximo a la ventana, ocupado en su habitual pasatiempo de la lectura, y Scanlon reflexionaba con vaga sorpresa que, últimamente, Max había limitado sus lecturas a novelas intrascendentes.

Habían ocurrido muchas cosas desde aquel día de grata memoria de hacía un año. En primer lugar, Scanlon era ahora famoso en todo el mundo y un científico adorado por todos, y hubiera sido muy raro que no fuera lo bastante humano como para sentirse orgulloso de ello. En segundo lugar, e igualmente importante, la energía atómica estaba transformando el mundo.

Scanlon daba gracias, una y otra vez, de que la guerra fuera algo que había terminado hacía dos siglos, pues, de lo contrario, la energía atómica hubiera significado la ruina final de la civilización. De hecho, la coalición de energía mundial que ahora controlaba la gran fuerza de la energía atómica se reveló como una verdadera bendición y la introducía en la vida del hombre en las etapas lentas y graduales necesarias para prevenir un cataclismo económico.

Los viajes interplanetarios ya habían sido revolucionados. De peligrosos riesgos, los viajes a Marte y Venus se habían convertido en paseos de vacaciones que se llevaban a cabo en un tercio del tiempo precedente, y los viajes a los planetas exteriores por lo menos eran factibles.

Scanlon se recostó más en el sillón, y ponderó una vez más el único punto que estropeaba todo el maravilloso encanto del que estaba rodeado. Max había rehusado cualquier honor. Tempestuosa y violentamente, se negó incluso a que su nombre

fuera mencionado. La injusticia que ello suponía irritaba a Scanlon, pero aparte de una vaga mención a «inteligentes ayudantes» no había dicho nada; y pensarlo todavía le hacía sentirse como un sinvergüenza.

Un ruido penetrante y explosivo le despertó de su ensoñación y dirigió hacia Max una mirada sorprendida, viendo que éste había cerrado súbitamente el libro con un golpe de mal humor.

—Pero —exclamó Scanlon— ¿qué sucede ahora?

Max lanzó el libro hacia un lado y se levantó, con el labio inferior fruncido.

—Estoy solo, eso es todo.

Scanlon bajó la cabeza, y se concentró en una incómoda búsqueda de palabras.

—Te comprendo, Max —dijo dulcemente, al cabo de un rato—. Lo siento por ti, pero las condiciones... son tan...

Max se aplacó, y animándose, colocó cariñosamente un brazo sobre el hombro de su padre adoptivo.

—Ya sabes que no me refería a eso. Es que... bueno, no sé cómo decirlo, pero es que... llegas a desear tener a alguien de tu edad con quien hablar..., alguien de tu misma clase.

Beulah levantó la vista y fijó una penetrante mirada en el joven híbrido, pero no dijo nada.

Scanlon reflexionó.

—Tienes razón, hijo, en cierto modo. Un amigo y compañero es lo mejor que puede tener un muchacho, y temo que Beulah y yo no sirvamos en este aspecto. Alguien de tu clase, como tú dices, sería la solución ideal, pero es difícil. —Se rascó la nariz con un dedo y miró pensativamente al techo.

Max abrió la boca como si quisiera decir algo más, pero cambió de opinión y se ruborizó sin ninguna razón evidente. Entonces murmuró, no lo bastante alto como para que Scanlon le oyera:

—¡Me he portado como un tonto!

Dando bruscamente media vuelta salió de la habitación, propinando un fuerte portazo al marcharse.

Scanlon le contempló con manifiesta sorpresa.

—¡Vamos! ¡Qué manera tan rara de actuar! Pero ¿qué le ha dado últimamente?

Beulah detuvo las agujas, que se movían ágilmente, el tiempo suficiente para decir:

—Los hombres habéis nacido ciegos, y tontos, por si fuera poco.

—¿De verdad? —fue la irritada respuesta—. ¿Y sabes lo que le pasa?

—Claro que lo sé. Es tan evidente como horrible la corbata que llevas. Ya hace meses que me he dado cuenta. ¡Pobre muchacho!

Scanlon movió la cabeza.

—Hablas en clave, Beulah.

El ama de llaves dejó su labor a un lado y miró al inventor con paciencia.

—Es muy sencillo. El muchacho tiene veinte años. Necesita compañía.

—Pero eso es justo lo que él ha dicho. ¿Es *ésta* tu maravillosa penetración?

—Dios mío, Jefferson. ¿Tanto tiempo ha transcurrido desde que tú mismo tuviste veinte años? ¿Sinceramente quieres decir que crees que se refiere a una compañía masculina?

—Oh —dijo Scanlon, y entonces se le iluminó súbitamente el rostro—. ¡Oh! — Se rió de manera tonta.

—Bueno, ¿qué piensas hacer para remediarlo?

—Pues... pues, nada. ¿Qué se *puede* hacer?

—Ésa sí que es una bonita manera de hablar de tu pupilo, siendo lo bastante rico como para comprar quinientos orfanatos desde los cimientos hasta el tejado y no darte ni cuenta del gasto. Sería lo más fácil del mundo encontrar a una atractiva señorita híbrida que le hiciera compañía.

Scanlon la miró fijamente, con una expresión de intenso horror en la cara.

—¿Hablas en serio, Beulah? ¿Tratas de sugerirme que vaya a escoger a un híbrido hembra para Max? Pero... pero si yo no sé nada de mujeres..., especialmente de mujeres híbridas. No conozco sus patrones. Estoy expuesto a elegir a una que él considere una bruja horrible.

—No inventes objeciones tontas, Jefferson. Aparte del cabello, tienen el mismo aspecto que nosotros, y estoy segura de que sabrás escoger a una guapa. Nunca ha existido un soltero lo bastante viejo y huraño como para no poder hacer *eso*.

—¡No! No lo haré. De todas las ideas horribles...

—¡Jefferson! Eres su tutor. Se lo debes a Max.

Estas palabras impresionaron fuertemente al inventor.

—Se lo debo a Max —repitió—. En eso tienes razón, más razón de la que crees —suspiró—. Supongo que debo hacerlo.

Scanlon cambiaba desasosegadamente el peso de su cuerpo de un pie al otro, bajo la penetrante mirada de un oficial de rostro avinagrado cuya tarjeta proclamaba en grandes letras: Señorita Martin, superintendente.

—Siéntese, señor —dijo agriamente—. ¿Qué desea?

Scanlon se aclaró la garganta. Había perdido la cuenta de los asilos visitados hasta el momento y la tarea se le hacía cada vez más pesada. Hizo la promesa solemne de que éste sería el último... O tenían un híbrido del sexo apropiado, la edad y el aspecto que buscaba, o abandonaría todo el proyecto.

—He venido a ver —empezó, en un discurso cuidadosamente preparado, aunque balbuceante— si tienen algún híbri..., algún mestizo marciano en este asilo. Es...

—Tenemos tres —interrumpió vivamente la superintendente.

—¿Alguna hembra? —preguntó Scanlon con ansiedad.

—*Todas* hembras —replicó ella, y sus ojos brillaron con desaprobadora sospecha.

—Oh, estupendo. ¿Le importa que las vea? Es...

La fría mirada de la señorita Martin no vaciló.

—Perdóneme, pero antes de ir más lejos, quisiera saber si piensa adoptar a un mestizo.

—*Me gustaría* conseguir los documentos de tutela si se me autoriza a hacerlo. ¿Es algo tan insólito?

—Desde luego que sí —fue la rápida contestación—. Comprenderá usted que en un caso así, primero debemos realizar una concienzuda investigación del estado de la familia, tanto financiera como social. El Gobierno opina que estas criaturas están mejor cuidadas bajo la supervisión del estado, y adoptarlas es bastante difícil.

—Lo sé, señorita, lo sé. Hace unos quince meses he pasado por una experiencia práctica sobre esta cuestión. Creo que puedo satisfacerla en cuanto a mi condición financiera y social sin demasiadas dificultades. Me llamo Jefferson Scanlon...

—¡Jefferson Scanlon! —su exclamación fue casi un chillido. En un abrir y cerrar de ojos, su rostro se iluminó con una sonrisa servil—. Desde luego, tendría que haberle reconocido por todos los retratos suyos que he visto. ¡Qué tonta he sido! Le ruego que no se moleste en darme más referencias. Estoy segura de que en su caso —dijo esto con una entonación particularmente amable— no es necesario ningún expediente.

Hizo sonar furiosamente una campanilla.

—Traiga a Madeline y las otras dos pequeñas lo más rápidamente que pueda —ordenó a la asustada criada que apareció—. Que estén limpias y adviértales que se porten lo mejor posible.

Después, se volvió hacia el visitante.

—No tardarán mucho, señor Scanlon. Es un gran honor tenerle aquí con nosotros, y me avergüenzo del desagradable trato que le he dado antes. Al principio no le había reconocido, aunque comprendí inmediatamente que era alguien importante.

Si Scanlon se había enfadado por el severo desdén inicial de la superintendente, ahora estaba completamente desconcertado por su efusiva amabilidad. Se enjugó una y otra vez la frente, que le transpiraba con profusión, y respondió con incoherentes monosílabos a las vivaces preguntas que le formulaban. Justo cuando había llegado a la decisión de volver sobre sus talones y escapar volando de aquel dragón hecho mujer, la criada anunció a las tres híbridas y salvó la situación.

Scanlon inspeccionó a las tres mestizas con interés y súbita satisfacción. Dos no eran más que niñas, de unos diez años de edad, pero la tercera, que debía tener unos dieciocho, era elegible desde todos los puntos de vista.

Su esbelta figura era ágil y graciosa incluso en la discreta actitud que había asumido, y Scanlon, «solterón acérrimo y apergaminado» como se consideraba, no pudo reprimir un ligero asentimiento de aprobación.

Su cara era ciertamente lo que Beulah llamaría «atractiva», y sus ojos, ahora dirigidos hacia el suelo en tímida confusión, eran de un color azul oscuro que gustó mucho a Scanlon.

Incluso su extraño cabello era bonito. Sólo era moderadamente alto, mucho más bajo que la espléndida cresta masculina de Max, y su sedoso brillo blanco atraía los rayos del sol y los despedía en relucientes fulgores.

Las dos pequeñas agarraban con firmeza la falda de su compañera de más edad y miraban a los dos adultos con el miedo reflejado en sus ojos, que aumentó a medida que el tiempo transcurría.

—Me parece, señorita Martin, que la muchacha servirá —observó Scanlon—. Es exactamente lo que quería. ¿Puede decirme cuánto tardarán en estar preparados los documentos de tutela?

—Estarán mañana, señor Scanlon. En un caso tan poco corriente como el suyo, puedo hacer fácilmente unos arreglos especiales.

—Gracias. Entonces volveré... —fue interrumpido por un fuerte sollozo. Una de las pequeñas híbridas, sin poder resistir más, había empezado a llorar, seguida pronto por la otra.

—Madeline —gritó la señorita Martín a la mayor de las tres muchachas—. Haz el favor de hacer que Rose y Blanche se callen. Esto es una exhibición abominable.

Scanlon intervino. Le pareció que Madeline estaba muy pálida y, aunque sonreía y calmaba a las pequeñas, estaba seguro de que tenía lágrimas en los ojos.

—Es posible —sugirió— que la señorita no desee abandonar la institución. Naturalmente, no tengo intención de llevármela más que sobre una base puramente voluntaria.

La señorita Martin sonrió con desdén.

—No causará ningún problema. —Se dirigió a la joven—. Has oído hablar del gran Jefferson Scanlon, ¿verdad?

—Sí, señorita Martin —contestó la chica, en voz baja.

—Déjeme arreglar esto, señorita Martin —apremió Scanlon—. Dime, ¿prefieres realmente quedarte aquí?

—Oh, no —replicó ella con viveza—, me gustaría mucho irme, aunque —con una mirada de aprensión a la señorita Martin, continuó— me han tratado muy bien aquí. Pero veré..., ¿qué será de las dos pequeñas? Yo soy todo lo que tienen, y si yo me voy, ellas... ellas...

Perdió toda su resistencia y las abrazó con un súbito y firme apretón.

—¡No quiero dejarlas, señor! —Las besó dulcemente—. No lloréis, niñas. No os abandonaré. No se me llevarán.

Scanlon tragó saliva con dificultad y buscó un pañuelo para sonarse. La señorita Martin contemplaba la escena con desaprobadora altivez.

—No haga caso a esta tonta, señor Scanlon —dijo—. Creo que lo tendré todo dispuesto mañana al mediodía.

—Prepare documentos de tutela para las tres —fue el gruñido que recibió como respuesta.

—¿Qué? ¿Las tres? ¿Habla en serio?

—Desde luego. Puedo hacerlo si lo deseo, ¿verdad? —gritó.

—Bueno, naturalmente, pero...

Scanlon se marchó enseguida, dejando petrificadas a Madeline y a la señorita Martin, esta última completamente estupefacta, la primera con un súbito acceso de felicidad. Incluso las niñas de diez años percibieron el cambio de situación y cesaron en sus sollozos.

La sorpresa de Beulah cuando los recibió en el aeropuerto y vio a tres híbridas cuando sólo esperaba una, no puede describirse. Pero, en conjunto, la sorpresa fue agradable, pues las pequeñas Rose y Blanche conquistaron inmediatamente a la anciana ama de llaves. Su primer saludo consistió en estampar unos grandes y húmedos besos en las arrugadas mejillas de Beulah, a los que ésta correspondió con alegría y nuevos besos.

Con Madeline estuvo encantada y susurró a Scanlon que sabía bastante más de aquellos asuntos de lo que él pretendía.

—Si tuviera un cabello decente —murmuró Scanlon al responderle—, me casaría yo mismo con ella. Eso es lo que haría —y sonrió muy satisfecho de sí mismo.

La llegada a casa a media tarde ocasionó una gran satisfacción a los dos mayores. Scanlon convenció a Max para que le acompañara a dar un largo paseo por el bosque, y cuando el confiado Max se fue, sorprendido pero encantado, Beulah se afanó en instalar cómodamente a las tres recién llegadas.

Visitaron la casa de arriba abajo y vieron las habitaciones que les habían sido asignadas. Beulah charlaba sin cesar, bromeando y riendo, hasta que las híbridas perdieron toda su timidez y se sintieron como si la hubiesen conocido toda la vida.

Después, ya que la tarde invernal era corta, se volvió hacia Madeline bruscamente y dijo:

—Se hace tarde. ¿Quieres acompañarme abajo y ayudarme a preparar la cena para los hombres?

Madeline fue cogida por sorpresa.

—¿Los *hombres*? ¿Así que hay alguien además del señor Scanlon?

—Oh, sí. Está Max. Todavía no le has visto.

—¿Es Max un pariente suyo?

—No, pequeña. Es otro de los pupilos del señor Scanlon.

—Oh, comprendo. —Se ruborizó, llevándose involuntariamente una mano al cabello.

Beulah adivinó enseguida los pensamientos que pasaban por su cabeza y añadió en voz más baja:

—No te preocupes, querida. No le importará que seas híbrida. Estará muy *contento* de verte.

Sin embargo, «contento» se reveló como un adjetivo completamente inadecuado para aplicarlo a la emoción de Max al ver por primera vez a Madeline.

Entró en la casa antes que Scanlon, quitándose el abrigo y pisoteando con fuerza al mismo tiempo para sacarse la nieve de los zapatos.

—Oh, chico —gritó al inventor que, medio helado, llegaba detrás de él—, no sé por qué tenías tantas ganas de dar un paseo en un día tan frío como hoy. —Olfateó el aire apreciativamente—. ¡Ah, me parece que huelo a chuletas de cordero! y se dirigió hacia el comedor a toda prisa.

Estaba en el umbral cuando se detuvo súbitamente, y jadeó como si se hallara a punto de ahogarse. Scanlon pasó junto a él y se sentó.

—Vamos —dijo, disfrutando al ver su rostro rojo como la grana—, siéntate. Hoy tenemos compañía. Ésta es Madeline, ésta es Rose y ésta, Blanche. Y él —se dirigió a las chicas, ya sentadas, y reparó con satisfacción en que la ruborizada Madeline había fijado una mirada llena de confusión en el plato que tenía delante— es mi pupilo, Max.

—¿Qué tal? —murmuró Max, con los ojos como platos—. Me alegro de conocerlos.

Rose y Blanche prorrumpieron en alegres saludos como respuesta, pero Madeline sólo levantó fugazmente los ojos y volvió a bajarlos.

La comida fue singularmente tranquila. Max, a pesar de que había pasado toda la tarde quejándose de estar hambriento, dejó que sus chuletas y puré de patata se enfriaran frente a él, mientras Madeline jugaba con su comida como si no supiera para qué servía. Scanlon y Beulah comieron bien y en silencio, intercambiando furtivas miradas entre bocado y bocado.

Scanlon se escabulló después de la cena, pues pensó, muy acertadamente, que en estas cuestiones se necesitaba el toque lleno de delicadeza de una mujer, y cuando Beulah se reunió con él en el estudio varias horas después, comprendió con una sola mirada que había acertado.

—He roto el hielo —dijo ella alegremente—, ahora se están contando la historia

de su vida y se llevan muy bien. Sin embargo, siguen asustados el uno del otro e insisten en sentarse en extremos opuestos de la habitación, pero esto pasará... y bastante pronto, por cierto.

—Hacen una pareja estupenda, ¿verdad, Beulah?

—La mejor que he visto. Y las pequeñas Rose y Blanche son unos ángeles. Acabo de meterlas en la cama.

Hubo un corto silencio, y después Beulah continuó en voz baja:

—Aquella fue la única ocasión en que tú tuviste razón y yo no, cuando trajiste a Max a casa y yo me opuse; pero aquella única vez vale por todo lo demás. Eres digno de tu querida madre, Jefferson.

Scanlon asintió con seriedad.

—Me gustaría poder hacer igualmente felices a todos los híbridos de la Tierra. ¡Sería algo tan sencillo! Si los tratáramos como humanos, en vez de como criminales, y les proporcionáramos hogares especialmente contruidos para ellos y calculados para su felicidad...

—Pues, ¿por qué, no lo haces tú? —interrumpió Beulah.

Scanlon miró con emoción a la vieja ama de llaves.

—Ahí es exactamente adonde quería ir a parar. —Su voz se convirtió en un murmullo soñador—. Piensa en ello. Una ciudad de híbridos, dirigida por ellos y para ellos, con sus propios funcionarios gubernativos, sus propias escuelas, y sus propios servicios públicos. Un pequeño mundo dentro de un mundo donde los híbridos pudieran considerarse como seres humanos... en vez de monstruos cercados y mal mirados por enormes multitudes de pura sangre.

Cogió su pipa y la llenó lentamente.

—El mundo tiene una deuda con *un* híbrido que nunca podrá ser pagada... y yo también la tengo. Voy a hacerlo. Voy a crear Ciudad Híbrida.

Aquella noche no se acostó. Las estrellas giraron en sus amplios círculos y por fin palidieron. El alba se insinuó y afirmó, pero Scanlon siguió inmóvil... soñando y planeando.

A los ochenta años, Jefferson Scanlon se conservaba bien. Su paso había perdido agilidad, y los hombros, su firmeza; pero su robusta salud no le fallaba, y la mente, bajo su mata de cabello, ahora tan blanco como el de cualquier híbrido, seguía trabajando con el mismo vigor.

Una vida feliz no envejece, y desde hacía cuarenta años, Scanlon había visto crecer Ciudad Híbrida, y en la contemplación, había encontrado la felicidad.

Ahora podía verla frente a sí, como un gran y hermoso cuadro, al mirar por la ventana. Una ciudad como una joya, con una población de poco más de mil habitantes, viviendo en quinientos kilómetros cuadrados de la fértil tierra de Ohio.

Casas pulcras y bien construidas, calles anchas y limpias, parques, teatros, colegios, almacenes... una ciudad modelo, reveladora de décadas de inteligente esfuerzo y cooperación.

La puerta se abrió a su espalda y reconoció los suaves pasos sin necesidad de volverse.

—¿Eres tú, Madeline?

—Sí, padre —pues ningún habitante de Ciudad Híbrida le conocía por otro nombre—. Max regresa con el señor Johanson.

—Estupendo. —Contempló a Madeline con ternura—. Hemos visto crecer a Ciudad Híbrida desde aquellas lejanas épocas, ¿verdad?

Madeline asintió y suspiró.

—No suspires, querida. Los años que le hemos dedicado han valido la pena. ¡Si Beulah hubiera vivido para verla ahora!

Movió la cabeza al pensar en la vieja ama de llaves, que había muerto hacía un cuarto de siglo.

—No pienses en cosas tan tristes —aconsejó Madeline por su parte—. Aquí llega el señor Johanson. Acuérdate de que es el cuadragésimo aniversario y un día feliz, no triste.

Charles B. Johanson era lo que se conoce como un hombre «musaraña». Es decir, era una persona inteligente, previsora, comparativamente bien versada en ciencias, pero que solía poner en práctica estas buenas cualidades sólo para mejorar sus propios intereses. Por consiguiente, llegó lejos en política y fue la primera persona designada para el recién creado Gabinete de Ciencia y Tecnología.

Su primer acto oficial era visitar al mayor científico e inventor del mundo, Jefferson Scanlon, que, a su avanzada edad, no tenía igual en los numerosos y útiles inventos que cada año presentaba al Gobierno. Ciudad Híbrida supuso una considerable sorpresa para él. En el mundo exterior se sabía bastante vagamente que la ciudad existía, y se consideraba como un *hobby* del anciano científico, una excentricidad inofensiva. Johanson encontró que era un proyecto muy bien realizado de siniestras implicaciones.

Sin embargo, cuando entró en la habitación de Scanlon en compañía de su antiguo guía, Max, su actitud fue de franca cordialidad y ocultó muy bien ciertos pensamientos que pasaban por su mente.

—Ah, Johanson —saludó Scanlon—, ha vuelto. ¿Qué opina de todo esto? —Dibujó una amplia curva con el brazo.

—Es sorprendente..., algo maravilloso de ver —le aseguró Johanson.

Scanlon soltó una risita.

—Me alegro de oírlo. Actualmente tenemos una población de 1.154 habitantes,

que aumenta cada día. Ya ha visto lo que hemos hecho hasta ahora, pero eso no es nada comparado con lo que haremos en el futuro... incluso después de mi muerte. Sin embargo, hay una cosa que deseo ver realizada *antes* de morir y para eso necesito su ayuda.

—¿De qué se trata? —Inquirió cautelosamente el secretario del Gabinete de Ciencia y Tecnología.

—Sólo esto. Que usted garantice medidas que proporcionen a estos híbridos, a estos mestizos despreciados desde hace demasiado tiempo, una completa igualdad, política, legal, económica y social, con los terrícolas y los marcianos.

Johanson vaciló.

—Sería algo muy difícil. Existe una cierta cantidad de prejuicios, quizá comprensibles; contra ellos, y hasta que podamos convencer a la Tierra de que los híbridos se merecen la igualdad... —mover la cabeza dubitativamente.

—¡Se la merecen! —exclamó Scanlon con vehemencia—. Se merecen mucho más. Soy *moderado* en mis peticiones.

Al oír estas palabras, Max, sentado silenciosamente en un rincón, levantó la mirada y se mordió el labio, pero no dijo nada y Scanlon continuó:

—Ustedes no conocen el verdadero valor de estos híbridos. Reúnen lo mejor de la Tierra y lo mejor de Marte. Poseen el poder racional frío y analítico de los marcianos, junto con el instinto emocional y la inagotable energía de los terrícolas. En cuanto a su inteligencia se refiere, son superiores a usted y a mí, todos y cada uno de ellos. Yo sólo pido igualdad.

El secretario sonrió de forma conciliadora.

—Es posible que su celo le engañe, mi querido Scanlon.

—No me engaña. ¿Cómo cree que he inventado tantos aparatos de éxito..., como el campo gravitacional que creé hace unos años? ¿Cree que hubiera podido hacerlo sin mis ayudantes híbridos? Fue Max, aquí presente —Max bajó los ojos ante la repentina mirada penetrante del miembro del gabinete—, el que dio el último toque a mi descubrimiento de la energía atómica.

Scanlon olvidó toda cautela, a medida que se iba excitando.

—Pregúnteselo al profesor Whitsun de Stanford y se lo dirá. Es una autoridad mundial en psicología y sabe lo que se dice. *Estudió* a los híbridos y le dirá que ellos son la raza *futura* del sistema solar, destinada a arrebatarnos la supremacía a los pura sangre con la misma seguridad que la noche sucede al día ¿No cree usted que se merecen igualdad en ese caso?

—Sí, sí que lo creo... definitivamente —replicó Johanson. Había un extraño brillo en sus ojos y una sonrisa torcida en sus labios—. Esto tiene gran importancia, Scanlon. Me ocuparé de ello inmediatamente. Tan inmediatamente, de hecho, que me parece preferible irme dentro de media hora, para alcanzar el estratocoche de las 2.10.

Apenas se había ido Johanson, cuando Max se aproximó a Scanlon y exclamó sin ningún preámbulo:

—Hay algo que quiero enseñarte, padre..., algo que no has sabido hasta ahora.

Scanlon le contempló con sorpresa.

—¿A qué te refieres?

—Ven conmigo, por favor, padre. Te lo explicaré. —Su grave expresión era casi atemorizadora.

Madeline se unió a ellos en la puerta y, a un signo de Max, pareció hacerse cargo de la situación. No dijo nada, pero sus ojos se volvieron tristes y las aneas de su frente parecieron hacerse más profundas.

En el más completo silencio, los tres entraron en el coche que les esperaba y atravesaron velozmente la ciudad en dirección a la Colina de los Bosques. Cuando se encontraron sobre el lago Clare, descendieron de nuevo hasta el pie de la colina.

Un híbrido alto y corpulento se cuadró al ver aterrizar el automóvil, y se sobresaltó al ver a Scanlon.

—Buenas tardes, padre —murmuró respetuosamente, y dirigió una interrogadora mirada a Max al hacerlo.

—Buenas tardes, Emmanuel —contestó con distracción Scanlon. De pronto se fijó en una abertura sabiamente disimulada que conducía al interior de la colina.

Max le hizo señas de que le siguiera y entró en un pasadizo que, al cabo de cien metros, se abría en una caverna hecha por el hombre. Scanlon se detuvo con estupefacción, pues ante él se hallaban tres gigantescas naves espaciales, de un reluciente blanco-plateado y equipadas, tal como observó fácilmente, con los últimos adelantos de la energía atómica.

—Lamento, padre —dijo Max—, que todo esto se haya hecho sin estar tú enterado. Es el único caso en la historia de Ciudad Híbrida. —Scanlon parecía oírle apenas; estaba completamente aturdido, y Max prosiguió—: La del centro es la nave capitana... la *Jefferson Scanlon*; la de la derecha es la *Beulah Goodkin*, y la de la izquierda, la *Madeline*.

Scanlon se recobró de su estupefacción.

—Pero ¿qué significa todo esto y por qué tanto secreto?

—Estas naves se encuentran preparadas desde hace cinco años, completamente aprovisionadas y llenas de combustible, listas para una partida inmediata. Esta noche, dejaremos la ladera de la colina y nos dirigiremos a Venus... No te lo habíamos dicho hasta ahora porque no queríamos perturbar tu paz de espíritu con una calamidad que consideramos inevitable desde hace tiempo. Pensamos que quizá —su voz se hizo casi inaudible— fuera posible posponer su realización hasta que tú ya no estuvieras con nosotros.

—Explícate —gritó de repente Scanlon—. Quiero saber todos los detalles. ¿Por qué os vais cuando estoy seguro de obtener una completa igualdad para vosotros?

—Exactamente —contestó Max con tristeza—. Tus palabras a Johanson han precipitado los acontecimientos. Mientras los terrícolas y los marcianos nos consideraban diferentes e inferiores, nos despreciaban y toleraban, tú has dicho a Johanson que éramos superiores y que pronto superaríamos a la humanidad. Ahora no tienen otra alternativa más que odiarnos. Ya no habrá más tolerancia; esto puedo asegurártelo. Nos vamos antes de que estalle la tormenta.

Los ojos del anciano se fueron agrandando a medida que la verdad de las afirmaciones de Max se le hacía evidente.

—Comprendo. He de ponerme en contacto con Johanson. Quizá podamos reparar esta horrible equivocación. —Se dio una palmada en la frente.

—Oh, Max —intervino Madeline, llorando—, ¿por qué no vas al grano? Queremos que vengas con nosotros, padre. En Venus, que está tan escasamente poblado, encontraremos un lugar donde podamos vivir en paz durante un tiempo ilimitado. Estableceremos nuestra nación, libre y exenta de trabas, poderosa en nuestro propio derecho, y sin depender más de...

Su voz se desvaneció y miró ansiosamente el rostro de Scanlon, que ahora estaba demacrado y macilento.

—No —murmuró—, ¡no! Mi lugar está aquí, con los míos. Id, hijos míos, y estableced vuestra nación. Al final, vuestros descendientes regirán el sistema. Pero yo..., yo me quedaré aquí.

—Entonces yo también me quedaré —insistió Max—. Tú eres viejo y alguien ha de cuidarte. Te debo mi vida más de una docena de veces.

Scanlon movió la cabeza firmemente.

—No necesitaré a nadie. Dayton no está lejos. Ya me cuidarán bien allí o en cualquier otro sitio donde vaya. Tu raza te necesita, Max. Eres su líder. ¡Marchaos!

Scanlon vagaba sin rumbo por las calles desiertas de Ciudad Híbrida y trataba de dominarse. Era duro. Ayer, había celebrado el cuadragésimo aniversario de su fundación... estaba en la cima de su prosperidad. Hoy, era una ciudad abandonada.

Sin embargo, cosa extraña, se sentía lleno de júbilo. Su sueño había sido destrozado... pero sólo para dar paso a un sueño más brillante. Había recogido a unos niños abandonados y elevado a una raza en su juventud, y por ello algún día se le reconocería como el fundador de la *super-raza*.

Su creación dominaría algún día el sistema. La energía atómica, los anuladores de la gravedad, todo le pareció insignificante. Ésta era su verdadera aportación al universo.

Así, pensó, era como debían sentirse los dioses.

Igual que en Un arma demasiado horrible para emplear, el relato trataba de los prejuicios raciales a escala interplanetaria. He insistido frecuentemente sobre este tema... algo nada sorprendente en un judío que vivía en la era de Hitler.

Una vez más, se revela mi ingenuidad, puesto que no sólo sostenía la existencia de una raza inteligente en Marte, donde tal cosa es completamente inverosímil, y más en 1939, sino que los marcianos se parecían lo bastante a los terrícolas como para hacer posible un cruce entre ambos. (Sólo puedo sacudir la cabeza con fatiga. Sabía más en 1939; realmente sabía más. Pero me limité a adoptar los gastados clichés de la ciencia ficción, eso es todo. Eventualmente, cesé de hacerlo.)

Mi tratamiento de la energía atómica también fue primitivo en extremo, y también sabía más que todo esto, a pesar de que cuando escribí el relato, la fisión del uranio aún no había sido descubierta. La misteriosa referencia del híbrido a «una función de $x^2 + y^2 + z^2$ » sólo significa que, poco tiempo antes, había estudiado geometría analítica en Columbia y alardeaba de saber la ecuación de la esfera.

Éste fue el primer relato en el que traté de introducir el elemento romántico, aunque con moderación. Tenía que ser un fracaso. Cuando escribí esta historia, aún no había salido nunca con una chica.

Y no obstante, la mayor confusión, en un relato lleno de ellas, fue la siguiente línea en el séptimo párrafo: «... Por él, se había convertido en un hombre mayor a los treinta años —el primer ardor de la juventud ya hacía tiempo que había desaparecido—...»

Bueno, lo escribí a los diecinueve años. Entonces creía que el primer ardor de la juventud desaparecía al llegar a los treinta. Desde luego, ahora pienso de otra forma, pues, más de treinta años después, creo que aún estoy en el primer ardor de la juventud.

Sin embargo, existía una razón para felicitarme a mí mismo en relación con Mestizo. Mi cuarto relato publicado, fue el más largo que había aparecido hasta entonces. Con una extensión de nueve mil palabras, constó en el índice como una «novela corta», mi primer relato de esta clase que fue publicado.

Mi nombre también apareció en la portada de la revista. Era la primera vez que eso ocurría.

Casi inmediatamente de terminar Mestizo, empecé El sentido secreto, sometiéndolo a John Campbell el 21 de junio de 1939, y volviéndolo a recibir el 28. Pohl tampoco pudo venderlo.

Sin embargo, hacia finales de 1940, aparecieron un par de revistas gemelas, Cosmic Stories y Stirring Science Stories, con Don Wollheim, un futurista, como editor. No obstante, las revistas empezaban con un presupuesto muy reducido y el único modo de sacarlas adelante era consiguiendo relatos gratis... por lo menos en los primeros números. Para ello, Wollheim apeló a los futuristas y salió del trance. Los primeros números consistieron enteramente (me parece) en relatos escritos por futuristas, bajo sus propios nombres o seudónimos.

También fue solicitada mi ayuda, y como en aquel tiempo estaba convencido de que no lograría vender El sentido secreto en ningún sitio, se lo regalé a Wollheim, que lo aceptó enseguida.

Eso fue todo, a excepción de que, en aquellos días, aún aparecería otra revista, Comet Stories, dirigida por F. Orlin Tremaine, que había sido el predecesor de Campbell en Astounding.

Fui a ver a Tremaine varias veces, pues pensé que podría venderle uno o dos relatos. En la segunda visita, el 5 de diciembre de 1940, Tremaine habló con cierto acaloramiento sobre las revistas de Wollheim. Mientras él pagaba elevados precios, dijo, Wollheim conseguía relatos gratis y con ellos publicaría unas revistas que robarían lectores a las que pagaban. Cualquier autor que donara relatos a Wollheim, y por lo tanto contribuyera a la destrucción de revistas rivales que pagaban, pasarían a formar parte de una lista negra de la especialidad.

Lo oí con horror, sabiendo que yo había donado un relato gratis. Pensé que aquella narración no valía nada, pero no se me ocurrió que estaba socavando a otros autores al establecer una competencia desleal.

No tuve el valor de decir a Tremaine que yo era uno de los culpables, pero en cuanto llegué a casa, escribí a Wollheim pidiéndole que aceptara una de estas dos alternativas: o publicaba el relato bajo un seudónimo para que mi culpabilidad permaneciera oculta, o, si insistía en usar mi nombre, tenía que pagarme cinco dólares a fin de que, si algún día surgía la cuestión, yo pudiera negar honestamente que había dado el relato gratis.

Wollheim decidió usar mi nombre y me envió un cheque de cinco dólares, pero lo hizo con notables malos modos (y que conste que en aquellos días no se le conocía por la suavidad de su carácter). Acompañó el cheque con una airada carta en la que, en parte, decía que me pagaba un enorme precio por palabra, pues mi nombre era lo único que tenía valor y por él recibía 2.50 dólares por palabra. Es posible que tuviera razón. En tal caso, el precio por palabra fue realmente un récord, que no he superado hasta la fecha. Por otro lado, el pago total también estableció un récord. Por ningún otro relato he cobrado un precio tan bajo.

Años más tarde, el conocido historiador de la ciencia ficción Sam Moskowitz escribió una corta biografía mía, que apareció en el Amazing de abril de 1962. En

ella describe una versión de los sucesos antes relatados y declara equivocadamente que fue John Campbell el que se encolerizó a causa de la donación de relatos gratis y que fue él quien me amenazó con la lista negra.

¡No fue así!

Campbell no tuvo nada que ver con ello y, lo que es más, hubiera sido incapaz de hacer una amenaza. Si hubiera sabido con anticipación que yo quería donar un relato gratis a la publicación rival, me hubiera hecho ver mi estupidez de forma totalmente amistosa y la cuestión hubiera terminado ahí.

De hecho, aunque traté de ocultar mi culpabilidad a Tremaine, no intenté hacerlo con Campbell. En la próxima visita que le hice, el 16 de diciembre de 1940, se lo confesé todo, y él no concedió ninguna importancia a lo ocurrido.

Me imagino que Campbell estaba seguro de que ninguna revista que dependiera de donaciones gratis podría durar mucho, puesto que los relatos así conseguidos ya habían sido rechazados por todas las demás. Y tenía razón. Cosmic Stories sólo publicó tres números, y Stirring Science Stories, cuatro. El sentido secreto fue el único relato mío que publicaron.

En cuanto a Comet Stories, publicó cinco números, y aunque Tremaine estuvo a punto de aceptar un par de mis relatos, no llegó a comprarme ninguno.

EL SENTIDO SECRETO

Las rítmicas notas de un vals de Strauss llenaban la estancia. La música crecía y decrecía bajo los sensibles dedos de Lincoln Fields, y a través de sus ojos entornados casi veía a unas figuras que danzaban y evolucionaban sobre el suelo encerado de algún lujoso salón.

La música siempre le afectaba de este modo. Llenaba su mente con sueños de una extraña belleza y transformaba su habitación en un paraíso de sonido. Sus manos se deslizaron sobre el piano en las últimas y deliciosas combinaciones de tonos y después aminoraron la velocidad de mala gana y se detuvieron.

Suspiró y permaneció un momento en absoluto silencio, como si intentara extraer la última esencia de belleza a los ecos desfallecientes. Después, se volvió y sonrió débilmente al otro ocupante de la habitación.

Garth Jan sonrió a su vez, pero no dijo nada. Garth sentía un gran afecto hacia Lincoln Fields, aunque no le comprendía. Eran mundos aparte —literalmente—, pues Garth procedía de las gigantescas ciudades subterráneas de Marte y Fields era el producto de la gran urbe terrestre de Nueva York.

—¿Qué te ha parecido eso, Garth, viejo amigo? —inquirió Fields, dubitativamente.

Garth sacudió la cabeza. Habló con el esmero y precisión con que solía hacerlo.

—He escuchado atentamente y, en honor a la verdad, he de decir que no ha sido desagradable. Tiene un cierto ritmo, una cadencia de notas que, en realidad, es tranquilizante. Pero ¿hermoso? ¡No!

Los ojos de Fields expresaron una compasión intensamente dolorosa. El marciano vio la mirada y comprendió su significado, pero no hubo ningún destello de envidia como respuesta. Su huesuda y gigantesca figura siguió doblada en una silla que era demasiado pequeña para él mientras una de sus delgadas piernas se balanceaba hacia delante y hacia atrás.

Fields saltó impetuosamente de su asiento y agarró a su compañero por el brazo.

—¡Ven! Siéntate tú en el banco.

Garth obedeció jovialmente.

—Veo que quieres llevar a cabo un pequeño experimento.

—Lo has adivinado. He leído trabajos científicos que trataban de explicar las diferencias entre los sentidos de los terrícolas y los marcianos, pero nunca he logrado entenderlas del todo.

Tocó las notas do y fa en una sola octava y miró interrogativamente al marciano.

—Si existe una diferencia —dijo Garth dubitativamente—, es muy ligera. De no haber prestado mucha atención, hubiera dicho que habías tocado dos veces la misma nota.

El terrícola se asombró.

—¿Cómo es posible? —Tocó el do y el sol.

—Esta vez sí que he distinguido la diferencia.

—Bueno, supongo que todo lo que dicen sobre tu pueblo es cierto. Pobres de vosotros... ¡Tener un sentido del oído tan imperfecto! No sabéis lo que os perdéis.

El marciano se encogió filosóficamente de hombros.

—No se echa de menos lo que nunca se ha tenido.

Garth Jan rompió el corto silencio que siguió:

—¿Te das cuenta de que este periodo de la historia es el primero en que dos razas inteligentes han podido comunicarse entre sí? La comparación del aparato sensitivo es muy interesante... y amplía mucho las opiniones que uno tiene sobre la vida.

—Es verdad —convino el terrícola—, aunque, al parecer, nosotros tenemos todas las ventajas de la comparación. El mes pasado, un biólogo terrícola declaró su extrañeza ante el hecho de que una raza tan pobremente dotada en materia de percepción sensitiva hubiera podido desarrollar una civilización tan adelantada como la vuestra.

—Todo es relativo, Lincoln. Lo que tenemos es bastante para nosotros.

Fields sintió que le embargaba una turbación creciente.

—Pero, Garth, si por lo menos *supieras* lo que te pierdes...

»Nunca has visto las bellezas de una puesta de sol, o de un campo de flores. No puedes admirar el azul del cielo, el verde de la hierba, el amarillo del maíz tierno. Para ti, el mundo consiste en sombras de luz y oscuridad —se estremeció al pensarlo—. No puedes oler una flor o apreciar su delicado perfume. Ni siquiera puedes disfrutar de algo tan simple como una buena y sabrosa comida. No tienes gusto, ni olfato, ni distingues los colores. Me compadezco de tu mundo opaco.

—Lo que dices es absurdo, Lincoln. No malgastes tu compasión conmigo, porque soy tan feliz como tú. Se levantó y cogió su bastón, necesario en el campo gravitacional mucho mayor de la Tierra.

—No debes juzgarnos con tanta superioridad, ¿sabes?

Al parecer, aquél era el aspecto más importante de la cuestión.

—Nosotros —añadió— no alardeamos de ciertas perfecciones de nuestra raza, sobre las cuales no sabéis nada.

Y entonces, como si lamentara profundamente sus palabras, una mueca de ironía distendió su rostro, y se dirigió hacia la puerta.

Fields permaneció asombrado y pensativo durante un momento y después se

levantó de un salto y corrió tras el marciano, que avanzaba lentamente hacia la salida. Asió a Garth por los hombros e insistió para que volviera.

—¿A qué te referías con tu última observación?

El marciano volvió la cara, como si no fuera capaz de encararse con su interrogador.

—Olvídalo, Lincoln. No ha sido más que un momento de indiscreción, cuando tu piedad me ha puesto nervioso.

Fields le lanzó una penetrante mirada.

—Es verdad, ¿no? Es lógico que los marcianos posean sentidos que los terrícolas no tengan, pero es irracional que tu pueblo quiera mantenerlo en secreto.

—Es lo que debe ser. Pero ahora que mi propia estupidez me ha descubierto, quizá estés de acuerdo en no divulgarlo.

—¡Naturalmente! Seré tan discreto como una tumba, aunque que me maten si puedo hacer algo con este secreto. Dime, ¿de qué naturaleza es este sentido secreto vuestro?

Garth Jan se encogió de hombros con indiferencia.

—¿Cómo puedo explicártelo? ¿Acaso tú puedes definirme el color, a mí, que ni siquiera soy capaz de concebirlo?

—No te pido una definición. Dime qué usos tiene. Por favor —asió al otro por el hombro—, puedes hacerlo. Te he prometido guardar el secreto.

El marciano suspiró fuertemente.

—No te servirá de mucho. ¿Te satisfaría saber que si me enseñaras dos recipientes, ambos llenos de un líquido claro, yo podría decirte enseguida cuál de los dos era venenoso? ¿O, si me enseñaras un alambre de cobre, podría decirte instantáneamente si pasaba corriente eléctrica por él, aunque fuera tan pequeña como una milésima de amperio? ¿O que podría decirte la temperatura de cualquier sustancia, con un margen de error de sólo tres grados, aunque la mantuvieras a cinco metros de distancia? ¿O que podría...? Bueno, ya he dicho suficiente.

—¿Eso es todo? —preguntó Fields, con una exclamación desilusionada.

—¿Qué más quieres? —Todo lo que has descrito es muy útil... pero ¿qué belleza encierra? ¿Acaso este extraño sentido vuestro no tiene valor para el espíritu así como para el cuerpo?

Garth Jan hizo un movimiento de impaciencia.

—Realmente, Lincoln, hablas sin pensar. No he hecho más que contestar a lo que me has preguntado..., los usos de este sentido. No pretendía explicar su naturaleza. Toma tu sentido del color. En lo que a mí concierne, el único uso que tiene es hacer ciertas distinciones que yo no puedo. Por ejemplo, tú puedes identificar ciertas soluciones químicas por medio de algo que llamas color, mientras que yo tendría que realizar un análisis químico. ¿Qué belleza encierra?

Fields abrió la boca para hablar, pero el marciano le hizo un irritado gesto para que guardara silencio.

—Ya lo sé. Vas a balbucear tonterías sobre puestas de sol o algo parecido. Pero ¿qué sabes tú de la belleza? ¿Has sabido alguna vez lo que es presenciar la belleza de los alambres de cobre desnudos cuando se conecta una corriente alterna? ¿Has percibido la delicada belleza de las corrientes inducidas dentro de un selenoide cuando se pasa un imán a través de él? ¿Has asistido alguna vez a un *portwem* marciano?

Los ojos de Garth Jan se habían empañado al evocar estos pensamientos, y Fields le contemplaba con la estupefacción más profunda. Ahora las cosas habían cambiado y su sentido de superioridad le abandonó de repente.

—Cada raza tiene sus propios atributos —murmuró con un fatalismo que encerraba algo de hipocresía—, pero no veo la razón de que los guardéis en un secreto tan absoluto. Nosotros, los terrícolas, no tenemos secretos para vuestra raza.

—No nos acuses de ingratitud —exclamó Garth Jan con vehemencia. Según el código marciano de la ética, la ingratitud era el supremo vicio, y ante la insinuación, la cautela de Garth se desvaneció—. Nosotros, los marcianos, nunca actuamos sin una razón. Y desde luego no es por nuestro propio bien por lo que ocultamos esta magnífica facultad.

El terrícola sonrió burlonamente. Se hallaba sobre la pista de algo —lo notaba en sus huesos— y la única forma de averiguarlo era por medio de *bromas*.

—No dudo de que hay algún motivo noble detrás de todo esto. Tu raza posee el extraño atributo de encontrar siempre algún motivo altruista para sus acciones.

Garth Jan se mordió los labios coléricamente.

—No tienes derecho a decir algo así.

Por un momento pensó en alegar la inquietud sobre la futura paz de espíritu de Fields como una razón para guardar silencio, pero la burlesca referencia de éste al «altruismo» lo hacía imposible. Un sentimiento de ira le dominó gradualmente y eso reforzó su decisión.

No existía equivocación posible sobre la nota de frígida enemistad que contenía su voz.

—Te lo explicaré por analogía.

El marciano mantuvo la vista fija enfrente suyo mientras hablaba, con los ojos medio cerrados.

—Me has dicho que vivo en un mundo compuesto tan sólo por sombras de luz y oscuridad. Tratas de describir un mundo exclusivo tuyo compuesto por infinita variedad y belleza. Escucho, pero no me importa demasiado. Nunca lo he conocido y nunca podré conocerlo. No se llora por la pérdida de algo que nunca se ha tenido.

»Pero... ¿qué pasaría si pudieras conferirme la facultad de ver el color durante cinco minutos? ¿Qué pasaría si, durante cinco minutos, me deleitara en maravillas con las que nunca había soñado? ¿Qué pasaría si, después de estos cinco minutos, tuviera que renunciar a ello *para siempre*? ¿Compensarían esos cinco minutos de paraíso la vida de pesar que seguiría... una vida de descontento a causa de mis propias deficiencias? ¿No hubiera sido mucho mejor no hablarme nunca del color, evitando así su tentación siempre presente?

Fields se había puesto en pie durante la última parte del discurso del marciano y sus ojos se abrieron de golpe con una violenta suposición.

—¿Quieres decir que un terrícola podría poseer el sentido marciano si así lo deseara?

—Durante cinco minutos en el curso de la vida —los ojos de Garth Jan eran soñadores—, y en estos cinco minutos percibiría...

Se interrumpió confundido y miró agriamente a su compañero.

—Tú sabes mejor lo que te conviene. Procura no olvidar tu promesa.

Se levantó apresuradamente y se escabulló con la mayor rapidez que le fue posible, apoyándose sobre el bastón con fuerza. Lincoln Fields no trató de detenerle. Se limitó a permanecer donde estaba y a reflexionar.

La gran altura de la caverna envolvía el techo en una velada oscuridad en la que a intervalos determinados, flotaban luminosos globos de rayos. El aire, calentado por un estrato volcánico subterráneo, se esparcía suavemente. Ante Lincoln Fields se extendía la ancha y pavimentada avenida de la principal ciudad de Marte, que se desvanecía en la distancia.

Caminó torpemente hacia la entrada del hogar de Garth Jan, con el manifiesto estorbo de una capa de quince centímetros de plomo unida a cada uno de sus zapatos. Pero esto era mucho mejor que los incontrolables saltos a que sometía la gravedad más ligera a los músculos terrestres.

El marciano se sorprendió al ver a su amigo de seis meses atrás, pero no demostró alegría. Fields no dejó de observarlo, pero se limitó a sonreír interiormente. Una vez cumplidas las primeras formalidades y hechos los comentarios convencionales, los dos se sentaron.

Fields aplastó el cigarrillo en un cenicero y se enderezó en su asiento, repentinamente serio.

—¡He venido a solicitar esos cinco minutos que dices poder darme! ¿Puedo tenerlos?

—¿Es una pregunta retórica? Por lo menos, no parece requerir ninguna respuesta.

—El tono de Garth era abiertamente despectivo.

El terrícola lo consideró pensativamente.

—¿Te importa que defina mi posición en unas cuantas palabras?

El marciano sonrió con indiferencia.

—No servirá de nada —dijo.

—Me arriesgaré. La situación es ésta: he nacido y crecido rodeado de lujos y me han consentido de la manera más repugnante. Aún no he tenido un deseo razonable que no haya podido realizar, y no sé lo que significa *no* conseguir lo que quiero. ¿Lo entiendes?

No hubo respuesta y prosiguió:

—He hallado la felicidad en vistas hermosas, palabras hermosas y sonidos hermosos. He practicado un culto a la belleza. En una palabra, soy un esteta.

—Muy interesante —la pétrea expresión del marciano no cambió ni un átomo—, pero ¿qué relación tiene todo esto con el problema que tratamos?

—Es muy sencillo: harías de una nueva forma de belleza, una forma desconocida para mí hasta ahora e incluso totalmente inconcebible, pero que podría conocerse si así se desea. La idea me atrae. Más que atraerme... me domina. Vuelvo a recordarte que cuando una idea se apodera de mí, me doblego..., siempre lo hago.

—No eres el amo en este caso —recordó Garth Jan, Es grosero por mi parte recordártelo, pero no puedes forzarme, ya lo sabes. De hecho, tus palabras son casi ofensivas en sus implicaciones.

—Me alegro de que hayas dicho eso, pues así yo también puedo ser grosero sin tener remordimientos de conciencia.

La única contestación de Garth Jan a esto fue una sonrisa de confianza en sí mismo.

—Te lo exijo —dijo Fields, lentamente—, en nombre de la gratitud.

—¿Gratitud? —El marciano se sorprendió violentamente.

Fields sonrió

—Es una apelación a la que ningún marciano honorable puede negarse... por vuestra propia ética. Y tú me debes gratitud porque a través de mí lograste entrar en las casas de los hombres más importantes y nobles de la Tierra.

—Ya lo sé. —Garth Jan enrojeció de ira—. Eres un mal educado al recordármelo.

—No tenía elección. Tú reconociste la gratitud que me debías, allí en la Tierra. Yo solicito la oportunidad de poseer este misterioso sentido que mantenéis tan en secreto... en nombre de esta gratitud reconocida. ¿Puedes negarte ahora?

—Ya sabes que no —fue la sombría respuesta—. No dudaba mas que por tu propio bien.

El marciano se levantó y alzó la mano con gravedad.

—Me tienes asido por el cuello, Lincoln. Está hecho. Pero, después, no te deberé nada más. Esto saldrá mi deuda de gratitud. ¿De acuerdo?

—¡De acuerdo! —Ambos se estrecharon la mano y Lincoln Fields prosiguió en

un tono completamente distinto—: Sin embargo, seguiremos siendo amigos, ¿no? Este pequeño altercado no estropeará las cosas, ¿verdad?

—Espero que no. ¡Vamos! Reúnete conmigo a la hora de la cena y discutiremos el momento y el lugar para tus... er... cinco minutos.

Lincoln Fields se esforzó en calmar la inquietud que le embargaba mientras esperaba en la habitación «de conciertos» particular de Garth Jan. Experimentó un súbito deseo de reír al ocurrírsele la idea de que solía sentirse exactamente igual en la sala de espera de un dentista.

Encendió su décimo cigarrillo, dio dos chupadas y lo tiró.

—Estás haciendo todo esto de forma muy complicada, Garth.

El marciano se encogió de hombros.

—Sólo dispones de cinco minutos y yo debo procurar que los emplees de la mejor manera posible. Vas a oír parte de un *portwem*, que para nuestro sentido es el equivalente a gran sinfonía (¿es ésta la palabra?).

—¿Tenemos que esperar mucho más? El *suspense*, para decir una trivialidad, es horrible.

—Estamos esperando a Novi Lon, que tocará el *portwem*, y a Done Vol, mi médico particular. Pronto llegarán.

Fields paseó la mirada sobre el estrado de poca altura que ocupaba el centro de la habitación y contempló el intrincado mecanismo que había encima con curioso interés. La parte anterior estaba encerrada en brillante aluminio, dejando sólo al descubierto siete hileras de relucientes botones negros arriba y cinco grandes pedales abajo. Sin embargo, por detrás estaba abierto, y dentro se cruzaban y entrecruzaban alambres finísimos en senderos increíblemente complicados.

—Es una cosa muy curiosa —observó el terrícola.

El marciano subió también al estrado.

—Es un instrumento muy caro. Me costó diez mil créditos marcianos.

—¿Cómo funciona?

—Casi igual que un piano en la Tierra. Cada uno de los botones superiores controla un circuito eléctrico diferente. Manipulando los botones, uno a uno, o juntos, un experto músico de *portwem* puede formar cualquier patrón concebible de corriente eléctrica. Los pedales de debajo controlan la intensidad de la corriente.

Fields asintió distraídamente y deslizó los dedos, al azar, sobre el teclado. Vio cómo el pequeño galvanómetro, localizado justo encima de las teclas, oscilaba violentamente cada vez que apretaba un botón. Aparte de esto, no percibió nada.

—¿Es verdad que el instrumento está tocando?

El marciano sonrió.

—Sí, así es. Y una serie de atroces discordancias, además.

Tomó asiento frente al instrumento y murmuró:

—Se hace así.

Sus dedos rozaron rápida y expertamente los brillantes botones.

El sonido de una chillona voz marciana que gritaba con acentos estridentes le interrumpió, y Garth Jan se detuvo con súbita confusión.

—Es Novi Lon —dijo apresuradamente a Fields—. Como de costumbre, no le gusta mi forma de tocar.

Fields se levantó para saludar al recién llegado. Tenía, los hombros encorvados y no había duda de que contaba una edad avanzada. Un fino trazado de arrugas, especialmente alrededor de los ojos y la boca, cubría su rostro.

—Así que éste es el joven terrícola —exclamó, en un inglés con marcado acento—. Desapruebo su irreflexión, pero simpatizo con su deseo de asistir a un *portwem*. Es una lástima que no pueda disfrutar de nuestro sentido más que cinco minutos. Sin él, nadie puede decir sinceramente que ha vivido.

Garth Jan se echó a reír.

—Exagera, Lincoln. Es uno de los mejores músicos de Marte y cree que cualquiera que prefiera respirar a oír un *portwem* merece la condenación eterna. —Abrazó cariñosamente al anciano—. Fue mi profesor en mi juventud y pasó muchas horas esforzándose en enseñarme las mejores combinaciones de circuitos.

—Y al final he fracasado, zopenco —dijo el viejo marciano—. He oído tus intentos al entrar. Aún no has aprendido la combinación *fortgass* correcta. Estabas profanando el alma del gran Bar Danin. ¡Mi alumno! ¡Bah! ¡Es una vergüenza!

La entrada del tercer marciano, Done Vol, impidió a Novi Lon continuar con su diatriba. Garth, satisfecho de aquel descanso momentáneo, se apresuró a acercarse al médico.

—¿Todo listo?

—Sí —gruñó Vol con mal humor— y será un experimento particularmente interesante. Sabemos todos los resultados por adelantado. —Su mirada cayó sobre el terrícola, al que observó coléricamente—. ¿Es éste el que quiere ser inoculado?

Lincoln Fields afirmó con impaciencia y sintió que de pronto se le secaban la garganta y la boca. Observó al recién llegado con incertidumbre y se sintió intranquilo al ver una diminuta botella de líquido claro y una hipodérmica que el médico había extraído del maletín que llevaba.

—¿Qué va usted a hacer? —inquirió.

—Nada más que inocularte. Sólo tardará un segundo —le aseguró Garth Jan—. Verás, en este caso los órganos sensitivos son varios grupos de células de la corteza del cerebro. Están activados por una hormona, una preparación sintética que se emplea para estimular las células durmientes del ocasional marciano que ha nacido... er... «ciego». Tú recibirás el mismo tratamiento.

—¡Oh...! ¿Así que los terrícolas poseen esas células corticales?

—En un estado muy rudimentario. La hormona concentrada las activará, pero sólo durante cinco minutos. Después de este tiempo, literalmente se apagan como resultado de su inusitada actividad. Luego ya no pueden ser reactivadas en *ninguna* circunstancia.

Done Vol terminó los preparativos de último momento y se acercó a Fields. Sin una palabra, Fields extendió el brazo derecho y la hipodérmica se hundió en él.

Una vez concluida la operación, el terrícola esperó uno o dos minutos y soltó una carcajada temblorosa.

—No siento ningún cambio.

—No lo sentirás hasta dentro de diez minutos —explicó Garth—. Lleva tiempo. Siéntate cómodamente y descansa. Novi Lon ha empezado *Canales en el desierto*, de Bar Danin, es mi favorito, y cuando la hormona empiece su trabajo, estarás en la gloria.

Ahora que la suerte estaba echada, Fields se sentía insensiblemente tranquilo. Novi Lon tocaba sin cesar, y Garth Jan, a la derecha del terrícola, se hallaba sumido en la composición. Incluso Done Vol, el irritable médico había olvidado su mal genio por el momento.

Fields sonrió disimuladamente para sí. Los marcianos escuchaban con atención, pero para él la habitación estaba desprovista de sonido y... casi de cualquier otra sensación. Pero —no, era imposible, desde luego— ¿y si todo aquello no fuera más que una broma? Se removió con inquietud en su asiento y desechó la idea de su mente.

Los minutos pasaban; los dedos de Novi Lon volaban; la expresión de Garth Jan revelaba genuino placer.

Entonces Lincoln Fields parpadeó rápidamente. Por un momento una aureola de color pareció rodear al músico y su instrumento. No podía identificarlo... pero estaba allí. Aumentó y se extendió hasta que la estancia estuvo llena de aquello. Otros matices vinieron a sumársele y después otros. Se entrelazaban y ondeaban; dilatándose y contrayéndose; cambiando con velocidad de relámpago y permaneciendo igual. Se formaban intrincados patrones de brillantes tintas para desaparecer en seguida, estallando en silenciosas explosiones de colorante los ojos del joven.

Simultáneamente, se produjo la impresión de sonido. A partir de un susurro, creció hasta convertirse en un glorioso y resonante grito que recorrió la escala en todas direcciones en trepidantes trémolos. Creía oír todos los instrumentos, desde el flautín hasta el contrabajo, simultáneamente, y sin embargo, paradójicamente, cada uno de ellos sonaba en su oído con solitaria claridad.

Y junto a esto, se produjo la sensación aún más sutil del olor. Desde una sospecha, una simple sombra, se convirtió en un fantasmal campo de flores.

Delicados aromas de especias se sucedieron unos a otros, con una intensidad cada vez más fuerte; en sutiles emanaciones de placer.

Pero todo esto no era nada. Fields lo sabía. De alguna forma, *sabía* que lo que oía, veía y olía no eran más que ilusiones..., espejismos de un cerebro que trataba frenéticamente de interpretar una concepción totalmente nueva de la misma forma vieja y familiar.

Gradualmente, los colores, los sonidos y los olores murieron. Su cerebro estaba empezando a comprender que se enfrentaba con algo nunca experimentado hasta el momento. El efecto de la hormona se hizo más fuerte, y de pronto —en una explosión— Fields supo lo que sentía.

No lo vio, ni lo oyó, ni lo saboreó, ni lo palpó. Sabía lo que era, pero no se le ocurría el modo de describirlo. Lentamente, comprendió que no había ninguna palabra que lo designara. Aún más lentamente, comprendió que ni siquiera había ningún *concepto* para hacerlo.

Sin embargo, sabía lo que era.

En su cerebro golpeaba algo que consistía en ondas puras de placer... algo que le elevaba fuera de sí mismo y le sumergía de lleno en un universo desconocido para él hasta entonces. Se sumía en la interminable eternidad de... algo. No era sonido ni visión, sino que era... algo. Algo que le rodeaba y le ocultaba de todo lo que había a su alrededor..., eso es lo que era. Era interminable e infinito en su variedad, y con cada onda, avistaba un horizonte más lejano, y la maravillosa sensación se hacía más profunda y dulce, y más hermosa.

Entonces llegó la discordancia. Primero como un ligero crujido... que desfiguró una belleza perfecta. Después se extendió, ramificó y aumentó, hasta que, por último, se resquebrajó atronadoramente... aunque sin un sólo sonido.

Lincoln Fields, aturdido y perplejo, volvió a encontrarse en la habitación de conciertos.

Se puso tambaleantemente en pie y asió a Garth Jan por el brazo con violencia.

—¡Garth! ¿Por qué ha parado? ¡Dile que continúe! ¡Díselo!

La asombrada expresión de Garth Jan se trocó en otra de piedad.

—Aún está tocando, Lincoln.

La confundida mirada del terrícola no demostró haberle entendido. Miró a su alrededor sin ver nada. Los dedos de Novi Lon corrían a lo largo del teclado tan ágilmente como antes; la expresión de su rostro seguía igual de absorta. Lentamente, comprendió la verdad, y los ojos vacíos de Lincoln se llenaron de horror.

Se sentó, emitiendo una exclamación ahogada, y enterró la cabeza entre las manos.

¡Los cinco minutos habían pasado! ¡No podían volver!

Garth Jan sonreía... una sonrisa de desagradable malicia.

—Hace un momento me compadecía de ti Lincoln, pero ahora me alegro... ¡me alegro! Tú me obligaste a hacerlo..., me obligaste. Espero que estés satisfecho, porque sin duda yo lo estoy. Durante el resto de tu vida —su voz se convirtió en un murmullo sibilante— te acordarás de estos cinco minutos y de lo que te pierdes... de lo que nunca volverás a tener. ¡Estás ciego, Lincoln..., ciego!

El terrícola alzó un rostro macilento y sonrió, pero no hizo otra cosa que enseñar los dientes. Necesitó toda la fuerza de voluntad que poseía para mantener un aire de compostura.

No fue capaz de hablar. Con pasos vacilantes, salió de la habitación, con la cabeza erguida hasta el fin.

Y en su interior, aquella minúscula y amarga voz, repetía una y otra vez: «¡Vuelves a ser un hombre normal! Te vas ciego..., ciego..., CIEGO.»

El verano de 1939 estuvo para mí lleno de dudas e incertidumbre.

En junio me había graduado en Columbia, obteniendo el bachiller de ciencias. Hasta aquí, todo había ido bien. Sin embargo, mi segunda tentativa para entrar en la Facultad de Medicina había fracasado, igual que la primera. Para ser sincero, en realidad no deseaba ardientemente ingresar en la Facultad de Medicina y sólo me esforcé a medias, pero eso me dejaba sin ocupación.

¿Qué iba a hacer ahora? No quería solicitar ningún empleo indefinido en el caso de que lo encontrara, de modo que tenía que continuar mis estudios. Me había especializado en química, por lo que, al no poder entrar en la Facultad de Medicina, el próximo paso lógico era lograr el diploma de doctor de esta especialidad.

La primera cuestión era si podría permitírmelo monetariamente. (También hubiera sido la primera cuestión, de haber entrado en la Facultad de Medicina.) Incluso me fue difícil costearme la escuela durante cuatro años, y los reducidos ingresos que me producían mis escritos, unos doscientos dólares durante el último curso, fueron una considerable ayuda.

Naturalmente, tendría que continuar escribiendo, y, muy naturalmente también, mi depresión me lo impedía. Logré hacer un relato durante aquel verano; se llamaba Vida antes de nacer.

Vida antes de nacer era mi primer intento en un tema muy distinto a la ciencia ficción. Se hallaba incluido en el campo aliado de la fantasía (tan imaginativo como la ciencia ficción, pero sin las restricciones que supone la exigencia de una plausibilidad científica).

La razón de que escribiera fantasía fue que, a principios de 1939, Street & Smith inició la publicación de una nueva revista, Unknown, de la que Campbell era

director.

Unknown me gustó enseguida. Se caracterizaba por los relatos que ahora se llaman de «fantasía adulta», y a mis diecinueve años me pareció que el texto era todavía más avanzado y literato que el de Astounding. Como es natural, deseaba desesperadamente incluir un relato en esta nueva y maravillosa revista.

Vida antes de nacer era una tentativa en esta dirección, pero aparte del mero hecho de que era fantasía, no recuerdo nada sobre ella. El 11 de julio sometí el relato a Campbell, que me lo devolvió el 19. No pude venderlo y ya no existe.

Agosto fue incluso peor. Toda Europa hervía con la horrible posibilidad de una guerra, y el 1 de setiembre empezó la Segunda Guerra Mundial con la invasión de Polonia por los alemanes. Durante la crisis, no pude hacer otra cosa que escuchar la radio. Hasta el 11 de setiembre no me apacigué lo bastante como para iniciar un nuevo relato, Los hermanos.

Los hermanos era ciencia ficción, y todo lo que recuerdo es que trataba de dos hermanos, uno bueno y otro malo, y de un invento científico que uno de los dos estaba construyendo. El 5 de octubre lo sometí a Campbell, y el 11 de ese mismo mes fue rechazado. Tampoco pude venderlo y ya no existe.

De modo que el verano había pasado infructuosamente y ahora tenía que enfrentarme con otro problema. La Universidad de Columbia no tenía ningunas ganas de aceptarme como estudiante graduado. Creyeron que usaría mi posición para matar el tiempo hasta que pudiera volver a intentar mi ingreso en la Facultad de Medicina.

Juré que no era así, pero mi posición era vulnerable porque, como estudiante premédico que era, no me habían hecho seguir un curso de físico-química y por lo tanto no lo hice. Sin embargo, la físico-química era requerida para los estudios avanzados de química.

Insistí, y finalmente el tribunal de admisiones formuló la siguiente sugerencia: tendría que hacer una selección de un año completo de cursos avanzados y al mismo tiempo, tendría que estudiar físico-química y lograr, por lo menos, una B en dicha materia. Si no conseguía la B, me expulsarían y la beca, naturalmente, no sería renovada.

Uno de los miembros del tribunal me dijo, años más tarde, que se me ofreció esta alternativa en la creencia de que no aceptaría una serie de términos tan difíciles para mí. No obstante, como nunca había tenido dificultad en aprobar los cursos, no se me ocurrió siquiera que una serie de requisitos que no exigían más que aprobar ciertos grados fuera tan difícil para mí.

Acepté, cuando a últimos del primer semestre sólo hubo tres A en físico-química en una clase de sesenta, y yo fui uno de ellos, el período de prueba se dio por terminado.

Notas

[1] El diario empezaba tal como podría esperarse de un adolescente, pero degeneraba rápidamente en un simple registro literario. Es, para cualquiera menos para mí, mortalmente aburrido..., tan aburrido que lo dejo a todo el que desee leerlo. Nadie pasa nunca de la segunda página. Ocasionalmente, alguien me preguntaba si nunca he pensado que mi diario debería contener mis sentimientos y emociones más íntimos, y mi respuesta es siempre: «No. ¡Nunca!». Al fin y al cabo, ¿para qué soy escritor si tengo que malgastar mis sentimientos y emociones más íntimos en un simple diario?

<<

[2] Relaté esta historia con toda clase de detalles en un artículo titulado «Retrato del escritor joven», que fue incluido como capítulo 17 en mi libro de ensayos *Ciencia, números y yo* (Doubleday, 1968). En él, basándome sólo en la memoria, dije que había telefoneado a Street & Smith. Cuando recurrí a mi diario para comprobar fechas exactas para este libro, me sorprendió descubrir que en realidad había hecho el viaje en Metro... una empresa tremendamente osada para mí en aquellos días, y una medida de mi desesperación. <<

[3] Se refiere al segundo satélite de Júpiter, que se llama Europa (N. del A.) <<

[4] En este libro prestaré una atención considerable al dinero que recibí por mis relatos. No porque escriba primordialmente por dinero, ni porque lo considere demasiado importante ni entonces ni ahora (mis editores lo confirmarán con mucho gusto). Sin embargo, el dinero que recibí fue crucial para determinar mi carrera. Fue suficiente para costearme la escuela y no tanto como para tentarme a abandonarla. Lo verán más adelante. <<

[5] *Hornswoggle* significa «embaucar» en inglés. <<

[6] El ojo venusiano puede distinguir entre dos tonos, cuya longitud de onda no difiere más que en cinco unidades Angstrom. Ven miles de colores para los que los terrícolas son ciegos (N. del A.) <<

[7] Una década más tarde volvió a convertirse en mi agente por unos cuantos años. Sin embargo, nunca me ha gustado que me representaran, y excepto Pohl en estas dos ocasiones, nunca he tenido agente, a pesar de la vasta y complicada naturaleza de mis compromisos de escritor. Pero sigo sin querer tener ninguno. <<